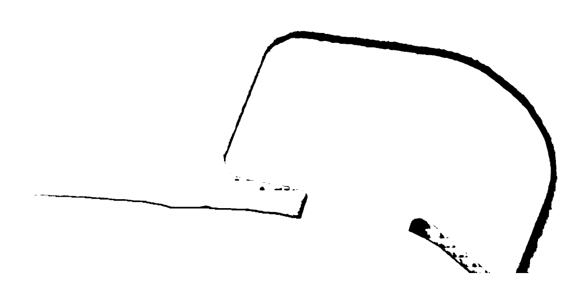






Propiedad de
Ramón Valadéz



ESCRITORES

Y

POETAS SUD-AMERICANOS

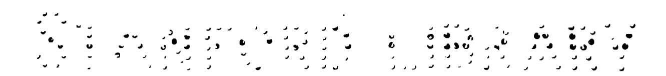
ESCRITORES

Y

POETAS SUD-AMERICANOS

POR

FRANCISCO SOSA



MÉXICO

OFICINA TIP. DE LA SECRETARÍA DE FOMENTO

Calle de San Andrés núm. 15.

1890

INTRODUCCIÓN.

LOS vínculos que crean el origen, el idioma y la identidad de costumbres y de instituciones, no han bastado á cimentar entre las Repúblicas hispano-americanas relaciones por tal manera estrechas, que pueda decirse con justicia que existan fuertes lazos de unión, capaces de mancomunar en un momento dado los intereses de todas ellas, para conservar el predominio de la raza, y para dejar incólume su independencia é íntegro su territorio. Manifestaciones más ó menos ardientes, de simpatía, se han dejado escuchar en las grandes crisis, en los períodos de lucha; pero cuando la libertad ha peligrado, cuando enemigos exteriores han invadido algún pueblo hermano, éste ha debido sus triunfos á sus propios esfuerzos, pues se ha visto en total aislamiento, á pesar de que la pérdida de su autonomía habría significado no solamente un







Propiedad de
Ramón Valadéz

latina, el deseo de conocer la historia y la literatura de cada una de las nacionalidades en ella constituídas. Después vendrán, como natural consecuencia, sin esfuerzo alguno, las relaciones oficiales ó diplomáticas; no de mera cortesía, sí como medio para estrechar sincera y cordialmente los lazos de unión que desde el primer tercio del siglo debieran haber existido.

Torcida interpretación se ha dado más de una vez á esa labor emprendida con nobles y patrióticos fines; no ya por personas de limitada penetración y de miras estrechas, sino aun por individualidades á las que sería injusto y torpe atribuir falta de ilustración y de levantados propósitos.

Dígalo si nó el discurso leído hace pocos meses en el Liceo Mexicano por el joven y ya bien reputado crítico D. Francisco Gómez Flores; discurso que lleva por título *Los líricos sud-americanos*, y que fué leído precisamente en el recinto mismo en que el Sr. Altamirano, con fácil é inspirada palabra, preconizó tantas veces las bellezas de los cantos de esos líricos.

"Adviértese de algunos años á esta parte—dijo el Sr. Gómez Flores,—cierta especie de culto que rinden nuestros escritores á los del Sur del continente, en quienes suponen encontrar más valiosas prendas de originalidad y americanismo. En nuestro afán constante por apocarnos y tenernos siempre en menos que los otros pueblos de la tierra, no es de extrañar ciertamente es-

ESCRITORES

Y

POETAS SUD-AMERICANOS

rido dar á conocer á la juventud mexicana, ni mucho menos hemos proclamado la excelsitud del ingenio de sus autores para que éstos sean tomados por los modelos más perfectos.

Si del manejo del idioma se tratara, no sería cuerdo hacer recomendaciones de los que voluntaria ó inconscientemente se apartan de los cánones académicos y de las tradiciones clásicas, como sucede casi de continuo en Sud América; pero si se anhela que la juventud que al arte literario se dedica y que está llamada á contribuir á la formación de una literatura esencialmente americana ó exclusivamente nacional, siga nuevas rutas, entonces sí que con sobrada razón indicamos que los escritores y poetas del Sur de nuestro continente dan en sus obras saludable ejemplo. Se necesita no conocer esas obras para negar que por su espíritu y aun por su forma, son más americanas que las nuestras.

Maravíllanos, en verdad, que un crítico de inteligencia clara y de variada instrucción y buen criterio, como lo es el Sr. Gómez Flores, haya podido estampar en su citado discurso las siguientes palabras:

"Insensatos seríamos en México si pretendiésemos ser eternamente copistas, ó si en los acordes de una lira más ó menos bien pulsada, cifrásemos todo nuestro orgullo literario. Nuestra originalidad debe brotar de nuestra historia, de nuestras constumbres y de nuestro suelo. La historia de México es tan original por sí mis-

ma, que la originalidad de la materia trasciende por fuerza al escritor, lo que explica la encantadora sencillez é ingénita elocuencia de nuestros cronistas é historiadores, y aun de los que sin ser hijos del país se han ocupado en escribir sobre nuestros asuntos.

"Sea por esta circunstancia de que México es el pueblo que tiene mayor historia en el continente, sea porque haya producido más privilegiadas inteligencias, ó porque ha resuelto ya los más difíciles problemas de su autonomía, es el caso que de algunos lustros acá nuestra literatura en conjunto revela cierto sello de familia, por decirlo así, cierta expresión idiosincrática que ya la singulariza en América. No es posible que se confundan nuestros historiadores y nuestros novelistas, nuestros líricos y nuestros dramáticos con los de ninguna otra nación continental. Hasta el periodismo tiene entre nosotros peculiar estilo y caracteres especiales; siendo palpable que sin dejar de ser castizos, hablamos un lenguaje que no es el usado en España, con multitud de voces indígenas y porción de arabismos y hebraísmos ha mucho tiempo archivados en la madre patria, acaso desde la época de la conquista.

"La proximidad del coloso del Norte, por otra parte, nuestras dos sangrientas pugnas con Francia, las lides intestinas que han desgarrado el seno de nuestra sociedad (que pues la guerra es elemento civilizador según Hegel), lo típico de nuestros hábitos y lo excep-

cional de nuestro territorio, nos colocan en condiciones bonancibles para crear una literatura verdaderamente mexicana, como parece que lo van entendiendo ya nuestros autores, que cada vez más se adhieren á las tradiciones de la patria y á los ideales en que ella cifra su grandeza y su prosperidad futuras."

Si el Sr. Gómez Flores, se hubiese producido como acaba de verse, tratando de combatir la servil imitación, la copia de lo europeo, acaso encontraríamos fundado su razonamiento; más ¿cómo creerlo así, cuando de los líricos sud-americanos se había propuesto hablar con el fin de que los jóvenes que forman el Liceo Mexicano no rindan culto á esos líricos?

Hemos dicho que nos maravillan las afirmaciones del Sr. Gómez Flores, porque á nuestro entender la historia de México no es la mayor ni la más original del continente. De ello puede convencerse cualquiera, con sólo comparar lo que aquí y en el Sur se ha escrito sobre las épocas anteriores á la conquista, sobre ésta, sobre los tres siglos de la dominación española, sobre la guerra de independencia, y finalmente, sobre las civiles é intestinas discordias que desde 1810 hasta hace muy pocos años ensangrentaron la América latina y retrasaron el advenimiento de la éra de paz y de progreso á que por dicha nos ha tocado asistir.

¿Mayor, es decir, más extensa y más importante nuestra historia antigua? ¿Por qué? ¿Acaso la civilización

peruana anterior á la conquista, fué inferior á la azteca? Fácil sería demostrar lo contrario.

La heroicidad con que los pobladores de Anáhuac defendieron su patria, ¿fué, por ventura, más sublime, y sobre todo, más constante que la de los araucanos?

La evangélica y nunca bien ensalzada tarea de los misioneros españoles, sus servicios á la humanidad y hasta á la ciencia, puesto que merced á sus afanes se conservaron los datos que á los filólogos modernos han servido para estudiar las lenguas indígenas, ¿fué menos ejemplar, menos grandiosa en el Sur que en el Centro y Norte de América?

La rapacidad, las crueldades de los conquistadores, ¿revistieron distintos caracteres y menor magnitud en el Perú, en Chile, en el Plata, etc., etc.? Las luchas entre frailes y virreyes, los horrores de la inquisición, los males ocasionados por el sistema prohibitivo, la monotonía de la vida en la época del coloniaje, la escasa por no decir nula participación de los criollos en los asuntos públicos, y tantas y tantas otras circunstancias, ¿no fueron siempre idénticas en todos los dominios de España en América?

Si de la epopeya de la emancipación se trata, debemos lealmente reconocer que en el Sur hubo héroes, no más patriotas y esforzados que los nuestros, pero sí más dignos del renombre de grandes guerreros. A Morelos, con ser un genio, no podemos equipararle con

San Martín, [1] por más que nuestra gratitud y nuestra admiración y nuestro culto á las glorias de la patria nos hagan desear poder colocarle en la cima de la mayor grandeza. Un paralelo entre el *Sitio de Cuautla* y el *Paso de los Andes*, bastaría para demostrar esta verdad, que acaso provoque las iras de los que creen que el patriotismo veda proclamar ciertas superioridades.

Al estudiar nuestra historia contemporánea, comparándola con la de las otras Repúblicas del continente, no descubrimos la originalidad que el Sr. Gómez Flores atribuye á la primera. El mismo cúmulo de desaciertos administrativos, propio de pueblos que no están preparados para gobernarse por sí mismos; la misma ambición de mando, idénticos motines y asonadas para derrocar administraciones antes de que éstas se consolidaran y pudieran desarrollar el plan proclamado; luchas fratricidas, glorias hasta ayer purísimas manchadas hoy, nobles anhelos sofocados por pasiones desordenadas, la prensa convertida en libelo infamatorio, las nulidades elevándose por medio de la intriga y de la adulación; deprimidos los ciudadanos honrados y dignos; la sed de riquezas, la violación flagrante de las le-

1 Por causas que no debemos desentrañar aquí, atribúyese á Bolívar la emancipación sud-americana. Nosotros creemos que esa gloria corresponde á San Martín. A Bolívar cupo en suerte, como á Iturbide en México, aprovechar los elementos acumulados por otros próceres ilustres más dignos que ellos del renombre de libertadores, como con documentos irrefutables puede comprobarse.

yes...... ¿no son, digámoslo con sinceridad, por bochornoso que sea confesarlo, las manchas que el historiador de los pueblos hispano-americanos severo, pretende en vano ocultar cuando al criterio de la justicia se sobrepone el criterio del patriotismo?

Dos períodos de nuestra historia, sí pueden y deben señalarse como originales y exclusivamente mexicanos: el de la Reforma, y el de la guerra contra la Intervención y el Imperio. Ningún pueblo del Sur puede gloriarse, como México, de haber, aunque á costa de sangre y de sacrificios, consumado la independencia de la Iglesia y del Estado; ni tampoco á nación alguna del mismo Sur ha cabido la gloria de arrojar de su suelo al invasor europeo consolidando para siempre la forma republicana, y ostentándose formidable paladín de la democracia en América. La jigantesca figura histórica de Juárez es exclusivamente nuestra. En esto sí vamos conformes con el Sr. Gómez Flores.

Mas, tiempo es ya de volver al terreno literario, para refutar hasta donde nuestras fuerzas alcancen y hasta donde lo permite la índole de este escrito, las ideas del distinguido escritor D. Francisco Gómez Flores.

Empeñado en probar nuestra superioridad en todo, enumera nueve prosistas sud-americanos y cerca de cuarenta mexicanos, agregando que de estos últimos no cita ni la mitad de los que con justicia podría mencionar; como para dar á entender con esto que juntas to-

das las Repúblicas del Sur no pueden presentar un catálogo de escritores que formen la octava parte de los que son timbres y gloria de México.

Si no conociéramos bien al Sr. Gómez Flores, nos inclinaríamos á creer que con malicia calló los nombres de muchos y muy ilustres prosadores, como los argentinos Alberdi, Gutiérrez, Avellaneda, López, Mancilla, Sarmiento, Mitre, Cané, Argerich, Goyena, Estrada, Wilde, Mármol, Gorriti y otros muchos; como los chilenos Bilbao, Vallejo, Lastarria, los Amunátegui, Barros Arana, Arteaga Alemparte, La Barra, Figueroa, Grez y cien y cien más; como los peruanos Lavalle, Pardo, etc., etc.; como los colombianos Torres Caicedo, Caro, Cuervo, Rivas Groot, Madiedo, Samper, Acosta de Samper y Pombo; como los uruguayos Magariños Cervantes, Fregeiro, Acevedo, y Lamas; como los venezolanos Camacho, Rojas, y Bolet Peraza, y como los bolivianos y paraguayos que no citamos por no extendernos más.

Una noticia, siquiera fuese de los títulos de las obras de los prosadores sud-americanos que así al correr de la pluma hemos recordado, bastaría para el lector menos dispuesto á encomiar la literatura de aquellos pueblos, se convenciera de que no pretendemos mal encaminar á la juventud los que procuramos atraer sus miradas hacia las producciones de nuestros hermanos del Sur. Mas no es necesario acometer empresa tan laboriosa, y mucho menos en este prólogo. Pero lo que sí

es pertinente, es que nos vindiquemos del cargo que podría hacérsenos por la insistencia con que dedicamos nuestros escritos á los escritores y poetas de quienes con tan marcado desdén habló el Sr. Gómez Flores.

Jamás, lo repetimos, hemos recomendado á la juventud que en vez de seguir sus propias inspiraciones se limite á imitar á autor alguno, europeo ó americano, por excelso que sea. Nuestro ideal ha sido siempre la formación de una literatura que revista los caracteres de nacional, y si nos complace la lectura de los libros sud-americanos es precisamente por su color local, por su americanismo, por las semejanzas que desde luego encontramos entre esas producciones y las de aquellos de nuestros escritores que tienen iguales tendencias. Y si deseamos generalizar en México el conocimiento de aquellas, no es porque las consideremos un dechado, sino porque en pos de la fraternidad literaria que su lectura engendrará á no dudarlo, vendrá por modo natural y sencillo la fraternidad política, las íntimas y estrechas relaciones internacionales, y de allí la unión y la fuerza de los Estados hispano-americanos en cuyos destinos futuros tenemos gran fe.

Y no se crea que nosotros somos los soñadores únicos, los solos visionarios. Allí en el mismo suelo sud-americano alientan nobles pechos idénticas aspiraciones, traducidas en multitud de escritos que conocemos. Citaremos algunos nada más, por no parecer prolijos.

D. José Domingo Cortés, chileno, publicó en Paris (1873) un utilísimo *Diccionario biográfico americano*, obra que si bien se reciente de algunas inexactitudes y de no pocas deficiencias, puede servir de base para la formación de un gran libro de consulta. Pues bien, en el prólogo del *Diccionario* de Cortés, se leen las siguientes palabras:

"Sociedades que en gran parte arrancan del mismo origen, constituídas bajo regímenes análogos en su mayoría, con idénticas aspiraciones é intereses armónicos, los Estados americanos deben y tienen que formar una familia. Las malas inteligencias que suelen suscitarse entre ellos, las rivalidades que se suponen en germen, no proceden de otra causa que del aislamiento, fuente de todo egoísmo. Este libro tiene por principal objeto reaccionar contra ese aislamiento, multiplicando y estrechando los vínculos relajados después de la independencia, y haciendo familiares en todos nuestros países los nombres venerados y queridos en cada uno. Este noble fin es el que ha infundido al autor del libro, aliento para emprender su magna obra, y lo que ha mantenido su celo en el curso de la ejecución."

D. Francisco Lagomaggiore, compilador de la *América Literaria*, antología digna de encomio, publicada en Buenos Aires en 1883, dice en el prefacio del libro:

"La falta de comunicación intelectual entre las repúblicas hispano-americanas, es causa de que sean des-

conocidas entre sí, á excepción de unos pocos escritores eminentes, los ingenios con que cuenta cada una de ellas; lo que es verdaderamente sensible. Este común aislamiento, lejos de estrechar los vínculos que las atan en su pasado glorioso, cuando iniciaron la lucha heroica de la emancipación, los afloja por el contrario, dándonos, como resultado inmediato, la secuestración de Estados que viven en un mismo continente; que fueron en un tiempo opulentas colonias de un mismo y poderoso soberano; que luego combatieron juntos por una misma causa; y que idéntico fin deben cumplir en el tiempo y en el espacio.

"Para remediar de alguna manera semejante estado de cosas, hemos afrontado la seria y penosa tarea de reunir en un haz las producciones de los hijos del norte y del sur de la América, presentando en un volumen la prosa y el verso,—junto al inspirado cantor del *Niágara* el del *Nido de Cóndores;* al lado del de Mitre, el nombre respetado de Alamán. Así, en las páginas de este libro, aunque divididos por las fronteras artificiales que les hemos creado para metodizar nuestro trabajo, se confunden todos ellos en un solo terreno, y se cobijan bajo una sola enseña: la de la fraternidad intelectual."

Tanto en el *Diccionario* de Cortés, como en la *América Literaria* de Lagomaggiore, se nota vivo empeño por honrar á los mexicanos, y los vacíos que en una y

otra publicación se notan respecto á lo que nos atañe, débense á nuestra incuria ante la cual se estrellan las más de las veces los esfuerzos de los compiladores.

Y no es esto sólo. Guillermo Matta, Cárlos Guido Spano y otros egregios poetas de Sud-América, han arrancado de sus liras armoniosas notas para celebrar los triunfos de las armas mexicanas en la guerra contra la Intervención y el Imperio; el nombre de Juárez pronúnciase con respeto de un extremo á otro de los pueblos del Sur; las producciones de Acuña, de Flores, de Roa Bárcena, de Altamirano, de Peza y de otros poetas mexicanos son conocidas y celebradas allí, juzgadas por los críticos y reproducidas por la prensa; frecuentemente son obsequiados nuestros escritores por sus colegas del Sur con sus últimos libros, y adviértese en los editores mismos gran empeño por obtener obras mexicanas.

Bien á las claras demuestran esos actos que existe la base principal de la fraternidad, la simpatía, y que con mutuo provecho pueden y deben desarrollarse las relaciones intelectuales que hoy están, puede decirse así, en germen.

A ese fin se han enderezado de continuo nuestros esfuerzos, y si los frutos alcanzados no han sido tan ópimos como era de desearse, culpa ha sido de nuestra insuficiencia y de la falta de colaboradores importantes,

no de la causa abrazada con tanta fe y con tan grande entusiasmo, y con tal perseverancia sostenida.

Lejos estamos de abrigar la pretensión de poder dar perfecta idea del estado actual de la literatura sud-americana con la publicación de los estudios contenidos en este libro, primero de la serie que nos proponemos publicar. La distancia que nos separa del Sur, lo irregular de las comunicaciones, y otras causas que sería enojoso enumerar, nos obligan á escribir con lentitud, toda vez que nos privan de los datos que necesitamos para desempeñar concienzudamente la tarea que nos hemos impuesto. Porque,—debemos decirlo,—no acostumbramos juzgar á autor alguno sino después de haber estudiado con detenimiento sus obras; los juicios ajenos, aducidos por nosotros tantas veces, robustecen los nuestros, les prestan autoridad, mas no nos guiamos por simples referencias.

Expuestos los móviles que hemos tenido para escribir esta obra, réstanos sólo advertir al lector que la colocación de cada uno de los estudios en ella contenidos, no significa, por manera alguna, la intención de dar á pueblo ni escritor alguno la supremacía. Sucede precisamente lo contrario, y el aparente desorden de que pudiera tacharse á estas páginas, obedece al deseo de evitar enojosas rivalidades.

Francisco Sosa.



RICARDO PALMA.

El nombre de Ricardo Palma no es desconocido en nuestro país. Hace unos veinte años que en los periódicos de esta capital y en los de los Estados, se vienen reproduciendo sus bellas poesías y sus inimitables *Tradiciones peruanas*. Recuerdo bien que allá por el de 1872 cuando por iniciativa mía se estableció la edición dominical del *Federalista*, en forma de cuaderno, uno de los atractivos que ofrecía aquel semanario era la inserción frecuente de las regocijadas producciones del distinguido tradicionista limeño. Con vivo interés aguar-

daba yo la llegada de los correos de Sud-América, empuñando las tijeras de que el Sr. Bablot quería que se hiciese el menor uso posible, y buscaba una nueva *Tradición* para halagar, reimprimiéndola, á los lectores bien numerosos por cierto, de aquel semanario. Y no pasaban muchos días sin que á su vez los mejores periódicos de los Estados diesen cabida á aquellas amenísimas narraciones, sin decir, por supuesto, que del *Federalista* las copiaban.

Pasaron los años; el periódico del Sr. Bablot dejó de publicarse, y otros se encargaron de continuar aquella tarea, con gran contentamiento de los admiradores de Ricardo Palma, que lo son cuantos han saboreado alguna vez sus fáciles, entretenidos é intencionados escritos.

Esta predilección, no entibiada ni en épocas de combate para la prensa mexicana, tiene razón de ser. Las *Tradiciones*, sobre abundar en las galas del buen decir, encierran para nosotros un mérito que se impone: el de ser un vivo reflejo de las costumbres mexicanas en tiempo de la dominación española; á tal punto, que un plagiario podía habérselas apropiado cambiando únicamente los nombres de lugar y los de ciertos personajes. Pueblos de idéntico origen el peruano y el mexicano, es poco menos que imposible encontrar desemejanza entre las costumbres de la capital de la Nueva España y las de la ciudad de los Reyes. Frailes, monjas, virreyes, luchas entre las potestades civi[illegible] [illegible]ística; procesiones y autos de fe; naos qu[illegible] [illegible]arde en tarde; duelos por la muerte [illegible]

fiestas y juras por la coronación de otro; fechorías de los piratas ó filibusteros que infestaban las costas por el Atlántico y por el Pacífico; y ruidosos capítulos conventuales, he allí los datos que las viejas crónicas del Perú y de México ofrecen por canevá para bordar las flores de la leyenda que transporta al desocupado lector á los monótonos días del coloniaje, monótonos sí, pero poéticos merced al misterioso encanto que ejerce en nuestro espíritu *cualquiera tiempo pasado.*

No tengo, pues, necesidad de ser difuso hoy que me propongo inaugurar una serie de estudios acerca de los escritores y poetas sud-americanos, con el relativo á Ricardo Palma. Le conocen bien los mexicanos por sus obras, y lo que me incumbe principalmente, es dar ciertas noticias biográficas, que servirán, cierto estoy de ello, para que le estimen más los que hoy le aplauden sin conocer en toda su extensión los servicios que á las letras latino-americanas y á las ideas liberales ha prestado el popular narrador de las *Tradiciones peruanas.*

Nació Ricardo Palma en la ciudad de Lima, el día 7 de Febrero de 1833. Educóse en el Convictorio de San Cárlos, del que salió en 1853, después de haber cursado con aprovechamiento notable la Jurisprudencia, y el que debiera haber sido abogado, convirtióse, por extraño modo, en marino. Por eso Cortés en su diccionario biográfico americano, le llama "poeta y marino peruano" con gran extrañeza de los que ignoran que en la armada de su país prestó sus servicios como Contador ó Comisario de diversos buques, hasta que, en 1860, y á causa de una de esas revoluciones que tan

frecuentes eran en el Perú como en México hasta hace poco, fué desterrado á Chile. Allí permaneció unos tres años dedicado al periodismo, con aplauso del pueblo chileno.

Más tarde fué nombrado Cónsul del Perú en el imperio del Brasil captándose universales simpatías, por su trato personal y por sus escritos. Del Brasil salió para Europa y los Estados Unidos de Norte América. De retorno á su patria, fué secretario del caudillo revolucionario el coronel D. José Balta, acompañándole en los trances más difíciles. Triunfante la revolución y convertido Balta en jefe del Estado, confióle su secretaría privada, puesto en el que permaneció cuatro años, siendo á la vez Senador de la República en tres Legislaturas. No será por demás decir que, según el testimonio de un escritor, la honradez acrisolada de la administración de Balta vivirá en la memoria de los peruanos. Jefe de Sección en una de las Secretarías del Estado, sus servicios fueron importantes y se distinguió por su laboriosidad.

En 1863, dió á la estampa su primer libro: *Anales de la Inquisición de Lima*, libro que, como dice uno de los biógrafos de Palma, saludó entonces la prensa sud-americana con merecidos elogios, y que hoy buscan los escritores liberales como una verdadera joya, muy digna de conservarse entre los documentos históricos de su clase.

En 1865 publicó en Paris la colección de composiciones poéticas intitulada *Armonías;* en 1870 las *Pasionarias*, y en 1877 los *Verbos y Gerundios*, que reunidos

acaba de dar á la estampa con otras que ha dividido en las secciones *Juvenilia*, *Cantarcillos*, *Traducciones* y *Nieblas*, formando un volumen de 500 páginas, que lleva por vía de prólogo un notable estudio anecdótico sobre los poetas peruanos, bajo el título de *La Bohemia Limeña de 1848 á 1860*, *Confidencias literarias.*

La aparición de cada una de esas obras de Ricardo Palma, ha sido saludada por el aplauso de los cultivadores de las buenas letras en todos los pueblos en que se habla el hermoso idioma de Quintana y Valera.

D. Luis Benjamín Cisneros, inspirado poeta académico, hace observar en el prólogo que escribió para las *Pasionarias* de Palma, en 1870, que casi no hay en toda la cadena de Repúblicas que baña el Pacífico, un solo nombre literario que no sea al mismo tiempo un nombre político, y en comprobación agrega, refiriéndose al bardo peruano, lo siguiente, que creo oportuno reproducir, porque da una idea exacta del carácter de Palma. "Comenzó, dice, por cantar las glorias de la patria en la epopeya de la independencia, y el sentimiento patriótico le llevó á apasionarse de las teorías liberales. El amor á la libertad se encarnó en su organización psicológica. Palma pensó, amó, sintió, aspiró, escribió, cantó, suspiró, combatió y sucumbió ó triunfó por el principio de la libertad. Soldado más ó menos prominente, más ó menos obscuro en las filas de sus correligionarios, en todas las circunstancias de su vida fué leal, impertérritamente leal, á su bandera. Ni las persecuciones, ni las enemistades gratuitas, ni los destierros, ni la pobreza, ni los desengaños, ni los dolores íntimos, nada

ha podido debilitar la fe de su alma, la valentía de su palabra, la energía de su pluma."

Hablando después el mismo Sr. Cisneros, de las poesías de Palma, que califica de hermosas y escritas bajo las impresiones siempre fogosas del amor á la patria y á la libertad, se expresa así: "Pero no es sólo la cuerda ronca, sonora y vigorosa del entusiasmo la que vibra en el arpa del poeta, ni es ella, á nuestro juicio, la que templa cuando arranca de su corazón los mejores cantos. Apreciamos más en Palma la dulce y amena galantería, su sencilla y graciosa fecundidad para con las bellas, su florida y cortés amabilidad, su filosofía rápida, casta, suave, á veces lóbrega, siempre verdadera, siempre melancólica."

El eminente escritor argentino D. Juan María Gutiérrez, juzgando los *Verbos y Gerundios* dijo lo siguiente: "Palma, bajo la capa de una chanza ligera, de un buen humor abundante y agudo, de una filosofía de manga ancha, esconde un odio instintivo á lo convencional, á lo trillado, á lo fingido, al plagio del sentimiento. Su poesía, más que desesperada como la de Byron, es cáustica y sin hipocresía, como la del alemán Heine, á quien imita á menudo. Él ha caracterizado así la retórica y la estética de sus simpatías:

Forme usted líneas de medida iguales,
y luego en fila las coloca juntas
poniendo consonantes en las puntas.
—Y en el medio?—¿En el medio? ¡Ese es el cuento!
Hay que poner talento.

"Todo el libro de Hermosilla sobre el arte de hablar en verso, no es tan buen consejero como este epigramático concepto de Palma, al cual se ajusta invariablemente.

"Hay á veces en la poesía de Palma, (¿cómo nó, si es hombre?) ayes de sensibilidad, efusión de afectos; pero nunca lluvia de lágrimas, ni tronada de lamentos remedados, como en el teatro, con hilos de oropel y con tiestos huecos. Huye de esas falsas ilusiones que reproducen las mentidas profundidades de la idea, aparatos deslumbradores que agigantan lo que es microscópico y enano; ilusiones parecidas á las que causa el espejo de un pequeño gabinete que, reproduciendo la miniatura, la prolonga haciéndonos creer que estamos en un palacio. Los versos de Palma, de ninguna manera se parecen á esas pinturas en pequeñísima dimensión, que se esconden en el arco de un anillo mujeril, y, miradas al través de un vidriecillo prismático, aparecen grandes como los frescos de la capilla Sixtina."

Pero baste lo expuesto, con relación á las obras poéticas del fecundo escritor peruano, y veamos con cuánta justicia sus *Tradiciones* le han colocado entre los más egregios prosadores de nuestra época.

¿Qué son las *Tradiciones?* Son leyendas breves en las que no se pueden señalar cuáles son las lindes que separan la historia de la novela. Simón Camacho, escritor distinguido las define muy bien en las siguientes líneas: "Las *Tradiciones*, dice, son miniaturas cuya belleza no consiste en el tamaño, pues no aspiran ellas á proporciones colosales, sino en el parecido de la per-

sona, que aun vista por la parte ancha del anteojo, al llegar al foco es de todos conocida, por el trasunto que es y lo hábilmente pintado; en lo característico de la escena que, si no pasó, debió pasar así y como lo dice el escritor; en los accesorios que caen tan en sazón que no traídos sino nacidos parecen sobre la pintura: en el color de los tiempos, que á nosotros nos es tan difícil encontrar, y que un poco de costumbre y una dosis colmada de talen o, se me figura que apiñaran facilidades para ofrecerse en montón á quien tiene la vena inagotable para dar y prestar: sabor tan puro, tan castizo, que falta no tiene, ni jamás sale sin el afamado *bouquet* del vino que encierra mil encantos de imaginación para los buenos bebedores, aun desde antes que el líquido les proporcione la sensación material con que en gustarlo se deleitan."

Miguel Cané, eminente prosista argentino, uno de los autores sud-americanos que con más elegancia escriben y con más refinado gusto juzgan las obras ajenas, decía en 1880, hallándose en Lima: "Acabo de releer la mayor parte de las tradiciones del inimitable narrador. Si á Ossian es necesario leerlo en la montaña; á Tennyson junto á un buen fuego, en una confortable silla inglesa; á Beaumarchais, en Paris; y á Tasso, en Florencia, sostengo que á Palma hay que leerlo en Lima. Para el extranjero el teatro casi no ha cambiado. No conozco una ciudad que tenga un colorido más americano que ésta. Dios se lo conserve para reposar la mirada de aquellos *patiches* europeos que se llaman Valparaíso, Santiago ó Buenos Aires. En cuanto á los per-

sonajes fijad un poco la atención y la mirada hasta que los ojos adquieran aquella potencia óptica que, en la leyenda alemana, hace salir la figura de las telas y animarse los mármoles y bronces, y veréis encarnarse el personaje tradicional, y pasearse con toda tranquilidad por esta noble ciudad de los Reyes. Ese es mi encanto en los libros de Palma. La limeña que vuelve tarumba al mismo virrey en persona, con una mirada ó un chiste, la he visto ayer salir de Santo Domingo, con los ojos como ascuas, bajo el encaje del manto, con un pié capaz de desaparecer en la juntura de dos piedras, y aquel andar que hubiera hecho persignarse al mismo San Antonio. Todos viven; el reverendo padre franciscano, redondo, satisfecho, regordete, con la unción en el semblante, que da la digestión tranquila; el *zambito físico*, paquete, sonriente y decidor; el indio paciente y manso; todos viven, repito, pero..... me falta el virrey! Y yo amo al virrey cuando es genuino, legítimo, sin mezcla; cuando es virrey del Perú, en una palabra, y no aquella falsificación que se llamó virrey del Río de la Plata, venido á la vida en 1776, cuando los mismos reyes empezaban á liar petates, y los criollos á tener veleidades de libre cambio, y demás que nos cayeron encima juntos con la *patria*. He ahí á mi juicio, el puro timbre de gloria para Ricardo Palma. Walter Scott no ha dado más vida y movimiento al caballero de las Cruzadas; Mobley al Taciturno; ni Macauley á Jacobo II que Palma á los virreyes del Perú. El azar no quiso que Molière los conociera y nos privó de una obra maestra; pero el autor de las *Tradiciones* ha

salvado el vacío de una manera prodigiosa. Si todo lo que Palma cuenta, no ha sucedido, peor para la historia. En cuanto á mí, declaro que por egoísmo, no se me ocurre poner, ni por un instante, en duda, cuanta afirmación hace el *encantador.*"

Pongo punto final á las citas de las autoridades literarias que han encarecido los merecimientos del incansable narrador peruano, porque, de continuar, acabaría yo por formar un libro. ¡Tanto así se ha dicho en su elogio!

Tengo para mí que una de las cualidades más excelentes que brillan en las *Tradiciones* de Ricardo Palma, es la exuberante manifestación que en ellas hace de la riqueza y galanura del habla castellana. La posesión absoluta que tiene él del idioma sólo es comparable á la que demuestra Bretón en sus obras. Y es tan terso su estilo, tan grande su afluencia y tan fácil su expresión, que no creo que haya quien sienta cansancio ó fatiga leyendo días enteros sus *Tradiciones* que son hasta el presente en número muy próximo al tercer centenar.

Palma ha gastado mucha parte de sus fuerzas en el periodismo político, siempre combatiendo en las filas liberales, y como adalid dispuesto á perecer antes que á dejar entronizarse de nuevo en su patria á los jesuitas, que á título de difundir la instrucción, pugnan por avasallar las conciencias para apoderarse del poder civil más tarde y destruir las conquistas hechas á costa de sangre y de inmensos sacrificios.

Palma es miembro de las Reales Academias Españo-

la y de la de Historia, en la clase de correspondiente, y á él se debe la instalación de la del Perú que con gran solemnidad se inauguró en Lima el 30 de Agosto de 1887 pronunciando él el discurso de orden, pieza importante porque contiene noticias por todo extremo curiosas sobre la historia de las letras en el Perú.

Ropa Vieja, es el título del último libro de "Tradiciones" publicado por Ricardo Palma, en 1889. De ese libro se han hecho tantos y tan cumplidos elogios como de los que le precedieron, y con razón, pues en sus páginas se admira la gracia inagotable del fecundo narrador y todas las excelencias que le han conquistado la celebridad de que goza.

El académico español D. Juan Valera, dirigió á Palma una linda carta luego que terminó la lectura de *Ropa Vieja* y la publicó en la *España Moderna* el 31 de Diciembre de 1889. En dicha carta, el autor de este libro ha tenido la satisfacción de ver confirmadas por el juicio de una verdadera autoridad en materias literarias las opiniones contenidas en este capítulo, cuya primera edición se hizo más de un año antes de que el académico español estudiase los escritos del célebre tradicionista peruano. El único reparo del Sr. Valera lo funda en el poco amor que Palma profesa á los jesuitas. ¡Cuestión de opiniones!

Ricardo Palma, tiene muchas simpatías por México y por los escritores mexicanos. Con varios de éstos se halla en frecuente y cariñosa correspondencia epistolar, y en el tomo de sus *Poesías* publicado hace poco, figuran algunas dedicadas á sus amigos mexicanos. En

la Biblioteca Nacional de su patria, ha logrado reunir gran número de obras publicadas en México, y no omite esfuerzo por enriquecer esa colección. Sirva esta noticia para aumentar, si cabe, la alta estima en que aquí se le tiene.



BARTOLOMÉ MITRE.

La República Argentina cuenta, y con razón, entre sus hijos más preclaros, al Sr. D. Bartolomé Mitre. Como general, como poeta, como gobernante y como historiador, el Sr. Mitre ha ocupado un lugar eminente en los fastos de esa próspera y afortunada República. Una sola de sus numerosas producciones, la *Historia de Belgrano*, bastaría para que su nombre pasase á la posteridad, rodeado de la aureola esplendente de la gloria.

A grandes rasgos, porque tratando la materia con ex-

tensión daría yo á este artículo las proporciones de un libro, voy á hablar de la vida y escritos del ilustre argentino.

La ciudad de Buenos Aires fué cuna, el 26 de Junio de 1821, del Sr. Mitre, quien comenzó á ser útil á su patria desde su primera juventud, pues en 1838, es decir, cuando contaba diez y siete años, se distinguió en el sitio de Montevideo, con el grado de capitán, y en este mismo año publicó sus primeras composiciones poéticas.

Tomó parte en el segundo sitio de Montevideo—1843 á 1846—y ascendió á teniente coronel. Terminada la campaña, emigró por cuestiones políticas á Bolivia, en donde fué objeto de muchas consideraciones. En las jornadas de Lavala y Bitiche dirigió la artillería y ostentó gran denuedo. Forzado nuevamente á emigrar, se estableció en Chile, y allí (1848) redactó *El Mercurio de Valparaíso*, como antes había dirigido en Montevideo *La Nueva Era*, *El Naciónal* y otros periódicos. Sus escritos, de violenta oposición al gobierno, le concitaron los odios de éste y fué desterrado al Perú.

En 1852, regresó á Chile, con motivo del levantamiento popular de las provincias argentinas contra el odioso dictador Rosas. Atravesó los Andes y peleó por la libertad de su patria, cabiéndole la honra de mandar la artillería en la memorable batalla de Monte Caceros. Después del triunfo, fué electo diputado á la Legislatura de Buenos Aires; mas como ésta fué disuelta, á causa de la ruda oposición que al gobierno hacía Mitre, como todos sus compañeros, tuvo que emigrar.

Hasta aquella época, Mitre había figurado en segundo término, puede decirse; pero á partir de 1853 le vemos ocupar los puestos más culminantes en la política y en el ejército, tales como la comandancia de éste y el cargo de Ministro de Guerra.

"Cuando en 1859, dice uno de sus biógrafos, las disensiones entre la provincia de Buenos Aires y las otras trece se recrudecieron hasta el extremo de acudir ambos partidos á las armas, el coronel Mitre se puso al frente de las fuerzas bonaerenses; pero el ejército contrario mandado por Urquiza, le hizo sufrir la derrota de Cepeda, á consecueneia de la cual Buenos Aires volvïó á entrar en la confederación. El año siguiente fué electo gobernador de Buenos Aires, y durante su administración llevó á cabo mejoras de importancia. Pero la guerra continuaba encarnizada, y más feliz esta vez que en la anterior campaña, batió completamente á las fuerzas de la confederación en la batalla de Pavón, el día 17 de Septiembre de 1861. A consecuencia de aquella jornada dimitió su alto puesto al presidente Derqui, y más acordes ya los ánimos, restablecida definitivamente la armonía, se procedió á elegir nuevamente presidente, conforme á la nueva Constitución, siendo electo Mitre con general aprobación. Desde el 7 de Octubre de 1862, día en que inauguró su presidencia constitucional, hasta el 12 de Octubre de 1868 en que transfirió el poder á Sarmiento, Mitre trabajó incansablemente por la prosperidad de la confederación. Telégrafos, ferrocarriles, escuelas públicas, surgieron por todo el país, preparándose desde entonces la actual

prosperidad argentina. Sólo la guerra con el Paraguay entorpeció algún tanto los progresos de la paz: guerra tenaz y prolongada en la cual Mitre dió á conocer de nuevo sus dotes militares, como general en jefe de los ejércitos aliados. Aquella campaña que por espacio de cinco años desoló las campiñas del Paraguay, causó también crecidos males á las tres naciones aliadas."

En 1873 prestó nuevos servicios á su patria como diplomático cerca de los gobiernos del Brasil y del Paraguay, y en el año siguiente fué candidato á la presidencia de la República, compitiendo con el Dr. Avellaneda que resultó vencedor.

Dicho queda desde el principio, que Mitre, como poeta, como orador y como historiador, ha conquistado gran nombre en su patria. Tiempo es de dar de mano á las noticias referentes á su carrera militar y de hombre de Estado, para fijarnos en el hombre de letras, porque es bajo este punto de vista, por donde han de desear conocerle muy singularmente los mexicanos.

La obras poéticas de Mitre fueron coleccionadas por primera vez en 1854. Más tarde (1876) se hizo una segunda y bella edición, corregida y aumentada, en la casa editorial de D. Cárlos Casavalle, el benemérito de las letras argentinas, que desde hace más de treinta años procura con ardoroso entusiasmo que no queden relegadas al olvido las producciones de los hijos de la República á que diera nombre su *almo río*.

Rimas intituló Mitre su colección, como entre nosotros Altamirano. Casi todas las poesías que la forman, fueron escritas á la edad de veinte años. El autor so-

ñaba entonces,—así lo dice en el prefacio,—con la inmortalidad, y los laureles de Homero le quitaban el sueño. Después enmudeció el cantor; las agitaciones de la vida pública y los profundos estudios históricos á que se dedicó arrebataron de sus manos la lira.

Él, con la modestia que es inseparable del verdadero mérito, lo explica de otra manera. "Pronto comprendí, afirma, que ni podía aspirar á vivir en la memoria de más de una generación como poeta, ni nuestra sociedad estaba bastante madura para producir un poeta laureado. Sin embargo, ese poco de poesía que Dios había depositado en mi alma, lo he derramado á lo largo del camino de mi vida, consagrándolo unas veces á mi patria, otras á mis amigos, otras á las afecciones puras y serenas del hogar, porque el que cuenta por seguro que sus versos no llegarán á la posteridad, debe ser generoso con su pequeño tesoro."

No opinan así los críticos que han juzgado á Mitre como poeta. Por el contrario, todos reconocen que aun cuando no hizo de la poesía una profesión, y aunque dejó muy temprano de escribir versos, y su lira fué más bien una arma de combate que un instrumento artístico, precisamente por esto su obra poética es una página de la historia revolucionaria, siéndolo á la vez de la literatura nacional. Y tan fundada es esta opinión, que el mismo Mitre declara que ama las páginas por él escritas en verso, porque reflejan algunos de esos dolores intensos y de esos momentos solemnes de la revolución contra el tirano Rosas, á quien odiaba no sólo por haber sido el verdugo de los argentinos, sino por-

que por él tuvo que vestir las armas, correr los campos, hacerse hombre político y lanzarse á la carrera de las revoluciones, sin poder seguir su vocación literaria. "Hoy mismo,—decía en Marzo de 1854,—en medio de las embriagantes agitaciones de la vida pública, no puedo menos de arrojar una mirada retrospectiva sobre los días que han pasado, y contemplar con envidia la suerte de los que pueden gozar de horas serenas, entregados en brazos de la musa meditabunda."

Sólo á un verdadero poeta acosa la nostalgia del arte, traducida en la honda queja que encierran las precedentes líneas, y que Mitre lo es, lo prueban las siguientes autorizadas palabras del ilustre Estéban Echeverría en 1846: "El Sr. Mitre, artillero científico, soldado en Cagancha y en el sitio de Montevideo, ha adquirido, aunque muy joven, títulos bastantes como pensador y poeta. Su musa se distingue de los contemporáneos por la franqueza varonil de sus movimientos, y por cierto temple de voz marcial que nos recuerda la entonación robusta del Calímaco y Tirteo."

Si sus cantos patrióticos revisten la importancia y la significación de que se ha hecho mérito ya, los que llamó *Armonías de la Pampa*, tienen una cualidad relevante: la de ser esencialmente nacionales, ó lo que es lo mismo, estar impregnadas de ese sabor local sin el que la obra poética no puede contribuir á la formación de la literatura particular de un pueblo. Es digna de citarse, para enseñanza de la juventud, la breve exposición que Mitre hace de la manera con que á su juicio deben los poetas ejercitarse en este género. "Las cos-

tumbres primitivas y originales de la Pampa,—dice—han tenido entre nosotros muchos cantores; pero casi todos ellos se han limitado á copiarlas, en vez de poetizarlas poniendo en juego sus pasiones modificadas por la vida del desierto, y sacando partido de sus tradiciones y aun de sus preocupaciones. Así es que, para hacer hablar á los gauchos, los poetas han empleado todos los modismos gauchos, han aceptado todos sus barbarismos, elevando al rango de poesía una jerga, muy enérgica, muy pintoresca y muy graciosa, para los que conocen las costumbres de nuestros campesinos; pero que por sí sola no constituye lo que propiamente puede llamarse poesía. La poesía no es la copia servil, sino la interpretación poética de la naturaleza moral y material, tanto en la pintura de un paisaje como en el desarrollo lógico de una pasión ó de una situación dada. Así como en pintura ó en estatuaria la verdad artística no es la verdad material, puesto que no es el mejor retrato el que más exactamente copia los defectos, así también la verdad poética es muy distinta de la realidad, es decir, que sin ser precisamente el trasunto de la vida de todos los días, es sin embargo, hasta cierto punto su idealización, que sin perder de vista el original, lo ilumina con los colores de la imaginación, agrupa en torno suyo los elementos que no se encuentran reunidos en un solo individuo, y que no obstante existen dispersos, y que reunidos forman lo que se llama un tipo. Así es como he comprendido siempre la poesía, y así la han comprendido todos los grandes maestros, si estudiamos con atención sus obras."

Antes de terminar esta noticia acerca de las poesías de Mitre, conviene decir, ya que no quedó consignado al principio, que en la Carta-prefacio de las *Rimas* se encuentra una defensa elocuentísima de la poesía, sumamente erudita, que es toda una disertación digna de ser leída en la más egregia Academia.

Hablemos ahora del sesudo y fecundo historiador, comenzando por enumerar las obras á él debidas, de ese género. La sola lista de ellas basta para comprender que Mitre es uno de los más beneméritos historiadores del Nuevo Mundo. Hela aquí:

"Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina." Tres tomos.

"Estudios históricos sobre la Revolución Argentina." Un tomo.

"Introducción crítico-histórica á los Viajes de Azara." Un tomo.

"Cartas histórico-polémicas sobre la Triple Alianza." Un tomo.

"Informe histórico sobre la Constitución Argentina." Un tomo.

"Vida y escritos de José Rivera Indarte." Un tomo.

"Arengas, (Páginas orales de historia.") Un tomo.

"Centenario de Rivadavia. Estudio histórico." Un tomo.

"Ruinas de Tiahuanaco." (Tiempos prehistóricos.) Un tomo.

"Ollantay. Estudio histórico sobre el drama Quechua." Un tomo.

"Cuentas históricas del Gran Capitán." Un tomo.

"Historia de San Martín." Primera parte.
"El pino de San Lorenzo." Un tomo.
"La abdicación de San Martín." Un tomo.
"Episodios históricos de la Revolución Argentina."
"Comprobaciones históricas." Un tomo.
"Nuevas comprobaciones históricas." Un tomo.
"Comprobaciones históricas á propósito de algunos puntos de Historia Argentina." Dos tomos.

No siendo posible en un artículo de la índole del presente, hablar de todas las obras que acabo de citar, voy á decir, con mayor brevedad de la que el asunto requiere, cuáles son, á mi juicio, las principales y más salientes excelencias de la *Historia de Belgrano*, la más notable entre las que del autor conozco.

El estudio de la historia, en los tiempos que alcanzamos, en manera alguna se parece á lo que fué en la antigüedad. Más incrédulos, más exigentes, y con razón, los lectores modernos, no prestan fe á las afirmaciones de un autor, si éste no cuida de comprobarlas con documentos numerosos é irrefutables, y lo que es más grave aún, si el historiador no desentraña las causas determinantes de ciertos sucesos, si á los personajes no se les presenta en relieve, si las palabras que se ponen en su boca ó se atribuyen á sus escritos no son las mismas que ellos pronunciaron ó estamparon, niégase al que de ellos se ocupa aquella fe sin la cual la historia viene á quedar reducida á una simple narración novelesca, sin el interés que á la leyenda romancesca dan las galas de que viste la imaginación sus lucubraciones. Tantas fábulas han corrido durante siglos

y siglos como verdades, y que las investigaciones modernas y la ciencia han venido á desmentir èn nuestros días, que hoy, valga la frase, á nadie se le cree bajo su palabra de honor.

Pues bien, Mitre, conocedor profundo de las ideas que privan en su época, ha puesto, con acierto, y con rara fortuna, el más vivo empeño en atestar de documentos importantísimos su *Historia de Belgrano*, y ha sido tan diligente y le han favorecido tanto su posición y sus influencias y relaciones, que sin hipérbole puede afirmarse que después de la publicación de la edición definitiva de la obra de que trato, los legajos de los archivos argentinos quedan reducidos á mera colección de autógrafos, valiosa es verdad, pero no como lo fuera antes de que el sagaz historiador hubiese extraído de ella la parte substancial y útil. De ello puede convencerse cualquiera que lea el copiosísimo catálogo de autoridades y documentos auténticos compulsados durante cerca de cuarenta años, que son los que ha empleado Mitre en la magna tarea á que por fin ha dado cima en el actual. Y como si esto no bastara, al final de cada uno de los tres grandes volúmenes ha puesto apéndices con documentos justificativos inéditos.

El método, sin el cual ni la importancia del asunto, ni lo castizo del lenguaje, ni lo elevado de las miras del autor, ni la enseñanza de la verdad, producen los efectos que el historiador se propone, es si no la primera, una de las principales y más excelentes cualidades que resplandece en la *Historia de Belgrano*.

Como Mitre,—según su propio testimonio,—se pro-

puso escribir al mismo tiempo que la vida de un hombre la historia de una época, y como el argumento de su libro es el desarrollo gradual de la Independencia del pueblo argentino, desde sus orígenes hasta fines del siglo XVIII y durante su revolución, hasta la descomposición del régimen colonial en 1820, hace preceder la vida de su héroe de un estudio sobre la sociabilidad argentina, en el que con maravillosa lucidez examina lo que fué el virreinato, cómo se llevó á cabo la colonización y la fusión de las razas; en qué consistía el sistema colonial; cómo las leyes prohibitivas eran una violación de las naturales; por qué se hacía el contrabando, y en una palabra, Mitre con mano maestra deja trazado el cuadro en que el lector mira ante sus ojos, como si personalmente asistiera al desenvolvimiento de una nacionalidad, cuantos elementos la constituían, cuantas causas determinaron la gran evolución que le condujo al inestimable bien de la libertad y le colocó entre los pueblos que tienen vida propia. Revela Mitre en esa parte preliminar tan profundo espíritu de observación, hay tal acopio de doctrina, tanta seguridad en las deducciones lógicas, y tan grande conocimiento de las leyes sociológicas é históricas, que no vacilo en asegurar que aun cuando la tarea hubiese quedado sin terminar, con sólo ese estudio habría conquistado Mitre alto renombre en las letras americanas.

Imposible sería seguir paso á paso al historiador hasta el término de magnas empresas; equivaldría á tanto como hacer un pálido compendio de su obra. Resígnome, pues, á manifestar que el interés que ésta des-

pierta en el ánimo del lector desde las primeras páginas, no decae un solo momento, que es tal el colorido de la narración, tan importantes los sucesos que la forman, tan palpitante la descripción de las batallas y demás movimientos militares, que parece que asistimos en persona á esa lucha gigantesca, á esa epopeya sublime de la libertad del pueblo argentino. Y no podía ser de otra manera: á la inteligencia y á la erudición del historiador, se aduna el amor de éste á la patria y á sus héroes, dando por resultado un conjunto por todo extremo grandioso y elocuente.

Acaso no falten quienes atribuyan á Mitre sobrado entusiasmo por Belgrano, á quien coloca en el pináculo de la grandeza y de la gloria; tal vez exista quien niegue á Mitre la posesión absoluta de esa fría y severísima imparcialidad que se exige al historiador, teniendo presente que á él debe reputársele como adalid esforzado de las mismas ideas del personaje á quien ensalza. Pero allí están, para desvanecer sospechas infundadas, los centenares de documentos auténticos y de autoridades por él citadas en comprobación de cuanto afirma. Que Mitre admira á Belgrano, y que porque le admira ha escrito su historia, cosa es que nadie puede negar, ni creo que exista en el mundo quien emprenda una labor de este género, sin sentirse inspirado por la pasión legítima que engendra lo que es noble y grande. Pero hay más todavía. Mitre, que consagró, como vimos ya, largos años á la formación de la *Historia de Belgrano*, la fué publicando y perfeccionando día á día, hasta llegar á hacer la cuarta y definitiva edi-

ción, que es la que tengo á la vista, y durante ese largo período que medió entre la primera edición y la última, tuvo oportunidad de corregir los defectos que se le señalaron, de rectificar varios puntos históricos, de ratificar otros, y de dejar desvanecidas por completo cuantas objeciones se le hicieron.

Con los elementos mencionados, Mitre ha dado cima á un trabajo que será en todo tiempo un monumento de gloria para la nación argentina; porque en la vida del ilustre prócer se condensa la historia de la gran revolución de Independencia, se conoce al héroe egregio, al educacionista, literato, jurisconsulto, filántropo y economista Belgrano, cuyo nombre, como dice su biógrafo, está asociado á todos los grandes pensamientos que se iniciaron á fines del siglo XVIII y principios del XIX para mejorar la condición política, moral y material del pueblo argentino. Mitre en la vida de Belgrano, escrita sobre documentos auténticos, presenta al hombre tal como fué en su pequeñez y en su grandeza; ilumina con colorido nuevo su fisonomía histórica, explica el móvil de sus acciones y los pensamientos que lo trabajaron en vida, combina la exactitud y la abundancia de los detalles á las vistas filosóficas que hacen comprender su papel contemporáneo y su papel póstumo, como el mismo historiador deseaba en 1857 que se hiciese. ¿De qué manera logró realizar esa grande obra que á su propio juicio no era dable llevar á feliz término sino pasados muchos años? Poniendo al servicio de su patria una inteligencia y una laboriosidad que pocos podrán igualar, y de que sólo puede tener

idea aquel que hubiese leído la obra de que trato. El plan por él seguido para erigir este monumento, nos lo explica en una de las primeras páginas de la *Historia de Belgrano.*

"Combinando,—dice,—la historia con la biografía, vamos á presentar bajo un plan lógico y sencillo, los antecedentes coloniales de la sociabilidad argentina, la transición de dos épocas, las causas eficientes de la Independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, las acciones y reacciones de los elementos ingénitos de la nueva sociedad política, el movimiento colectivo, el encadenamiento lógico y cronológico de los sucesos; los hombres, las tendencias, los instintos, las ideas, la fisonomía varia de esa revolución de un pueblo emancipado que lucha, busca su equilibrio y se transforma obedeciendo á su genialidad, sirviéndonos de hilo conductor al través de los tiempos y de los acontecimientos, la biografía de uno de sus más grandes protagonistas, precursor, promotor y campeón de la idea de independencia, que, como se ha dicho, constituye el argumento del libro. En unos casos, la historia contemporánea servirá de fondo á la figura principal del cuadro, y en otros aparecerá confundida entre las grandes masas, ó perdiéndose en la penumbra del grande escenario. En ambos casos será un tipo de virtudes republicanas, copiado del natural, cuya grandeza moral, sin exceder el nivel común, hará converger hacia ella los rayos luminosos de la historia."

Mucho podría decir aún de la magnífica obra capital de Mitre; mas voy á poner término á este artículo, cons-

treñido por el convencimiento de que si tomara mayores proporciones cansaría al lector. En obsequio, pues, de la brevedad, diré para concluir que una nación como la argentina y un héroe como Belgrano, habían menester y lo tuvieron, de un historiador como Mitre.

A principios de 1888 fué escrito lo que precede, y publicado en el diario: *El Pabellón Nacional*, cuando no llegaban aún á México los tres grandes volúmenes de la obra: *Historia de San Martín y de la emancipación sud-americana*, escrita por el general Mitre según nuevos documentos.

Es por tal extremo importante la nueva producción del historiador argentino, que necesitaríamos, para dar idea exacta de ella, emprender larguísimo estudio que no cabe en los límites que nos hemos impuesto. Nos concretaremos, por lo mismo, á decir que en la *Historia de San Martín* resplandecen las mismas y acaso mayores excelencias literarias que en la de Belgrano. La lectura de la obra que nos ocupa deja honda huella en el espíritu. A la luz de la comprobación histórica la figura de San Martín se agiganta y la vemos, valga la expresión, colocada sobre el inmenso y único pedestal digno de su excelsitud, sobre los Andes, recibiendo los homenajes de las naciones por él emancipadas.

Obra de reparación histórica debemos llamar la llevada á cabo por el General Mitre. Las pasiones políticas de una parte y de otra el natural y patriótico empeño de los colombianos, de dar la supremacía á su

ilustre prócer, á Bolívar, habían empequeñecido á San Martín, á ese héroe que poseía tan magnas virtudes que no hay himno que baste á cantar su gloria. Y el general Mitre hace la luz en torno de esa colosal figura, y vuelve por los fueros de la verdad.

El renombre alcanzado por el historiador argentino con la publicación de su *Historia de San Martín*, es grande; pero su mejor recompensa á nuestro entender consiste en que á través de las edades perdurará su nombre unido al del libertador por él biografiado.



GUILLERMO MATTA.

La América un día le colocará entre sus mejores bardos, y Chile habrá de ceñirle una corona de laurel. Así decía en 1856, refiriéndose á Guillermo Matta, el renombrado publicista colombiano Torres Caicedo.

La predicción está cumplida. El actual Plenipotenciario de Chile en las repúblicas del Plata, goza, y con sobrados títulos, el renombre que, cuando apenas contaba veintiseis años, le augurara aquel benemérito de las letras hispano-americanas que descendió al sepul-

cro há menos de un año junto á las márgenes del Sena, llorado por cuantos supieron estimar sus grandes merecimientos.

Guillermo Matta es un astro de primera magnitud en el cielo de las letras del nuevo Continente. Los años que amortiguan lo que no destruyen, no han debilitado sino antes bien robustecido la potencia creadora de su privilegiado cerebro, y hoy el poeta chileno derrama á las veces, frescas y olorosas flores que al propio tiempo que embalsaman las ondas del pampero y se mezclan con las del caudaloso Plata, alfombran la senda que le conduce á la gloria y á la inmortalidad.

Poeta, publicista y diplomático, Matta ha unido su nombre á la historia política y literaria de su patria que tan alto puesto ocupa en la cultura sud-americana; venciendo para poder llegar á la cima en que ahora se encuentra, la tenaz resistencia que en Chile, como en todos los pueblos del mundo, oponen al genio los espíritus apocados, las medianías, los envidiosos, y más que todos ellos juntos, los hombres refractarios á las ideas de libertad y de progreso.

Guillermo Matta, con ser como son tan limitados los conocimientos que de la literatura del Sud se tienen entre nosotros, es uno de los poetas cuya inspiración es proclamada en México. Ni podía ser de otra manera, pues Matta entre los chilenos, como Guido Spano entre los argentinos, es acreedor no solamente á la admiración sino también á la gratitud de los mexicanos. Su *Himno de guerra á la América*, escrito en 1865 cuando nuestra patria pugnaba por arrojar al invasor ex-

tranjero, dejó para siempre obligado nuestro reconocimiento.

A acrecentar, si cabe, la fama de Guillermo Matta en la patria de Sor Juana Inés de la Cruz y de Manuel Acuña, contribuirá,—permítasenos abrigar esta esperanza, que alguien tachará de vanidosa,—el presente estudio; siquiera sea porque nadie hasta hoy había intentado aquí tarea como la que hemos acometido.

Hijo de D. Eugenio Matta y de la Sra. Doña Luz Goyenechea, el Sr. D. Guillermo Matta nació en Copiapó (Chile) en 1829. Los estudios de Literatura, Filosofía, Derecho Constitucional, Economía Política y Derecho Internacional, los hizo en el Instituto Nacional de su país, perfeccionándose más tarde y adquiriendo otros conocimientos, en las Universidades de Alemania.

Contaba diez y ocho años nada más, cuando hizo su aparición en el mundo literario, publicando sus primeras poesías en los periódicos de la época. Tres años después (1850), figuraba entre los más decididos campeones del movimiento que á la sazón se iniciaba, y de la revolución social que debía complementar la gran conquista de 1810, formando parte de la redacción de la *Revista de Santiago*, fundada por el eminente filósofo D. José Victorino Lastarria, y dirigida en los días á que venimos refiriéndonos, por un hermano mayor del poeta.

Fácil es comprender que no era dado en momentos de lucha cautivar la atención de la sociedad chilena con las bellezas de la poesía. Empero, Matta logró que sus cantos no pasasen inadvertidos. Esto no podía satisfa-

cer sus nobles aspiraciones, y aplazó para época más propicia el desenvolvimiento de sus facultades poéticas y se retiró á su gabinete de estudio para continuar sus interrumpidas tareas literarias en Copiapó, vigilando al propio tiempo los intereses industriales de su padre.

En 1853, regresó á la capital chilena, colaboró en el *Museo*, y publicó sus dos leyendas: *Un cuento endemoniado* y la *Mujer misteriosa*, que forman un grueso tomo. En ambas leyendas, si bien se descubre, como otros han dicho ya, la influencia ejercida en el alma del joven poeta por la lectura del *Don Juan*, de Byron, y *El Estudiante de Salamanca*, de Espronceda, reconócense también las tendencias innovadoras de Matta y la originalidad de sus argumentos.

La publicación del *Cuento endemoniado* y de *La mujer misteriosa*, fué un verdadero grito de guerra. Desde aquel momento Matta quedaba frente á frente á los sectarios de la antigua escuela; no solamente porque hacía á un lado los moldes envejecidos, sino porque flagelaba los vicios entonces preponderantes en la sociedad, ostentándose cáustico en las sátiras que envolvían sus cantos. Críticos ardentísimos, cegados por la pasión, respondieron á aquellas ideas, pugnando por conservar en sus carcomidos pedestales los ídolos del pasado; las controversias fueron, en la prensa y lejos de ella, ruidosísimas, la intransigencia esgrimió sus armas, y Matta, como todos los reformadores, como todos los que se elevan sobre el común nivel, apuró las amarguras y los dolores, sin desviarse ni un ápice de la senda que

se había trazado, con la fe del apóstol, que alienta y robustece y que conduce al vencimiento.

Estudiadas hoy á través del tiempo y de la distancia esas luchas, maravíllase uno de que los impugnadores de Matta hubiesen ido tan lejos. Porque si bien se examinan las ideas que tan hondamente conmovieron á la sociedad chilena, no se encuentran justificadas tales alarmas; ni aun suponiendo que privasen entonces la ranciedad y el obscurantismo en su más lata expresión. Es más todavía. Entre los modernos, y entre los admiradores mismos de Matta, se ha extremado la interpretación de aquellos cantos. Veámoslo si nó.

Uno de los biógrafos del inspirado poeta, el infatigable escritor D. Pedro Pablo Figueroa, de quien habremos de hablar extensamente en otra ocasión para rendirle un homenaje por los eximios servicios que á la historia y á la biografía hispano-americanas ha prestado, el Sr. Figueroa, decimos, aludiendo á la controversia en verso que Matta sostuvo con D. Luis Rodríguez Velasco, dice lo que sigue: "Este vate,—Velasco,—sostenía que el *dinero* era la única ley y aspiración de los seres, y que la mujer no tenía otro anhelo en su espíritu. Matta defendió con elevadas ideas su convicción, cantando que el amor era el alma de la creación. Ya en sus primeros cantos se descubría al poeta filósofo, que debía introducir una fórmula nueva en nuestra naciente literatura. Así como Víctor Hugo fué en Francia el fundador del romanticismo, ó sea la libertad en las letras, como si dijéramos el racionalismo en poesía, Matta empezó por establecer la poesía filosófica, ó cientí-

fica como se ha denominado después, que tiene por ideal un principio humano y por fundamento una doctrina experimental. Su canto *En las montañas*, revela en todo su alcance moral su fe filosófica y su credo poético. No pudo ser mejor elegido el momento para fundar una nueva escuela literaria como la de Matta. Nuestro desarrollo intelectual recien empezaba á adquirir espansión en la sociedad, y era preciso que se sometiera á un dogma que le sirviera de base y de programa en las jornadas civilizadoras que iba á emprender. Por eso es que desde los comienzos produjo tempestades en el campo de los reaccionarios, con sus trascendentales producciones."

Ciertamente el bardo de Copiapó, desde su aparición en el mundo literario, dió, como lo hemos hecho ya constar, singulares muestras de carácter independiente, así en la forma como en el espíritu que informaba sus poesías, por lo cual éstas han de haber formado no menos singular contraste con las de sus coetáneos; pero si bien por tal circunstancia revestían el mérito de la originalidad, en aquel tiempo y en aquel medio, no por eso puede asegurarse que *el credo literario de Matta era el panteismo en filosofía y la reforma en literatura*, como afirma el Sr. Figueroa; por lo menos, si hemos de atenernos á su canto: *En las montañas*, al que se atribuye la revelación *en todo su alcance moral*, de su fe filosófica y de su credo político.

He aquí la poesía á que alude seguramente el Sr. Figueroa; pues lleva el título de *Panteismo:*

El bosque tiembla, y su perdido aroma
grato á los cielos como un ángel sube;
humo se esparce por la verde loma,
mientras la luna al horizonte asoma
en pos seguida de ondulosa nube!

¡Cuánta emoción, qué inmensa poesía,
salud, valles floridos, salud nieblas.
Elevad vuestra grata sinfonía,
y empápese en calor y en armonía
el sombrío vapor de las tinieblas.

De cada flor se eleva algún acento,
de cada hoja un susurro, algún sonido.
De cada roca brota un pensamiento;
cada brisa murmura un sentimiento,
cada esplendor un melodioso ruido!

Cada estrella parece que acompaña
el cántico terrestre y cadencioso;
y el oído en su atmósfera se baña,
y en tonos varios la armonía extraña
sube y se enlaza en giro armonioso.

Música dulce, música sensible,
que arrebata y transporta los sentidos;
inefable, grandiosa, indefinible,
ah! pero que expresar es imposible,
porque expresión no tienen sus sonidos.

Himno infinito que repite entera
la creación diversa que se anima;
lo que dice una esfera á la otra esfera,
lo que dice la mar á su ribera,
lo que dicen los valles á la cima.

Lo que dicen las nieves á la peña,
el arroyo á las rocas de su cuna,
la cascada á las aguas que despeña,
la tierna flor á la otra flor que sueña
y los astros amantes á la luna!

Himno infinito de placer, de vida;
himno de amor, de anhelo, de alabanza,
que escucha el alma enteramente unida
á esa alma en todas partes esparcida;
alma llena de amor y de esperanza!

Ella aroma en el cáliz de las flores,
sávia, luz y color, al valle presta,
resuena con los vientos bramadores;
vuela con los insectos zumbadores
y aquí, en la soledad, se manifiesta.

Aquí vive, aquí adorna su belleza
con todo su esplendor y poderío;
aquí la nota de ese canto empieza,
que se liga en armónica grandeza
á los inmensos mundos del vacío!

En estos bosques vírgenes que apenas
holló la uña del león ó el pié del hombre,
aquí donde las albas son serenas,
do de olores las auras vagan llenas,
donde crece la flor, libre y sin nombre;

Aquí, donde las rocas tienen voces
y los árboles tienen melodías,
impalpables, incógnitas, veloces;
donde las sombras mismas tienen goces,
y las noches se pierden en los días!

Oh! aquí donde el hombre latir siente
un corazón capaz de grande aliento,
debe, elevando la orgullosa frente,
su ojo lanzar al prestigioso Oriente
y á la vasta creación su pensamiento!

Si por panteismo filosófico se conoce el sistema de los que no admiten más Dios que el gran *Todo* ó la universalidad de los seres vivientes, ¿podrá con justicia decirse después de leer la poesía que acabamos de copiar, que Matta, á pesar de haberla llamado *Panteismo*, era acreedor á las tremendas invectivas que por ella le lanzó la turba de sectarios de la religión dominante en su país?

Matta, creía en la inmortalidad del alma, y esperaba otra vida mejor. Así se desprende del siguiente soneto intitulado: *Desconsuelo y Esperanza:*

Si es la amistad la niebla pasajera
que arrebata y destroza la perfidia;
si la virtud eternamente lidia
y es el amor ridícula quimera;

salta, audaz pensamiento, la barrera;
es la muerte del alma la desidia;
y á despecho del dolo y de la envidia
en alas del amor sube á otra esfera.

Sube á la esfera donde clara vierte
su lumbre la verdad; do se comprende
de la vida el misterio y de la muerte.

Y abandona esta tierra corrompida,
este mundo que todo compra y vende;
martirio de la muerte y de la vida!

Otras muchas poesías, todas ellas de las que forman el segundo tomo de sus obras, podríamos citar, para que se vea que la suspicacia de sus enemigos fué la que produjo la conflagración, más aún que las ideas del poeta. Para conocer su alma no se necesita sino leer la siguiente composición: *A mi madre*, escrita en 1853:

Cuando en mi contra sus lebreles lanza
con ladrido feroz la hipocresía,
tú me envías un rayo de esperanza
el eco de esa voz á tí no alcanza;
y tú no me maldices, madre mía!

Esa gavilla de menguados grite.
La nube amase la caterva impía
y á mi frente sus rayos precipite;
tu voz que ame y espere me repite,
y tu voz me consuela, madre mía!

Tú eres fuente que riega en mi camino
la delicada flor de la armonía.
Dulcificas la hiel de mi destino,
y eres del fatigado peregrino
salvaguardia y descanso, madre mía!

Con esa vasta imagen de mi cuna
mi frente las tormentas desafía,
y aunque el rostro me vuelva la fortuna,
mientras tu alma á mi alma se reuna,
¡qué podrán sus rencores, madre mía!

No es el odio la ley del pensamiento,
no es la estéril envidia quien lo guía,
una noble ambición es mi tormento

y no de vanas glorias avariento
prostituyo mi nombre, madre mía!

En mi rostro, que alumbra una alma pura,
no hay la lívida huella de la orgía.
No soy el buho de la noche obscura
que alza fúnebres cantos de amargura
en la choza del pobre, madre mía.

Nunca á mis labios el rencor asoma
con la uña voraz de la ironía.
Yo bendigo el candor de la paloma;
bendigo de las flores el aroma
y á Dios en cuanto existe, madre mía!

Tú que ves mi anheloso desconsuelo
compadeces mi fúnebre agonía.
Tú purificas mi terrestre anhelo.
¡Tú no me arrojas, y en el mismo cielo
nos hallaremos ambos, madre mía!

Yo espero en tí; yo siento tu presencia
sol que ilumina mi morada umbría.
Tú eres ser y virtud de mi creencia.
Siempre que se alza en tí mi inteligencia
encuentra apoyo y fuerza, madre mía.

Hoy que mi alma combatida llora,
ruega á tu amor y en ese amor confía.
Ansia de luz mi corazón devora,
brilla en mi noche celestial aurora
y bendice á tu hijo, madre mía.

Deliberadamente hemos citado las poesías de Matta, de la que podríamos llamar primera época, á pesar de

que para enaltecerle habría sido mejor presentar algunos ejemplos de las que, ya maduro su genio, le han conquistado el renombre justísimo de que goza; pero se trataba de las iras contra él ensañadas y era preciso patentizar que en realidad de verdad no las provocó. Su amor á la naturaleza, la eterna contemplación de su hermosura, no le colocaban, al menos por aquel tiempo, en las filas de los panteistas, ó mucho nos equivocamos. Sus dudas, son las dudas mismas que asaltan á todos los pensadores, poetas ó nó, en los días mismos que alcanzamos, y si hoy no causan el *santo horror* que en la primera mitad de nuestro siglo, es porque la civilización, con poder incontrastable, ha ido iluminando la conciencia humana; es porque á medida que los pueblos son más cultos se hacen más tolerantes; es porque hoy la herrumbre del tiempo ha carcomido los resortes con que aprisionaban al hombre los que se juzgan poseedores de la verdad. Hoy saliendo de las aulas proclama cualquier joven teorías más avanzadas que los pensamientos poéticos de Matta, sin provocar una tempestad.

Pero continuemos nuestra tarea.

D José María Torres Arce, en su estudio sobre la poesía chilena, citado por uno de los biógrafos de Matta, refiriéndose al numen poético y á las tendencias literarias del ilustre hijo de Copiapó, se expresa como se verá en seguida.

"Guillermo Matta, dice, concibió la idea de imprimir un nuevo giro á nuestra poesía, en el sentido de hacerla servir á sus verdaderos fines. Hombre de talento,

poeta de elevada inspiración, y poseedor de una ilustración extensa y variada, era, sin duda alguna, el más á propósito, de nuestros literatos, para llevar á cabo la revolución que emprendió con valor y con fortuna. Es el primero que entre nosotros ha comprendido la verdadera misión del poeta. Desde entonces Guillermo Matta dedicó su Musa á cantar asuntos nobles y elevados, dignos de la civilización de nuestro siglo. Estudiando en la historia, en las ciencias, en las artes, las leyes inmutables que rigen el progreso humano, penetró resueltamente en el mundo de las ideas, y su figura simpática y majestuosa adquirió proporciones desconocidas entre nuestros vates. Yendo á buscar sus inspiraciones en la necesidad del progreso, que no puede ser detenido ni por las ideas ni por los caprichos de los hombres; en el espíritu de libertad, triunfante hoy día del espíritu conservador y despótico; y, en fin, en la necesidad de combatir la ignorancia, las preocupaciones irracionales y la superstición, para entrar en la vía de un perfeccionamiento progresivo, Matta dió á su canto un tono profético, y los acordes de su lira encontraron eco en el corazón de todos los hombres de libertad y de progreso. Apartándose de los intereses materiales que tienden á empequeñecer y á esclavizar el espíritu, Matta nos da á conocer la importancia de la verdad y nos enseña á buscarla con amor y con entusiasmo. Nos hace saber que fuera de lo verdadero es imposible que el hombre pueda encontrar el ideal que necesitan su corazón y su espíritu. Concretándose algunas veces, procura explicar sus ideas y decir en qué

consiste ese ideal que ha descubierto su fantasía. Como poeta, tiene la gloria de ser el único fundador de una escuela entre nosotros: la escuela filosófica ó científica que busca sus inspiraciones en la necesidad del progreso y del bienestar humano. Entre sus numerosos trabajos tiene obras maestras que no perecerán en Chile, porque no dejarán de inspirar interés y admiración mientras haya chilenos en el mundo. La belleza de sus concepciones y el profundo arte que revela su ejecución, le han conquistado una superioridad indisputable sobre todos los demás ingenios americanos, le han hecho el primer poeta de Sud-América."

Como podría objetarse que entran por mucho en el juicio del Sr. Torres Arce el orgullo nacional y las afecciones que con él se relacionan, veamos de qué manera han juzgado á Matta en el extranjero.

Un crítico italiano, de gran competencia, G. A. Cesáreo, comparando al poeta chileno con otros de fama universal, dice:

"Más alto, más variado y más magnífico poeta es el Sr. Guillermo Matta cuyas *Nuevas Poesías* acaban de salir de las oficinas de Brockhaus, de Leipzig, en dos gruesos volúmenes de 500 páginas cada uno. El Sr. Matta, que es Ministro de Chile en Roma, es además uno de los más notables poetas de su país. Para él, viejo patriota, la flamígera espada de la libertad es más grata inspiradora que el ramo de mirto del amor; la oda inmensa y un tanto turbulenta de Víctor Hugo le cuadra mejor que la estrofa cincelada y pulida de algún otro poeta más perfecto y menos poderoso. No por eso de-

jan de sentirse aquí y allí algunas infiltraciones heinianas, y no me parecen muy fuera de propósito, señaladamente en aquella parte de sus volúmenes, *Cartera íntima*, en que se habla de amor. Matta, á semejanza de Víctor Hugo, tiene el gusto de lo grande, en los pensamientos, en los sentimientos, y hasta en la forma de la representación poética. Los ideales de patria, de ciencia, de civilización, baten sus alas soberbias sobre sus estrofas, como impetuosas olas en la soledad de un mar tempestuoso: los versos amplios y sonoros, se desenvuelven en soberbios giros, como olas espumosas que corren hacia la playa. Ciertamente que no es indigno de la respetuosa admiración de sus conciudadanos el poeta que ha escrito los versos titulados: *Por el bosque*. La *Nueva Primavera* de Matta está impregnada de una plácida serenidad de sentimientos de la naturaleza, que recuerda por su viva y luminosa frescura la magia de Goethe, donde la representación de la naturaleza tiene no solamente un valor pintoresco, sino de afecto, ideal, casi diría religioso. Por lo demás, el espíritu de las cosas vibra siempre en los versos de Matta, con una especie de personificación natural, que da un singular relieve á sus representaciones del mundo exterior. El Sr. Matta, enamorado de Italia, se ha inspirado á menudo en asuntos italianos. Tiene respecto del mayor de nuestros poetas, unos tercetos que, á mi juicio, superan con mucho á los que con diverso modo de concebir le dedicó uno de los más grandes poetas de la España contemporánea. Núñez de Arce, en la *Selva Obscura*, tiene cuartetos dedicados á Leopardi, que si ce-

den á los sextetos de Musset *Después de una lectura*, por la fúnebre elegancia de la fantasía, no me parecen menos elocuentes ni menos nobles; tiene una poesía entera sobre Andrea del Sarto, que es una pequeña obra maestra de gracia, de delicadeza y de gusto. Por último, á una amplitud poco común de fantasía, á una elevación casi heroica de sentimiento, á una singular fecundidad de inspiración, Matta reune la riqueza de formas, de metro, de sonidos, que fascinan y sorprenden al mismo tiempo. En verdad que de una vegetación tan exuberante, ha debido podarse; pero no se puede reducir á rosal la encina; y, á pesar de sus ramas retorcidas, de su follaje desigual y de sus ásperos nudos, queda siempre augusta y religiosa la encina."

Dada á conocer en lo que precede la obra poética de Matta, reanudamos nuestra relación biográfica.

En 1858 agitábase en Chile una cuestión por extremo importante: se trataba nada menos que de la reivindicación de los derechos de las provincias, abrogados por el gobierno centralista y autoritario de D. Manuel Montt. Para lograr aquel fin, se proclamaba la necesidad de convocar un Congreso Constituyente, y así lo sostenía un periódico fundado con tal objeto, con el título de *La Asamblea Constituyente*. Matta, como debía esperarse de sus avanzadas ideas, tomó activísima participación en la contienda, lo mismo en las columnas del diario que acabamos de citar, que en los clubs populares. El gobierno le redujo á prisión, lo propio que á los correligionarios; y como quiera que la personalidad de Matta era de las que mayor prestigio daban

á la causa, formósele un proceso de aquellos que los tiranos simulan para deshacerse de sus enemigos, velando la arbitrariedad y el crimen con ciertas fórmulas legales. Matta fué condenado á muerte porque defendía los derechos del pueblo! Tal sentencia pronunciada por los satélites de Montt, brindó á éste una oportunidad para hacer alarde de sentimientos generosos y magnánimos: la pena de muerte fué conmutada por la del ostracismo, y Matta fué conducido á la barca británica *Luisa Brington* que zarpó para Liverpool el 21 de Junio de 1859.

Matta en el destierro se vió rodeado de las consideraciones que el mérito conquista donde quiera. En Madrid, donde sus poesías eran conocidas, pues allí habían sido impresos dos de sus volúmenes, colaboró en *La América*, revista literaria, política, y científica, fundada por Asquerino, y en la que figuraban Larra, Alarcón, Castelar, Cañete, Carolina Coronado, Nombela, Salmerón y otros ingenios de igual significación en las letras castellanas.

También recorrió la Alemania estudiando siempre, observando, como acostumbran viajar los que anhelan volver á la patria llevándole un contingente de progreso y de civilización; no como viaja esa turba de jóvenes insubstanciales que dilapidan en Paris y en otras ciudades europeas gruesas sumas en orgías y en la estúpida ostentación de la riqueza americana.

Entretanto, un cambio político abrió á Matta las puertas de Chile. Comprendido en la ley de amnistía dictada por el gobierno de D. José Joaquín Pérez en 1862,

regresó á su país, y desde luego entró á formar parte de la redacción de *La Voz de Chile.*

Basta conocer los títulos de algunos de los estudios históricos, políticos y filosóficos, que por aquella época dió á la luz pública, para valuar la importancia de la labor de Matta como periodista: *La escuela del progreso de las Artes*, *La libre manifestación del pensamiento y su libre discusión*, *Unión americana*, *Educación del pueblo*, *Democracia americana*, *Absolutismo europeo*, *La república y la democracia en Sud-América*, *etc.*, *etc.*

Nuevas persecuciones hubo de concitarse Matta, porque por modo franco y honrado fustigaba á los mandatarios que transgredían la ley. Llevósele al banquillo de los acusados, y á pesar de que en brillante discurso hizo él mismo su defensa, á pesar de que un abogado distinguido le patrocinó, el jurado, fiel á la consigna del gobierno, le condenó á prisión. Mas lejos de perjudicarle aquella sentencia injusta, dió pábulo á su popularidad, y el opúsculo que publicó por aquellos días con el título de *El libro del pueblo*, para señalar las reformas que debían introducirse en el régimen social y civil, fué recibido con aplauso. También, con el objeto de despertar en las muchedumbres el odio á los tiranos y el sentimiento democrático, tradujo y publicó el libro de Víctor Hugo: *Napoleón el Pequeño.*

Nombrado en 1864 miembro de la *Facultad de Filosofía y Humanidades*, Matta en su discurso de recepción habló de los destinos de la literatura en las sociedades democráticas, preconizando valientemente la filosofía racionalista de que había sido apóstol D. Francisco Bil-

bao en su obra: *La sociabilidad chilena.* [1] El discurso del nuevo académico provocó, tal como lo habían provocado once años antes sus leyendas, una controversia ruidosa, y los anatemas de los que niegan al humano espíritu el derecho de pensar si no es en conformidad con los dogmas tradicionales. Mal podían, sin embargo, arredrar á un discípulo y compañero de Bilbao tal grita y tan furibundos anatemas, y siguió imperturbable por la senda que se había trazado, poniendo al servicio de su causa emancipadora de la conciencia, su pluma de publicista, su palabra elocuente, y su lira de poeta.

Fué en 1865 cuando la fama de Guillermo Matta transponiendo el Continente se hizo universal. La robustez de su inspiración y la forma cada día más perfecta de sus patrióticos cantos, en los que traducía las aspiraciones de la América latina y proclamaba sus inalienables derechos, le conquistaron verdadera celebridad. ¿Quién no conoce las poesías del ilustre chileno: *A la democracia*, *Himno de guerra á la América*, *La vuelta á la patria*, y el *Canto á la América?*

En 1867, presentó su candidatura para diputado, pe-

1 Bilbao, uno de los más ilustres pensadores, si no el primero de los que Chile ha producido, nutrió su espíritu con las doctrinas filosóficas de Lamenais, Quinet y Michelet. En 1844 hizo su profesión de fe y por ella fué acusado y perseguido. Alejóse de su patria y residió cinco años en Paris recibiendo lecciones de los más eminentes profesores de la Sorbona y del Instituto de Francia. Amigo y admirador de Quinet, le acompañó en la revolución del 48. Lamenais y Michelet le distinguieron con su afecto. Vuelto á Chile en 1849 continuó con ardor la propaganda de sus ideas, lo mismo que en el Perú y en el Ecuador. En 854 emigró otra vez á Francia, y seis meses

ro fué vencido por la intervención oficial. Tres años más tarde obtuvo el triunfo y asumió en la Cámara la misma actitud que de continuo adoptara en el periodismo. En 1875, eligióle el pueblo nuevamente, mas, al decir de uno de sus biógrafos, Matta que había sobresalido como tribuno popular, no alcanzó renombre como orador parlamentario, porque en él *es siempre superior el poeta al prosista y al orador*, fenómeno que en México hemos observado repetidas veces.

Una de las páginas de la vida pública de Matta nos comprueba una vez más que no bastan ni la inteligencia poderosa ni la ilustración profunda, ni las convicciones arraigadas, para realizar, por modo práctico, una vez en la cumbre del poder, las ideas de que se ha sido propagandista enérgico y constante. El don de mando, el tino para regir los destinos de un pueblo, no se adunan, las más de las veces, al genio del filósofo y del poeta. Por eso, cuando Matta, en 1875-1881 gobernó como Intendente, una de las provincias de su patria, Atacama, concitóse la animadversión de la prensa independiente por su política absorbente y autoritaria; por los defectos mismos que con viril entereza había

después tornó á América radicándose en Buenos Aires. Cuando Bilbao tuvo conocimiento de la invasión francesa en México y de la elevación de Maximiliano al trono, publicó una de sus obras más notables: *La América en peligro*. Bilbao falleció en 1865, de 42 años de edad, á resultas de haberse arrojado al Plata por salvar á una anciana.

Muchos folletos y aun libros enteros han sido escritos para enaltecer la memoria de Bilbao. Ninguno de los publicistas chilenos ha ejercido mayor influencia en el espíritu de sus compatriotas, ni contribuído más á la emancipación filosófica.

censurado en otros gobernantes, sin arredrarse ante la prisión y el destierro, como hemos visto ya. Para bien de su gloria, fué el cargo de Intendente el último que desempeñó en la política, pues al año siguiente de haber cesado en sus funciones (1862), designósele para Plenipotenciario en Alemania y después en Italia.

Por tercera vez se encontró Matta en la patria de Schiller y de Goethe, y durante su permanencia en ella publicó dos tomos en Leipzig, con el título de *Nuevas Poesías*, recopilando las que se hallaban esparcidas en los periódicos de su país y del extranjero.

Matta fué el primer Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario que Chile acreditara en el imperio alemán, y los servicios que en ese puesto prestó fueron grandes y relevantes. Su patria hallábase entonces envuelta en difíciles negociaciones que la conclusión de la guerra del Pacífico le había traído, y el tacto de su diplomático le valió de mucho para obtener el apoyo del Canciller de Hierro, y lo que es más, para alcanzar que aquel gobierno prescindiese de las reclamaciones formuladas por el comercio alemán contra Chile, sometiendo la resolución de aquellas reclamaciones al fallo arbitral de los tribunales que se establecieron al efecto.

Terminada su misión diplomática en 1887, regresó á Chile, y fué objeto á su llegada de demostraciones de estimación y de respeto por parte de los literatos, de los representantes extranjeros, de los hombres del gobierno, de la marina, del ejército, y, para decirlo en una sola frase, de la sociedad entera, que ve en el ilustre

poeta á una de las glorias más brillantes é imperecederas de su patria.

Pocos meses después, el 23 de Marzo de 1887, Matta fué nombrado Ministro Plenipotenciario cerca de las repúblicas del Plata, misión que desempeña todavía en los momentos en que trazamos estas líneas. También representó á su país en el Congreso internacional de Montevideo, asamblea que, libres de las preocupaciones que pudiera engendrar el amor que consagramos á todo lo que signifique honra y gloria para los pueblos hispano-americanos, juzgamos más útil y más fecunda en bienes para las Repúblicas del Nuevo Continente, que la Conferencia Internacional de Washington que acaba de clausurar sus sesiones.

De su misión en las Repúblicas del Plata, se expresa así *El Sud-Americano* que se publica en Buenos Aires:

"Como iniciador de la "Sociedad Unión Americana" se le presentaba en su nueva misión vasto campo á sus aspiraciones: la comunidad de vida internacional en los pueblos y gobiernos latino-americanos. Teniendo en vista este principio, todas sus tendencias, todos sus esfuerzos van dirigidos á hacer desaparecer los odios y rencores que cuestiones en su principio insignificantes hicieran nacer entre su patria y esta República, y á que los pueblos de un mismo origen, de idénticas glorias en su nacimiento, tengan también idénticos triunfos en el porvenir, y á que si se encuentran en nuevas luchas, sea en los terrenos del progreso y de la ciencia.

"Una vez hecho cargo de su puesto, la simpatía ge-

neral le ha sonreído, el Gobierno le ha prestado su franco apoyo al encontrar en él un amigo sincero que no mira sino por el progreso de ambas Repúblicas y por la unión cada día más estrecha de chilenos y argentinos. Como él mismo lo decía en una Memoria á su Gobierno últimamente publicada en uno de los diarios de esta capital, "si hay dos naciones limítrofes que estén llamadas á vivir aliadas á perpetuidad y sin que sean un obstáculo los Andes que en toda su extensión las dividen, sirviéndoles de escalones para comunicarse, esas dos naciones son la República Argentina y la de Chile;" y explayando aún más su pensamiento dice: "el uno, la República Argentina, tiene expedita y llana su expansión hacia el Atlántico que es el camino que le trae su engrandecimiento, y el otro, Chile, tiene amplia y exclusiva la suya en el Pacífico que es al mismo tiempo baluarte de su seguridad. Pueden considerarse ambas Repúblicas como dos astros que van girando con luz propia en propio centro, y que no llegarán nunca á chocarse por más que se aproximen en la órbita del progreso que ambos reconocen hacia el porvenir.

"Tan bellas ideas, tan sanos propósitos, no pueden menos que salir triunfantes y poco á poco ver realizadas sus esperanzas. El Tratado de Límites firmado en Chile en 1881 está próximo á dar sus resultados, y ni el más remoto inconveniente puede ser obstáculo á su conclusión. Hoy (1889) ambos Gobiernos estudian un Tratado de Comercio, fundado en la más estricta equidad, lo que vendrá á ser como un sello á la unión de

ambas Repúblicas y un nuevo triunfo para el hábil diplomático que lo gestiona.

"La mejor y más elocuente prueba de sincera amistad, y de la importancia política que da Chile á esta República, ha sido el nombramiento de Matta como Ministro Plenipotenciario, atenta la personalidad política de este diplomático."

Son por tal extremo numerosas las obras poéticas de Matta, que sería tarea poco menos que imposible señalar las más dignas de loa. No lo intentaremos, por eso, y porque aunque la empresa nos atrae y cautiva, la juzgamos innecesaria toda vez que el consentimiento unánime de las autoridades en la materia han discernido al hijo egregio de Copiapó el lauro inmarcesible que fulgura en su inspirada frente. Cerraremos, pues, este capítulo con las palabras del Dante:

Onorate l'altissimo poeta.



JUANA MANUELA GORRITI.

Gloríase, y con razón, la patria de San Martín y de Echeverría, de contar entre sus eminencias literarias á la Sra. Doña Juana Manuela Gorriti, por ser esta noble dama una de las más ilustres escritoras de la América Latina.

El nombre de la Sra. Gorriti sería popular en México, si el injustificable aislamiento en que hemos vivido respecto de las Repúblicas Sud-americanas, no hubiese ocultado á los ojos de la inmensa mayoría de nuestra sociedad las producciones de tantos y tan egregios

autores como forman el tesoro de las letras en aquellas Repúblicas hermanas, en tanto que durante muchos años se ha nutrido esa mayoría con los frutos casi siempre insubstanciales de literaturas que no responden á los ideales de un pueblo como el nuestro.

La mujer mexicana, con marcadísimas excepciones, ha leído exclusivamente, no por su propia voluntad sino por sugestión, los libros escritos por personas de su mismo sexo, llegando á formarse la conciencia de que procediendo así, deja de contaminarse con las ideas subversivas que le han hecho creer que encierran las producciones de los hombres. Y como se ha cuidado de poner á su alcance únicamente aquellas que la encaminen á perpetuar las creencias y las costumbres heredadas, ha sucedido por tal modo, que, á título de robustecer sus sentimientos morales, se ha prescindido de despertar en la mujer el amor y la admiración á las más excelsas producciones del arte literario, fomentando su afición á la lectura de las que están destituídas de todo mérito pero abundantes en lecciones que presumiendo moralizar acaban en último análisis por viciar la inteligencia y el corazón de la mujer. Lo primero, porque tales obras carecen de belleza estética, y lo segundo, porque la enseñanza que de ellas pudiera derivarse se adquiere después de haber asistido al desarrollo de dramas en que figuran ó actúan pasiones que, por dicha, aún no conturban el espíritu de la mujer de nuestros hogares.

Ajeno á mi carácter es dirigir reproches sin fundamento, y por lo tanto, antes de proseguir, juzgo nece-

sario presentar en apoyo de lo que llevo expuesto, lo que uno de los mejor reputados críticos españoles dice á propósito de la mayoría de las escritoras de su patria, que son las que gozan en México la predilección de los padres de familia, y son por ende las mismas á que he aludido.

"Hay todavía—dice Leopoldo Alas—quien niega á la mujer el derecho de ser literata. En efecto, las mujeres que escriben mal son poco agradables; pero lo mismo les sucede á los hombres. En España, es preciso confesarlo, las señoras que publican versos y prosa suelen hacerlo bastante mal. Hoy mismo escriben para el público muchas damas que son otras tantas *calamidades de las letras*, á pesar de lo cual yo beso sus pies. Aun de las que alaba cierta parte del público, yo no diría sino pestes una vez puesto á ello. Hay, en mi opinión, *dos* escritoras españolas que son la excepción gloriosa de esa deplorable *regla general:* me refiero á la ilustre y nunca bastante alabada Doña Concepción Arenal, y á la señora que escribe LA CUESTIÓN PALPITANTE.

"La literata española no suele ser más instruída que la mujer española que se deja de letras: todo lo fía á la imaginación y al sentimiento, y quiere suplir con ternura el ingenio. Lo más triste es que la moralidad que esas literatas predican, no siempre la siguen en su conducta. Emilia Pardo Bazán que tiene una poderosa fantasía, ha cultivado las ciencias y las artes; es un *sabio* en muchas materias y habla cinco ó seis lenguas vivas."

La escritora argentina, objeto del presente artículo,

lejos de hallarse comprendida en la *regla general* de Leopoldo Alas, es en la América Latina lo que las Sras. Arenal y Pardo Bazán en España. Sus obras,—como ha dicho un distinguido publicista chileno—que son numerosas y notables, la colocan al nivel de los más egregios literatos conocidos; su vida es mucho más venerable aún, pues su existencia ha sido una odisea de martirio y de gloria. ¿Cómo pues dejar de llamar la atención de los lectores de la *Revista Nacional*, hacia una personalidad que desde cualquier punto de vista que se le estudie, es una gloria para la América Latina? ¿Cómo dejar que arraiguen más y más en nuestras damas la ignorancia y la preocupación respecto de las obras que tanto la Sra. Gorriti como otras ilustres escritoras hispano-americanas han producido?

Nació Doña Juana Manuela Gorriti en la provincia de Salta, en Junio de 1819, siendo su padre el Sr. general D. José Ignacio Gorriti, ilustre prócer de la independencia argentina, que empleó en el sostenimiento de esa noble causa una inmensa fortuna, que fué un gobernante probo, y que murió en el destierro, pobre pero con un nombre glorioso é inmaculado.

La Sra. Gorriti compartió con su padre el ostracismo, desde la edad de doce años, en la República de Bolivia, en donde más tarde se unió en matrimonio con el coronel D. Manuel Isidoro Belzú, personaje de celebridad prestigiosa. Belzú al decir de un escritor sud-americano, tuvo como ninguno el talento de fanatizar á las masas hasta el punto de merecer el nombre que con justicia se le ha aplicado más de una vez, de Ma-

homa boliviano. El pueblo, y la indiada que en ese país es muy numerosa, le adoraban de una manera extraña; si ha habido un nombre popular en el sentido genuino de la palabra, en algún país, ese nombre es el de Belzú en Bolivia. No hay quien no lo sepa, y aún en el día los indios de las altas mesetas de la Cordillera vierten lágrimas á su recuerdo.

Soldado revolucionario el marido de la Sra. Gorriti, derrocó á dos de los supremos mandatarios de su patria, gobernó durante siete años, viajó diez por Europa y al regresar á Bolivia en 1865 encabezó una nueva revolución contra el general Melgarejo, quien después de una terrible batalla en las calles de la Paz, venció á Belzú y le dió muerte en su propio palacio.

La breve noticia que acabamos de dar respecto al hombre que unió su suerte á la de la ilustre escritora argentina, basta para comprender que lejos ésta de encontrar un lenitivo á las amarguras del destierro, halló en el matrimonio nueva fuente de pesares. Mas quisó el cielo brindarle un bálsamo purísimo, dotándola de raras y excelentes cualidades para el cultivo de las bellas letras.

La primera obra de la Sra. Gorriti fué una novela intitulada *La Quena*, inspirada en la historia de los Incas de Marmontel. En ella hace una pintura de la grandeza peruana en sus días de esplendor, por tal extremo suntuosa, que, como dijo un crítico, los tesoros de Montecristo, inventados por la aurífera codicia de Dumas, son una miseria, que ni aun reunida con las talegas del capitán Nemo harían un montecillo digno de compa-

rarse con aquella vastísima ciudad subterránea del Cuzco, á donde la fértil novelista hace descender á la madre de Chaska Naui conduciendo los restos de su padre.

Hablando el Sr. Pelliza de uno de los más hermosos pasajes de la *Quena*, dice: "Este cuadro no parece trazado por la mano de una escritora improvisada. Ni el contorno ni la idea acusan encogimiento ó excitación. La firmeza del genio y el exquisito sentimiento de la maternidad iluminan la hermosa página que dejamos transcrita. Bernardino Saint-Pierre no pinta con más fuego; ni la interesante y amena Delfina Gay escudriña mejor los secretos arcanos de la pasión, ni describe con naturalidad más espontánea las tremendas inflexiones del dolor y la esperanza."

A esa novela, publicada en 1845, siguieron otras: *El guante negro*, *Gubi Amaya*, *Un drama en el Adriático*, *Fragmentos del álbum de una peregrina*, *La novia del muerto*, *La hija del mashorquero*, *Una apuesta*, *El lucero del manantial*, *Una noche de agonía*, *El lecho nupcial*, *Tres noches de una historia*, *El ángel caído*, *Tesoro de los Incas*, *Quien escucha su mal oye*, *Si mal haces no esperes bien*, *Una hora de coquetería*, *El ramillete de la velada*, *Una redondilla*, *El naranjo y el cedro*, *La fiebre amarilla*, *Güemes*, etc., etc.

Refiriéndose Torres Caicedo, en 1863, á las novelas hasta entonces publicadas por la ilustre salteña, emitió el siguiente juicio:

"La Sra. Doña Juana Manuela Gorriti no pertenece como Jorge Sand, á una escuela filosófica ni como ella

tiene los refinamientos del arte y del estilo; pero en cambio posee el sentimiento de lo bello y de lo bueno, que distinguió á la autora de *Margarita ó los dos amores*, la malograda Delfina Gay,—Mad. de Girardin.—Sin la corrección de lenguaje de Fernán Caballero, tiene como esta afamada escritora española el amor á la verdad, á la sencillez, y sin ser realista, describe fielmente la naturaleza, animándola con los tintes de lo ideal. La escritora no olvida á la mujer; la literata recuerda siempre que es cristiana; y por eso sus novelas son siempre recreativas, morales, y pueden sin recelo ponerse en manos de las vírgenes y entrar por la puerta principal en el hogar de la familia que más dada sea á la práctica de la virtud.

"Lejos está la literata argentina de poseer las ricas facultades de la autora de *Indiana* y *Valentina;* pero lejos está la escritora francesa de poseer la noble sencillez y el espíritu moralizador de la autora del *Lucero del manantial.* Aquella se presta á la discusión y conmueve todas las pasiones: ésta arrulla dulcemente el alma y hace pasar las horas en grata paz. La literata francesa ha perdido su sexo, como dice Mr. de Lamartine, en las luchas filosóficas y políticas; la literata argentina se ha mostrado mujer por el corazón y por el lenguaje, por la sencillez y la moralidad.

"La novela, después de la forma dramática, ha dicho Planche, es la forma más popular del pensamiento; pero si puede sanar muchas heridas, puede también abrir otras que son incurables. Esto lo ha comprendido por intuición la Sra. Gorriti, y por ello trata de armonizar

la pureza de la forma con la elevación de los sentimientos. En muchas de las novelas de la literata argentina hay ausencia de episodios, los caracteres apenas son delineados, las descripciones dejan que desear; pero, en cambio, hay rapidez en la acción, altura en los pensamientos, dignidad en la expresión, moralidad en el fin que se propone, y si las descripciones son cortas, las que presenta son exactas y revelan lo que hoy se llama el sentimiento estético y el color local."

Antes de proseguir, haremos notar que de muchos de los defectos apuntados por Torres Caicedo en el juicio que acabamos de copiar, se ven expurgadas las obras posteriores de la Sra. Gorriti, sin que en éstas se note que á la perfección de la forma hubiese sacrificado la naturalidad y el vigor del pensamiento.

Volvamos á la vida íntima de la Sra. Gorriti para hablar después de sus últimas producciones.

Las tempestades políticas la arrojaron del suelo natal, siendo como dijimos ya, todavía niña, y las mismas tempestades la condujeron de Bolivia al Perú.

Para disipar la nostalgia, fundó en la hermosa capital del Rimac un colegio de señoritas, y como si tan penosa labor no fuera bastante para llenar sus horas y agotar sus fuerzas, dedicó las noches al cultivo de la literatura y convirtió su hogar en un verdadero Ateneo, reuniendo en él á las inteligencias superiores de la patria de Ricardo Palma. De esas reuniones surgió la idea de fundar *El Correo del Perú*, publicación que alcanzó grande celebridad.

En 1865 publicó su hermoso libro *Sueños y Realida-*

des, en Buenos Aires, acrecentando con él la reputación de gran novelista; después *Panoramas de la vida* y *El mundo de los recuerdos.*

En 1875, al retornar á la patria fué la Sra. Gorriti objeto de las más cariñosas y entusiastas manifestaciones por parte de las seductoras bonaerenses, quienes la obsequiaron con un álbum y una estrella de exquisito mérito. También el distinguido editor D. Cárlos Casavalle, el benemérito de las letras argentinas, le dedicó un recuerdo, que consistió en un folleto impreso con elegancia, en el que reunió, con el título de *Palma Literaria y Artística*, varias de las poesías escritas en honra de la popular novelista.

Y en verdad que los homenajes tributados á la Sra. Gorriti fueron justos y merecidos. Ella había tenido para la patria, en sus días de proscripción, los mejores recuerdos; ella había honrado por donde quiera el nombre argentino y conservado, con inalterable cariño, sus relaciones con sus conterráneos, sin que brotaran nunca de su pluma amargos reproches; sin que, ni por un solo día, en sus horas de tristeza nostálgica, buscase una distracción en escribir, como bien podría haberlo hecho, la historia de la dominación ignominiosa que soportó durante largos años el pueblo, sin dar muestras de virilidad y de heroísmo para arrancar de raíz la tiranía que sobre él pesaba.

Y llama la atención, cuando se estudian los numerosos escritos de la Sra. Gorriti, ver cómo en ellos no procura sino por el contrario evita, hablar de sí misma. Es un hecho perfectamente demostrado que la mujer que

se dedica á la literatura, con muy contadas excepciones, se hace fastidiosa é intolerable por su afán de pregonar la excelsitud del ingenio femenino, volviendo por los fueros, que ningún pensador ultraja, de las mujeres superiores, y enumerando, venga ó no al caso, á las que desde la antigüedad más remota hasta nuestros días han adquirido alguna celebridad.

También debe señalarse entre las más características dotes de la Sra. Gorriti la modestia, y su ninguna pedantería. Regístrense sus obras, y se verá que jamás hace en ninguna de ellas la más ligera alusión á los triunfos por ella alcanzados, ni menos hace alarde de poseer conocimientos que la elevan sobre el vulgo de las escritoras. Los efectos de relumbrón, las frases rebuscadas, la poesía impertinente que muchos escritores confunden con la grandilocuencia, no tienen cabida en las páginas por la Sra. Gorriti escritas.

Tampoco se le podría tachar, como á muchas otras literatas, de explotadora de los sentimientos religiosos de sus lectoras. Ella no hace alarde de su piedad ni quiere ostentarse apóstol de las creencias que profesa. La moral purísima de sus obras no se infiltra en el alma por medio de esas cansadas disertaciones que á guisa de predicación doctrinal siembran en sus libros los que desean congratularse con los que se dicen directores de la conciencia humana.

Un crítico que se ha distinguido no solamente por la severidad de sus juicios, por su variada y profunda instrucción y por su depurado gusto, sino también por su extremado apego á los principios ultra católicos, de los

que es esforzado paladín, tiene en tan alta estima las excelencias de la novelista salteña, que hace apenas un año que publicó en Buenos Aires un brillante artículo en elogio de la Sra. Gorriti. De ese artículo vamos á extractar algunos pasajes que—mejor que cuanto nosotros pudiéramos decir—dan cabal idea de la dama y de la escritora.

"Nacida en medio de agitaciones—dice D. Santiago Estrada—la vida de Juana Manuela Gorriti se ha desenvuelto entre tempestades. Parece que todos sus actos participaron del aspecto agreste, á la par que grandioso, de los Andes de Salta, su cuna; de Bolivia, su refugio en la proscripción; del Perú, su oasis en las penurias de larga peregrinación. Las alas de su espíritu, parecidas á las del condor, la llevaron del valle á las alturas de la cordillera. Visitada por la inspiración, divide con la Avellaneda el imperio literario de la mujer americana en la América española. Lo que de viril y adusto le imprimió el infortunio, lo ha modificado el sentimiento femenil, tierno y delicado, desbordante de su corazón como la savia de la floresta colombiana, ó la recina del tronco herido por el hacha, del sándalo de la India.

"Apenas tras ruda batalla recuperó la serenidad del ánimo, reapareció en ella la soñadora de lo bueno, la utopista de lo bello, la imaginación creadora del artista, que la impulsó á ver flores en el campo erial y virtudes en los corazones empedernidos. Los hijos de su fantasía, aparentemente menos amados que los de sus entrañas, en consorcio con la bondad del carácter, ale-

jándola de la misantropía compañera de las decepciones, la han entregado como maniatada al optimismo más generoso. Pocos argentinos han leído tanto como ella en el libro de la naturaleza. Una intuición superior infunde en su espíritu la visión de las cosas ignotas. La práctica de la vida, las reminiscencias de la juventud, la circunstancia de haber tomado parte en episodios extraordinarios de nuestra historia, constituyen la fuente inexhausta de su conversación interesante, instructiva, encantadora, que encuentra la fuerza en el ingenio, y la gracia en la palabra brillante y apropiada, que, como el agua de las cumbres de la sierra, se purifica incesantemente en virtud de la elevación de la caída.

"Juana Manuela Gorriti lo ha contemplado todo: el campo de batalla de los bandos y de los pueblos; el desgarramiento de los sentimientos ajenos y la lucha solitaria de las propias pasiones. Observadora, no sólo ha visto, sino que ha estudiado cuanto ha caído bajo su mirada: afectos, ideas, aspiraciones y fibras de la naturaleza humana. Narradora por inclinación, no puede dejar de repetir lo que es idea de su cerebro ó visión de su fantasía. Analiza el espíritu como un psicólogo, diseca la entraña como un fisiólogo, y de aquí que algunas de sus obras parezcan haber tenido por buril un escalpelo, y por escritorio la mesa de un anfiteatro. Artista minuciosa y delicada, reuniendo los elementos grandes y pequeños, ha concertado los colores variados de ciertas narraciones, con la paciencia inteligente de los fabricantes de mosaicos de Florencia. En aquella cabeza de mujer dibujada por ella, brillan las tintas

de su abundante paleta, como los toques lucidos de los esmaltes de Limoges. Algunas breves leyendas que apenas forman una escena, recuerdan los bajos relieves, reducidos y artísticos, de los plateros de la época de Cellini. Encuéntrase en la colección de sus obras, marcos primorosamente labrados, conteniendo composiciones de importancia dudosa, que involuntariamente traen á la memoria algunos lienzos italianos, que sobreviven por las cornizas venecianas que formaron uno de los ramos del arte escultórico de la antigua reina del Adriático."

Más adelante, agrega el Sr. Estrada:

"Juana Manuela Gorriti empleando con acierto el instrumento de la palabra, ha encontrado el camino de la belleza de la forma que inmortalizó el arte griego. La manera particular de manejar la pluma, ó la palabra, constituye el derecho de propiedad del estilo en los artistas del pensamiento. Nuestra paisana ha conquistado el derecho de que se le reconozca ese título, expresándose originalmente en la lengua de Cervantes. Ella ha escuchado en las yungas, en las punas, en los valles y en las pampas americanas, el lenguaje de las criaturas sensibles é insensibles, el gemido del viento, la querella del indio, el sollozo de la quena, y después de describir el desfiladero escabroso, la huaca profanada, la silueta agria de la montaña, el perfil adusto del arriero curtido por las inclemencias, la figura melancólica del payador errante, ha compuesto tragedias y dramas al parecer escritos ora á la luz deslumbradora del sol de los trópicos, ora al reflejo de la hoguera de los campa-

mentos, ya deslumbrado por el candil de la posada del caminante, ya en la granja rodeada de aldeanos, ora en el hogar circundado de mozos y de mozas, ávidos de recoger en la memoria esas creaciones maravillosas, alternadas con cuadros cómicos en que predominan la virtud y el amor, la sencillez de los hábitos y la inocencia del corazón."

No menos encomiástica, y no menos equitativa, es la opinión que otro crítico, ya citado por nosotros, expone respecto á una de las más hermosas producciones de la Sra. Gorriti.

"En las brillantes páginas de *Peregrinaciones de una alma triste*, dice el Sr. Pelliza, el interés novelesco no es lo que más subyuga; su principal atractivo reside en la descripción de las localidades; en el panorama del suelo americano desplegado en todo su maravilloso esplendor; en la pintura de las costumbres sencillas y patriarcales de la vida campestre, diseñadas allí con hábil maestría. ¡Cuánta profunda observación ha dejado consignada la autora en el paso fugitivo de esta voluntaria romería! Jamás las armonías del estilo lucieron con tan humildes atavíos, y el arte del escritor pocas veces fué mejor explotado para fingir la realidad, creando la vida y la acción en medio de la naturaleza solitaria. Con esta obra la Sra. Gorriti ha entrado en la nueva senda por que conducen la novela los primeros escritores de la época presente: el romanticismo con sus amores volcánicos, donde toda la acción se desarrolla en la violencia de las pasiones y en el fuego de los efectos llevados á una temperatura sofocante, había per-

vertido el gusto, después de estragar la literatura con sus creaciones inverosímiles y funestas para la quietud y el sosiego doméstico. Hoy se le pide á la novela algo más que la pintura de las costumbres, y sobre todo de esas costumbres suntuarias que han llegado al más completo refinamiento. Esto, por sí solo, no es de provecho para los pueblos americanos."

Llegará un día,—ciertos estamos de ello,—en el que las obras de la ilustre novelista salteña sean populares en México. Entonces los que hubiesen sospechado que he hecho vibrar preferentemente la nota del elogio en este capítulo, verán desvanecida tal sospecha, y confirmarán el juicio de los Sres. Estrada y Pelliza.

Espero que ese día no se hará esperar mucho. No es posible que perduren los obstáculos que hoy se oponen á la fraternidad literaria de las naciones latino-americanas. En Europa misma están adquiriendo día á día mayor ensanche los estudios de la literatura del Nuevo Continente, y no hay razón ninguna para que en México no se despierte igual interés por esos estudios.

La tierra natal es el título del último libro publicado por la Sra. Gorriti, en el corriente año.

Es la narración amena de un viaje emprendido por la autora á la provincia de su nacimiento; narración sembrada de anécdotas y de recuerdos, y en la que con facilidad y gallardía admirables desenvuelve ante la vista del lector los más hermosos paisajes. Increible parece que tanta frescura, tantas galas, broten de la pluma de una escritora que ha vivido ya setenta años, y

más increible aún, que esa misma anciana tenga en preparación cuatro nuevas obras: *Cocina ecléctica*, *Lo íntimo*, *Perfiles históricos* y *Perfiles divinos*.

Nuestra admiración crece más y más cuando recordamos las terribles pruebas por que ha pasado la Sra. Gorriti durante su larga existencia. Se necesita poseer una naturaleza excepcional para resistir el embate de los dolores que han acibarado el corazón de la fecunda escritora, y de los que hemos hecho ligera mención porque no era nuestro pensamiento sino el de dar á conocer en México las obras literarias de la Sra. Gorriti. Aunque de imperfecto modo hemos cumplido nuestro propósito, y sólo nos resta decir, para terminar, que entre los descendientes de la ilustre argentina se cuenta á la poetisa Mercedes Belzú de Dorado. La hija de la Sra. Gorriti goza de merecido renombre por sus obras así originales como traducidas.



NUMA POMPILIO LLONA.

Anidan en las verdes florestas bañadas por mansos ríos, las aves canoras, y en las abruptas montañas cuya cima parece que se esconde entre las nubes y desde cuyos flancos se precipitan bramando los torrentes, el águila que se cierne en los espacios y que mira al sol sin que le ofusquen sus rayos. No de otra manera en las ciudades que se reclinan sobre llanuras de limitados horizontes, nacen los poetas de sentidos cantos, los que arrobados celebran las bellezas de la creación y queman en las aras de la beldad el incienso del amor;

en tanto que junto á las altas cumbres nacen los bardos que se elevan en alas del genio y que remedan en sus estrofas los tumbos del Océano y el fragor de los torrentes. ¿Qué extraño, pues, que en la pampa inmensa se hubiese mecido la cuna de Rafael Obligado, y en el suelo en que se alza el Chimborazo la de Numa Pompilio Llona?

Conterráneo del cantor de Junín, Llona, como Olmedo, es acreedor al renombre de Tirteo ecuatoriano y de uno de los más grandes é insignes poetas de la América. Y sin embargo, Llona no es conocido, por sus obras, sino de muy pocos en México, mientras que se ven llenas constantemente las columnas de los periódicos con los versos festivos copiados del *Madrid Cómico* y de otros semanarios madrileños.

Cuantos críticos han juzgado á Llona, reconocen que campean en sus poesías pensamientos originales, estilo propio, colorido brillante, y entonación robusta. Su musa, como alguien ha dicho ya, vuela por las altas regiones de la historia americana cuyas glorias son los focos de luz donde enciende sus inimitables estrofas; su musa ha bebido la inspiración en las selvas vírgenes de América cuyas armonías ha sabido interpretar, y ha bajado también á los abismos del corazón humano y ha hecho vibrar unísonos los acentos de la alegría y del dolor. Llona, según la expresión de otro poeta, es el cóndor audaz del pensamiento,

El poeta inmortal del Nuevo Mundo,
que recorre sus sendas ignoradas
con el alma de América en los labios,
con el fuego de Dios en la mirada!

Y no es eso nada más. La diplomacia y la cátedra, débenle servicios importantes, en los que ha puesto de relieve sus dotes intelectuales desarrolladas por el perseverante estudio y por la observación fructuosa.

"Tres naciones, dice uno de sus biógrafos, se reclaman por suyo á Numa Pompilio Llona, y las tres tienen para ello títulos bastantes: Ecuador, porque vió la luz en las alegres orillas del caudaloso Guayas; Colombia porque en sus deliciosas comarcas el poeta vivió los placenteros días de la infancia; y el Perú porque aquí concluyó sus estudios compartiendo largo tiempo con nosotros las glorias y los reveses de la suerte. Pero ya sea Numa Pompilio Llona compatriota de Olmedo, de Arboleda ó de Vigil, siempre será un timbre de honor para el mundo americano."

"Su vida,—continúa el biógrafo peruano,—en la que la suerte se hubiera complacido proporcionándole todo género de alegrías y toda clase de dolores, no ha sido hasta hace poco sino un batallar incesante de la materia contra el espíritu, de la voluntad contra los obstáculos. Y por eso, Numa Pompilio Llona poeta ilustre, diplomático notable y distinguido maestro, es también hombre de gran experiencia, que á fuerza de luchar contra las miserias de la tierra, ha llegado á adquirir ese carísimo pero provechoso conocimiento de los hombres y de las cosas, capital de inmenso valor en las transacciones mundanas."

Apuntemos las fechas principales de la vida del gran cantor ecuatoriano, para dar después idea de sus obras poéticas.

Hijo del eminente abogado D. José L. Llona y de la Sra. Doña Mercedes Echávarry, nació en Guayaquil en 1832.

Contaba cuatro años de edad cuando sus padres trasladaron su residencia á Calí, ciudad colombiana, poniéndole más tarde en el Colegio de Santa María Librada, en el que permaneció hasta 1845 revelando cualidades sobresalientes.

Establecida su familia en Lima en 1846, Llona continuó sus estudios en el renombrado Colegio de San Cárlos, con éxito por tal modo brillante que en 1852 recibió el título de abogado.

Otorgósele en 1853 el nombramiento de catedrático de Estética y Literatura general, de la Universidad de San Marcos, puesto que regenteó, con algunas interrupciones á que le obligara el desempeño de otros cargos, durante diez años. Muchos de los peruanos discípulos de Llona, han dado tanta honra á su patria como á su maestro.

De 1860 á 1862 residió en España con el carácter de Cónsul del Perú, y en 1864 fué secretario del Congreso americano reunido en Lima. Terminadas las sesiones del Congreso pasó Llona á Italia como Cónsul general.

Comisionado en 1866 por el gobierno para presidir en Francia é Italia la construcción del grandioso monumento conmemorativo que hoy se ostenta á la entrada del Callao, débese, en gran parte, á los esfuerzos del ilustre poeta el que ese monumento sea digno de la gloriosa fecha que el Perú se propuso inmortalizar.

En 1880 fué nombrado Director del Instituto Nacional de Bellas Artes, Letras y Monumentos, y miembro del Consejo Superior de Instrucción Pública.

Además de estos empleos, Llona sirvió en el Perú muchos otros cargos y comisiones de carácter municipal, de beneficencia, etc., demostrando siempre su sincero amor al país que le había inscrito entre sus más preclaros ciudadanos.

En 1882 volvió Llona al suelo natal, y en el siguiente año el gobierno ecuatoriano le nombró Rector de la Universidad de Guayaquil, precisamente el mismo día que en Quito era designado para el cargo de Subsecretario del Ministerio del Interior y de Relaciones Exteriores, y casi á la vez que el gobernador del Cauca (Colombia) le nombraba Rector de la Universidad de Popayan. Tales distinciones son el testimonio más elocuente de que los altos merecimientos de Llona eran reconocidos por donde quiera. Mas como había ya tomado posesión del primero de los empleos mencionados, hubo de renunciar los otros, no menos honoríficos é importantes que el primero.

Que el rectorado de la Universidad de Popayan significa altísima distinción, se comprende con sólo decir que el eminente estadista y escritor colombiano D. Sergio Arboleda fué el designado para reemplazar á Llona.

Poco después el Gobierno del Ecuador ponía bajo la dirección del inspirado poeta la Escuela Nacional de Bellas Artes, y de Artes y Oficios, de Quito.

Terminaba el año de 1884 cuando fué acreditado como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario

del Ecuador en Colombia, Legación que desempeñó de 1885 á 1886.

Nadie ignora que Bogotá es uno de los centros principales de la cultura americana, por lo que se le ha asignado más de una vez el título de Atenas del Sur, y nadie, por lo mismo, dejará de suponer cuán entusiasta y cuán honrosa fué la acogida que el diplomático poeta mereció de la sociedad bogotana.

"Apenas conocido en Colombia el nombramiento del Sr. Llona, como Ministro del Ecuador—dice un escritor peruano,—los más importantes periódicos se ocuparon del esclarecido poeta en términos por demás elevados, distinguiéndose entre otros, la *Voz Nacional* de Bogotá, redactada por D. Sergio Arboleda y D. Rafael Pombo. Esas manifestaciones de simpatía fueron mucho más significativas á su llegada á Bogotá, mereciendo también de la *Academia Colombiana* la notabilísima distinción de ser nombrado miembro honorario de tan ilustrado cuerpo; el cual nombramiento se le comunicó por el secretario D. Rafael Pombo en un oficio que es por sí solo timbre de legítimo orgullo para el diplomático y para el escritor."

Vuelto al Ecuador en 1886, Llona fué nombrado Rector del Colegio Nacional de San Vicente, en cuyo puesto permanecía hasta últimas fechas.

España, Francia, Inglaterra, Bélgica, Italia y Suiza han sido visitadas por Llona, quien, como todos los hombres superiores, ha visto en los viajes no una simple ocasión para divagar el espíritu, sino para atesorar nuevos conocimientos y perfeccionar los ya adquiridos.

Puesto en contacto con las eminencias de la época, agasajado por ellas, celebrado por las más acreditadas publicaciones del viejo mundo, ha colocado en su verdadero punto de vista el nombre de América, desvaneciendo los absurdos errores que durante tanto tiempo han pasado por dogmas en Europa, en lo que atañe á la civilización de los pueblos hispano-americanos. Así, los viajes del autor de la *Odisea del alma* han sido provechosos no solamente al individuo sino á su patria y á los demás pueblos sud-americanos. Su genio, podemos decirlo así, ha dejado por donde quiera un reguero de luz que ha iluminado los espíritus y les ha hecho comprender que el mundo por Colón descubierto es más rico por la inteligencia de sus hijos que por el oro que encierra en sus entrañas; que el pensamiento de sus hijos se eleva aún más que las más elevadas cordilleras y que las águilas y los cóndores; y que el desdén con que las más de las veces se habla en Europa de los pueblos latino-americanos nace de la injustificable ignorancia de sus gratuitos detractores.

Dada á conocer en lo que precede la vida de Llona como diplomático, y enumerados ya los puestos que ha ocupado en varios de los más importantes planteles de instrucción de Sud-América, volvamos la vista al poeta y al literato. Y no se extrañe que copiemos algunas de sus producciones, ó fragmentos de ellas, incurriendo en un defecto que más de una vez ha sido censurado con justicia; el cual defecto consiste en multiplicar las citaciones de los parajes culminantes de las obras del autor á quien se estudia, como si no bastara dar á

conocer su espíritu, sus tendencias y la escuela literaria de que es adepto.

Dijimos ya que las poesías de Llona con ser como son brillantísimas joyas de la literatura hispano-americana son conocidas de muy pocos en México. No es, por lo mismo, justificable únicamente, sino necesario, presentar de ellas algunas muestras que, por otra parte, servirán para comprobar que los elogios que al vate ecuatoriano tributamos, los tiene bien merecidos.

Desde sus primeros años reveló Llona su vocación literaria. Once años contaba nada más, cuando comenzó á dar forma á sus pensamientos, "tratando con igual galanura é inspiración el verso y la prosa." De entonces acá ha producido tanto, que sería difícil citar sus escritos más notables.

Sus poesías, publicadas por los principales periódicos de Sud-América y de Europa, están reunidas en varios volúmenes impresos en Lima unos, y otros en París, Suiza é Italia, como los *Cantos Americanos*, *Nuevas poesías* y *Artículos en prosa*, y *Noche de dolor en las montañas*.

Llona, el inspirado autor del *Canto de la vida*, canto que por sí solo bastaría para formar una reputación, es uno de los poetas que con éxito más brillante han cultivado el soneto. Un literato argentino dice: "Los sonetos de Numa Pompilio Llona son una espléndida corona de adelfas que él teje sobre su frente, ó una columna de mármol de Páros donde merece grabar su nombre. La posteridad escribirá en piedra blanca debajo de él, esta mágica palabra: "gloria."

Veanse los siguientes sonetos *A unos cabellos rubios:*

I

"No con ígneos diamantes de Golconda,
rubí sangriento ó vívida esmeralda,
ni aun de risueñas flores con guirnalda,
tu cabellera sin rival se esconda.

Deja que bañe su corriente blonda
garganta y hombros y marmórea espalda,
y de tu veste cándida la falda
en torno envuelva deslumbrante su onda.

Rubia es y fragante su madeja
como la miel que de olorosas flores
labró en el Hibla susurrante abeja,

y en sus sedosos rizos voladores
la luz, cual lluvia de oro, se refleja
con repentinos lampos y esplendores."

II

"De joyas y de flores despojada,
libre de lazos ó de ebúrneo diente,
por ambos lados de tu blanca frente
caer la he visto en profusión dorada.

Cual de cumbre purísima nevada,
tras la que asoma el sol resplandeciente,
la luz, en doble y fúlgido torrente,
baja de Mayo en límpida alborada;

y de tus ojos los divinos soles
brillaban en su cerco deslumbrante,
y tu adorable faz dulce y risueña,

cual brilla entre dorados arreboles
el cielo azul, magnífico y radiante,
en donde el alma paraísos sueña."

III

"Como de las cabezas ideales
de los querubes del celeste coro,
bajaba atrás su espléndido tesoro
en largas armoniosas espirales;

cual, tendido á los rayos orientales,
prolonga el mar ondulaciones de oro;
como en la tarde el Niágara sonoro
baja de luz en trémulos raudales......

Y entonces mi entusiasta fantasía
poblada de poéticas visiones,
fulgente escala en ella se fingía,

por cuyos rutilantes escalones
mi palpitante espíritu ascendía
de la dicha sin fin á las regiones!"

De género más elevado que el de los sonetos que acabamos de reproducir, el siguiente es una obra maestra. Está dedicado *Al Perú*, después de los desastres de Angamos y de Dolores ó el Salto de San Francisco:

"¡Oh Perú, de la América soldado!
ayer pujante y de laurel ceñido,
¿cómo en tierra te encuentras invadido
y en mar por fuertes naves encerrado?

"Un gigante semejas maniatado
sobre tu inmenso litoral tendido,
que, del abierto flanco, ya ha vertido
su sangre en suelo y golfo purpurado.

¡Titán! destroza ya tus ligaduras!
lanza un grito que espante al Hado adverso!
ponte en pié; de tus Andes las alturas

sobre la sien derrumba del perverso,
ó implacable, en tus tórridas llanuras
da un ejemplo de horror al Universo!

Entre las poesías más celebradas de Llona figuran la *Odisea del alma* y *Los caballeros del Apocalipsis*, inspirada esta última por el famoso cuadro del pintor belga Cluysenaar.

He aquí un fragmento de la primera, fragmento que basta para dar á conocer la robusta entonación del cantor ecuatoriano:

¡Virgen como la América, me anima
de ardiente inspiración soplo fecundo
que manda al labio sonorosa rima;
y levanta mi espíritu y sublima
el Genio celestial del Nuevo Mundo!

¡Cual de sus grandes selvas los raudales,
en la penumbra, así, del alma mía
bullir siento armoniosos manantiales;
y alza en ella sus cantos idëales
el Fénix de una nueva poesía!......

¡Campo!...... del triunfo preparad la copa
para el joven cantor americano;
porque él en medio á la apiñada tropa
de los insignes vates de la Europa,
va á desplegar su esfuerzo soberano!

Y os mostrará que,—aunque extranjero vate
venido de comarcas tan remotas,—
para su sien que de entusiasmo late
sabe arrancar las palmas del combate
que crecen con las aguas del Eurotas!

¡Campo libre dejadme! abridme paso!......
con noble arrojo, con viril denuedo,
yo escalaré la cumbre del Parnaso......
mi estro inflaman los cánticos del Taso,
los arrebatos líricos de Olmedo!

¡Oyendo sus acentos inspirados,—
en torno de mi sien, nobles y grandes,
revuelan en tropel entremezclados
los manes de los ínclitos cruzados,
los legendarios héroes de los Andes!

¡Abridme paso!...... ¡por mi Patria lucho!......
veréis que, si del Mundo en el proscenio,
como á mis padres relatar escucho,
lució ayer los laureles de Ayacucho,
también ciñe las palmas del ingenio!

¡Verán, sí, de Europa las naciones,
al contemplar mis líricos trofeos,
que si tiene la América varones
émulos de Milciades y Escipiones,
también tiene patrióticos Tirteos!......

¡Luchando audaz con indomable brío,
quiero hacer perdurable mi memoria;
y que escriba inclinada el nombre mío
en las tablas de bronce de la Historia
con pluma de oro la severa Clío!......

Abridme campo! que en la lucha ardiente
quiero alcanzar con invencible brazo
una palma, y un lauro refulgente,
que poner de mi madre en el regazo!
que ceñir de mi América á la frente! ....

Ah! lo obtendré!...... me dice un grito interno
que en la palestra arrancarán mis manos
la gran corona, el galardón eterno,
entre el inmenso júbilo materno
y el grito de placer de mis hermanos!
....
....”

Porque no es muy extensa la poesía *Los caballeros del Apocalipsis*, la insertamos íntegra, y también porque sería una impiedad mutilarla:

"Ciegos huyen en rápida carrera;
y de terror en hondo paroxismo,
en confuso escuadrón y espesa hilera,
derechos corren al profundo abismo.

Por largas horas, en combate crudo,
á invencible falange resistieron;
mas, arrojando al fin lanza y escudo,
la rauda grupa del corcel volvieron:

pálidos, polvorosos, jadëantes,
tendidos con espanto en los arzones,
cual lívidos fantasmas, anhelantes
aguijan sin descanso sus bridones;

toscos soldados, fieros capitanes,
revueltos huyen como indócil horda,
y de sus voladores alazanes
el sonante tropel la tierra asorda;

por la llanura y la infecunda arena,
por fragosas pendientes y peñascos,
cual sordo trueno á la distancia suena
el rudo golpe de los férreos cascos;

el horizonte y soledad agreste
devora ardiente su mirada ansiosa,
y cerca ya la vencedora hueste
les parece sentir, que les acosa;

y sentir les parece ya el rüido
del contrario bridón que los alcanza,
y en su espalda su ardiente resoplido,
y entre sus carnes la punzante lanza!......

Por entre el polvo, á la menguante lumbre,
la expresión de los hórridos afanes
se ve de la apiñada muchedumbre,
y sus desesperados ademanes!

El uno, allá en el fondo, al firmamento
dirige inenarrable una mirada,
y alza en su mano trémula, sangriento,
el trozo inútil de su rota espada!

Crugiendo el otro de furor los dientes,
de su fuga en los ímpetus veloces
ambos brazos abiertos é impotentes
al cielo eleva, con airadas voces!

Y ayes, imprecaciones y gemidos
por el rigor lanzando de los Hados,
todos por fuerza incógnita impelidos,
todos en confusión atropellados.

Allá van! cual ondeante se arrebata
furibunda corriente estruendorosa,
y, cual rauda viviente catarata,
van á hundirse en la sima pavorosa!

Horror! horror!!...... de todos el primero,
cuando aun el brío del corcel irrita,
desde el borde del gran despeñadero
ya al abismo sin fin se precipita;

quiere el bruto cejar; mas, acosado
por el récio talón ó aguda espada,
ciego ya de dolor, desatentado,
sobre el vacío despeñado vuela;

en lo alto, las pupilas dilatadas,
de hórrido espanto las narices hincha,
y convulso, y las crines erizadas,
con alarido fúnebre relincha......

Y el ginete el escuálido semblante
entre sus brazos con horror oculta,
y, de angustia infinita palpitante,
en el profundo abismo se sepulta!......

¡Pintor sombrío! en la visión siniestra
que en el lienzo fijó tu osada mano,
la fantasía sin cesar me muestra
la triste imagen del destino humano!

De la vida en la lid, el hombre agota
todo el vigor de sus robustos años;
mas cede al fin ante la hueste ignota
de dolores y adustos desengaños;

y, estremecido de su gran miseria,
el sér,—sobreponiéndose al espanto
del bruto vil de la soez materia
y á su propio terror y su quebranto,—

por el furor injusto ó la venganza
acosado, sin tregua, de la Suerte,
dando un adios eterno á la esperanza......
se arroja en el abismo de la muerte!......

Entre nuestros poetas, Roa Bárcena, como Numa Pompilio Llona entre los sud-americanos, se ha inspirado ante una gran obra pictórica. Es bellísima la composición del bardo jalapeño intitulada *Fieras y Mártires* escrita en presencia del gran cuadro de Gérome: "La dernière Prière."

De buen grado reproduciríamos aquí la poesía intitulada *Grandeza moral*, escrita á orillas del río Cali, en 1888 y dedicada por Llona á su esposa la Sra. Lastenia Larriva, poetisa peruana de alto numen. La hermosura de la descripción, lo dramático del asunto, los arranques de sublime desesperación y la ternura infinita que encierra esa poesía, la hacen acreedora á los mayores encomios; pero no cabe en los estrechos

límites que nos hemos impuesto y nos concretamos á recomendar su lectura.

Igual motivo nos priva del placer de engalanar estas páginas con la grandiosa composición de Llona ante la estatua de Bolívar, que es para el poeta ecuatoriano el Aníbal oriental y San Martín el semidios del brazo fulminante. Aludiendo al abrazo histórico que se dieron los dos héroes en el Guayas, describe el acto y dice:

"Y por verlos, absorto el Chimborazo
alzó entre nubes su argentada frente."

San Martín, el virtuoso, el magnánimo, acrisola sus virtudes en aras del deber; Bolívar llena el continente con sus glorias; San Martín apura la copa del dolor y

"Tranquilo desde el suelo de la Europa
contempla el otro su ovación futura
y en la inmortalidad entra segura
su nave, ornada de laurel la popa."

Cumplióse el destino de Bolívar y San Martín,

"y hoy sus bronces, cual mudos atalayas
ve en su horizonte el Paraná argentino,
y en sus amenas márgenes el Guayas."

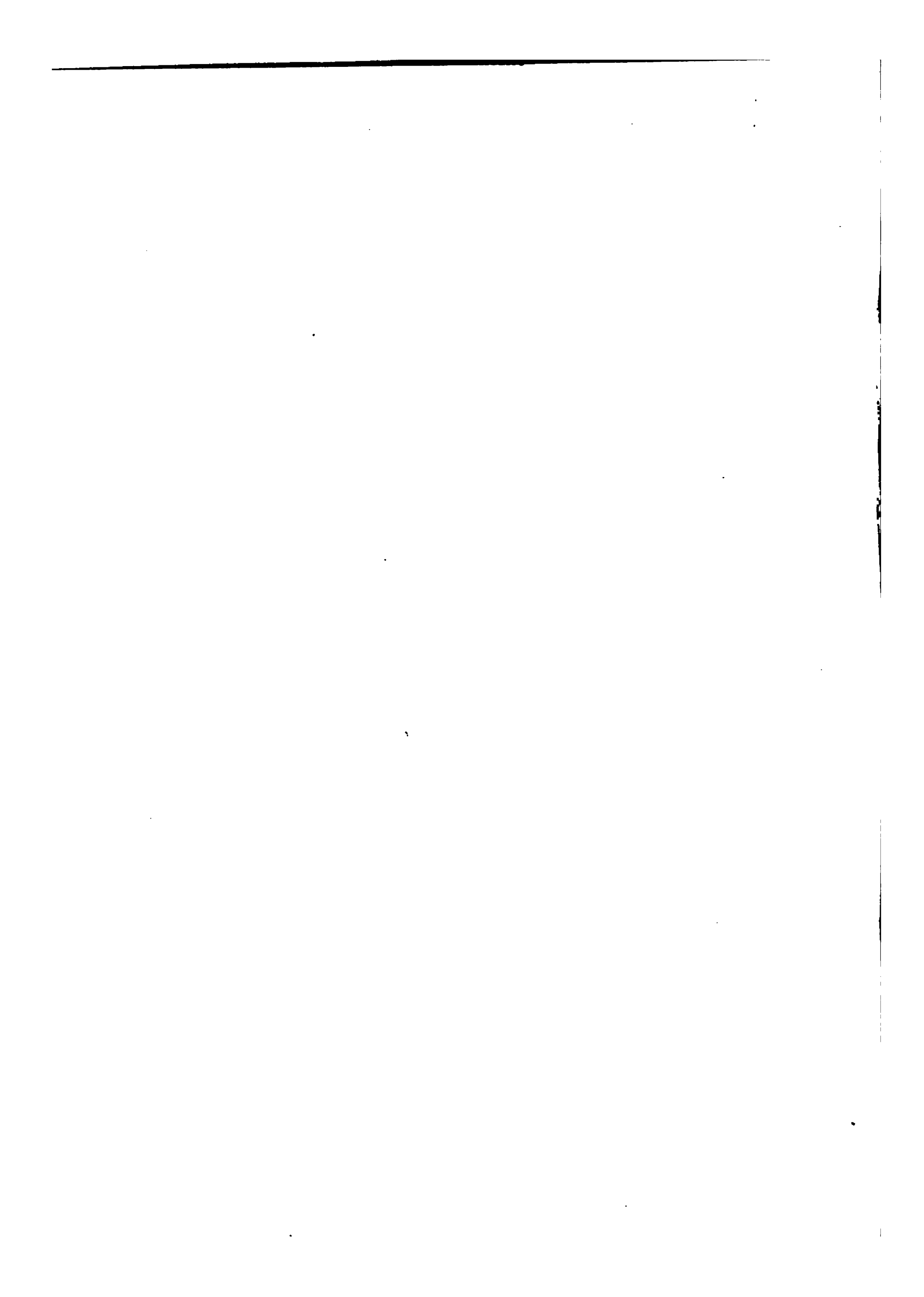
"¿Qué espera, esa sombra del genio guerrero,—dice un escritor analizando la poesía de Llona,—inerte el acicate, tiesa la brida, en actitud inmóvil? ¿Acaso espera otra alma compañera de la suya donde el patriotismo abnegado late, que salve la andina cordillera á contratar como él el embate español? Y el poeta responde y termina con estos hermosos versos:

"Quien sabe si otra vez, suelta la rienda,
el Ande escalará, con alto grito
subiendo el otro por contraria senda,
y unidos en la cumbre de granito,
la pareja inmortal osada emprenda
la gloriosa ascensión de lo infinito!"

Mas es preciso terminar, por mucho que nos pese omitir nuevos y brillantísimos testimonios que con facilidad suma podríamos presentar, de los grandiosos pensamientos que en profusión magnífica se hallan en los cantos de Numa Pompilio Llona. Este, digámoslo en este sitio, ha sido, á más de diplomático, educacionista y poeta, periodista del número de aquellos que ennoblecen los asuntos que tratan y que hacen respetable á la prensa. Ha sido redactor principal del decano de la prensa peruana, *El Comercio*, desde 1854 á 1859; ha dirigido otras importantes publicaciones en el Perú y en el Ecuador, y ha colaborado en *La América*, de Bruselas, (1869-1870) en *El Americano*, de Paris, (1871-1883), y en otros.

La Real Academia Española de la Lengua le cuenta entre sus más distinguidos correspondientes.

Sirva este bosquejo biográfico para despertar en la juventud mexicana el deseo de conocer las egregias producciones de una de las puras glorias de la literatura de Sud-América.





CARLOS GUIDO Y SPANO.

El prodigioso desenvolvimiento de la riqueza material de la República Argentina es, con frecuencia, asunto del que los periódicos de América y de Europa se ocupan, y álzase por donde quiera un himno de alabanza á ese pueblo sud-americano que día á día hace nuevas y grandiosas conquistas para llegar á ser, tal vez en época no remota, el primero entre los de la América latina: Empero mientras que todos hablan del progreso mercantil y agrícola de los pueblos que fecundan el Paraná y el Plata; mientras que para nadie es un

misterio su estadística elocuente; mientras que se les presenta como un modelo que deben imitar los que tienen idéntico origen, pocos, muy pocos saben cómo viven, se desarrollan y fructifican las letras en la patria de Echeverría, de Mármol y de Andrade. Sábese cuántos centenares de miles de inmigrantes acrecentan anualmente la población cosmopolita del territorio descubierto por Juan Diaz de Solís en 1515, y se ignora qué número de libros se ha publicado en ese mismo lapso de tiempo en el propio territorio. No parece sino que se da por un hecho natural é incontrovertible que en la opulenta República el ruido del vapor de sus fábricas y los mil rumores de su frecuentado puerto, han apagado por completo los sonidos armoniosos de la lira de los poetas, y la voz de los oradores y de los sabios. Y por dicha no es así.

Tema fecundo ofrecen al historiador y al crítico las publicaciones argentinas, y si bien del estudio de éstas no podrá deducirse que corran paralelamente el progreso artístico y científico y el progreso material, ó sea la riqueza pública, siempre serán títulos de legítimo orgullo para esa nación hermana de la nuestra, los nombres de aquellos de sus hijos que han cultivado y cultivan las letras.

El segundo artículo de la serie á que el presente corresponde, fué un estudio sobre la vida y obras del historiador bonaerense general D. Bartolomé Mitre, y voy ahora á tratar de uno de los más egregios poetas de la patria misma de Belgrano. Otros seguirán después, y así, aun cuando sea merced á mi descolorida prosa, irán

siendo estimadas entre nosotros las glorias literarias de un pueblo tan digno de ser estudiado en todas sus fases.

En Guido y Spano van á ver los mexicanos no solamente al vate inspirado cuyas bellísimas estrofas tienen, permítaseme expresarme así, la suavidad de los pétalos de la rosa, el perfume delicado de la gardenia y la armonía celeste del canto de la alondra; poeta de quien con tanta elegancia como acierto ha dicho Castro Arias que es el BENVENUTO DEL VERSO, que confió su nombre y sus *Hojas al viento*, sin que á éstas ni á aquél los haga desaparecer el viento de la envidia; van á ver también, digo, al cantor de una de nuestras grandes epopeyas, y á quien no se había pagado aún la deuda de gratitud á que nos obligó celebrando en rotundas estrofas la brillante gloria de Zaragoza, el mexicano vencedor de las huestes napoleónicas.

Entremos en materia.

Hijo del ilustre brigadier general de la guerra de Independencia D. Tomás Guido, que fué también orador, estadista y escritor distinguido, nació D. Carlos Guido y Spano en la ciudad de Buenos Aires en 1829.

De los diversos é importantes empleos públicos por él desempeñados, nada diré, porque desde el punto de vista literario es como deseo darle á conocer en México; mas sí haré notar, porque mucho le enaltece, que formó parte de la *Comisión popular* que en 1871 se formó durante la asoladora epidemia que en aquel año diezmó la capital argentina, y en la cual comisión se distinguió el Sr. Guido por sus sentimientos nobilísimos.

Como poeta, ocupa un lugar eminente en su patria. Sus producciones selectas forman un hermoso libro que se intitula *Hojas al viento*, publicado en 1871 y reimpreso con algunos aumentos en 1879, en elegante edición.

Dentro y fuera de su país proclámase á Guido y Spano, aun por críticos severos, poeta de altísimo valer. El Dr. Goyena, refiriéndose á la primera edición de las *Hojas al viento*, se expresa así:

"La musa del Sr. Guido se mantiene con noble actitud en una región serena desde la cual se descubren hermosas perspectivas, y donde la pasión, perdiendo su intemperancia, llega á transformarse en dulce y apacible sentimiento. La musa del Sr. Guido no se deleita en placeres groseros, ni se abisma en dolores profundos; no se ríe ni se desespera. Una lágrima pura y brillante se desliza á veces por su mejilla, apenas colorida, pero se convierte luego en sonrisa; y sus labios perfumados modulan siempre una plácida, encantadora armonía. El Sr. Guido es clásico por la corrección de la forma y por la simpatía que profesa á la belleza plástica; pero su inspiración vuela, en algunas poesías, á mayor altura que la inspiración pagana, y el sentimiento que se alberga en sus estrofas es más noble y más tierno que el sentimiento expresado en los versos de los poetas antiguos."

Un joven poeta de merecida fama, el Sr. García Merou, le consagró en 1881 el siguiente elogio en un artículo que por extenso no puedo reproducir íntegro:

"Don Carlos Guido Spano, por el género de su ta-

lento poético, presenta el espectáculo interesante y provechoso de un hombre que permanece fiel á los verdaderos dioses, sin dejarse arrastrar por la exageración y el lirismo demagógico que caracterizan á la mayor parte de las producciones modernas.

"Su corrección griega; ese perfume que flota y no se evapora; esa embriaguez de la idea y el sentimiento; esa caricia de la forma; esa nítida transparencia del verso, que no oculta nunca á las miradas profanas las perlas de la verdadera inspiración; todo lo que encanta y seduce, todo lo que atrae y encadena, ha derramado en sus estrofas Don Carlos Guido Spano.

"Su estilo es severo y sobrio; pero al mismo tiempo fluido y elegante. Los versos manan de su pluma como el agua de la fuente del Ilisus. Une á la delicadeza de Chénier, la armonía de Lamartine."

No menos halagador es el juicio debido á la docta pluma de D. Santiago Estrada, y de cuyos principales rasgos no quiero privar á mis lectores, porque dan cabal idea de la personalidad del poeta, y de su obra. "D. Carlos Guido y Spano, dice el Sr. Estrada, súbdito de la ley del trabajo diario, que obliga al hombre á comer el pan amasado con el sudor de la frente, pobre de fortuna y rico de imaginación, reune en su persona los elementos constitutivos del poeta y conoce todas las fases amargas y consoladoras de la vida, formadas por la lucha y la esperanza. Hojear este libro es una tarea simpática, consoladora, que da á conocer una existencia probada por los azares, sostenida por los tiernos afectos, embellecida por el cultivo de la más bella de

las artes, confortada por la ilusión de sobreponer el ideal á la realidad, forjándose un medio mejor que aquel que nos impusiera el carácter particular del tiempo en que nacimos. El poeta argentino ha reflejado en esas páginas todos los períodos de su existencia: la sinceridad de la infancia, el arrebato de la juventud, la fortaleza de la virilidad, la severidad del raciocinio, el afecto de la familia, el cariño de la patria, el deliquio del amor, la dicha del padre, el acento rudo del jornalero que, saludando á Dios cada mañana, empuña el hacha é invita á su prole á derribar el árbol, para fundar el hogar del hombre y del ciudadano."

Más adelante, el Sr. Estrada hace notar que el sentimiento doméstico predomina en las *Hojas al viento;* que un velo pudoroso envuelve el pensamiento del poeta al tocar la realidad de ciertas imágenes, como el vapor que hace impalpables los contornos de los ángeles y las hadas de los pintores púdicos; y por último, que el poeta argentino ha cultivado la pureza de la lengua y la pureza de la expresión, desdeñando por una repulsión instintiva de su naturaleza, la forma incorrecta y desenvuelta, tan usual en nuestros días y por ello inclinada al realismo desvergonzado.

Con efecto, una de las cualidades que más realzan y avaloran las poesías originales de Guido y Spano, es la casta nitidez que en ellas resplandece. Si en algunas, como ha hecho observar uno de sus admiradores, exhibe una estatua labrada con cincel griego en mármol italiano, sobre esa estatua puede espaciar la mirada la tierna doncella; porque la desnudez de la verdadera

obra de arte no es engendradora de lúbricos pensamientos. *Myrta en el baño* nos ofrece la mejor comprobación de lo que decimos. En esa hermosa poesía nada hay capaz de ofender el pudor de una virgen.

Pero es más todavía. En las magistrales traducciones que Guido y Spano ha hecho de poesías griegas, no vertidas antes á nuestro idioma, sin falsear, por hipócritas escrúpulos, el pensamiento del autor, nos da una prueba más el bardo argentino, de cuánta es su discreción al elegir de entre sus predilectos poetas helenos aquellas brillantes joyas que sin mengua del decoro, tal cual en nuestra época se concibe éste, pueden brillar, engastadas en el oro purísimo de la rica habla española, en un libro que guarde las memorias más caras y los más santos afectos.

Y ya que de esas versiones se trata, véase con qué seductora concisión han sido hechas. Copiaré dos nada más, de diverso género, una de Antipater y otra de Posidipo:

"Pobre manzano al borde del camino
plantado, los rapaces me apedrean,
blanco de sus pueriles travesuras.
Mis verdes ramas con tesón dañino
van siendo quebrantadas;
aquellas, sobre todo, que se arquean
al peso de las pomas ya maduras
de que con lujo y pompa están cargadas.
¿Qué presta el ver un árbol peregrino,
con pingües atributos,
fecundidad, verdor, frescura y gracia,
si la causa fatal de su desgracia
es la misma excelencia de sus frutos?"

"Para admirar de Ireniun la hermosura,
los rosados alígeros amores
dejaron aspirando á tal ventura
de Cipris la morada de esplendores
¡Qué ramillete de preciosas flores
de la cabeza al pié! Perfiles raros
en perfección, en púdica armonía
delineaban sus formas ideales.
Del exquisito mármol que da Paros,
una estatua eminente parecía,
llena de dulces gracias virginales
impregnadas de noble poesía
En esparcir su llama nunca parcos,
al verla los amores arrojaran
de la purpúrea cuerda de sus arcos,
y al corazón derechas,
una lluvia mortal de agudas flechas."

Si en las versiones del griego Guido y Spano se muestra tan entendido como acabamos de ver, en las del francés ha realizado empresa por todo extremo digna de aplauso. Dígalo si no la traducción del *Chant d'amour* de Lamartine, en la cual observó la más estricta fidelidad al texto, empleando el mismo número de versos, usando las propias combinaciones métricas, y hasta siguiendo el orden por Lamartine adoptado en la colocación de sus rimas. Nadie, á no ser un gran poeta, como Guido y Spano lo es, habría podido realizar ese prodigio de fidelidad, sin menoscabo del original y de las galas que son propias á la armoniosa lengua de Quintana.

Me he detenido, aun más de lo que me había propuesto, á hablar de las excelencias que brillan en las traducciones de poesías extranjeras por Guido y Spa-

no, porque siempre he juzgado que es acreedor á elogios quien desempeña esos trabajos que no todos saben apreciar debidamente, porque no todos comprenden las grandes dificultades que entrañan.

Volviendo á los cantos originales del dulcísimo poeta bonaerense, y ya que no me es dado embellecer con sus más exquisitas flores este compendiado estudio, citaré siquiera sea los títulos de las composiciones que contienen, á mi juicio, mayores bellezas de forma y fondo, entre las reunidas en el tomo de que vengo tratando, y son: *Aurora*, *La Noche*, *En los Guindos*, *Nenia*, *Al pasar*, *Luisa*, *At Home*, *A mi madre*, y *A mi hija María del Pilar*. Seguro estoy de que las leerá cien y cien veces con gran delectación todo aquel que por educación ó por natural instinto ame la poesía.

Dije al principio que tenemos los mexicanos una deuda de gratitud para con el poeta argentino, y en realidad es así, pues su canto épico intitulado *México*, revela bien á las claras con cuán noble y simpático interés siguió las peripecias de la lucha á que provocara á nuestra patria Napoleón III, y cuán valientes é inspiradas notas arrancó á su lira de oro para celebrar el glorioso triunfo de las armas mexicanas el 5 de Mayo de 1862. No es aventurado decir que la oda de Guido y Spano, rebosante de entusiasmo por la causa justísima que México defendía y de la que fué invicto adalid Ignacio Zaragoza, puede y debe ser colocada en preferente sitio entre los patrióticos cantos de los poetas nacionales, pues en esa oda se traducen con tan elocuente verdad los sentimientos de la nación mexicana, que cualquie-

ra que no sepa en donde vió la luz Guido y Spano, le creería hijo de la patria de Cuauhtemoc y de Juárez. Oid cómo termina ese canto de un Tirteo americano:

.... Si en son de guerra
vienes, entonces se alzará bravía
y en su pujanza asombrará la tierra.
Triunfará Anáhuac. Las dolientes almas
de los impíos que mueven sus trastornos
por Mexitli, Dios fuerte, confundidas,
del Popocatepetl en las cavernas
rebramarán en los mugientes hornos,
derribadas á angustias sempiternas.
La República al fin verá cumplidos
sus destinos egregios. Zaragoza,
de un mundo colosal primer baluarte,
del derecho elevando el estandarte
no puede ya caer;—caerán sus muros,
y transformada en noble monumento
que recuerde su gloria y su tormento,
será eterno baldón á los perjuros.
Cualquiera de sus piedras calcinadas
servirá á lapidarles, arrojadas
por manos libres á su frente adusta,
y la que Puebla fué de heroísmo ejemplo,
en su tristeza augusta
podrá no ser ciudad, mas será templo!

A pesar de ser Guido y Spano descendiente de próceres, pues á su padre y á su abuelo cuéntales la libertad americana entre sus más heroicos caudillos, y llenan ambos con sus hechos gloriosas páginas de la historia argentina, él, en las cien poesías que forman el libro que con modestia propia del verdadero mérito llamó *Hojas al viento*, no consagra ninguna á celebrar los triunfos de las armas de su patria, como la que dedi-

có, y de altísimo valer, en mi sentir, á los inmortales defensores de Puebla. ¿No es este un testimonio elocuente de que Guido y Spano ardió en generoso entusiasmo al repercutir en las márgenes del Plata los ecos del cañón republicano que retumbaba en el Anáhuac, y no es también un testimonio de que él se sentía ligado por fraternales lazos á los que aquí combatían por la libertad y por la honra de la patria?

Lejos de mí, al insistir en los merecimientos que á nuestra gratitud tiene el poeta argentino, la idea de atraerle por este medio admiradores por comunión de ideas políticas y no por el reconocimiento de sus altísimas dotes como inspirado cincelador de estrofas, egregio artista y gloria de las letras latino americanas. No ha menester, ciertamente, de que en su favor se pongan en juego tan pobres recursos. En el nuevo mundo tiénesele por modelo de buenos poetas, y en Europa misma, Víctor Hugo, en carta autógrafa, le rindió merecido homenaje.

Hablemos de otra obra suya.

No he tenido la fortuna de leer los dos tomos que con el título de *Ráfagas* publicó el Sr. Guido Spano en 1881, y véome precisado á no decir de ellos nada de mi propia cosecha, y á citar algunos trozos del juicio del Sr. García Merou, poeta y escritor argentino á quien habré de consagrar un estudio si llega á serme dado continuar, como deseo, la tarea que me he impuesto.

"Los dos tomos de las *Ráfagas*—dice el Sr. García Merou,—presentan un verdadero mosaico de temas y estilos diferentes. Cartas, traducciones, artículos polí-

ticos, disertaciones literarias, artículos humorísticos, estudios históricos, y hasta composiciones en verso, se alternan en sus páginas.

"La personalidad del Sr. Guido se destaca en su prosa tanto como en sus versos. Es siempre el mismo: culto, mesurado, correcto, chistoso sin chocarrería, y sencillo sin vulgaridad, amante de la belleza y del arte. Sobre todas sus cualidades se cierne un espíritu sano que conserva todavía la frescura de las primeras expansiones de la vida, y el colorido de los primeros sueños de la juventud.

"El Sr. Guido no pertenece á ese género de escritores, que por fortuna desaparecen cada día con mayor rapidez, y en los cuales la exageración ocupa el lugar del sentimiento, los gritos destemplados el del lirismo elocuente, y los ridículos estallidos de un dolor postizo, el de la verdadera amargura del que ha encontrado difícil el camino de la vida.

"Su musa no se presenta desgreñada y llorosa, no se mesa los cabellos, ni bebe vinagre para ponerse pálida. Es una muchacha aficionada á los moños, pero buena en el fondo, y de exterior elegante. Tiene actitudes que parecen resplandores de luz sobre un espejo; es amable y confiada, romántica y cariñosa. Quizás no inspira pasiones volcánicas ni turbaciones profundas; pero se goza con su contacto, y las flores que lleva prendidas en su cabello, tienen el perfume dulce de la virtud y del candor.

"Cuando se han recorrido los dos tomos de las *Ráfagas*, no puede eximirse el espíritu de un sentimiento

de admiración por el talento del Sr. Guido. Allí se nos presenta con sus múltiples facetas que reflejan la luz y deslumbran, heridas por los rayos del sol. Allí se le vé pasar de lo serio á lo humorístico, de lo gracioso á lo triste, de la historia á la fantasía, con fácil amenidad y agradable contraste.

"En todas partes se siente la inspiración que brota franca y armoniosa; pero, á nuestro juicio, en lo que su autor es inimitable, es en las páginas de crítica social ó de costumbres, en que se despliegan todas sus cualidades de buen gusto y aticismo, todas las sinuosidades de su espíritu sagaz."

De otro libro de Guido y Spano, destinado á hacer algunas importantes rectificaciones históricas para vindicar la memoria de su ilustre padre, diré únicamente que mucho honra al poeta no dejar pasar inadvertida ninguna afirmación que pudiera amenguar la fama de su progenitor; sobre todo, poseyendo documentos para hacer resplandecer la verdad en toda su magnificencia.

Alguna vez el autor de esta obra ha hecho observar la punible indiferencia con que ven en México los descendientes de célebres personajes, las inexactitudes y hasta las calumnias con que escritores ligeros ó apasionados pretenden obscurecer la verdad respecto á la vida pública de aquellos personajes. ¡Ojalá imitaran la conducta del poeta argentino! Cumplirían un deber filial y prestarían un positivo servicio á la historia patria.

Concluyamos.

Tocó á los ascendientes de Guido y Spano que sus nombres de héroes fuesen inscritos en los monumen-

tos que transmitirán á las edades venideras las glorias más grandes y más puras de su patria, y habrá de caberle á él ocupar con su nombre de poeta una de las páginas más excelsas en la historia de las letras americanas.



LUIS BENJAMÍN CISNEROS.

Si fuera preciso ocurrir al extranjero para presentar un ejemplo de que no son incompatibles el cultivo de las bellas letras y el acierto en la dirección de los negocios ó intereses materiales, á fin de desarraigar antiguas y vulgares preocupaciones, bastaría el estudio que vamos á hacer de la vida y obras del eminente peruano D. Luis Benjamín Cisneros, para dar cima á tal empresa. No existe, por dicha, semejante necesidad; pues, sin apartarnos de nuestra patria, podemos citar los nombres de tres distinguidísin [illegible] micos que

ocupan tan elevado puesto en el mundo de las letras como en el de la banca: D. Joaquín García Icazbalceta, D. José María Roa Bárcena y D. Casimiro del Collado.

Como quiera que sea, propicia oportunidad se nos presenta hoy que tratamos de dar á conocer en México al Sr. D. Luis Benjamín Cisneros, para combatir con el irrefutable argumento de los hechos esa teoría absurda que ha privado siempre, y á la que se debe que no pocas veces se hubiese perdido el valioso contingente que á las letras habrían prestado ciertas inteligencias superiores, que, á pesar de serlo, han prescindido de traducir en obras sus ideas, por el temor de verse condenados por la indocta mayoría del gremio en que les colocara, más que su vocación, su *conveniencia.* También ha sucedido que por la sola circunstancia de ser conocidas las aficiones literarias de un joven, le han sido cerradas las puertas de todo establecimiento mercantil, creyéndosele incapaz de labor alguna que no sea científica ó literaria; de donde se ha originado que, casi en su totalidad, los escritores y poetas no hubiesen logrado nunca posición holgada, toda vez que aún no son los trabajos intelectuales remunerados dignamente en nuestro país. Mas tiempo es ya de entrar en materia.

Nació D. Luis Benjamín Cisneros en la ciudad de Lima, el 21 de Junio de 1837.

Niño era aún cuando manifestó vocación decidida y notable aptitud para los estudios literarios, contribuyendo no poco al desenvolvimiento de sus facultades

las producciones del poeta español D. Fernando Velarde, que á la sazón residía en la capital peruana como director de uno de los principales planteles educacionistas.

Cisneros continuó sus estudios en el colegio de San Carlos, y fué allí en donde hizo sus primeros ensayos literarios.

En 1855 estrenóse en el Teatro Principal de Lima una alegoría escrita por Cisneros, con el título de *El pabellón peruano*, obra prohibida antes por la censura gubernativa, y que fué la que le proporcionó el primer laurel. El presidente de la República le hizo llamar al palco presidencial y uniendo sus felicitaciones á las del público que le tributaba en aquellos momentos una ovación entusiasta, le manifestó que desde el día siguiente ocuparía un puesto en el Ministerio de Relaciones Exteriores. La alegoría debida á la pluma de Cisneros, era,—según uno de los biógrafos de éste,—el grito del entusiasmo patriótico de un adolescente, y de su desgarradora tristeza ante el espectáculo de las guerras civiles.

Dos años después, dió á la escena el drama *Alfredo el Sevillano*, que provocó ardientes discusiones por la prensa, y del que el autor, aunque calurosamente aplaudido, se mostraba descontento, á causa de que la representación, por circunstancias especiales, tuvo que ser prematura.

En 1858, por motivos políticos, renunció Cisneros el empleo de jefe de la Sección Continental á que había ascendido en la Cancillería peruana, y al año siguiente

emprendió un viaje á Europa, y establecióse en Paris, como simple estudiante, en el Cuartel Latino.

Al encontrarse Cisneros en la opulenta capital que es el imperio de las ciencias, de la literatura y del arte; lleno de juventud, de hermosas esperanzas y de halagadoras ilusiones, supo, con madurez de juicio, no común en los primeros años de la vida, en vez de malgastar las horas en los fútiles placeres y distracciones de que también es centro la capital francesa, consagrar el tiempo á nutrir provechosamente su espíritu, adquiriendo con el estudio y con la observación, el saber y el depurado gusto que anhelaba.

Por esa época, publicó Cisneros la interesante novela, *Julia*, reflejo hoy mismo, al decir de un escritor peruano, de la manera de sentir y de las costumbres limeñas, y que es, en concepto de muchos, la más notable de cuantas novelas se han escrito hasta ahora en el Perú; que ha alcanzado en el extranjero numerosas ediciones, y que ha sido reproducida en casi todos los periódicos literarios de la América latina y aun en los folletines de los diarios políticos.

Nombrado Cónsul del Perú en el Havre en 1861, Cisneros, en cumplimiento de sus deberes oficiales, consagróse especialmente—son sus propias palabras—al estudio de la legislación comercial francesa, y al de las cuestiones económicas que podían relacionarse con el país, examinando con prolija detención las que se referían á los intereses fiscales del Perú. Aficionóse desde entonces á la Economía Política y á las finanzas, con tan provechosos resultados, que en 1886 dió á la

estampa un libro que se intitula: *Varias Cuestiones Económicas del Perú.*

Y como esas áridas lucubraciones no habían amortiguado su amor á las letras, escribió y publicó, (1864) su segunda novela: *Edgardo ó un joven de mi generación*, en la que, con gallardo estilo, presenta adunadas las enseñanzas de la política al romanticismo de la vida social limeña. *Edgardo*, como *Julia*, obtuvo feliz éxito en todas partes.

No será por demás reproducir en este lugar lo que respecto á las obras literarias de Cisneros, dice el bien reputado escritor D. Ricardo Palma en una de sus más recientes publicaciones. "Escribió—dice—una alegoría patriótica en un acto: *El pabellón peruano*, que, francamente, es bellísima y le mereció justa ovación. Algunos meses más tarde, produjo su musa un drama en cuatro actos: *Alfredo el sevillano*, que, en medio de grandes defectos, tiene situaciones de interés dramático. Hay poca originalidad en el argumento, que parece calcado sobre la escena del alfiler en la *Margarita de Borgoña* de Dumas y Gaillardet, y sobre uno de los *Cuentos de la reina de Navarra.* Alfredo es un D. Juan de pacotilla; pero, en cambio, hay un tipo de beata que es la Brígida de Zorrilla mejorada en tercio y quinto. La virreina que nos presenta Cisneros es una virreina de fantasía, y las costumbres que pinta están en lucha abierta con la verdad tradicional ó histórica. A pesar de todos sus lunares, *Alfredo* es, entre los dramas que produjo la bohemia, el que mejores condiciones de tal reune. En cuanto á la versificación, ya se sabe que Cis-

neros ha sido siempre mimado por Apolo, y que es tan elegante poeta, como culto y delicado novelista. Su *Julia*, más que su *Edgardo*, es, á mi juicio, una novela de la que puede enorgullecerse la literatura nacional."

Volviendo á nuestro relato biográfico, diremos que en el difícil período de 1865, Cisneros fué nombrado Secretario interino de la Legación del Perú en España, puesto que desempeñó cumplida y discretamente.

En 1872, después de largos años de ausencia, regresó Cisneros á su patria para establecerse definitivamente en ella.

Al llegar á este punto, creo deber mío el transcribir lo que uno de sus biógrafos refiere á propósito de las nuevas labores á que hubo de consagrarse Cisneros. "Sus especiales aptitudes—dice el escritor á quien aludo,—y los estudios hechos por él en Europa sugirieron al Consejo Departamental de Lima la feliz idea de poner, desde luego, á su cuidado la inspección de la Instrucción Media y, después, la de la Instrucción primaria; cometido que cumplió con conciencia y con acierto, presentando al fin de su labor una Memoria que, hoy mismo, es un precioso modelo y texto suficiente de consulta para todo el que de ese ramo se ocupa. Y este esfuerzo en obsequio del progreso nacional, le valió, como especial distinción, una medalla de oro que el Sr. D. Manuel Pardo, entonces jefe del Estado, púsole al pecho en 1876, con halagüeñas palabras y en medio de los más vivos testimonios de la complacencia general.

"Interesado como accionista de algunas instituciones

benéficas, fué nombrado, primero, Gerente del *Banco de Lima*, y después, Secretario de la *Delegación de los Bancos Asociados*, permaneciendo en este puesto hasta que, organizada en 1878 la *Compañía Salitrera de Perú*, fué nombrado Gerente de ella.

"En la administración de estas dos instituciones que han manejado, indudablemente, la más vasta operación comercial que se haya emprendido jamás en la América Española, D. Luis B. Cisneros mostró singular competencia y toda la actividad y contracción necesarias á servicios tan múltiples y complicados, haciéndose de tal modo conveniente su presencia al frente de la mencionada Compañía Salitrera, para la liquidación de tan vasto negociado, que, á pesar de su nueva y prolongada ausencia en Europa, á donde le llevaron las amargas penalidades de nuestros últimos años, siempre ha continuado sirviendo, como sirve hoy mismo (1887), la gerencia de ella."

La permanencia de Cisneros en Europa fué provechosa no únicamente á los intereses materiales de su país, sino también á las letras latino-americanas, pues conocidas y estimadas sus producciones, le fué concedido el nombramiento de Académico, en la clase de correspondientes extranjeros, por la Real Academia Española de la Lengua.

En 1886 tomó Cisneros parte en un torneo literario convocado en la Habana. La magnífica *Elegía* á la muerte de Alfonso XII, por él escrita, fué premiada con una medalla de oro, y de una manera especial, por el Ayuntamiento de la misma ciudad de la Habana. La viuda

del monarca supo también corresponder á la hidalga manifestación del poeta peruano, condecorándole con la cruz de Comendador de la Real Orden de Isabel la Católica.

La *Elegía* de Cisneros es ciertamente una poesía digna del aplauso con que fué recibida. No es la adulación rastrera la inspiradora de ese fúnebre canto, ni se hallan en éste las rebuscadas frases de que un autor mediocre se vale para lamentar la desaparición de un personaje egregio; es la espontánea y digna manifestación de la tristeza que vierte en toda alma sensible la prematura muerte de un ser dotado de altísimas cualidades, merecedor de las lágrimas del altivo republicano y de las del encumbrado magnate de una Corte. Por eso dice Cisneros en una de sus bellísimas estrofas:

"Yo siento en mí que es digno
de la altivez de tu alma y de la mía,
al través de los mares,
desde apartada tierra
que formó parte de la España un día,
enviarte, cual corona
de flores que crecieron
en el vergel de americana zona,
canto de un hombre libre, esta elegía,
tributo de dolor y simpatía
á la alta majestad de tu persona."

Con pena véome obligado á no citar otras de las muchas bellezas que contiene la *Elegía* á la muerte de Alfonso XII; pero sería necesario reproducir en su mayor parte la composición y esto daría proporciones que no debe tener, al presente artículo.

Merece especial recuerdo, entre las poesías que conozco de Cisneros, la introducción del poema *La Aurora–Amor*, escrita durante su permanencia en Europa y publicada por *La Opinión Nacional* de Lima, el 31 de Diciembre de 1887. Esa introducción ó *preámbulo* como el autor la llama, consta de noventa y tres octavas reales, llenas todas ellas de pensamientos grandiosos que revelan, dentro de la forma clásica de los antiguos poemas, el pensamiento moderno, y traducen las inspiraciones de nuestro siglo, sus ideales, su amor al progreso indefinido, su carácter eminentemente científico. Imposible me es resistir al deseo de transcribir aquí algunas de las conceptuosas octavas de que hablo. Sin hacerlo, no creería dar al lector idea de la obra poética de Cisneros.

"No, no es el arte la exclusiva herencia
de un culto ó de una edad; lleva en sí mismo
luz, cual el sol, y universal esencia;
es la atracción de inmaterial abismo
que impone irresistible en la conciencia
la eterna aspiración al idealismo:
del alma humana melodioso grito
al alma de lo bello y lo infinito.

"Pasan sobre la tierra las naciones
dejando apenas la fugaz memoria
de las mismas miserias y pasiones,
del mismo sueño de grandeza y gloria;
morirían cual vagas tradiciones
en la confusa noche de la historia
si el arte, numen de su polvo vano,
no diera forma al pensamiento humano,
....

Desenvuelve las ideas expresadas en las anteriores octavas, y luego continúa:

"Légale un siglo al otro la hermosura
de su ideal que, como sol de gloria,
pone, ante el caos de la edad futura
faros en las tinieblas de la historia.
¡Honra al nuestro, que cifra su ventura
sobre la fuerza bruta en la victoria,
é imprime al arte y á la ciencia el sello
de ardiente culto por lo grande y bello!

"¡Noble ideal! En nuestras almas canta
y al orbe anima con su voz intensa
y en el hogar y en el taller encanta
de nuestro siglo la labor inmensa.
Ley de progreso, el corazón levanta
—de todo pueblo que trabaja y piensa—
del arte antiguo á la beldad gloriosa,
del propio esfuerzo á la misión grandiosa.

"Brilla ante el sol,—diorama iluminado—
el vasto mundo; osténtanse doquiera
las majestuosas obras del pasado,
la grandeza moral de nuestra éra.
Y es lo bello y lo grande cual sagrado
símbolo de verdad, verbo y lumbrera
que en el libro, la música y la forma,
da á nuestro siglo pensamiento y norma.

"¡Noble pasión! ¡noble labor! El alma
de la alentada humanidad parece
que, cual la selva en aparente calma,
germina al sol del ideal y crece.
Triunfos sin fin, inmarcesible palma
la oculta vida por doquier le ofrece
ante paciente observación rendida,
¡y es todo sueños, esperanza y vida!
....

¡Oh ciencia que los astros colosales
pesas cual en la mano, y los fulgores
irisando á través de tus cristales
analizas su polvo en los colores;
que descubres miriadas de animales
en cristalina gota, y de las flores
sorprendes la efusión santa y serena
del mudo amor que el Universo llena!

"Oh industria! cuyo brazo poderoso
taladra el túnel bajo inmensa sierra,
y unes al océano el océano
en abrazo de amor sobre la tierra;
que haces del globo como cráneo humano
que de los orbes el cerebro encierra
cuando en tu red eléctrica palpita
y al mundo el mismo pensamiento agita!

"Domó al caballo el hombre y la pradera
triunfante recorrió; después el llano
sobre el carro veloz cruzó á carrera
y el mar azul sobre el bajel liviano;
hoy salva por vapor, nube ligera,
ríos y continentes y océanos;
mañana, ¡oh gloria! en majestuoso vuelo
con rumbo fijo bogará en el cielo.

"Observa el sabio en secular granito
y árbol y surco y animal, miseria,
la lenta incubación de lo infinito
labrando y disolviendo la materia;
y hace brotar, del Universo al grito,
de la corriente eléctrica la arteria,
cual nuevo cosmos que la masa anida
de fuerza y llamas, de esplendor y vida.

"Palanca colosal la inteligencia,
la fe su apoyo, la verdad por guía,
¡oh! ¿quién puede decir lo que la ciencia
humana, hará del Universo un día,

cuando de aire y calor cósmica esencia
lleve al través de la extensión vacía
y con la fuerza eléctrica, en centellas
desgarre soles y elabore estrellas!

"Ese es el genio de mi siglo; hermano
de la sublime ciencia, poesía
de unión y paz para el linaje humano,
de grandes pueblos generoso guía.
Arca feliz del ideal cristiano
—cual bella nave en majestuosa ría,—
riquezas, vida y bienestar fecundo,
lleva en su seno el porvenir del mundo.

"Ese es el estro de mis cantos. Guía
mi altivo intento la moral belleza;
y musa es la verdad y la armonía
y amor de la inmortal naturaleza.
Por tierra y mares buscaré en mi vía
de cada pueblo la genial grandeza,
lo que á la historia legará mañana,
cuanto hay de grande en la familia humana.
....

Para no dar á este artículo mayores dimensiones, prescindimos de copiar otras octavas no menos hermosas que las que acaba de conocer el lector, y terminaremos dando algunas breves noticias que aún nos falta consignar.

Cisneros es actualmente miembro de la Comisión Consultativa de Hacienda; de la encargada de reformar el Reglamento Diplomático y Consular; socio del Instituto de Beneficencia Pública de Lima, del Ateneo de la misma ciudad, vocal del Consejo Superior de Instrucción Pública, y primer Secretario de la Academia correspondiente de la Real Española en el Perú.

Ha colaborado en los principales periódicos literarios de su patria; ha publicado diversos pequeños romances, y se propone reunir en un volúmen los siguientes trabajos: *Julia*, *Edgardo*, *Amor de niño*, *Cecilia*, *La medalla de un libertador*, *Historia de un Carnaval* y sus primeros ensayos poéticos.

Que sus merecimientos son reconocidos y ploclamados en su país, lo prueban las siguientes palabras que tomamos de un periódico limeño: "Poeta romántico en los días de su infancia, cada vez de más correcta expresión, de concepción elevada, y de profundo y natural sentimiento, el Sr. D. Luis B. Cisneros tiene aún mucho que ofrecer en aras del adelanto artístico nacional. Su nombre es una legítima garantía de honor y de futura grandeza para la Patria Peruana."

No creemos que pueda hacerse un elogio más cumplido de una personalidad, que la que encierran estas últimas palabras. Ser una garantía de honor y de grandeza para el suelo en que naciera, es la gloria mayor que puede ambicionar un hombre. Reciba pues el distinguido literato, inspirado poeta, hábil diplomático y entendido economista, el testimonio sincero de nuestra estimación, en el pálido bosquejo biográfico que acababamos de trazar para darle á conocer en la patria de Juárez.

Al insertar en este libro el artículo que acaba de conocer el lector,—artículo publicado há cerca de dos años en el diario *El Pabellón Nacional*,—debo agregar que

por una fatalidad que nunca lamentará lo bastante el Perú, la salud del Sr. Cisneros se encuentra desde hace muchos meses quebrantada por tal manera que no ha podido el inspirado poeta realizar ninguno de los proyectos literarios que acariciaba. Hizo un viaje á Europa poco tiempo há, sin lograr gran mejoría.

¡Quiera el cielo conservar, como lo deseamos, la existencia de un ciudadano en quien la América Latina ve á uno de sus hijos más preclaros!



JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

Cuando llegó á México, há menos de un año, el Excmo. Sr. Dr. D. Ramón Mendoza, primer representante diplomático que la opulenta República Argentina ha acreditado cerca de nuestro Gobierno, trajo consigo algunos ejemplares de un magnífico poema escrito por el Sr. D. Juan Zorrilla de San Martín, é intitulado *Tabaré.* En breve aquellos ejemplares, distribuídos por el Sr. Mendoza entre varios escritores y poetas mexicanos, formaron la delicia no solamente de los que alcanzaron la envidiable fortuna de recibir tan valioso don,

sino de cuantos lograron que los poseedores se los facilitasen. Anduvieron de mano en mano, y el nombre del autor se hizo popular en la familia literaria primero, y después en los hogares, en donde quiera. Libros de los que se han hecho ediciones numerosas, han sido menos leídos seguramente que el *Tabaré*, por todos solicitado, de todos aplaudido, y, cosa no común en nuestros anales periodísticos, el poema fué estudiado, y fueron encomiadas sus bellezas, y reproducidos muchos de sus pasajes más brillantes.

Como es indiscutible que nada más que al verdadero mérito es dado imponerse, lógico es deducir de lo expuesto, que el poema del Sr. Zorrilla de San Martín es obra de un talento superior, y obra destinada á cimentar una fama, á inmortalizar un nombre. Y así es, en verdad: *Tabaré* en la historia de las letras hispano-americanas ocupará un lugar eminente, no sólo porque los pensamientos grandiosos que encierra han sido vaciados en moldes que no son los que consagrara el genio en el Viejo Mundo, y de los que se sirven, aún hoy día, cuantos acometen la arduá empresa de cantar grandes epopeyas, sino porque en él se respira, acaso mejor que en otro alguno, cierto penetrante perfume de tierra americana, y se contemplan cuadros bañados por la luz purísima de nuestro cielo, y se siente que palpita allí la vida que nuestros progenitores alentaron.

Cúpome en suerte ser uno de los primeros que en México encontraron solaz y deleite con la lectura del *Tabaré*, y antes que otros, habría expresado mi sentir

acerca de él,—juicio desautorizado como mío; pero sincero como el que más,—si causas diversas no me hubieran privado de tan útil estudio como sabroso entretenimiento. Fué la primera y principal de esas causas el vivo anhelo que tenía de que ingenios peritísimos fuesen los popularizadores del poema. Porque aunque no se me ocultaba que la obra no había menester de recomendaciones, temía, y no sin razón, que partiendo de mí el primer elogio, fuese atribuído éste á la ya bien conocida tendencia de mis escritos, dirigida de continuo á generalizar en México la afición á la lectura de obras sud-americanas. Quise, pues, encomendar á plumas doctas la labor que de buen grado habría acometido, y puse el *Tabaré* en manos por extremo competentes. Mas como no siempre va unida á una clara inteligencia y á una erudición profunda la voluntad de enaltecer ajenas glorias, ví frustradas mis esperanzas: de los literatos á quienes dí á conocer el poema del inspirado cantor uruguayo, uno solo, el Sr. D. Guillermo Prieto, lo encomió por escrito; los demás se conformaron con manifestarme privadamente que estaban por cima de todo encomio las bellezas del *Tabaré*.

Vinieron después artículos entusiastas, transcripciones de centenares de estrofas, mosaicos formados con las más fulgentes galas del poema, y entonces, como dicho queda al principio, el nombre de Zorrilla de San Martín fué ensalzado de un extremo á otro de la República. Estaba ya roto el hielo de la indiferencia con que las más de las veces son acogidas entre nosotros las inspiraciones del genio, si éste brilla en el Nuevo Con-

tinente, y se expresa en el habla de Calderón y de Cervantes.

A llenar el único vacío que se notaba, presentóse, valga decirlo así, una de las *Cartas Americanas* del egregio autor de *Pepita Jiménez.* Me explicaré.

Existe en México un grupo, numeroso por cierto, de cultivadores de las letras y de sectarios de ellos, que necesita saber,—para admitir por buena una obra,—que el mérito de ella hubiese sido reconocido por una celebridad española. Sin esa sanción los que tal grupo forman se encierran en prudentísima reserva, cuando no se aventuran á declarar *ex-cátedra* que es insubstancial y baladí lo que aplauden y admiran otros sin haber escuchado á los grandes, á los verdaderos maestros. Así, pues, desde que, de oídas, se supo que D. Juan Valera es admirador devotísimo de Zorrilla de San Martín, al coro de alabanzas de la juventud entusiasta, y al elogio de Guillermo Prieto, unióse la nota encomiástica de los que esperaban que desde la trípode hablase la pitonisa, digo, el académico.

En tal sazón, habría parecido redundante un juicio crítico del *Tabaré.* He ahí por qué, quien con más fervor habría tributado sus homenajes al bardo del Uruguay, viene hoy, á última hora, puede decirse, á hablar, no tanto del poema, como de su ya ilustre autor.

Corta es la biografía de Zorrilla de San Martín. Quiso el destino caprichoso que la celebridad llamase á su puerta y le condujese por senda de flores á la cumbre á que se llega con la planta ensangrentada por los abrojos de la áspera pendiente. El verde laurel, por privi-

legio rara vez concedido, se entreteje en esta ocasión con cabellos de ébano y no con los plateados hilos en que reverbera, ya poniente, el sol, como en la nevada cima de nuestras montañas.

Nació en 1857, en la ciudad de Montevideo, capital del Uruguay, bella como el ensueño del poeta, cautivadora como Sirenusa.

Sus primeros estudios los hizo en el Colegio de P.P. Jesuitas, de la Provincia de Santa Fe en la República Argentina, y completó su instrucción en la Universidad de Santiago de Chile, recibiéndose de doctor en leyes, en 1877, es decir, á los veinte años de su edad.

Sin que haya necesidad de decirlo, se comprende que á los maestros de Zorrilla de San Martín, jesuitas como eran, no se les ocultó que estaba predestinado á la gloria, toda vez que el cielo le había dotado de clarísima inteligencia; y se comprende también que aquellos maestros perspicaces no desaprovecharon la oportunidad que se les presentaba para imbuir en sus principios á un joven que más tarde podría convertirse ya que no en un *hermano*, sí al menos en un defensor celoso de las doctrinas con que su espíritu se hubiese nutrido.

Con efecto, Zorrilla de San Martín es adepto del partido conservador uruguayo, que ve en él á uno de los campeones que más le honran, y que, de consiguiente, le son más útiles. Su lira de poeta y su pluma de periodista han prestado un contingente valiosísimo á ese partido.

En 1874 se dió á conocer como poeta, con la publi-

cación de la leyenda intitulada *Ituzaingó*. Dos años después, apareció en Santiago de Chile su libro de poesías: *Notas de un Himno*, las cuales *Notas* son el fulgurante reflejo de sus sentimientos religiosos. Ese libro fué loado grandemente en un juicio crítico del *Estandarte Católico*. También colaboró en la *Estrella de Chile*.

Al regresar en 1878 á la ciudad nativa, fundó Zorrilla de San Martín el diario católico *El Bien Público*.

Antes de proseguir, debo, en previsión de erradas interpretaciones, explicar, sin tener que ocurrir á artificiosas disculpas, las razones en que me fundo para tributar homenajes á escritores y poetas de tan disímbolas ideas, como Ricardo Palma ó Guillermo Matta y Juan Zorrilla de San Martín.

No es esta una obra de controversia ni mucho menos. Admirador del talento, ríndole pleito homenaje, en quien quiera que le descubra, sin que éntre por mucho ni por poco en la apreciación de las dotes de cada uno, el espíritu de secta que tan fácilmente conduce á la injusticia y al error. Nada hay más sagrado que la conciencia, nada más respetable que sus manifestaciones cuando son sinceras, cuando no obedecen á torpe utilitarismo; como no hay nada más despreciable que la conducta farisaica de los explotadores de los creyentes cándidos.

Zorrilla de San Martín, educado con esmero en la escuela católica, tenía que ser esforzado paladín de los dogmas político-religiosos de esa escuela, y lo ha sido recibiendo los plácemes de sus correligionarios y la aprobación del Supremo Jerarca romano. Pero Zorri-

lla de San Martín no se parece á aquellos de su misma comunión que existen en México, para quienes el ser conservador trae aparejado el ser enemigo irreconciliable de los que profesan el culto de la patria libre, el ser difamador de los héroes de 1810, porque fueron los que al destruir el antiguo régimen abrieron los cimientos del grandioso y perdurable monumento de la ley que garantiza al ciudadano la libre manifestación de sus ideas, cualesquiera que sean.

Zorrilla de San Martín, el autor del canto á *Ituzaingó* y de la *Leyenda Patria*, eleva en cada nota de su lira homérica un himno á los próceres ilustres que emanciparon al Sud. Diríase que en cada estrofa suya, arde, como en cincelada ánfora de oro, el incienso purísimo con que los corazones que alientan gratitud perfuman el santuario en que duermen el sueño de la inmortalidad los padres de la patria. Si Olmedo, en canto que no ha de morir, celebró la *Victoria de Junin*, el bardo uruguayo, en los que acabamos de citar, perpetuó, mejor que en mármoles y bronces, las glorias del suelo que á orgullo tiene el contarle entre sus hijos.

La *Leyenda Patria*, escrita en 1879, fué la que me dió á conocer á Zorrilla de San Martín como poeta de altísimo numen. Por eso cuando su *Tabaré* apareció en México, y como que vino á revelar la existencia de un gran poeta sud-americano á la inmensa mayoría de los amantes de las letras, no solamente ardí en deseos de leer el poema, sino que temí—debo confesarlo,—que no hubiese sido dado al autor producir una obra capaz de soportar un paralelo con la que la ha-

bía precedido. Tan elevada idea tenía yo de la *Leyenda Patria.*

Todavía hoy, á pesar de las incontables bellezas que se admiran en *Tabaré*, á pesar de la magnificencia de sus descripciones, del tinte melancólico y apacible que baña esas páginas llenas de poesía y de misterioso encanto, abrigo la idea de que la *Leyenda Patria* conserva la supremacía entre las producciones de Zorrilla de San Martín. ¿Será tal vez porque á mi espíritu se impone con incontrastable poderío la deificación de los libertadores? ¿Será porque la grandiosidad de la epopeya es la que mejor cuadra á la musa del cantor uruguayo? Acaso por ambos motivos permanece arraigada en mí la idea que antes apunté; mas como quiera que sea, en nada amenguo la fama del autor de una y otra.

Escuchad el preludio de ese canto:

"Es la voz de la patria...... Pide gloria......
Yo obedezco esa voz. A su llamado
siento en el alma abiertos
los sepulcros que pueblan mi memoria,
y, en el sudario envueltos de la historia,
se levantan sus muertos.

Uno de ellos, recuerdo pavoroso
de un lustro triste, se levanta impuro,
como visión que en un insomnio brota
del fondo nebuloso,
á la voz de un conjuro, y su flotante
negra veste talar mi frente azota.

¡Lustro de maldición, lustro sombrío!
Noche de esclavitud, de amargas horas,
sin perfumes, sin cantos, sin auroras,
vaga en la margen del paterno río.

"De los llorosos sáuces
que el *Uruguay* retrata en su corriente,
cuelgan las arpas mudas;
ay! las arpas que ayer, en himno ardiente,
vibraron, al rodar sobre sus cuerdas
las auras de las *Piedras* y el *Cerrito*.
Hoy la mano del cierzo deja en ellas
el flébil son de tímidas querellas.

"Apenas si un recuerdo luminoso
de un tiempo no distante,
de un tiempo asaz glorioso,
tímido nace entre la sombra errante
para entre ella morir; como esas llamas
que alumbrando la faz de los sepulcros,
lívidas un instante fosforecen;
como esos lirios entre el musgo abiertos,
desmayados suspiros de los muertos,
que entre las grietas de las tumbas crecen.

"La fuerte ciudadela,
baluarte del que fué Montevideo,
desnuda ya del generoso arreo
entre las sombras vela
el verde airón de su imperial señora,
que, en sus almenas al batir el aire,
encarna macilenta
la sombra vil de la paterna afrenta.

"Todo mudo en redor...... campos, ciudades......
todo apenas se agita,
y del pecho en las negras soledades
el patrio corazón ya no palpita."

El poeta, ardiendo en ira sacrosanta, apostrofa al pueblo, recuérdale sus pasadas glorias, y le pide que se levante valiente, que se levante á reinar,

"porque de rey tiene
el corazón y la guerrera frente."

Y, como obedeciendo el mandato de un dios, surge la aurora de redención, é iluminados por sus fúlgidos arreboles aparecen LOS TREINTA Y TRES HÉROES que libertarán á la patria.

"Hélos allí......
Con ademán sañudo,
cárdeno el labio y la pupila ardiente,
de batallar el acerado escudo
embrazan sin temblar; ciñen la frente
con el pesado casco del guerrero,
y altivo un reto lanzan
que se estrella en el rostro del tirano;
que cabalga los aires,
y rueda, y se dilata, y se desborda,
como de ruina y destrucción sedienta,
embozada en su parda vestidura,
lleva sobre sus hombros la tormenta
la voz de Dios. Clavada en la llanura,
del nuevo Sinaí sobre la espalda,
cual león que sacude la melena,
azota el aire y estremece el asta
el pabellón de LIBERTAD ó MUERTE
que el aire agita de presagios llena.
Vibrando está en los labios
el santo juramento
de MUERTE ó LIBERTAD, firme, grandioso,
que da á los hombres de virtud ejemplo
y se esparce solemne y poderoso,
cual se difunde el salmo religioso
por las desiertas bóvedas del templo."

Ve á los bravos campeones, reconoce en ellos á *los que arrancan de la amarga noche la libre aurora del eterno día*, míralos aprestarse al combate, los sigue á los fragosos campos de la Florida, los acompaña á Sarandí, entona el himno de la victoria, y va con ellos á Itu-

zaingó para presenciar la consumación de la gloriosa epopeya, y exclama:

"Todo acabó...... Ya el mundo
firme al novel batallador escucha
dictar sus leyes y escribir su historia,
y al solio de los pueblos lo levanta,
que, aún cubierto del polvo de la lucha,
trepa el guerrero con serena planta."

Hijo de nuestro siglo, del siglo de la ciencia y del trabajo, Zorrilla de San Martín una vez consumada la *Leyenda Patria*, pide que á la sombra de los laureles conquistados el pueblo uruguayo

"Rompa el arado, de la madre tierra
el seno en que rebosa
la mies temprana en la dorada espiga,
y la siega abundosa
corone del labriego la fatiga.
Cante el yunque los salmos del trabajo,
muerda el cincel el alma de la roca,
del arte inoculándole el aliento,
y en el riel de la idea electrizado
muera el espacio y vibre el pensamiento.
En las viriles arpas de tus bardos
palpiten las paternas tradiciones
y despierten las tumbas á sus muertos
á escuchar el honor de las canciones,
y siempre piensa que en tu heroico suelo
no mide un palmo que el valor no emane:
pisas tumbas de héroes......
¡Ay del que las profane!
Protege ¡oh Dios! la tumba de los libres;
protege á nuestra patria independiente
que inclina á Tí tan sólo,
sólo ante Tí la coronada frente!

Así termina la inspirada leyenda, lauro inmarcesible colocado por el gran poeta uruguayo sobre la tumba de los libertadores, canto del que apenas tendrá vaga idea quien no lo conozca sino por el rapidísimo extracto que de él acabamos de hacer. Empero los pasajes transcritos dan la medida de la robusta entonación del canto y del patriótico fuego que en todo él se respira.

Diez años después que la *Leyenda Patria*, apareció *Tabaré* que es la producción que ha llevado á Europa, y traído á México en alas de ruidosa fama el nombre de Zorrilla de San Martín, como dicho queda al comenzar este capítulo.

Sucede con *Tabaré* algo que no acontece á menudo. Quien lee el poema sin conocer juicio alguno acerca de él, halla indefinible encanto, bellezas no contempladas antes, sentidas es cierto pero no revestidas de formas por tal extremo seductoras, no expresadas así, ni por él ni por sus autores predilectos; y si después de la lectura llegan á sus oídos las apreciaciones de los críticos y el elogio de determinados pasajes, encuentra que esas apreciaciones son frías y que en la elección de las citas podía haber habido mayor acierto. Cuando, por el contrario, se tenía ya noticia de *Tabaré* y se había despertado el deseo de conocerlo en toda su extensión, sin ser pretencioso el lector se imagina que el crítico no llegó á abarcar todos los puntos de vista que la obra ofrece. Por manera que lejos de sobreponerse en el ánimo el pensamiento del literato, lejos de que el análisis perjudique al poeta, éste ejerce sin traba ni restricción su dominio poderoso, el dominio del génio; yugo

blando, yugo de flores que nadie puede ni intenta sacudir.

He ahí en lo que fundamos nuestra predilección por *Tabaré*. No es que nos avasalle la vaga armonía de sus estrofas; no es que creamos que la poesía americana exija en sus manifestaciones la descripción del suelo para ser original, para encerrar, digámoslo así, el alma del nuevo mundo. Es ocioso, y más que ocioso impertinente, repetir que nuestras selvas vírgenes las pueblan miriadas de aves canoras de vistoso plumaje; que de altísimas montañas se despeñan bramando los torrentes, que sollozan al pasar las aguas de los ríos, y tantos y tantos otros lugares comunes, de los que no aciertan á prescindir aquellos á quienes seducen más las galas de la beldad que la luz de la inteligencia soberana que no presta á todos sus divinos resplandores. *Tabaré* es hermoso, mejor aún que por el ropaje espléndido con que se nos presenta, por la idea que lo informa; y es esencialmente americano, porque en él palpita, como dijimos ya, la propia vida que nosotros alentamos. *Tabaré* no es el indio que poblaba los valles americanos al pisarlos Colón por vez primera; *Tabaré*, dirémoslo apropiándonos la frase de Justo Sierra cuando hablaba de Morelos, es el mestizo, el hijo de dos razas altivas y valerosas á quienes el destino pusiera un día frente á frente para que tras rudo batallar se refundieran en una sola predestinada á asimilarse todas las grandes ideas, todos los grandes progresos que habían ido acumulando desde siglos atrás los pueblos del Viejo Mundo, y llamada á distinguirse por su amor á

la libertad, en sus manifestaciones más grandiosas y más heroicas.

Cuantos han escrito en loor del *Tabaré* han presentado muestras de las estrofas que juzgan culminantes; pero, á mi juicio, no es posible conseguir por medio de tales fragmentos dar perfecta idea del poema, toda vez que el conjunto es el que cautiva, más aún que los detalles. Quien pretende señalar los que encontró superiores tiene, á la postre, que confesar que experimenta la misma impresión que la de aquel que paseando á orillas del mar se propone recoger las conchas más brillantes y de formas más exquisitas: prefiere unas, ve después otras y olvida aquellas, y acaba por declarar que la selección es imposible, que el Sumo Hacedor grabó en todas su divino sello.

Tal es la obra del genio: resplandece donde quiera, porque iluminado él por la luz del cielo sorprende á la naturaleza en sus instantes más bellos, y reproduce sus magnificencias, ya que crear, en su genuina significación, es atributo exclusivo de Dios.

Cuando contemplamos una verdadera obra de arte, llámese poeta ó pintor el que la produjo, ocúrresenos desde luego decir: "esto lo había visto ya, esto lo había sentido." Por mucho que parezca presuntuosa la exclamación, tiene un gran fondo de verdad. Lo que se necesita es complementar la frase declarando lealmente que no nos había sido dado revestir de forma la sensación experimentada, para transmitirla á otros. Esa es la facultad que los grandes artistas poseen, ese es el don celeste que les coloca por cima de los que ven y

sienten la belleza sin poder ir más allá. Y lo que pasa con respecto á lo objetivo, tiene lugar también si de lo subjetivo se trata. Así al leer á Shakespeare que es quien ha profundizado más la conciencia humana, quien más hondamente ha sentido las pasiones que la combaten, y subyugan, al leer á Shakespeare, digo, nos pasma que en sus obras tome hasta lo que es en sí vulgar, tan colosales proporciones. Así es, decimos, así ha sido y será el corazón humano, Shakespeare se ha inspirado en la naturaleza; las que creemos creaciones suyas no son sino reproducciones de lo real, de lo verdadero, de lo existente, de lo que todos los días y á todas horas podríamos mirar si poseyéramos las facultades del genio que todo lo penetra, que ve con claridad magnífica lo que para los demás está oculto en el misterio y en la sombra, y que no sólo lo ve sino que posee en su paleta las tintas que lo reproducirán con fidelidad pasmosa, produciendo, por la artística manera de presentado, el efecto mismo de una revelación tanto más sorprendente cuanto más inesperada.

Tabaré es una de esas obras que nos hacen pensar, que dejan una huella profunda en nuestro espíritu. Podremos llegar á olvidar sus detalles; podrá suceder que no quede grabada en nuestra memoria una sola de sus admirables estrofas, uno solo de los bellísimos pensamientos que al leer el poema nos cautivaron; pero jamás podremos desarraigar de nuestro pecho la melancólica historia de aquel amante infortunado en cuyo corazón se alzaron las olas tempestuosas de una pasión avasalladora en lucha formidable contra el destino; que

las candentes lágrimas que arranca un dolor supremo no solamente dejan imborrable surco en las mejillas de quien las vierte, sino que se graban por misterioso arcano en quien las ha visto correr amargas y silenciosas.

D. Juan Valera, el escritor académico citado tantas veces en esta obra, por ser de todos reconocida su competencia y porque ha dedicado largas páginas á la literatura hispano-americana, tiene por el poema de Zorrilla de San Martín gran predilección. En la imposibilidad de reproducir, *in extenso*, el juicio del Sr. Valera sobre *Tabaré*, voy á citar los pasajes que creo conducentes al propósito á que el presente capítulo se encamina.

"Empeñarse en buscar,—dice,—un sello especial y exclusivo que distinga una obra poética escrita en América, sería absurdo. Este sello, ó acude sin que le busquen, ó no acude. En esta ocasión ha acudido, y con omnímoda plenitud. Quiero significar que *Tabaré* parece inspirado por el medio ambiente, por la naturaleza magnífica de la América del Sud, y por sentimientos, pasiones y formas de pensar que no son sencillamente españoles, sino que á más de serlo, se combinan con el sentir, el discurrir y el imaginar del indio bravo, concebidos, no ya por mera observación externa, sino por atavismo del sentido íntimo, y controversión en su profundidad, donde quien sabe penetrar lo suficiente, ya descubre al ángel, aunque él esté empecatado, ya descubre á la alimaña montaraz, aunque él sea suave y culto. Ello es que en *Tabaré* se siente y se conoce que

los salvajes son de verdad, y no de convención y amañados y contrahechos, como, por ejemplo, en *Atala.*

"Prescindiendo de novelas como las de Cooper, y de descripciones en prosa, en libros científicos y en relaciones de viajes, yo creía que, en poesía versificada, concisa por fuerza y en que no caben menudencias analíticas, los brasileños tenían hasta ahora la primacía en sentir y en expresar la hermosura y la grandeza de las escenas naturales del Nuevo Mundo. Leído *Tabaré*, me parece que Juan Zorrilla compite con ellos y los vence."

"Lo nuevo en Juan Zorrilla,—dice más adelante el Sr. Valera,—es que con ser su *Tabaré* una narración, en parte de ella, en la primera sobre todo, narra y casi no narra. Parece el poema bella serie de poesías líricas, en las cuales la acción se va desenvolviendo. Cuando los personajes hablan, queda en duda si son ellos los que hablan ó si habla el poeta, en cuyo espíritu se reflejan con nitidez los sentimientos y las ideas que tienen los personajes de modo confuso, como quien no vuelve sobre su espíritu y le examina y analiza."

....

"Como quiera que sea, pues no nos incumbe dilucidar la verdad científica del alma de *Tabaré*, el valor estético de la creación es grande, y el arte y el ingenio que se requieren para dar forma, vida y movimiento á esta creación, tienen que ser poco comunes. Juan Zorrilla posee este arte y este ingenio. Ni el poeta penetra en lo profundo del alma de *Tabaré*, y se pone á analizarla, como haría un novelista psicólogo; ni *Tabaré*

habla ni se explica á sí mismo, lo cual sería inverosímil. Y, no obstante, como un ensalmo, como un conjuro mágico, evoca el espíritu de *Tabaré*, y nos le deja ver claramente, en su vida interior, en el móvil oculto de sus acciones, en sus afectos, en su vago pensar y en su complicada naturaleza."

"La inspiración del poeta, lejos de amenguar, crece, según adelanta en su obra," agrega el crítico, y luego indica que la trascendencia y elevación de la leyenda merecen que de epopeya se la califique; que sin pretensión pedantesca, sino del modo propio de la poesía, hay y se agitan en el poema *Tabaré* grandes problemas de libre albedrío, predestinación, determinismo y vocación de las razas: psicología, teodicea y filosofía de la historia; y que al leer el poema se levanta el espíritu á esas altas especulaciones.

Valera termina su extenso juicio crítico del *Tabaré* con estas palabras: "Aplaudamos, pues, á Juan Zorrilla, sin el menor reparo, ya que ha sabido dar á luz tan amena leyenda ó poema, sin apartarse un ápice de la verdad, y siendo al mismo tiempo naturalista é idealista en su obra."

Las citas han sido bastante largas; mas no podía ser de otro modo, toda vez que con ellas he querido dar autoridad á las propias apreciaciones. Quien, como el autor de este libro, reconoce la insuficiencia de sus obras llevadas á término sin otra ambición que la de fomentar en la juventud el amor á ciertos estudios que los más abandonan por creerlos áridos,—necesita á cada paso apelar al testimonio de quienes por su criterio y

por su sabiduría son de todos respetados. Es más todavía. Con citas como las que abundan en estas páginas, se demuestra que el autor ha dado preferencia á aquellos poetas y escritores juzgados ya por críticos eminentes, en cuya opinión fundan la suya propia los que han menester oir la voz de un maestro para inspirarse en ella y aplaudir lo bello.

No trato de formar reputaciones, ni lo intentaría siendo como soy el primero en conocer la debilidad de mis fuerzas para tal empresa; quiero sólo dar á conocer en mi patria nombres que en otras regiones han resonado entre el aplauso justiciero de los que tuvieron antes que nosotros la suerte de rendirles homenajes.

Y,—ocasión es de decirlo,—si en los estudios que forman este libro se descubre marcada tendencia á poner de resalto las bellezas, sin sujetar, las más de las veces, las obras sud-americanas á las leyes de la más severa crítica, es porque ni se considera el autor suficientemente apto para desempeñar así la tarea, ni ha pretendido dar carácter docente á estas páginas. Ambiciona despertar el gusto por una literatura hermana puede decirse de la nuestra, y nada más. En otros libros, debidos á ingenios superiores, puede encontrar quien los desee, extensos análisis de las obras mencionadas en la presente.

Pero es preciso volver á Juan Zorrilla de San Martín.

En el Parlamento y en la prensa de su patria ha conquistado triunfos que si, en verdad, no pueden equipararse á sus glorias poéticas, no son indignos de recor-

dación en este lugar. Y como que es joven todavía, tiene ante sus ojos un porvenir brillante.

Cierto es que quien en sus mocedades ha logrado llegar con firme planta á la cumbre en que hoy se encuentra, queda por esa misma causa constreñido á romper su lira antes que arrancar de ella notas que no puedan alcanzar la resonancia de las de la *Leyenda Patria* y del *Tabaré;* pero ¿á qué abrigar temores? Zorrilla de San Martín, hijo mimado de la inspiración, está llamado á iluminar con los resplandores de su gloria el suelo uruguayo que hónrase en proclamarle hijo suyo, y esos resplandores, salvando la distancia, llegarán hasta nosotros que nos complaceremos en enviarle desde aquí nuestros himnos de alabanza, tanto más fervorosos cuanto que irán dirigidos á una gloria hispano-americana.



RAFAEL OBLIGADO.

Quiero hablaros hoy de Rafael Obligado, y vacilo, más que nunca, al dar principio á la labor; pues pienso, cuando estudio sus poesías, que para dar idea de sus bellezas es necesario mojar la pluma en jugo de rosas y escribir sobre blancas azucenas; porque los cantos del egregio argentino tienen, por su casta inspiración, la blancura de esos celajes que vagan en el firmamento azul semejando copos de nieve ó argentada espuma.

Armonía celeste, blando rumor de un río que se des-

liza besando las flores que bordan sus márgenes y copiando cielo azul y verdes hojas, eso es una poesía de Rafael Obligado, y ni á tal armonía ni á un rumor tan grato quisiera sujetarlos á un examen en el que forzosamente entraría por mucho lo convencional y lo arbitrario de las reglas establecidas por el hombre á medida que éste se aparta más y más de la madre naturaleza y desdeña el sentimiento. Quise por eso que un poeta fuese el que revelase en México el tesoro que encierra el libro de las poesías de Rafael Obligado, y pretendí que en uno de sus brillantes y afiligranados artículos le presentase el *Duque Job*, que con tanta gallardía recoge, permítaseme decirlo así, la esencia de las obras que lee, y la derrama después embalsamando con ella nuestro suelo, una vez que la ha mezclado con la esencia de sus propias inspiraciones. Puse en las manos del *Duque* el bellísimo tomo y díjele mi deseo. Con la avidez de aquel que sabe de antemano que no ha de ser estéril para él una lectura, devoró aquellas páginas y sintióse envuelto por una ola de perfumes y arrobado por encanto misterioso; pero ay! él, perezoso de suyo, enervóse más con aquella embriaguez deliciosa, y de aquí que pasan los días y el prometido artículo no llega.

Si hubiese llegado......! No sería entonces mi prosa incolora la que llenase estas páginas; pues yo que bendigo al cielo porque no ha dejado penetrar en el santuario de mi alma á la odiosa envidia, con gran placer os habría dicho: solazaos hoy que acude en auxilio mío quien posee dotes que la suerte me negó; oid cómo ha-

bla uno de nuestros mejores poetas, del poeta que aprendió á cantar á orillas del Panamá, escuchando á los *boyeros* que son los zenzontles argentinos.

Consuélame tener ante mis ojos fecundo campo donde espigar. Para tejer una nueva corona á las sienes del ilustre poeta me basta recoger las flores y los laureles que otros han arrojado á su paso.

D. Juan Valera, el insigne autor de *Pepita Jiménez*, que es tan gran novelista como excelente crítico, ha celebrado en una de sus *Cartas Americanas* las poesías del bardo argentino, y lo ha hecho en términos por tal extremo honrosos para el cantor de *Echeverría* y de *Santos Vega*, que nadie, después de conocer el juicio de Valera, podrá tachar el mío de lisonjero. Valera no es de aquellos que se tientan el corazón para decir una verdad que pudiera ser dolorosa para aquel á quien va dirigida. Sabrá envolverla en las rosas de su bellísima y culta frase; podrá halagar el amor propio de su víctima, hábil y sutilmente, para que el dardo acerado de su crítica penetre sin desgarrar; pero nunca dejará de transparentarse en sus escritos su pensamiento, ó, lo que es lo mismo, jamás quien lea una opinión de Valera abrigará dudas, á no ser que le ciegue la presunción, si aprueba ó censura. Y como Valera es docto y peritísimo en materia de estética, su favorable fallo acerca de las poesías de Obligado coloca á éste en el Parnaso en sitio que no es dado á todos alcanzar.

Argerich y Oyuela, conterráneos de Obligado, y como él orgullo de la tierra argentina, habían, antes que Valera, encomiado las excelencias del ya afamado poeta;

pero por equitativos que hayan sido al juzgarle—y bien que lo fueron,—á la opinión de Argerich y de Oyuela faltábale la sanción que ha venido á darle el renombrado crítico español, pues, de antaño, se tiene siempre por más autorizado y justiciero al extraño, que á aquel á quien los espíritus suspicaces pueden atribuir ciertos vínculos de fraternidad ó simpatía.

Voy pues á dar ciertas noticias respecto á la vida de Rafael Obligado, y á hacer conocer en México lo que acerca de sus poesías han dicho, entre otros, los autores ya citados. Poco habrá exclusivamente mío en este artículo, porque con lealtad declaro que contándome entre los admiradores del egregio poeta, soy el menos á propósito para juzgarle como crítico, y porque gusto siempre de fundar en opiniones doctas las mías que carecen de autoridad en el mundo de las letras.

Argerich, en un folleto publicado en 1885, sintetiza la vida de Obligado en las siguientes líneas: "Nació en Buenos Aires y recibió en uno de nuestros hogares tranquilos una educación moral irreprochable. Muy niño, habiendo respirado poco los miasmas pútridos de la ciudad, fué llevado al campo, á una estancia situada á orillas del Paraná, y se entregó por completo á la vida de la naturaleza. Allí se abrió su espíritu á las primeras impresiones, bajo el ojo vigilante de la familia. Su madre, una santa señora, llevaba á todos los hermanos á rezar á menudo ante "la solitaria cruz de ñandubay" y á cubrir de *flores del aire* ese modesto signo que vela el sueño de los gloriosos muertos de la batalla de Obligado. Allí se hizo carne en su espíritu ese

amor á la Patria que es el culto y la fuerza mayor del poeta. Pasado poco tiempo, es enviado á Buenos Aires, y entra en el Colegio Nacional. A poco andar de su estadía en la ciudad, se encuentra con un pueblo lleno de entusiasmo, que vitorea en las calles á uno de nuestros batallones que venía diezmado pero triunfante, de los campos del Paraguay. Nueva y profunda impresión. Llega después á la Universidad y le reprueban *en literatura.* Aprende de todo, toma la revancha de la derrota, y está á punto de seguir la abogacía. En muchas ocasiones vuelve al campo y se entretiene en poner en verso la impresión culminante de sus paseos. Algunos de sus condiscípulos leen sus versos y se los vituperan acremente. Ama. Pasan los sueños y sigue produciendo. Combate algo en prosa por sus ideas. Posee una fortuna considerable, y es para él letra muerta, como no sea de oídas, cuanto se refiere á la lucha de la vida. Colecciona sus versos y se da el gusto de presentárnoslos en una deliciosa edición. Estudiad esta vida; leed sus poesías y veréis cómo se compenetran una y otra."

Con efecto, refléjanse en las poesías de Obligado lo apacible y lo sereno de su existencia. Como corren las aguas del Paraná, sin el rugido de los grandes mares y de las estruendosas cataratas; como se agitan los pajonales en la inmensa pampa al soplo del terral, así se desprenden de la arpa del poeta armonías dulcísimas que caen sobre nuestro corazón con la suavidad con que resbalan sobre los pétalos de la rosa las gotas del rocío de la noche. Cuando leemos un canto de Obliga-

do, ni remotamente podemos imaginar que entre este trovador cuyas endechas dulcísimas nos arroban y el vate que entona rotundas estrofas sólo cuando siente las convulsiones de la inspiración, pueda existir punto alguno de contacto.

Los que creen que el renombre de poeta no se alcanza sino avasallando voluntades por medio de la comunicación de ideas valentísimas que no caben sino en cerebros extraordinarios, constituidos *ad hoc*,—valga la frase por la precisión con que traduce mi pensamiento,—no discernirán á Obligado el lauro que merece, por mucho que experimenten delicia inexplicable al leer sus obras *El hogar paterno*, *La flor del seibo* ó *El nido de boyeros*.

Es más todavía: los que nunca ni por ningún motivo quieren prescindir de que la poesía no interprete ternuras inefables, tranquilos amores, sino que de ella exigen la revelación de las grandes luchas del alma, de las lucubraciones de las grandes inteligencias, esos verán si no con desdén sí con frialdad las piezas que he citado; y cuando más, para no tacharlo todo en la obra de Obligado, aplaudirán sus arranques patrióticos y celebrarán su leyenda *Santos Vega*, porque tiene esta última mucho de simbólica.

Yo de mí sé decir que los cantos del bardo argentino penetran hasta el fondo de mi alma y me hacen sentir un encanto parecido, si no igual, al que experimento oyendo una melodía de Bellini.

Pero he ofrecido dar poco de mi propia cosecha, y vuelvo á dejar, por lo tanto, la palabra á Argerich. Es-

te, en rápido examen, mas no sin ir apuntando atinadas observaciones, recorre las principales poesías que forman el bellísimo libro de Obligado: la intitulada *Echeverría* es para él la marcha triunfal en el apoteosis del cantor de la *Cautiva;* tiene algunos defectos, pero encuéntranse en ella tantas bellezas, revela tanto el ser íntimo del autor, sus amores de poeta y de patriota, que la composición se impone en toda su sinceridad y en toda su hermosura. *América* deslumbra por la sonoridad de sus estrofas; *El hogar paterno* es uno de esos cuadros que sólo se escriben con el corazón, y en el que hay tal ingenuidad, tal frescura, tan artística disposición en sus estrofas,—una serie de acuarelas delicadísimas,—que el espíritu se regocija y envía un aplauso entusiasta al poeta; *Las quintas de mi tiempo* es una página naturalista llena de belleza y de refinamiento en el decir; *En la ribera* y *El hogar vacío*, cree oir Argerich las notas más altas de Rafael Óbligado en la cuerda amorosa: en la primera ha puesto el poeta todo lo que posee de sentimiento y de arte, y es la segunda un sollozo conmovedor que da la clave de muchas otras notas melancólicas del libro. Así las demás; porque en todas ellas el poeta ha hecho gala de la acaudalada sencillez que tanto le distingue entre los escritores argentinos, porque su espíritu es pródigo en ingenuidad, con lo que da mayor mérito á sus versos, pues las cualidades sobresalientes del artista arrancan de aquella, como arrancan del sol todos los rayos luminosos dispersos en la atmósfera. "No busquéis ahí, dice, esos aleteos de cóndor con que Andrade deslumbra, esas ful-

guraciones extrañas que tienen todos los resplandores de un día tropical. Pero buscad otras cualidades: buscad la nota íntima, la observación nunca pasada por el tamiz del artificio, el verso armonioso convertido en joyel de ideas nativas, y veréis cómo ha sabido disponer de su tesoro este paisajista que maneja como el mejor los colores de su paleta, y que hace, por lo general, lo que quiere de su pincel."

Oyuela, el laureado cantor del *Arte*, señala entre las excelencias de las poesías de Obligado la pureza, soltura y gallardía con las que está manejado en ellas el idioma. Observa que no obstante que Obligado conoce y estima, como toda persona de buen gusto, la literatura francesa, es el único poeta argentino que de Echeverría acá no se ha dejado dominar por su influjo; que ni el más leve soplo francés corre por las delicadas páginas de su libro, en el que tampoco hay nada italiano, nada inglés, nada alemán. En cambio, agrega, sin que lo haya solicitado, quizás desconociéndolo, y con sólo dar libre rienda á su naturaleza americana, á su carácter argentino, tiene su libro no poco andaluz, patente en el ritmo blando y voluptuoso de sus versos y en riquísimo colorido. Para Oyuela, lejos de ser Obligado un áspero salvaje americano, lo que ha hecho ha sido fundir en la poesía argentina los dos elementos de belleza más valiosos que se conocen: el griego y el bíblico, pues concibe el arte á la manera helénica y suena en sus versos el Cantar de los Cantares, sin que ello ofusque en lo más mínimo su enérgica espontaneidad americana, pues los rayos de aquellos soles sobera-

nos se han disuelto en su sangre y corren por sus venas.

"Es imposible no hallar en su obra poética de vd., dice Oyuela á Obligado en la bellísima carta fechada en Buenos Aires el 25 de Mayo de 1885, la filiación de todos esos artistas de sangre pura, y la concepción de ese arte divino sellado eternamente á los profanos. En vd. se halla la poesía *como escultura y* sobre todo *como pintura*, casi nunca *como música*. La línea, el relieve, la imagen, son los señores absolutos de sus versos."

Renuncio, pese á mi voluntad á la gratísima tarea de reproducir otras atinadas apreciaciones de Oyuela, por que, como dije al principio, quiero que se vea cómo confirma los juicios de los compatriotas de Obligado, el célebre escritor español D. Juan Valera.

"Posee vd., dice al vate argentino, la facultad de reflejar, á modo de claro y magnífico espejo, la naturaleza circunstante, hermoseándola y depurándola en la imagen; pero vd. posee además el arte y la forma adecuada para que esta imagen pase, sin disiparse ni afearse al pasar, desde la mente de vd. á las mentes de los demás hombres, hiriéndolas y penetrándolas. Se diría que todo el concierto, toda la magnificencia y toda la hermosura de la tierra de vd., aunque conocidos por la geografía y por la estadística, eran ignorados por el sentimiento, ya que no habían llegado á reflejarse en el alma de un poeta, ni habían aparecido en sus cantos.

"En todos los versos de vd. hay inspiración propia, por donde, sin buscar la originalidad, vd. la tiene. Se

conoce que ha leído vd. los poetas españoles, hasta los más recientes como Campoamor, Núñez de Arce y Velarde. En trozos descriptivos, sobre todo en décimas, creo notar cierto confuso recuerdo del estilo de los dos últimos. En varias composiciones amorosas de vd. hay también algo del modo de Becquer. Siempre, no obstante, la imitación ó la coincidencia es tan vaga, que no está uno seguro de que no sea ilusión. Por lo demás, nada tan opuesto como su espíritu de vd. sano, optimista, lleno de esperanzas en el progreso y en la grandeza de la patria, y de todo el humano linaje, al espíritu de Becquer, pesimista y hondamente herido. Hasta en las poesías más melancólicas de vd. hay consuelo, hay bálsamo, hay luz celestial que lo alegra é ilumina todo."

En otro lugar de la misma carta, dice Valera lo siguiente, que encierra el más cumplido elogio: "La lisonjera impresión que recibe un natural de esta península, aficionado á las letras, al recibir poesías tan bellas como las de vd., venidas de tierra tan remota, es como la que recibiría un ciudadano de Atenas cuando llegasen á su noticia las obras en griego de algún insigne sabio, poeta ó historiador de su casta, que viviese en el Asia Central, en Egipto, en Libia, ó en alguna ciudad helénica de la misma Hesperia, hasta donde la civilización, el habla y todo el ser de Grecia habían penetrado, creando nuevas repúblicas y Estados independientes, si bien conservando la unidad superior de la sangre, del lenguaje y de la cultura."

Y á quién van dirigidas estas palabras! A Obligado,

al poeta que en su tierra nativa llegara á ser objeto de censuras por su *americanismo*, por su *argentinismo*, diré mejor; á Obligado que no desdeña engastar en el oro purísimo de sus estrofas, vocablos de pronunciado sabor local que no están en el Diccionario de la lengua española, y que Valera,—así lo declara—quisiera definir bien é incluirlos en ese mismo Diccionario. Si Valera, el escritor pulcro y castizo, aplaude y celebra los provincialismos de que se hallan sembradas las poesías de Obligado. ¿Qué dirán de esto esos espíritus tan apegados á lo tradicional, que juzgan herética la traducción de vocablos propios del suelo americano, en los escritos de los que en ese suelo nacieron? ¿Qué objetarán á esa amplitud de miras, á ese ensanche prodigioso que Valera quiere dar á la lengua madre, los que al describir las costumbres nacionales ó al narrar la historia patria evitan, como el contacto de afección contaminante, lo que es genuino y propio de la tierra?

Reflexione detenidamente la juventud estudiosa, la que al cultivo de la literatura se dedica, reflexione en todo esto, y vea cuán pueriles, cuán dañosos son los escrúpulos que abrigan los que en su mal entendido afán de velar por la pureza del idioma, caen en indigestos arcaismos y se encuentran cohibidos, y despojan á sus escritos de la espontaneidad que brilla en los de aquellos que, como Obligado en la Argentina y como Altamirano en México, saben y quieren embellecer las páginas de sus libros con las fragantes flores de la tierra americana.

Cítase como una de las obras más acabadas de Ra-

fael Obligado, su leyenda *Santos Vega.* He aquí cómo la juzga Valera:

"A más de excelente poeta lírico me parece vd. buen poeta narrativo, según el testimonio brillante que de ello da en la leyenda de *Santos Vega.* Las décimas en que está escrita esta leyenda son no menos fluidas, bien hechas y ricas de rimas que las décimas empleadas por Núñez de Arce y por Velarde en descripciones y narraciones. Las de vd. tienen además para mí algo de peregrino y nuevo: me pintan con el colorido y la precisión de la verdad, la pampa y la vida primitiva de sus habitantes; me traen como un aroma sutil de sus flores y un eco suave y dormido de sus músicas y de sus rumores misteriosos.

"Santos Vega es el *payador de larga fama:* el más celebrado poeta, cantor y tocador de guitarra que ha habitado en la pampa entre los gauchos. Su contienda con otro trovador exótico, medio hechicero, que aparece obrando prodigios, y el triunfo de este nuevo trovador sobre el antiguo, que muere del pesar del vencimiento, todo es sin duda simbólico, es el triunfo de la vida moderna y de la industria, y de los ferrocarriles, y de las ciudades, sobre el modo agreste de vivir en lo antiguo, en aquel florido y verde desierto, en aquella extensa llanura que los Andes limitan; pero si bien vd. como poeta, lamenta la pérdida de un poco de poesía, si es que se pierde, ha de florecer otra, y ya florece, en la mente y en el libro de vd. que vale muchísimo más que la del *payador Santos Vega.* Justo es, no obstante, que vd. dé á *Santos Vega* las alabanzas que merece, por

más que, al dárselas, se las dé escribiendo tan preciosa leyenda, y dándole envidia de la que el pobre Santos Vega sería capaz de morirse, si ya en la lucha con el trovador y mago intruso no hubiera muerto."

La extensión que, insensiblemente, he ido dando á este artículo, me priva de hablar de los magníficos tercetos de Rafael Obligado en la *Justa literaria* que tuvo por contendores á él y á Calixto Oyuela y en la cual justa cada uno de los dos bizarros poetas defendió sus procedimientos artísticos. Por dicha no pasará mucho tiempo sin que al estudiar las obras de Oyuela, se me presente oportunidad propicia para llenar el vacío que me es forzoso dejar hoy.

Y pues debo terminar, lo haré diciendo á mis lectores: estudiad al ilustre poeta argentino en sus obras admirables, porque sólo así tendréis exacta idea de su grandeza; estudiad su libro y comprenderéis con cuánta justicia sintetiza sus excelencias uno de los que mejor le han comprendido, en las siguientes palabras: "La Patria; dentro de la Patria el Hogar; dentro del Hogar el Amor; todo ello llevando en ofrenda al Arte exquisito y puro."

No quiero, al insertar en este libro el artículo que acaba de conocer el lector, prescindir de hacer constar cen legítima complacencia, que en el tiempo transcurrido desde su primera publicación (1888) acá, el nombre de Rafael Obligado se ha hecho verdaderamente popular en nuestro país. A cada paso los periódicos de la

Capital y los de los Estados se engalanan con las poesías del vate argentino, pudiendo decirse que están ya reimpresas todas las que ha producido.

Este hecho patentiza que á medida que vayan siendo conocidos aquí los nombres de los literatos y poetas sud-americanos, sus obras serán más y más solicitadas, y, consiguientemente, llegará á ser un hecho la fraternidad literaria de los pueblos latino-americanos, fin único de nuestros constantes esfuerzos.



NICANOR BOLET PERAZA.

CONFIESO, sin que para hacer esta confesión tenga que ruborizarme, que aunque las delicias de la paternidad me son desconocidas, es tan grande la simpatía que los niños despiertan en mí, que más que cariño profeso á la infancia verdadero culto. El niño, como el ave y la flor, alegra y embellece cuanto le rodea; sus risas tienen una armonía deliciosa, sus bulliciosos juegos alejan los más sombríos pensamientos. El niño es al hogar lo que el celaje al firmamento: sin él el azul purí-

simo es monótono, y cuanto en él se ostenta es para brindar el encanto, sea que remede vellón níveo en mañana primaveral, bien que se tiña de púrpura y oro en las tardes tibias de otoño. Cuanto hay de poético y dulce en el niño está representado y también cuanto hay de melancólico y cuanto á la meditación provoca; pues como que es flor anuncia el fruto en que debe convertirse, é inspira temores y recelos. ¡Ay si se tornara en esperanza desvanecida; es decir, ay si la flor llegara á rodar por el suelo mustia y deshojada!

Como idea correlativa, de aquellas que brotan por sí mismas, producida por el fenómeno que los psicólogos llaman de la asociación, viene á mi mente el juguete cuando miro al niño ó pienso en él. Imposible es desligar ambas ideas, como imposible sería la concepción del amor sin pensar al mismo tiempo en la pareja que canta el eterno duo, el duo universal. Por eso mil veces, sin cuidarme de las interpretaciones de los transeuntes, me detengo ante los escaparates henchidos de juguetes que atraen como invencible imán á los niños y á los que amamos á éstos con toda la efusión del alma.

No causará extrañeza al lector que para hablarle del distinguido y fecundo escritor venezolano D. Nicanor Bolet Peraza, comience yo por declarar cuánto amo á los niños y cuánto me agradan los juguetes, cuando sepa, si continúa recorriendo estas páginas, que Bolet Peraza es uno de los escritores sud-americanos á quienes en más alta estima tengo, precisamente porque el primer recuerdo que dejó grabado en mí una obra su-

ya, está estrechamente unido á mi pasión por los niños y por los juguetes.

La historia no es larga de contar.

Leía yo, hace algunos años, un número del *Monitor Republicano*, correspondiente,—lo recuerdo bien,—al mes de Enero. Por dicha, en la sección amena del popular diario, posáronse mis ojos sobre un artículo intitulado Los Juguetes, al pie del cual artículo estaba la firma de Nicanor Bolet Peraza. Recién se había celebrado la fiesta de Navidad en la gran ciudad de Nueva York. El escritor venezolano, suspirando por la patria ausente, recorría aquella gran Avenida de fama en el mundo entero, y junto á la cual la que en México lleva el número 22 Oriente, parecería lo que una guija junto al Popocatepetl. Los escaparates de los magníficos almacenes y confiterías dejaban ver, atrayente, provocador, un tesoro inmenso de juguetes de infinita variedad y de dulces capaces de engolocinar al hombre más dispéptico. ¡Como que era el día de Christmas!

En el interior de los establecimientos, los mimados por la fortuna acaparaban parte de aquellos tesoros; del lado de afuera los niños pobres y los padres desgraciados miraban, nada más que miraban con tristeza, tal vez con envidia, á los primeros.

El cuadro hirió vivamente la imaginación del escritor venezolano y, como si hubiese escuchado la voz de un genio inspirador, tomó la pluma que en sus manos corre ligera y al rozar la tersa superficie del papel hace que broten en profusión las espléndidas flores del talento perfumadas por los sentimientos más nobles

del corazón, tomó la pluma, digo, y escribió el artículo, ó para expresarme con más propiedad, el canto de *Los Juguetes.*

¡Qué torrente aquel de ideas bellísimas; tiernas como arrullo de ave, puras como esencia de nardos, delicadas como caricias maternales, arrobadoras como luz crepuscular, llenas de armonía como los soplos del terral en las selvas americanas!

Víctor Hugo que, con su gran corazón y con su gran inteligencia, expresó en versos admirables las alegrías y las tristezas que inspira el niño, y lo que éste dice al pensador, y lo que reclama á todo aquel que abrigue en el pecho nobles sentimientos, Víctor Hugo, el autor del *Arte de ser abuelo*, no habría desdeñado poner su nombre predestinado á la inmortalidad, al calce del artículo, digo, poema de Bolet Peraza.

Leí y volví á leer, con igual ó mayor encanto cada vez, *Los Juguetes*, y fué para mí esa lectura toda una revelación. Bolet Peraza, pensé desde luego, sin necesidad de emplear la forma rítmica ha compuesto un canto; es un poeta y poeta de corazón que alienta ideales generosos. La destreza con que maneja el idioma, la exuberancia de sus ideas, las galas de su estilo, patentes en esta producción que es la primera que he habido á las manos, denuncian á un hijo de la patria de Bello, el egregio cantor de la *Agricultura de la Zona Tórrida.*

Desde entonces dime á leer cuantos escritos veía firmados por Bolet Peraza, y mis simpatías tomaron mayores proporciones, y bendije "Los Juguetes" que las

despertaron en mí, porque andando el tiempo fuí conociendo más el mérito del escritor venezolano, y apreciando en todo su valor su americanismo y su amor á la libertad y á la democracia.

Ahí tenéis explicado, aunque con frases pálidas, como mías, el origen de mi resolución de daros á conocer en el presente capítulo á uno de los más renombrados publicistas sud-americanos. Ved ahora en las páginas que siguen, cómo Bolet Peraza ha conquistado el altísimo lugar que ocupa entre sus compatriotas, como general, como estadista y como diplomático.

Para esto, trazaré, siquiera sea á grandes rasgos, la historia de su vida pública.

Hijo del ilustre Dr. D. Nicanor Bolet, nació en la ciudad de Caracas el día 4 de Junio de 1838. Causas ajenas á su voluntad le hicieron abandonar los estudios que tenía emprendidos para seguir una carrera literaria, y entró siendo muy joven todavía á dirigir un establecimiento tipográfico del cual le sacaron los sucesos políticos que se desarrollaron en su patria en 1859. Lanzóse á los campos de batalla en la revolución federal que triunfó después de cinco años de lucha, ganando él, uno por uno, los grados militares hasta el de General de División.

Terminada la campaña, dedicóse al cultivo de las letras que con fuerza invencible le atraían, y fundó en Caracas *El Museo Venezolano*, periódico ilustrado, en compañía de su hermano D. Ramón, artista notabilísimo arrebatado á la gloria por la muerte. Fué esto por el año de 1864.

Grande fué la popularidad que Bolet Peraza alcanzó con sus artículos de costumbres nacionales, festivos y llenos de *esprit*.

A seguida entró á formar parte de la redacción de *La Opinión Nacional*, de la cual redacción se separó para fundar *La Tribuna Liberal*, diario en que combatió con ardor al autócrata Guzmán Blanco. Dejó luego el periódico para representar en el Congreso Nacional al pueblo; como á su vez dejó el Congreso para ponerse al frente del ejército que combatió la revolución restauradora de la dictadura de Guzmán Blanco. Después de diez días de combate sin tregua, tuvo que capitular y que abandonar la patria á la que no ha vuelto desde entonces, es decir, hace doce años.

Si Bolet Peraza no tuviera sobrados títulos á la estimación de propios y extraños como escritor brillantísimo, bastaría para su eterna gloria rememorar los servicios que la libertad venezolana le debe. Con su pluma como periodista, con su palabra elocuente como orador parlamentario y con su espada como militar, combatió siempre á ese gran comediante que se hizo discernir, en la embriaguez de su vanidad inconmensurable, el título de *Ilustre Americano;* de ese autócrata que adherido como inmenso pulpo al tesoro de Venezuela, extrajo de él las riquezas que hoy emplea en la compra de honores y distinciones en las cortes de Europa, tan fáciles de cautivar por medio de la dilapidación de algunos millones de pesos, por más que éstos hubiesen sido amasados con el sudor y la sangre de los pueblos.

Bolet Peraza lejos de su país, continuó sin desmayar la tarea patriótica que se había impuesto de combatir al opresor de Venezuela, y fueron aceradas, incisivas las páginas que llenó para revelar al mundo en toda su deformidad el carácter de Guzmán Blanco. En donde quiera que éste se presentara había de reconocérsele, por más que apareciese envuelto en el áureo manto de la grandeza y del fausto más deslumbrador. La pluma de Bolet Peraza había, como el buril de artista inmortal, marcado con sello indeleble la frente del tirano. El *Busto del Libertador* prodigado entre cortesanos, escritores y artistas ansiosos de distintivos por desconocida que les fuese su significación, no sirvió más que para evidenciar el banal y ridículo alarde que hacía Guzmán Blanco de disponer á su arbitrio, en su patria, lo mismo de lo grande que de lo pequeño.

Una vez establecido en Nueva York, fundó Bolet Peraza la *Revista Ilustrada* que existe aún, y que es una de las publicaciones que más han contribuído á dar á conocer á los pueblos hispano-americanos. En las páginas de esa *Revista*, su Fundador y Director ha hecho un verdadero derroche de su fecundo ingenio. Como son incontables las estrellas que bordan el firmamento en noche serena, son así innumerables los artículos de todo género, que han brotado, fáciles y espontáneos como las aguas de manantial cristalino, de la pluma de Bolet Peraza para las columnas de la *Revista Ilustrada*.

"Su estilo tiene, como dice uno de sus biógrafos, el Sr. Figueroa, todos los colores del ala tornasolada de

la mariposa del trópico, y los perfumes de las flores de los vírgenes valles andinos, allí donde la primavera es eterna y lujosa. Dotado por la naturaleza de una inteligencia poderosa, trata siempre con singular donaire todas las cuestiones que caen bajo el imperio de su pluma, como si poseyera todos los secretos de las ciencias y las cosas. Temperamento nervioso, se impresiona con facilidad en presencia de los espectáculos que la creación ofrece, delante de las grandes figuras de la historia y de los pueblos que encarnan un ideal. Un cuadro, una canción, un hecho sobresaliente, una borrasca, un libro, una empresa superior, son temas inagotables de inspiración para su ingenio.

"Hijo de esa patria vigorosa que produjo á Bello, Caracas, el cielo de su tierra le ha dado las mismas facultades descriptivas del autor de *La Zona Tórrida*. La *Revista Mercantil* y la *Revista Ilustrada* de Nueva York, publicaciones hijas de sus esfuerzos, registran en sus páginas memorables, preciosas producciones de su talento, que hacen en sus capítulos los tesoros más estimables de descripción y análisis. Pintando la escena de una ceremonia luctuosa, decía: "no había cortinas funerarias que decorasen los muros, ni lágrimas de plata, ni luces vacilantes, ni profusión de símbolos. Sin embargo, tenía tal majestad aquel recinto, se respiraba allí tal atmósfera de santuario, que el alma se sentía desatada de sus lazos terrenales y viajaba libremente, como si aspirase las auras de la inmortalidad, que son para ella las brisas de la patria."

Dice bien el Sr. Figueroa, ese sólo rasgo reproduce

la melodía característica de los escritos de Bolet Peraza.

"Su pluma—expresa en el libro *Perfiles venezolanos*, otro autor,—como el pincel de Gustavo Doré, pinta á veces un ángel de Milton ó una Euménide de Esquilo; ya la gloria de Beatriz en el Paraíso, ya el suplicio de Ugolino en las tinieblas eternas."

Y como su facilidad de concepción es tan grande como la que posee para expresar sus pensamientos en forma que entusiasma y que arrebata, labor asidua que exige una Revista como la *Ilustrada*, no ha impedido que Bolet Peraza dirija correspondencias de varios géneros á *sesenta y seis* periódicos de la América Latina!

Las que un tiempo aparecieron en el *Monitor Republicano* formaron á su autor en nuestro país tan brillante aureola, que aquí, donde—triste y más que triste bochornoso es confesarlo,—es tan reducido el número de lectores, la *Revista Ilustrada* cuenta, lo mismo en la capital que en los Estados, mayor cifra de abonados que ninguna otra Revista, nacional ó extranjera. Y así debía suceder, pues posee Bolet Peraza el don de hacer amenas y variadas las publicaciones que dirige. Proteo de la literatura, en un mismo número publica varios artículos de su propia pluma, sobre asuntos disímbolos, llenos de galas todos, pero sin que el lector pueda hastiarse, puesto que á cada uno de esos artículos les imprime el autor un carácter especial que los hace aparecer como si fueran hijos de ingenios diversos. Diríase que Bolet Peraza, como los compositores musicales

más egregios es siempre armónico, siempre melódico y sin llegar á repetir una de las infinitas combinaciones de las notas que emplea.

El afamado poeta Eduardo Calcaño ha tributado los más entusiastas elogios á un drama de la escuela moderna escrito por Bolet Peraza con el título *Luchas del honor*, y puesto en escena con éxito ruidoso en el teatro de Caracas. La obra me es del todo desconocida, y no me es dado, por lo mismo, expresar opinión propia respecto de ella.

Hay otra faz que mirar todavía de la vida pública del eminente venezolano: la que presenta como orador. De él se ha dicho que "improvisa sin esfuerzo sobre cualquier materia, con una abundancia de imágenes que sorprende; en un estilo que muestra todas las ondulaciones del océano turbulento y luminoso, que despide aromas y rayos de vivísimo fuego," y ciertamente que Bolet Peraza es acreedor á esos elogios.

Avezado á las lides parlamentarias durante los días en que se sentó en los escaños de la representación nacional de Venezuela, y de imaginación rica, brillante y fecunda, según dejamos consignado ya; nutrido su espíritu por lecturas provechosas, y más en él cuya facultad de asimilación es sorprendente; galano en el decir, oportuno en sus manifestaciones, y poseedor del secreto para conmover profundamente á su auditorio, Bolet Peraza es un orador que se impone aun á los caracteres más flemáticos. Delegado de Venezuela á la Conferencia Internacional á que impropiamente ha dado en llamarse Congreso de las Tres Américas, hubo

de formar parte de la excursión preparada por los hijos de Washington para imponer en los ánimos de los representantes hispano-americanos la idea de la superioridad inmensa y del poder incontrastable del coloso del Norte. En esa excursión que no vacilamos en comparar con la tela que la araña extiende para hacer la presa de que quiere alimentarse, procuróse hacinar cuanto de magnífico y de maravilloso encierra, por obra de la naturaleza y por obra del humano esfuerzo, aquel emporio de la industria moderna. Tratábase de cautivar á hombres que por su idiosincracia meridional habrían de entonar en su habla melodiosa el himno de la admiración, en presencia de grandeza tanta y de tan inmenso poderío. ¿Cómo no fascinarse al contemplar las gloriosas conquistas del progreso? ¿Cómo no proclamar la superioridad de una raza que así, por modo rápido y como impulsada por una voz divina por pueblo alguno escuchada antes, había realizado incontables prodigios? ¿Cómo, bajo la presión avasalladora de tales circunstancias, palpándolo todo, no habían de quedar preparados suficientemente aquellos delegados de Repúblicas hasta ayer desangradas por las intestinas discordias, empobrecidas por invasiones inicuas, regidas por estadistas de dudoso sentido práctico, iniciándose todavía en los arduos problemas económicos que la misma vieja Europa no ha sabido resolver, cómo, pensaban nuestros ambiciosos vecinos del Norte, no habían de prestar dócil aquiescencia al programa que se les había llamado á discutir?

Marcha triunfal se ha repetido hasta la saciedad que

fué la excursión de los Delegados á diversos lugares de la Unión Americana. Con efecto: cuantas comodidades ha ideado la moderna civilización para ofrecer al viajero todo lo que pueda no ya neutralizar sino borrar por completo la tristeza que causa la ausencia del propio hogar, todo eso se proporcionó á los excursionistas. Banquetes y festejos por donde quiera, aclamaciones por todas partes; protestas de fraternal simpatía, halagos sin tasa; ¿qué no disfrutaron? Volúmenes enteros se han llenado con la descripción de ese viaje portentoso y con la reproducción de los discursos pronunciados aquí y allá, sin tregua, en sucesión vertiginosa, como si no se debiera dar cabida ni al descanso corporal ni al recogimiento del espíritu para evocar los recuerdos de la patria lejana, y para estudiar la conveniente solución de los problemas que la afectan, y ver la manera de conducirla á la prosperidad y al goce de todos los bienes.

En ese viaje, Bolet Peraza tuvo ocasión frecuente de revelar sus dotes oratorias. En el banquete dado por el *Comercial Club* de Boston, tocóle contestar á los brindis del teniente gobernador Bracketts, del delegado Henderson y del alcalde Hart; en el Colegio Girard, de Pittsburg, dirigió una alocución á los jóvenes educandos; en el Museo Metropolitano de Artes de Nueva York, pronunció un discurso; ante la tumba de Lincoln, otro; también en el gran banquete de la "Unión Comercial Hispano-Americana" y acaso en otros sitios que hoy se escapan á nuestra memoria, de Nueva York.

Inspirado siempre, siempre rebosando de su labio la

frase galante, recibió aplausos ardentísimos y confirmó la fama de que iba precedido.

Contribuyó á sus triunfos la posesión que tiene Bolet Peraza del idioma inglés. Verdaderas improvisaciones las suyas, nacidas al calor de la impresión del momento, habrían palidecido al verterlas cualquiera otro á extraño idioma, por hábil y práctico que el traductor fuese.

Merced á la benevolencia del orador venezolano, poseo el libro en el que están recopiladas las relaciones de los paseos, fiestas y banquetes ofrecidos á los delegados hispano-americanos, así como los discursos que con tal motivo se pronunciaron. Menos flores abren sus corolas en la estación primaveral en el valle de Anáhuac, que flores oratorias y frases lisongeras se encuentran derramadas en los brindis y discursos dirigidos á los excursionistas, y en las contestaciones de éstos. Aquella fué una verdadera catarata de notas ditirámbicas; aquello fué un océano de miel bastante para endulzar el orbe entero.

Si las palabras fueran siempre el eco de los corazones, no llegaría á registrarse en la historia de la humanidad ejemplo igual de comunión de ideas, de fraternidad internacional, de identidad de aspiraciones, como las que inspiraron los brindis y discursos á que venimos aludiendo. El insigne descubridor de verdades, como llamó Cicerón al tiempo, se encargará de acrisolar la legítima significación de la Conferencia Internacional de Washington; materia hoy ocasionada á errores de interpretación.

Sea permitido al autor de este libro aprovechar la presente oportunidad, para no llevar escondida por más tiempo dentro del pecho una queja que pugna por salir á sus labios ó por deslizarse entre los rasgos que traza la pluma, desde que con ánimo sereno, pero al mismo tiempo iluminado por el fuego del amor á los pueblos latino-americanos, leyó cuanto podía ilustrarle respecto á la conducta de los delegados á la Conferencia Internacional.

Justo y debido es reconocer que los delegados, en su calidad de huéspedes y á la hora de ser objeto de agasajos que debían reputar sinceros, se esforzaron por mostrarse reconocidos. Pero, ¿por qué no hacer vibrar entre las notas de aquella sinfonía, la nota más dulce, la nota más sublime, la que traduce el más puro y ennoblecedor de los sentimientos? ¿Por qué no recordar con cariño santo la patria ausente, evocando la memoria de sus próceres ilustres? ¿Por qué no aprovechar tan raras oportunidades para hacer ciertas revelaciones en honra del suelo en que se ha nacido?

En presencia de las obras de arte de la inmensa red de vías férreas norte-americanas, cabía aludir á las magnificencias de las obras llevadas á cabo en algunas Repúblicas hispano-americanas. Ante el sepulcro de Lincoln bien podía haberse recordado que nuestros libertadores de 1810, abolieron la esclavitud. En Chicago se recordó á los americanos del Norte el prodigio realizado allí mismo de levantar y poblar una gran ciudad como por un conjuro mágico, y nadie cuidó de añadir que en el Sur se había realizado prodigio semejante,

convirtiendo la pampa solitaria en metrópoli populosa, en emporio de riqueza, en asiento de magníficos palacios. Y así en lo demás, no habrían faltado testimonios que presentar del patriotismo, del esfuerzo, de la ilustración de los pueblos allí representados.

Nada de comparaciones que en último análisis podrían resultar deprimentes; nada de exageraciones lusitanas; nada de baladronadas ridículas; pues nada de eso hubiera sido digno de los ilustrados representantes de la raza latina en América; pero, ¿por qué no acentuar en tan propicias circunstancias, el carácter libérrimo, altivo, noble, imbuído en los grandes ideales del siglo, de los pueblos de habla española?

Hemos releído los brindis y los discursos, y bellos como son, nos parecen pálidos, débiles, en aquellos pasajes, contados por cierto, en que los oradores aludieron á sus respectivas nacionalidades. Aunque la modestia sea inseparable compañera del verdadero mérito, no es la modestia la que veda proclamar, con peso y medida, verdades incontrovertibles. Ádemás, la América Latina, considerada en conjunto, no parecerá nunca un enano junto al coloso de la América Anglo Sajona.

Juárez decía en cierta ocasión, que nada hay que contribuya tanto á la gloria y al poderío de un pueblo, como el que sus hijos tengan el orgullo de serlo y lo proclamen donde quiera, procurando honrarlo. Jamás olvidaremos esas palabras que tan alta enseñanza envuelven, y acaso porque para nosotros son todo un dogma, apareceremos hoy severos en demasía, ó lo que

es peor, acaso no falte quien confunda nuestro patriotismo con la patriotería. No importa; que quien tiene la conciencia de la rectitud de sus actos, se siente poseedor de invulnerable escudo.

Si no fuéramos admiradores devotos del publicista y y orador venezolano, seguramente que no habríamos echado de menos en sus peroraciones los arranques inspirados por el amor á los pueblos celosos de su autonomía; esos arranques que aun en los labios de los débiles suenan como la solemne revelación de un augur.

Bolet Peraza, como el Sr. Romero, el Ministro y Delegado de México, ha residido durante largos años en los Estados Unidos, y esta es la clave que se necesita para la interpretación legítima del tono de los escritos y discursos de ambos.

De la misma manera que Paris es para la juventud ansiosa de goces el centro sin rival de los placeres, y quien en Paris residió algún tiempo y de él se aleja, jamás lo olvida, y Paris le atrae como imán poderosísimo, así los Estados Unidos del Norte América son para los hombres á quienes fascinan las glorias del trabajo, los progresos de la industria y las maravillas de la mecánica, la última y suprema expresión de lo que alcanzar puede el esfuerzo humano. Y quien los Estados Unidos visita, y palpa su grandeza, en vano quiere disimular su pasmo; en vano recuerda que es una ley fatal la que conduce á las naciones á la supremacía primero y á la decadencia después, para que en el curso de los siglos á cada una le sea dado engrandecerse, bri-

llar y decaer como esos astros que después de iluminar el espacio se ocultan ó apagan; que tal es la marcha de cuanto en el Universo existe.

Bolet Peraza,—leed sus numerosos artículos escritos bajo la influencia del medio en que actúa desde hace doce años, y comprobaréis esta verdad,—Bolet Peraza condenado al ostracismo, pisó la tierra de Washington, y se encontró rodeado de cuanto podía deslumbrar su alma soñadora de progreso y de grandeza social. En vez del retumbar de los cañones; en vez de lucha fratricida; en vez de una patria empobrecida, desangrada por un tirano, por un autócrata insaciable en su sed de oro, se halló en medio del ruido atronador de las máquinas de las fábricas y de los ferrocarriles; en un pueblo inmensamente rico, regido por leyes eminentemente democráticas; en una sociedad en la que la mujer no ejerce presión alguna sobre la conciencia del hombre á título de asegurar su salvación eterna, y sucedió lo que era de esperarse: Bolet Peraza se hizo partidario de las instituciones, del hogar, de todo lo que existe bajo el pabellón de las estrellas.

Como nuestro compatriota el Sr. Romero, ama mucho á su patria, anhela verla grande y próspera, pero no puede sacudir por modo absoluto, la influencia que en su espíritu ha ejercido su vida americana. Por eso en el seno de la Conferencia Internacional no ha sido Bolet Peraza, como no lo ha sido Romero, quien en frase rotunda, con voz vibrante, con el fuego propio de los grandilocuentes tribunos de la América hispana, ha unido sus esfuerzos á los de los delegados argentinos

Quintana y Saenz Peña, celosos guardianes de la autonomía y de los legítimos y sagrados derechos de la América Latina. Para aquéllos, es decir, para Bolet Peraza y para Romero, no debe sospecharse de los sentimientos fraternales de la gran República; no debe temerse que so capa de unión, se imponga al más débil el más fuerte, y *quo nominor leo*, se constituya árbitro de sus destinos, juez en sus contiendas, amo y señor.

Cierto es que Bolet Peraza y Romero se encontraban hasta cierto punto cohibidos por su doble investidura de Plenipotenciarios diplomáticos y de Delegados. Plegue al cielo que esta sea la interpretación que la historia imparcial y severa dé á sus actos. Por lo que al autor de este libro atañe, complácese en reconocer los honrosos y patrióticos antecedentes de los dos estadistas, el delegado venezolano y el de México.

Sin dolo ni prevención alguna hemos expuesto nuestras particulares creencias, por más que pueda su manifestación parecer inoportuna en este lugar. Si así lo fuera en efecto, atenuaría nuestro error el sentimiento que en él nos ha imbuído.

Tiempo es ya de terminar, y para que desaparezca hasta la más leve huella de nuestra severidad, daremos fin á este capítulo reproduciendo el entusiasta elogio que de Bolet Peraza hizo poco há un eminente publicista colombiano, Adriano Paez. Dice así:

"Son extraordinarias las dotes de Bolet Peraza como escritor, como periodista y como poeta. En Venezuela, cuando luchaba contra la dictadura de Guzmán Blanco, desplegó en *La Tribuna* las fuerzas de un titán.

Redactaba casi solo ese diario con verbo é ingenio admirables. Merecía el triunfo, pues batallaba por la libertad y por la patria, y el destino ingrato le obsequió con el destierro, y á su compañero, Cecilio Acosta, con la muerte...... Pero Bolet Peraza es de raza de gigantes, y apénas tocó el suelo norte-americano, y se sintió en una atmósfera de hombres libres, y no miró seres degradados arrodillándose ante el éxito triunfante, recobró el vigor del antiguo Anteo y tomó de nuevo la pluma, que en sus manos es clara, poderosa, contra todos los tiranos y todas las tiranías. Asombran la fecundidad, facilidad, elocuencia y poesía que despliega Bolet en esa tribuna que ha levantado en Nueva York para hacer oir su voz en la América Latina. Todos los números de la *Revista* están llenos de sus escritos, y prodiga á raudales la poesía y la gracia hasta en el asunto más trivial. En el año último (1888), hizo un viaje á Europa y envió una serie de capítulos que hemos leído con deleite, después de centenares de obras que describen ese Continente. Todo lo anima y magnifica Bolet Peraza con una pluma mágica: su cerebro y su corazón arden en fuego inextinguible.

"Desde Colombia enviamos á Bolet Peraza,—al patriota, al publicista, al poeta y al amigo,—nuestras felicitaciones y aplausos. No muy tarde regresará á Venezuela,—que lo recibirá con los brazos abiertos y le mostrará las estatuas del dictador pisoteadas por la cólera popular, como la historia condenará su nombre."

La publicación del capítulo que precede, hecha por la *Revista Nacional de Ciencias y Letras*, en su número de 15 de Abril del corriente año (1890), dió lugar á una controversia epistolar entre el Sr. Lic. D. Matías Romero, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de México en Washington, y el autor de este libro.

El Sr. Romero no creyó justas nuestras observaciones y se esforzó en demostrarnos lo que ya sabíamos: que siempre ha sido un servidor honrado y leal de su patria; y se esforzó igualmente en convencernos de que todos sus actos en la Conferencia Internacional, como los del Sr. Bolet Peraza fueron ajustados á las instrucciones que tenía y á su carácter diplomático.

Sería ajena á la índole meramente literaria de este libro la inserción de las cartas del Sr. Romero y de nuestras contestaciones. Por eso prescindimos de hacerla, mas no sin aludir á dicha correspondencia en estas breves líneas, para que conste la protesta del Ministro de México hecha en su propio nombre y en el del Sr. Bolet Peraza. Las cartas cambiadas fueron publicadas por el acreditado diario *El Nacional.*



RICARDO GUTIÉRREZ.

La melancolía apacible de que están impregnadas todas y cada una de las poesías del bardo argentino Ricardo Gutiérrez, tiene un eco simpático en el corazón de cuantos rinden culto al sentimiento. Poeta creyente, elévase á las esferas sublimes de la fe cristiana en demanda de consuelo, cada vez que á sus ojos se presentan las miserias de que es asiento perdurable nuestro planeta, y víctima el hombre que en él mora. Los tormentos desgarradores de la duda, las imprecaciones

horribles de la desesperación, no se traducen jamás en las notas del arpa eolia puesta en las manos de Gutiérrez por la musa del amor, de la tristeza y de la esperanza. Para cada dolor tiene un consuelo, para cada herida un bálsamo, y para cada lágrima una mano cariñosa dispuesta á enjugarla. Diríase que la más santa y amable de las virtudes,—la Caridad,—habla por su boca y derrama en sus bellísimos versos el raudal inexhausto de sus bondades celestes; diríase que es un corazón abierto á todas las ternuras, un alma á la que las propias tribulaciones han enseñado á ver en las de los otros que la pena es la fatal herencia que cupo al humano, y acércase por eso á los que viven en el infortunio y bríndales los consuelos de que es la fraternidad tesoro inagotable.

Si canta Ricardo Gutiérrez las amarguras de *Los Expósitos* y de *Los Huérfanos*, es para impetrar la conmiseración de todo aquel que disfruta el bien supremo de las maternales caricias bajo el dorado techo del hogar de sus abuelos, diciéndole:

"Ah! piensa que el Señor no puso en vano
un rayo de piedad dentro del alma,
y sobre el cielo de la tierra triste
al sempiterno hogar de la esperanza."

y cuando visita *El Campo Santo* y la tristeza inunda su alma al leer por donde quiera en las lápidas—páginas negras de las tumbas,—

Aquí yace,—aquí duerme,—aquí reposa, escápase de sus labios esta plegaria generosa:

"Que no te lean
tras de una lágrima
los ojos de la madre enternecida,
los ojos ¡ay! de la mujer amada!"

¿Queréis saber cuánto es sagrada para Gutiérrez y cuán inviolable la vida humana? Escuchad cómo termina su canto *La pena de muerte:*

"Ni por toda la gloria de este mundo,
ni por la parte que el Edén me guarda,
mi mano escribirá mi nombre humilde
al pié de las sentencias de matanza!"

Imposible me es resistir á la tentación de copiar aquí las sentidas y apacibles estrofas de la composición intitulada *Las dos almas*, porque en ellas, acaso mejor que en otras de las suyas, se transparenta la delicada sensibilidad de Gutiérrez al tratar asuntos eróticos:

"Huérfana, como el águila del cielo,
errante como el céfiro del alba,
triste como el destierro del proscrito,
sola como la flor de la montaña,
como el lucero
de la mañana,
así vivió tu alma sin la mía,
así vivió mi alma sin tu alma!

"Como el cuerpo y la sombra de su cuerpo,
como el mar y la onda de sus aguas,
como el canto y el eco de su canto,
como el sol y la lumbre de su llama,
como los ojos
y la mirada,
así se unió tu alma con la mía,
así se unió tu alma con mi alma!

"Sobre la tierra de extranjeras olas,
bajo el cielo sublime de la patria,
en las risueñas horas de la dicha,
en la noche fatal de la desgracia,
como dos ruedas,
como dos alas,
no se apartó tu alma de la mía,
no se apartó mi alma de tu alma!

"Cuando el tremendo golpe de la muerte
la misma tierra á nuestros cuerpos abra,
tu alma en sus alas alzará mi vida,
mi alma la tuya subirá en sus alas
hasta ese mundo
de la esperanza,
patria inmortal de tu alma y de la mía,
patria inmortal de mi alma y de tu alma!"

Como la poesía que acaba de conocer el lector, son las demás que contiene *El Libro de las lágrimas* que forman la segunda parte del tomo intitulado POESÍAS ESCOGIDAS de Ricardo Gutiérrez, cuya segunda edición hecha en 1882 es la que tengo á la vista.

En el *Libro de los cantos*, figuran obras de más largo aliento, como *El Poeta* y *El Soldado*, *La hermana de la Caridad*, *La oración*, *El Misionero*, y *Cristo*, urna, cada una de ellas, de embriagantes perfumes, flor purísima abierta á los besos de la inspiración celeste, aura fresca que al posarse sobre la frente del mortal atribulado le redime de la angustia haciéndole pensar en Dios.

Mas á pesar de sus grandes bellezas, no son, ciertamente, las composiciones citadas las que muestran en toda su plenitud esplendente el estro poético de Ricardo Gutiérrez, sino sus poemas *La fibra salvaje* y *Láza-*

ro, que son suficientes, como alguien ha dicho ya, para cimentar una gloria; creaciones que, por su vigor y colorido, han sido calificadas de dantescas.

Miguel Cané, refiriéndose á la *Fibra Salvaje*, decía en 1860 que Gutiérrez había dispuesto el fondo de su cuadro con la naturalidad y la lógica con que lo habrían hecho Renni ó Rubens, dando á sus versos aquella forma suave, incisiva, imperecedera, que no le es dado emplear sino á los maestros del colorido; y que hay en el fondo del poema toda la verosimilitud y toda la profundidad que requieren las obras de una imaginación verdaderamente reflectiva, sin que esto le quite á la forma el encanto y la armonía que hace repetir, aun sin quererlo, las frases de Rossini y los versos del Tasso; y cuenta con que Cané, espíritu analítico y al propio tiempo discretísima autoridad en materia de bellas letras, no habría aventurado por deferencia amistosa encomio tan cumplido á la obra de un ingenio de veinte años, como lo era á la sazón Ricardo Gutiérrez.

Quince años después (1875), el mismo Cané se encargaba de robustecer aquel juicio, revelando, él que mejor que ninguno podía hacerlo, las excelsitudes del poeta y del médico argentino. Porque ha de saber el lector que Gutiérrez es en su patria lo que en la nuestra Peón Contreras: mimado hijo de las musas y entendido y diligente profesor de medicina.

Pero puesto que no examino todavía la personalidad científica de Gutiérrez, seguiré hablando del poeta.

En alguna parte he leído que Pedro Goyena, abogado y publicista argentino que por la pureza y brillantez

de su estilo goza en su patria de gran renombre, ha escrito páginas admirables sobre las poesías de Ricardo Gutiérrez, incurriendo sin embargo en el error de buscar la filiación literaria del autor de *La Fibra Salvaje* y del *Lázaro* en la escuela byroniana. Sobremanera sensible es para mí no conocer el juicio de tan docto escritor, porque de buen grado trasladaría aquí sus ideas más culminantes, no sin atreverme á expresar mi inconformidad con la síntesis de esas ideas, concretada á atribuir á Gutiérrez filiación byroniana. No, el poeta creyente, resignado á las penas de la vida terrena por la esperanza de otra existencia mejor, no puede haber bebido sus inspiraciones en las del mártir de Missolonghi, genuino representante de la duda eterna y devoradora, del enervador desaliento del momento histórico en que sus portentosas facultades poéticas se desarrollaron.

Citar siquiera fuese algunas de las innumerables bellezas que se hallan esparcidas en los dos poemas de que he hecho mención, equivaldría á algo así como aquel que enmedio de la admiración y del entusiasmo que le produce contemplar las maravillas de un mosaico del Vaticano, se propusiese sin piedad destrozarlo para guardar aquellas de sus partículas que más atraen con invencible encanto la mirada del viajero artista, ó como quien embelesado en el centro de un jardín de brillantes flores quisiera acaparar las más hermosas y terminase por reunir algunas en informe ramillete. Quédense, pues, en su sitio, con todos sus esplendores, como las estrellas que tachonan el azul firmamento en

las serenas noches de las regiones tropicales. Hay cierta impiedad, es consumar una profanación, arrancar de la corona del poeta,—de su obra mejor,—las joyas que brillan en ella, por el pueril afán de manifestarse hábil para verificar la selección. En un mar de perlas, no es grande hazaña recoger aquellas sobre las cuales juguetea la luz y produce los cambiantes más hermosos. Leed *La Fibra salvaje* y el *Lázaro*, y si sois vanidosos podréis sin esfuerzo conquistar el nombre de buzos afortunados.

Mas, tiempo es ya de hablaros del médico, toda vez que conocéis al poeta.

Nacido Gutiérrez en la opulenta Buenos Aires en 1840, hizo en la Facultad Médica de la misma ciudad sus estudios, y una vez obtenido el título profesional, emprendió un viaje á Europa con el fin de perfeccionar los conocimientos en la patria adquiridos.

Tuvo en sus mocedades fama de estudiante poco aplicado; pero de hombre de inmenso talento. Su tesis hizo época, porque todos, profanos é iluminados, al decir de quien bien instruído está en estos pormenores, se arrebataban aquellas páginas soberbias inspiradas por un altísimo sentimiento de caridad, y escritas con una elevación de estilo desconocido hasta entonces en la tierra argentina, en obras de su clase. Si el cargo que sus condiscípulos le hicieron de falta de aplicación, fué, entonces, fundado, encargóse él de desmentirlo cuando, ya en Paris, ostentóse asiduo concurrente á los cursos y clínicas de los hospitales, profundizando sus conocimientos en las enfermedades de los niños,

especialidad que, como atinadamente dice el Dr. Cané, transforma al médico en un agente divino.

Casi diariamente recorría en la mañana tres ó cuatro hospitales, y después discutía sus dudas y cambiaba sus observaciones con otro joven, compatriota suyo y dedicado como él á la más difícil de las ciencias. Después tornó á su nativo suelo atesorando tan copioso caudal de conocimientos, que ha conseguido, con una constancia admirable, según afirma uno de sus biógrafos, adivinar en los niños hasta el más leve sufrimiento, escondido en esos cuerpos débiles como el tallo de una flor. "Más de una vez, dice el escritor á quien aludo, se le ha visto observar el quejido de un niño y por él deducir qué dolor le mortifica; sin embargo, Ricardo sostiene que en esas adivinaciones queda muy atrás de las madres."

Gratitud y cariño tributa al Dr. Gutiérrez la sociedad bonaerense, porque á sus asiduos cuidados y á la ciencia que atesora deben muchas madres la felicidad indecible de haber visto arrebatar de las garras de la muerte á esos pedazos del corazón que el pobre lenguaje humano llama hijos; estrellas que alumbran con vívidos resplandores el hogar, y que si un día se apagan, lo hunden en las horrorosas tinieblas del dolor y de la amargura. Tengo para mí, que Ricardo Gutiérrez, corazón abierto, como dije antes, á todas las ternuras, siente inefable delicia, satisfacción más íntima, cuando estrecha su mano otra mano en señal de reconocimiento y cae sobre ella la tibia gota del llanto maternal, que cuando arrojan á sus plantas las coronas que para su

frente de poeta entretejen el entusiasmo y la admiración de los que se deleitan con sus hermosos cantares.

Hay, pues, una dualidad por todo extremo simpática, en Ricardo Gutiérrez: el poeta que con las notas de su arpa toca y conmueve las fibras más delicadas del corazón, y el médico que vierte la paz y la dicha en los hogares, reteniendo al lado de sus padres á esas avecillas que se agitan en el caliente nido, en inquietud eterna, ansiando lanzarse al infinito espacio para huir de las arterías que en la baja tierra perturban de continuo al que traspone los lindes de la única edad feliz.

Pero las facultades de cada una de las partes de esa dualidad, se compenetran de tal suerte, se completan y fusionan con tan firmes vínculos, que puede decirse que el poeta es tal, porque hallan albergue en su alma los más dulces amores, y el médico de los niños lo es, porque el que ama á la mujer daría por ahorrarle una lágrima, la sangre misma de sus venas.

Los que al leer las poesías de Gutiérrez intituladas: *La Hermana de la Caridad*, *La Oración*, *El misionero*, y *Cristo*, así como algunas otras del "Libro de las Lágrimas" quieren señalarle un lugar entre los poetas místicos, por la suave unción de que se hallan impregnadas esas obras, no atinan á la verdad. Todo lo que es bueno, grande y generoso le cautiva y encanta; pero á su espíritu, ilustrado por el saber y por la experiencia, no se le oculta, no puede ocultársele, que lo bueno, lo grande y lo generoso no ha sido, no es, ni será nunca patrimonio exclusivo de los adeptos de religión alguna

determinada. Cree y espera, mas no ha pretendido nunca echar sobre sus hombros la pesada cruz del apóstol, ni mucho menos se ha agitado nunca en las convulsiones de la ira del sectario que juzgándose el solo poseedor de la verdad, se siente capaz de arrojar á la hoguera á quien acata á la divinidad bajo la forma que su razón libérrima le aconseja. La intolerancia no es por cierto el atributo de las almas nobles. Hondo sentimiento de tristeza, no rabia ni despecho, infunde á los sinceros creyentes ver que por distintas sendas buscan otros la luz serena de la verdad. Podrá en sus palabras traducirse un ruego; jamás un reproche.

Mas dejemos á los que de asuntos del *fuero interno* gustan, el estudio de la parte moral y filosófica de la obra de Gutiérrez, y digamos algunas breves palabras para terminar, respecto de la novela que publicó en 1880, intitulada *Cristián*.

Es una nueva revelación del sentimiento poético de Ricardo Gutiérrez, su novela *Cristián*. Y he aquí otro punto de contacto que encontramos entre el autor argentino y nuestro compatriota Peón Contreras. Este en su *Taide*, como aquél en su *Cristián*, no han podido ocultar que ante todo y sobre todo, son poetas. Más bien que una narración entretenida ó un drama, *Cristián* es un poema de dolor y de lágrimas, como lo es *Taide*, inspirado por la musa de la melancolía; tan sentido y tierno que parece escrito para desahogar íntimos pesares que el poeta no se ha atrevido á revelar en las estrofas de sus cantos, y los ha velado, mas no tanto que la mirada no pueda, al espaciarse en las páginas de

la novela, descubrir la personalidad, ó el subjetivismo, como se usa hoy decir, del autor.

El argumento de *Cristián*, que es un romance breve, no es para explanado en un artículo de la índole del presente. Los que en la obra de arte quieren á toda costa encontrar ideas tendenciosas, los que tienen por tarea baladí realizar nada más que la belleza en la creación literaria, y los que pugnan por convertir el libro en propagandista de los dogmas religiosos, como si novelista y predicador fuesen una misma cosa, esos, menospreciando las galas del *Cristián* tacharán la obra de inmoral y no podrán darse cuenta de cómo el autor de libros como el de los *Cantos* y el de las *Lágrimas*, orillado en ellos al misticismo, según algunos espíritus preocupados, ha podido embellecer con las hermosas flores de su inspirado ingenio, una fábula en la que juega papel tan principal el reprobado amor á la mujer ajena.

Sin embargo, y harélo constar á fin de que esta parte de mi estudio no enajene ciertas voluntades al poeta y doctor argentino, á Gutiérrez nadie podrá tacharle por su *Cristián*, de corruptor de las buenas costumbres, toda vez que no ha sido su intención santificar la falta, sino pura y simplemente mostrar un corazón lacerado por una pasión irresistible y avasalladora que conduce al remordimiento, primero, y después á la desesperación y á la muerte.

Como quiera que sea, Gutiérrez, poeta ó novelista, posee el arte de conmover hondamente el espíritu de sus lectores. Esto sólo, testifica que no es un autor me-

diocre; que sus obras son joyas de subidos quilates, y que la tierra argentina debe sentirse orgullosa de contarle entre sus hijos predilectos. Y tan es así, que Argerich, parco si los hay, en elogios, se los ha tributado muy calurosos á Ricardo Gutiérrez. "Hay en sus estrofas,—dice el severo crítico,—un soplo vital indecible, un atractivo que no sabría yo explicar satisfactoriamente, pero que circula por enmedio de esos cantos que se insinúan en el alma y la llenan de calor, de calor artístico, no obstante ser una contemplación triste y empapada en lágrimas de la vida pasajera."

Argerich agrega que Gutiérrez ha sabido desatar raudales de sentimientos y hacerlos correr entre lechos de flores, como algunos ríos de su país, de aguas olorosas y cristalina corriente.

Unimos á los del crítico argentino nuestros aplausos.



CLORINDA MATTO DE TURNER.

No creo necesario insistir, al tratar por segunda vez de una dama que cultiva las letras con éxito brillante, en las ideas expuestas en las páginas 54 y siguientes de esta obra. Cuando la mujer posee dotes como las que resplandecen en la Sra. Gorriti y en la Sra. Matto, bien puede ser literata, sin temor de que se la confunda con aquellas que escudadas con su sexo osan lanzar á los vientos de la publicidad páginas insulsas que la crítica deja pasar inadvertidas las más de las veces, y que por mera galantería suelen encomiar

algunos escritores de nota, dando lugar á que las autoras de tales lucubraciones se llenen de soberbia, y continúen, con mengua de la estética y del buen sentido, formando la delicia de lectores vulgares y pervirtiendo el gusto de las personas que tales libros manejan.

La Sra. Matto, como la ilustre escritora argentina, tiene adquiridos, por sus numerosas producciones literarias, sobrados títulos á una fama imperecedera. No posee la fantasía prodigiosa de la novelista salteña; pero merece por sus conocimientos históricos, por la facilidad de su estilo, por la variedad que imprime á sus escritos, y, sobre todo, por la elevación de sus propósitos, que la América latina la coloque entre sus hijas más esclarecidas. Su gloria, no es tan sólo una gloria peruana, sino una gloria del Nuevo Continente.

La valentía con que aborda cuestiones que ponen miedo aun en el espíritu de autores tenidos por audaces, impone un nuevo sello á los trabajos de la Sra. Matto; trabajos verdaderamente excepcionales en la historia de la literatura hispano-americana, y debe, por lo mismo, discernirse á su autora una superioridad que nadie podrá negarle, á no ser que esté dominado por el fanatismo más ciego y más absurdo. Así lo comprenderá el lector cuando examinemos más adelante las obras de la Sra. Matto.

Hija del Sr. D. Ramón Matto y de la Sra. Dª Grimanesa Usandivaras, nació en la histórica ciudad incásica del Cuzco, el día 11 de Noviembre de 1854, y fué educada en el Colegio que dirigía la inteligente institutriz Dª Antonia Pérez. Con aprovechamiento notorio cur-

só filosofía, historia natural, varios idiomas, química, física y teneduría de libros.

No cumplía catorce años cuando comenzó á revelar su vocación literaria, redactando un periódico que circulaba manuscrito entre sus condiscípulas, y haciendo varios ensayos en el género dramático, para representarlos en un teatro privado.

En 1868 volvió al hogar, con el fin de consagrarse al cuidado de su anciano padre, viudo desde seis años antes, y á la educación de dos hermanos pequeños. Para hacer compatibles sus aficiones con los deberes de la familia, dedicaba á las primeras las horas de la noche, y con tal ahinco, que contrajo una enfermedad de los ojos. Asistióla con feliz éxito el Dr. inglés D. José Turner, quien prendado de la hermosura física y de las cualidades morales de la joven, se unió á ella en matrimonio el 27 de Julio de 1871.

Su nuevo estado obligó á la Sra. de Turner á mudar su residencia á la villa de Tinta, á una valiosa y tradicional propiedad de su familia, verdadero eden, en el que rodeada de libros y de todo género de comodidades, enriqueció su inteligencia con provechosos estudios históricos, científicos y literarios. Aquel campestre retiro fué el Patmos de la escritora peruana: desde allí envió sus producciones poéticas al *Heraldo*, al *Mercurio peruano*, al *Ferrocarril*, y al *Eco de los Andes*, suscritos con diversos seudónimos.

Aludiendo D. Joaquín Lemoine, en un estudio sobre la vida y obras de la Sra. Matto, á la modestia con que ésta ocultaba su nombre en los comienzos de su vida

literaria, cita muy oportunamente la siguiente estrofa del poeta colombiano Gregorio Gutiérrez González:

"No hay sombras para tí. Como el cocuyo
el genio tuyo ostenta su fanal,
y huyendo de la luz, la luz llevando,
sigue alumbrando
las mismas sombras que buscando va."

Haré observar que la poetisa no se limitó á no firmar sus inspirados versos, sino que, andando el tiempo, abandonó por completo la poesía, y no ha querido coleccionar las composiciones que fueron las primicias de su talento. Semejante resolución, no revocada hasta hoy, ha sido, por deplorable que parezca, muy útil para su fama. Si la Sra. Matto no hubiese empleado sus facultades en trabajos históricos y biográficos y en la novela trascendental, sería, acaso, nada más que una de tantas poetisas de los pueblos meridionales, cantoras de tristezas que en los días que alcanzamos á muy pocos conmueven y que deleitan á menor número de almas sensibles; por mucho que en las notas de su lira rebosase la infinita ternura de su corazón; por mucho que se distinguiesen,—por su sinceridad al traducir sentimientos hondos,—de esa melancolía ficticia que se denuncia á cada paso en la inmensa mayoría de las producciones del ingenio femenil.

La Sra. Matto no habría sido una poetisa como Madame Ackermann, que ofrece por únicas melodías,—según ella misma lo declara,—gritos de rebelión y rimas atrevidas. La Sra. Matto no habría, como Madame Ackermann protestado en sus cantos contra todas

las religiones positivas, contra todas las creencias que arraigan en el espíritu del hombre y no hacen sino unir sus velos tenebrosos á la obscuridad de nuestro propio destino, según la feliz expresión de un atrevido crítico de la mujer que en estrofas magistrales ha desarrollado la teoría del amor de Shopenhauer. No; la escritora peruana no posee ese estro sobradamente varonil que cuadra tan mal en una dama y que, por excepción, adquiere aplausos.

Y no se crea que decimos esto porque del estudio de las obras de la Sra. Matto se desprenda que ella es pusilánime y que es incapaz de esos rasgos enérgicos que caracterizan á las mujeres superiores. Lejos de eso, como habrá de verse cuando nos refiramos á la más trascendental de sus obras, á la novela *Aves sin nido*, uno de los signos más evidentes de su genio es que no le arredra flagelar á los sacerdotes de costumbres depravadas.

A instancias de sus amigos y de los admiradores de su talento, fundó en el Cuzco (1876), un semanario de literatura, educación, artes y ciencias, con el título de *El Recreo del Cuzco*, la cual publicación, que duró un año, ha sido la mejor que en aquella ciudad se ha hecho, tanto por la amenidad de sus materias como por lo esmerado de su impresión y por lo respetable del cuerpo de colaboradores nacionales y extranjeros. Fué en el *Recreo* en donde la Sra. Matto comenzó á firmar sus escritos.

En 1877 hizo un viaje á Lima, en unión de su esposo, y fué objeto en aquel centro de la cultura peruana

de las demostraciones más sinceras y entusiastas de simpatía. La Sra. Gorriti que presidía á la sazón, como en el capítulo á ella consagrado se ha visto ya, el movimiento literario en la ciudad de los Reyes, dedicó á la Sra. de Turner una velada, el 28 de Febrero de aquel año. He aquí cómo describió diez años después esa función el Dr. Lemoine en una lectura hecha en el Palacio de la Exposición en el aniversario de la instalación del "Círculo Literario" de Lima.

"A las nueve de la noche se presentó una joven vestida de riguroso luto, acompañada de un caballero inglés que tenía toda la distinción del *gentleman* de la Antigua Albión; hirió la atención de todos los concurrentes; todas las miradas se fijaron en ella. Eran Clorinda Matto de Turner y su esposo.

"Algunas ejecuciones musicales rompieron la escena.

"Las siguientes personas dieron lectura á los trabajos cuyos epígrafes van á continuación de sus nombres. La conocida literata peruana Mercedes Cabello de Carbonera: un artículo titulado "Necesidad de una industria para la mujer." El monarca de las letras peruanas, Ricardo Palma, "La Proseción de Animas de San Agustín" tradición digna de su autor. La Sra. Manuela Villarán de Plasencia: unas "Estrofas" dedicadas á Clorinda Matto de Turner. El notable bardo ecuatoriano Numa Pompilio Llona: un "Saludo" á la misma distinguida escritora peruana. Simón Martínez Izquierdo: otro "Saludo y despedida" en muy sentidos versos inspirados por ella. Estéban Camilo Segura: un "Artículo

de Carnaval." La Sra. Gorriti: un "Perfil divino de Camila O'Gorman." Lorenzo Fraguela: un "Soneto" interesante. El popular poeta Abelardo M. Gamarra: la poesía "Nada puedo ofrecer."

"Dos composiciones de Clorinda Matto fueron leídas después: una *tradición* titulada "Al fin pasada de negro" y un *discurso* final, en que significó todo el calor de su gratitud por la honra de que la hacían objeto los concurrentes. Ambas lecturas fueron interrumpidas por aplausos nerviosos y ardientes que colmaron de entusiasmo á la reunión. Todos los corazones latían con un solo sentimiento: la admiración por la escritora cuzquequeña.

"Tras la ejecución de algunas piezas de canto y música instrumental llegó, por fin, la hora en que comenzó para Clorinda el reinado de la gloria literaria, la coronación de su frente en los dominios imperiales del espíritu, mil veces más grande que las regias coronaciones; su verdadero advenimiento al trono sin lacayos, pero con cetro, del imperio de las letras.

"La Sra. Gorriti, como la sacerdotisa del arte, como el heraldo de la fama, ciñó con aire delicado la frente inclinada y ruborosa de Clorinda, con una magnífica guirnalda de laureles de filigrana. Puso también en sus manos una pluma de oro. ¡Qué bien simbolizados la corona del talento y el instrumento de oro de la palabra humana!

"Las señoras que estaban presentes la obsequiaron una elegante botonadura de carey, engastada en oro. ¡Sencillo y simpático homenaje!"

Por lo que dicho queda, y por lo que nos resta expresar respecto á la vida y obras de la Sra. Matto, el lector comprenderá con cuánta justicia la incluimos en esta galería de notabilidades sud-americanas, y no encontrará inoportuno,—antes bien le complacerá,—que traslademos aquí el retrato que el escritor á quien acabamos de citar, hace de la autora de los *Bocetos al lápiz*. Hélo aquí:

"Alta estatura; aire distinguido; constitución vigorosa; busto bizarro, mórbido, magistral y esbelto, como tallado por cincel griego en viviente mármol. La cabeza, ese depósito misterioso de luz, que modela la inteligencia, es en ella rítmicamente perfilada, y su cabellera, aunque no larga, es abundante y parece de oro crespo y tostado, con ondulaciones que adornan los contornos de su frente serena, inteligente y noble; la nariz es delicada; los labios encarnados, finos y risueños en sus extremidades; los ojos resplandecientes cuando se alzan, acaso, cuando bajan, dejan los párpados pronunciadamente caídos, pero lucen bajo el arco de sus cejas bien dibujadas. Con más delicadeza aún, se delínea el contorno de su barba hoyuelada en el medio; *ese hoyuelo en la mujer parece formado por el dedo del amor*, dice Byrón.

"Contrasta con la blancura intensa de su garganta ebúrnea, la púrpura vivaz de sus mejillas, ligeramente tostadas, bruñidas, acariciadas por el mismo Sol que los Incas adoraban de rodillas. Y todas esas facciones están encuadradas en un contorno oval de simpático perfil.

"Si D'Angrés la hubiera visto, de pié sobre el pedestal de su fama, rodeada de la atmósfera dorada por la virtud, el talento y la belleza, y empuñando la lira con regias manos de marfil, como una reina su cetro, la habría contemplado con los ojos inundados por las llamas de la inspiración artística.

"Corren mezcladas por sus venas azules la sangre argentina y la sangre peruana. Y por eso parece una bonaerense de distinguida alcurnia, nacida bajo el peruano cielo.

"Rebosa en su trato la ingenuidad sincera; en sus maneras y apostura encantadora sencillez, y en su conversación tan exquisita llaneza, que oculta su talento con la avaricia de la modestia. Ni una frase estudiada, ni una palabra altisonante, ni una sola reminiscencia literaria; nada, absolutamente nada, que ostente á una mujer tan superior, y mucho menos que recuerde ciertas chocantes pedanterías femeninas de aquellas que espían en la conversación la oportunidad de inundar el salón con nuevo diluvio de citas de autores y de flores retóricas, aunque flores incoloras de trapo. Y quizá su erudición prestada se reduce á un par de libros!

"Lo dicho no se opone á que la conversación de la Sra. Matto vierta flores gayas en la custodia de oro de la amistosa confianza. Entonces, en cada frase lacónica y pintoresca, sintetiza un mundo de ideas ó desentraña una situación. Unica diferencia que la distingue de las personas de su sexo: mientras éstas, en general, diluyen pocas ideas en muchas palabras, como se diluye poco añil en mucha agua, Clorinda no incurre nun-

ca en la tendencia analítica y revela dotes sorprendentes para la síntesis.

"No es, tampoco, como aquellas mujeres,—seres híbridos,—cuyas usurpaciones á nuestro sexo son á expensas de las gracias del suyo, sin, por eso, alcanzar á conseguir las cualidades de la virilidad, sino en forma de sarcasmo que despierta espontánea hilaridad. Clorinda, al contrario, se eleva por la inteligencia, sin dejar en su tránsito huella alguna de la apostasía de su sexo. Estudia, piensa, escribe, produce, agita en su mano la péñola inspirada, allí en el fondo de su gabinete, refugio del trabajo asiduo, mudo testigo de sus meditaciones; sí, agita su pluma de oro con ilusión tan intensa y apasionada, como la ilusión de las Julietas que agitan, á la luz de la aurora, desde sus balcones, una flor en la mano, pensando en la ausente y suspirada felicidad. Con una diferencia: mientras éstas interrogan á la aurora por esa felicidad, aquella interpela á su inteligencia para encontrar su bello ideal; el ideal del arte. Y después de que le ha dado el alto relieve del estilo, la forma plástica de la palabra, arroja su pluma, toma el mandil, para encender la llama del hogar, coge el plumero para limpiar el polvo de los tapices de su modesto albergue; lleva al aposento de su hermano,—adorado compañero de su vida,—el ligero sustento matinal, y torna á su pluma.

"De ella podría decirse con justicia, lo que alguien dijo de Delfina Gay la ilustre esposa y colaboradora de Emilio de Girardin, "sabe hacer tan bien los dulces como los libros."

"Literata, es muy mujer; escritora, es el ángel cuyas alas están pegadas para siempre á los muros de su hogar de hoy; ó pegadas con el recuerdo á los muros del hogar de ayer, enlutado y solitario como una cuna vacía, como una jaula desierta.

"Raya su modestia en la humildad, y la amistad íntima se queda casi siempre sin saber qué admirar más en ella: "si su modestia ó su talento."

"Su espíritu,—dice en otro lugar el Sr. Lemoine,—es dúctil. Que la gestación de sus ideas es rápida, que ellas fluyen con espontaneidad puede notarse en sus manuscritos. La encarnación psicológica de su pensamiento en la palabra debe de ser instantánea, pues esos manuscritos son límpidos; apenas hay una corrección ó una enmendatura en cada página. Hojas largas y angostas, sin borraduras ni adiciones, entrelíneas, ni signos marginales; escritura correcta que no revela la mano que tiembla ó se detiene, sino la mano que vuela sobre el papel; letra elegante, asentada y tendida; junto al epígrafe un sello oval en tinta granate, con el nombre de la autora; al pie la firma con rúbrica varonil. He ahí las páginas que pasan bajo la pluma de la literata y se desparraman con profusión, como hojas primaverales, al intenso resplandor de la publicidad, sobre el campo fértil de la literatura histórica, lleno de frutos ópimos, ó sobre el campo esmaltado de la literatura amena, cubierto de flores."

Lo que hace notar el Sr. Lemoine respectò á los manuscritos de la Sra. Matto, lo habíamos observado en las cartas confidenciales con que ella nos ha honrado.

Reanudando nuestra relación biográfica, diremos que cuatro años después del en que verificó la Sra. Matto el viaje á Lima, una desgracia terrible enlutó para siempre su hogar. El compañero de su vida, murió (3 de Marzo de 1881), dejándola una fortuna quebrantada.

Tan rudo golpe, hundióla en la desesperación, y á no haber sido por los afanosos cuidados, por la solicitud de una estimable señora, parienta cercana suya, las letras habrían perdido en aquella época á la que más tarde debía encontrar en ellas el único lenitivo á su dolor.

A las amarguras de la viudedad vinieron á unirse las que le causó la guerra en que su patria se vió envuelta. La digna matrona, en cuyo corazón ardía puro é inextinguible el fuego del patriotismo, llamó á las puertas de una imprenta de Arequipa.

El Director del establecimiento justo apreciador del talento de la escritora, encomendóle la redacción de *La Bolsa.*

La prensa peruana saludó con júbilo á la Sra. Matto, y el país entero, á la sazón ensangrentado por la guerra, como apuntado queda, vió que enmedio á sus tribulaciones contaba no sólo con el esfuerzo de los héroes sino con la inteligencia de las damas.

Y no se contentó con eso la Sra. Matto, sino que dedicóse á colectar donativos para los gastos que el Gobierno tenía que erogar, y al remitirlos á la Junta establecida con tal objeto, dirigió una nota á dicha Junta, en la cual nota se leen las siguientes palabras:

"Junto con estos donativos irá una *tarjeta de oro*, premio con que quisieron honrar á la humilde escritora

cuzqueña. Esta prenda de valor moral para mí, nunca pudo separárseme con mayor justicia que al presente, en que se vincula el querido nombre de la patria con el sacrificio de sus hijos."

Promovió también una suscrición con la que se compró el vestuario y equipo del batallón: "Libres del Cuzco," y cuando las tropas que iban á la campaña del Sur pasaron por Tinta,—residencia de la Sra. Matto en aquellos días,—convirtió su hogar en hospital de sangre, y por sus propias manos curó á los heridos. Con razón uno de sus biógrafos exclama: "¡Brillar con su pluma más allá de las fronteras nacionales; entregar los lauros de su gloria como ofrendas de guerra; abrir las puertas de la propia casa para curar la herida del soldado; consagrar á su Perú adorado el llanto de la desesperación, es algo que consterna, es algo que inspira á los corazones apasionados por la patria, gratitud imperecedera y sentimiento reverencial!"

Lo que llevamos expuesto basta para que el lector tenga una idea de la vida de "la más peruana entre las escritoras peruanas" como con tanta justicia se ha llamado á la Sra. Matto. Hablaremos ahora, con la brevedad posible, de sus obras literarias, siempre aplaudidas por propios y extraños, y merecedoras de esos aplausos, á los que unimos hoy los nuestros tan entusiastas como sinceros.

El primer libro publicado por la Sra. de Turner, fué el que tiene por título: *Tradiciones cuzqueñas, leyendas, biografías y hojas sueltas.* Apareció este libro (1884) precedido de un prólogo de Ricardo Palma, de quien tra-

tamos ya. En ese prólogo el ilustre escritor hace, entre otros, las siguientes recomendaciones de la obra:

"Como labor histórica,—dice el Sr. Palma,—hay que convenir en que la Sra. Matto de Turner ha sabido explotar el rico filón de documentos, escondido en los empolvados archivos de la imperial ciudad de los Incas, tarea patriótica que hombres han desdeñado acometer, y que, con tan cumplido éxito, ha conseguido realizar mi predilecta amiga. ¡Cuántas noticias y fechas históricas, salvadas para siempre del olvido, va á encontrar el lector en las preciosas páginas que entre las manos tiene! La autora sabe hacernos vivir en el pasado embellecido por no sé qué mágico y misterioso hechizo, que adormece en el ánimo los dolores del presente y cicatriza las heridas de nuestros recientes é inmerecidos infortunios, haciéndonos alentar la esperanza en mejores días y la fe en que llegarán tiempos de reparación y desagravio para la honra de nuestra abatida nacionalidad. Lo repetimos: el libro de Clorinda es digno de ser gustado y saboreado con deleite.

"Que la Sra. Matto de Turner es una escritora concienzuda, nos lo prueba el que rara, rarísima vez, deja de citar la crónica, el documento, la fuente, en fin, de donde ha bebido, revelando conocimiento sólido en los anales de la historia patria. Desde Garcilaso y Montesinos hasta Córdova y Mendiburu, todos los historiadores del Perú le son familiares. No son muchos los hijos de Adán que puedan preciarse de aventajarla en este terreno.

"Páginas ha escrito la Sra. Matto de Turner que, por

la sencillez ingenua del lenguaje nos recuerdan á Cecilia Bohl, (Fernán Caballero). En general, su estilo es humorístico, su locución castiza é intencionada, y libre de todo resabio de afectación ó amaneramiento, tal como cuadra á la índole de sus narraciones. Viveza de fantasía, aticismo de buen gusto, delicadeza en las imágenes, expresión natural, á la vez que correcta y conceptuosa, son las dotes que más sobresalen en la ilustrada autora de las *Tradiciones Cuzqueñas.*"

Ningún testimonio más autorizado que el del ilustre tradicionista peruano cuya fama es universal; y sería por lo mismo ocioso y torpe que agregásemos una sola frase á las del Sr. Palma.

El segundo tomo de la obra de que acabamos de hablar, fué publicado en 1886 con un prólogo del distinguido escritor académico D. J. Antonio de Lavalle, quien declara que ese tomo es la digna continuación del primero.

Elementos de literatura para el bello sexo, es el título de la segunda obra publicada por la Sra. Matto. En diversos lugares he leído que ese trabajo llena cumplidamente su objeto, que es el mejor elogio que puede hacerse de una obra didáctica; pero como no ha llegado á mis manos, me veo privado de expresar opinión propia respecto de ella, y paso á tratar de la que—á mi juicio,—merece ocupar un sitio prominente entre las de su autora.

Aves sin nido, novela publicada por la Sra. Matto en las postrimerías del año de 1889, fué inspirada por el nobilísimo anhelo de que la raza indígena sea rehabi-

litada como elemento social, por la educación, é incorporada á la nacionalidad peruana por medio de la igualdad civil.

En el Perú, como acontece en México, el indio dista mucho todavía del nivel del mestizo; es poco menos que un paria, sobre todo en los pueblos pequeños, en que vive sujeto á la doble tiranía de la autoridad civil y del sacerdote católico, que parecen empeñados en demostrar con el irrefutable argumento de los hechos, que son vanas teorías, inútiles declamaciones las de los publicistas de las grandes capitales que hablan sin cesar de la fraternidad republicana y de la igualdad de los ciudadanos ante la ley y ante los ministros del altar.

La Sra. Matto ha estudiado muy de cerca la condición del indio en su país, y con entereza viril traza el cuadro luctuoso de tanta abyección y de tanta miseria como ha contemplado llena de tristeza y de dolor. Alma sensible, noble y generosa, ha lanzado un grito de indignación al mirar cómo persisten en la última década del siglo diez y nueve los mismos infortunios que durante trescientos años acibararon,—en la época del coloniaje,—á una raza digna de mejor suerte; y no solamente lanza ese grito de indignación, sino que descubre, á los ojos de los mandatarios del Perú, las dolorosas llagas que á ella no es dado cicatrizar. Las execrables exacciones del gobernador, del cura, y del llanero; la crueldad de todos ellos; las liviandades de los *pastores de almas;* las injusticias, por no decir las infamias, de los jueces; cuanto de abominable y bochornoso pasa en esos *infiernos grandes* como llama la Sra.

Matto á los *pueblos chicos*, todo eso está retratado con colores vivísimos en la novela que nos ocupa; con tan admirable verdad, con valor tan propio del esforzado adalid de una causa redentora y santa, que no ha habido hasta hoy quien ose, no ya borrar, atenuar siquiera, la honda impresión que tales revelaciones han causado.

Aves sin nido es un libro que deben aprender de memoria el Presidente del Perú, y el Jefe de la Iglesia peruana, si quieren inmortalizarse poniendo término á los desmanes de las autoridades civiles y eclesiásticas á quienes la esforzada novelista presenta en toda su horrible desnudez.

Un literato distinguido, el Sr. Gutiérrez Quintanilla, académico correspondiente, analizando la novela de la Sra. Matto, dice lo siguiente, después de citar algunos de los tópicos del libro:

"¿Cuál es la ley que ampara al indio y castiga tales abominaciones, si la autoridad disfraza á los delincuentes con el traje del soldado; si el *tata cura*, ministro de caridad cristiana embarga las cosechas, el lucro mezquino de todo un año, para hacerse pago de derechos de entierro, recargados con intereses; si el juez de paz imputa al indio delitos de los que le oprimen para arrebatarle sus ganados? ¿Cuál es el mejoramiento social del indio con que la humanitaria República execra los horrores de la Colonia, si el concubinato clerical deshonra los hogares; si las víctimas salvadas de manos del cura caen en la hoguera de la autoridad; si el Gobernador patrocina las exacciones del lanero é impone

él mismo las suyas; si el *tata cura* embarga las cosechas; si el uno y el otro lanzan gavillas de asesinos contra los generosos forasteros que osan apiadarse de la vilipendiada raza?

"El indio, de hecho, vive hoy como en los tiempos coloniales, fuera de toda ley civil y natural, y más convencido que entonces, de que si la independencia fué la ventura del criollo blanco, no hay para él más alivio que la desesperada resignación, ni otro bienestar posible que la paz del sepulcro.

"Parece,—agrega el Sr. Gutiérrez Quintanilla,—que quien así se alza contra el sufrimiento de una porción considerable de nuestro pueblo, y tan alto enrostra al blanco su injusta opresión, persigue fines de la mayor trascendencia, y merece no sólo atención sino el apoyo resuelto de los que contemplan la existencia humana y los intereses patrios por encima de todo cálculo miserable.

"Dejémonos de todas esas chilindrinas que tantas veces han puesto necia risa en nuestros labios, al frente de los peligros y las desgracias. Respetemos el valor de una mujer patriota que, más osada que nosotros, estampa los ocultos dolores del pueblo, reclamando su remedio."

No es exagerada la importancia que el Sr. Gutiérrez Quintanilla da á la novela *Aves sin nido.* Lejos de creerlo así, nosotros que hemos estudiado con profundo detenimiento dicha novela, reconocemos que es de un alcance mucho mayor del que pudiera atribuírsele.

Cuando terminamos la lectura de la obra de la Sra.

Matto, vino á nuestra memoria el recuerdo de la de Mrs. Beecher Stowe: "La Cabaña del tío Tomás," inspirada por la aplicación de aquella ley bárbara que el gobierno norte-americano dictó sobre persecución y entrega de los esclavos fugitivos. Nadie ignora el éxito asombroso que alcanzó el libro de Mrs. Beecher Stowe (1851-1852). En brevísimo tiempo se agotaron cientos de miles de ejemplares, arrancando, como alguien ha dicho muy bien, lágrimas de conmiseración á millones de lectores. "La Cabaña del tío Tomás," como *Aves sin nido*, respondió á una necesidad moral y "expresó, dice un crítico, patéticamente lo que bullía en el alma de la nación, y nadie tomó por simples creaciones de la fantasía sus dramáticos y dolorosos episodios; todos en el norte de la República reconocieron allí la reproducción exacta y sincera de una situación social abominable, por que la pintura se ajustaba con terrible precisión á la idea que les hizo concebir la feroz ejecución de la ley contra los fugitivos."

Lo que el Sr. Pineyro, que es el escritor á quien aludimos, dice respecto á Mrs. Beecher Stowe, podemos decir nosotros de la Sra. Matto. Esta anhela la redención del indio; aquella pugnaba por la del negro. ¿Verá la novelista peruana coronados sus esfuerzos como los vió la novelista americana? Quiéralo el cielo; no únicamente porque ese sería un lauro inmarcesible para la generosa hija del Perú, sino porque así lo exige el buen nombre de su patria! Por eso hemos dicho poco há que *Aves sin nido* es un libro que deben aprender de memoria el Presidente del Perú y el Jefe de la Iglesia pe-

ruana. El primero, para conocer en toda su desnudez la depravada conducta de los opresores civiles, digámoslo así, del indio; el segundo, para extirpar de raíz la casta de los malos sacerdotes.

Para que no se crea que dominados por un sentimentalismo engendrado por la lectura de una novela, prestamos fe á relaciones que se apartan de la realidad, vamos á copiar—á riesgo de extendernos demasiado,—lo que el ya citado escritor peruano expone en el "Juicio crítico" de la obra de la Sra. Matto, al analizar aquella parte de la novela relativa á cierta porción del clero peruano.

"Por último,—dice,—la notoria relajación en que viven los párrocos de los pueblos, crea el tipo de D. Pascual, cuyo cínico libertinaje codicia á la inocente criatura, exige *mita* en su casa á la honrada esposa, estimulándola con el apodo de *roñona*, ó recibe clandestinamente á Melitona.

"Este es el más peligroso de los seductores, porque la autoridad que ejerce en la conciencia y la veneración que inspira su clericato, con el mismo imperio que gobiernan la flaqueza femenina hacia la virtud, la precipitan al vicio. Por tanto, hay razón para creerlo mucho más delincuente que el hombre laico, que de tales seducciones carece, y á quien la ley civil castiga y condena á la reparación; hay derecho para lanzarlo á la execración pública, condenar su extravío, y exigir perentoriamente su reforma. Empero, cuando la protervia, dejando de ser caso singular, se generaliza en la especie, entonces la honrada y valerosa convicción no tre-

pida, ni puede trepidar, en declararnos muy alto cuán insuficiente es la actual disciplina eclesiástica, para proteger la honestidad contra la agresión del párroco, y conservar intacta la virtud sacerdotal. No concibo ni me explico qué respetos superiores á los que merecen los grandes intereses sociales que reposan en la moralidad privada, nos impondrían silencio tan culpable como el delito mismo.

"Nuestra novelista,—agrega,—convencida de lo ineficaz que hoy es la virtud dogmática, mística y contemplativa, para triunfar de la tentación mundana, y proteger la castidad propia y la honestidad ajena, pretende arrancarla del vacío, apoyarla no sólo en la esperanza de la recompensa divina sino en las leyes humanas, cimentada tanto en la fe como en la razón, remontar al cielo sus anhelos para radicar sus deberes en la tierra. Con el aliento de tan honrada convicción no teme declarar que el matrimonio encierra la garantía y el apoyo que notoriamente necesita la virtud sacerdotal. El yerro que no se puede corregir, se reglamenta. La autoridad civil erige casas de tolerancia para el libertinaje de los laicos. En el orden eclesiástico el matrimonio puede ser más benéfico á la religión misma que el celibato."

En el proemio de la novela de la Sra. Matto de que venimos tratando, se encuentran los siguientes párrafos que revelan hasta dónde es noble y generoso el fin que la impulsó á escribir:

"¿Quién sabe si después de doblar la última página de este libro se reconocerá la importancia de observar

atentamente al personal de las autoridades, así eclesiásticas como civiles, que vayan á regir los destinos de los que viven en las apartadas poblaciones del interior del Perú? ¿Quién sabe si se reconocerá la necesidad del matrimonio de los curas como una exigencia social?

"Para manifestar esta esperanza me inspiro en la exactitud con que he tomado los cuadros, del natural, presentando al lector la copia para que él juzgue y falle.

"Amo con amor de ternura á la raza indígena, por lo mismo que he observado de cerca sus costumbres, encantadoras por su sencillez, y la abyección á que someten esa raza aquellos mandones de villorrio que si varían de nombres no degeneran siquiera del epíteto de tiranos. No otra cosa son en lo general los curas, gobernadores, caciques y alcaldes.

"Llevada por ese cariño he observado durante quince años multitud de episodios que, á realizarse en Suiza, la Provenza ó la Saboya, tendrían su cantor, su novelista ó su historiador que los inmortalizase con la lira ó la pluma; pero que, en lo apartado de mi patria, apenas alcanzan el descolorido lápiz de una hermana.

"Repito que al someter mi obra al fallo del lector, hágolo con la esperanza de que ese fallo sea la idea de mejorar la condición de los pueblos chicos del Perú; y aun cuando no fuese otra cosa que la simple conmiseración, la autora de estas páginas habrá conseguido su propósito, recordando que en el país existen hermanos que sufren, explotados en la noche de la ignorancia;

martirizados en esas tinieblas que piden luz; señalando puntos de no escasa importancia para los progresos nacionales, y *haciendo* á la vez, literatura peruana."

Del interés dramático de la novela, de lo pintoresco del lenguaje, de la vivacidad de los diálogos, de la verdad de los caracteres y de varias otras excelencias que se admiran en *Aves sin nido*, no hablaremos, porque aunque sería muy grato para nosotros señalar tales bellezas, necesitamos demandar todavía la atención del lector, para darle á conocer otro libro de la distinguida escritora peruana y apuntar los títulos de los que tiene en preparación.

Bocetos al lápiz es el título de la última obra publicada por la Sra. Matto. Contiene el primer tomo, que es el que tenemos á la vista, once estudios biográficos de otros tantos personajes peruanos dignos de eterna recordación. Descúbrese en esos estudios no sólo la paciente laboriosidad que los de su índole demandan para no cercenar en lo más mínimo las glorias del sujeto biografiado, sino también un tino admirable para presentarle en todas sus fases, poniendo de relieve las figuras, por tal modo que nos parece haberlas conocido muy de cerca. La aridez á que son tan ocasionados los estudios biográficos, y más cuando se coleccionan para formar con ellos un libro, no se hace sentir en los de la Sra. Matto, porque abundan las reflexiones oportunas, y porque las digresiones á que suele entregarse la autora, sin abusar jamás de este recurso, hacen amena la lectura.

En los *Bocetos al lápiz*, como en las *Tradiciones cuz-*

queñas y en los demás escritos de la autora, no se descubre, ni procurándolo el lector, la manera, digámoslo así, que tiene de escribir la mujer. El historiador más grave, el biógrafo más severo, no se desdeñarían en que fueran suyas las páginas de la escritora peruana. Por más que el corazón de ésta sea vaso henchido de ternura y de sensibilidad exquisitas, el perfume de esa ternura y de esa sensibilidad no se exhala sino en el sitio y en el momento oportunos. No puede, pues, confundirse á la Sra. Matto con aquellas literatas de quienes Leopoldo Alas, dice,—como hemos oído ya,—que todo lo fian á la imaginación y al sentimiento y que quieren suplir con ternura el ingenio. Para ella la tarea del biógrafo,—son sus propias palabras,—sin llegar á los linderos del panegírico, casi se reduce á tomar los puntos culminantes de la vida de un individuo, desde la cuna, explotando sus buenas acciones para ejemplo, con más satisfacción que sus vicios para anatema; pues la corriente civilizadora de nuestro siglo admirable, tiene ya marcado el cauce de los trabajos intelectuales que, para vivir, necesitan llevar caudal de enseñanza.

"Con estos propósitos,—dice en la introducción de los *Bocetos*,—he emprendido esta labor, acaso superior á mis fuerzas; y aunque vengo garantida por la triple entidad de sexo, corazón y conciencia, que me pone en lugar favorable para emitir juicios desapasionados y tal vez no tan desnudos de autoridad, como parezca á primera vista al tratarse de escritos brotados de un cerebro femenino, débil y sin cultivo, no por estas consideraciones he de prescindir de solicitar la benevolencia

del lector. Enemiga soy, por carácter y por educación, de buscarle la tilde al personaje que descuella á respetable altura en el escenario de la gran comedia humana, donde me tocó también papel, y que, en ocasiones dadas, me concede el derecho de pasar á término, codeando las comparsas para abrirme paso. Pero si esto mismo me ha hecho aspirar siempre al cumplimiento del deber, si una austera escuela de sufrimientos, poco interrumpidos, me ha legado enseñanza y rectitud de juicios, ello no importa más que la duplicación de deberes para con la patria peruana, cuyo amor puro y límpido brilla en mi alma."

El segundo tomo de los *Bocetos* está en preparación, así como el tercero de *Tradiciones y leyendas*, la *Bibliografía Quechua*, la novela *La Cruz de Ágata*, y el drama *Hima Sumac*.

La Sra. Matto dirige actualmente el semanario limeño que se intitula *El Perú Ilustrado*, y una de sus tareas favoritas es popularizar en su país los nombres de los escritores y poetas hispano-americanos. A Guillermo Prieto, á Riva Palacio, á Peza y á otros mexicanos les ha tributado homenajes que obligan nuestro reconocimiento.

Como acaba de verse, desde cualquier punto de vista que se estudie la vida de la escritora peruana, se descubren en ella títulos sobrados á la estimación y al respeto universales. Atesora las virtudes que hacen de la mujer el ángel del hogar; alienta sentimientos patrióticos; persigue ideales generosos; posee inteligencia clarísima cultivada por el estudio; es fecunda su labor

literaria; instruyen y deleitan sus escritos; aborda con energía trascendentales cuestiones, y derrama, á manos llenas, los tesoros de bondad y de ternura de que es su corazón inagotable fuente. ¿Podrán gloriarse muchas de tener iguales merecimientos para no morir en la memoria de cuantos rinden culto á la virtud y admiración al talento?

Aquí deberíamos dar por terminado el presente capítulo; pero queremos decir antes algunas palabras á las damas que en México se dedican al cultivo de las letras. Tal vez nuestras indicaciones serán mal recibidas y nos conciten la mala voluntad de aquellas á quienes las dirigimos, por mucho que á nadie pueda esconderse el móvil que nos impulsa á proclamar ciertas verdades.

Existen entre nosotros algunas poetisas inspiradas y discretas, cuyas obras están destinadas á perpetuar el nombre de sus autoras. Pero, es preciso confesarlo: en su inmensa mayoría las poetisas mexicanas cultivan el género erótico, en composiciones de un sentimentalismo más ó menos exagerado, que no es en verdad el que mejor cuadra con las costumbres y con los ideales de la época. Reflejo esas producciones, de íntimos afectos,—muy respetables mientras no se les arroja á los vientos de la publicidad,—responden á esa tendencia que hay, llamada por algunos necesidad, de comunicar á otro ser las ideas que en un momento dado surgen y pugnan por hallar abrigo en el corazón ajeno. Pero, por eso mismo, expónese quien las revela, á tener que arrepentirse más tarde de haber convertido al público en confidente.

El hombre mismo, cuando en la edad madura recorre las páginas escritas en sus mocedades, lamenta las más de las veces la irreparable indiscreción que cometiera contando á todo el mundo lo que debería haber guardado en el santuario de su alma. ¿Qué no sucederá á la respetable matrona cuando vea en manos de su hija inocente y púdica, versos que encierran la historia de amores ya olvidados, escritos por la misma que de continuo aconseja la moderación y el recato?

Si, al menos, la belleza de la forma justificara la publicación de esas estrofas, habría una disculpa plausible; pero no es así: rara vez se encuentra una poesía, —entre las de que hablamos,—merecedora de que la respete la onda del olvido.

Por eso nos permitimos llamar la atención de nuestras compatriotas hacia las obras de eminentes escritoras que consagran su talento no á la tarea baladí de escribir versos eróticos, sino á la muy digna y útil de generalizar los conocimientos históricos ó los métodos de enseñanza ó tantas otras materias, puramente literarias, pero revestidas de todo el interés que la mujer puede dar á sus producciones. Nadie, ningún escritor es capaz de igualar á la mujer cuando ésta sabe y quiere cumplir con el precepto de mezclar lo útil á lo dulce.

Quéjase la mujer, de continuo, y más cuando presume de ilustrada y se considera superior á muchos hombres, quéjase decimos, de que ellos dicten por sí solos las leyes y eduquen á las generaciones con libros escritos por ellos mismos, en los que procuran á toda costa conservar la supremacía de su sexo. Entonces, ¿por

qué no se dedica la mujer á escribir libros adecuados á la enseñanza, libros que vayan reformando las ideas que, á su juicio, prevalecen únicamente por la arbitraria exclusión á que el hombre la condena? ¿Por qué resignarse á ejercer el profesorado con textos que juzga deficientes? ¿Por qué no aborda cuestiones trascendentales, como lo hace la ilustre escritora peruana?

Basten estas breves líneas á despertar en las damas mexicanas el deseo de seguir las huellas de las escritoras que, como la Sra. Matto de Turner, conquistan no sólo la gloria literaria sino el respeto y la admiración de los que no quieren que á sus hogares penetre más que lo que es noble y puro, y lo que envuelva alguna enseñanza provechosa.



MARIANO A. PELLIZA.

ENTRE los publicistas argentinos contemporáneos, el Sr. D. Mariano A. Pelliza es uno de los más distinguidos: posee altísimas dotes literarias cultivadas con esmero, y su labor es asidua, como se verá por la enumeración de los libros á él debidos.

Como Roa Bárcena, Pimentel y otros varios autores mexicanos prominentes, debe á sus propios esfuerzos el lugar que ocupa en el mundo de las letras. "Entregado á sí mismo,—dice de él el Sr. Lamas,—sin haber podido recibir las enseñanzas de la Universidad, y no

teniendo otros maestros que los libros que buscaba con avidez ó que ocasionalmente caían en sus manos, se abrió á su inteligencia, por fortuna clara y extensa, el horizonte general de los conocimientos que la enriquecen y forman á los hombres de letras, desarrollando sus facultades morales y depurando sus nativas inclinaciones y gustos literarios. Su punto de partida fué no hacer nada automática ó irreflexivamente, sino tratar de conocer y de apropiarse los medios de hacerlo bien; y partiendo de ahí, auxiliado por una voluntad firme y por una labor perseverante, llegó á llenar sana y correctamente sus deberes privados y sociales, haciéndose conocido y estimado en la prensa y en la literatura de su país."

Como quiera que las letras no proporcionan en la América Latina los recursos que há menester para subsistir quien á ellas se consagra, el Sr. Pelliza, contrariando su natural vocación, dedicóse al comercio en su juventud, sin limitarse, como hombre superior que es, á las vulgares nociones mercantiles, sino antes bien, adquiriendo profundos conocimientos en el ramo. Principió,—al decir de uno de sus biógrafos—por la contabilidad, y haciéndose cargo de toda su importancia como elemento de orden y de seguridad en las relaciones comerciales, como medio de adjudicar á cada uno lo suyo en los negocios civiles, y como base de la regularidad administrativa y de la buena dirección de la hacienda pública, se dedicó á su estudio bajo todos sus aspectos, en todas sus relaciones y aplicaciones comerciales, civiles, judiciales y financieras, logrando domi-

nar la materia y adquirir en ella la mayor competencia.

Dotado de clarísimo talento, penetró en los dominios de la ciencia económica y se le deben numerosos trabajos con ella relacionados, mereciendo sus artículos sobre el libre cambio ser traducidos al inglés y reproducidos con elogio en los diarios de la América del Norte.

Llamado á ocupar en la aduana de Buenos Aires el puesto de oficial mayor de teneduría de libros, lo desempeñó con general aplauso, y dejó como testimonio de sus aptitudes el *Manual de Aduana* y los *Cuadros Estadísticos del Comercio argentino.*

No fueron un obstáculo las tan laboriosas como áridas ocupaciones oficiales del Sr. Pelliza, para dejar extinta en él la pasión por la literatura en dos de sus ramas más trascendentales: la historia y la crítica. Las horas que cualquiera otro habría empleado en vagar reparador, él las utilizaba en adquirir documentos raros, y en desentrañar las causas de los grandes sucesos de que ha sido teatro el suelo argentino. Y es fácil comprender que quien, como el Sr. Pelliza, está connaturalizado con la rigurosa exactitud que persigue la ciencia de los números, en sus nuevos trabajos, aunque de índole diversa, ha de ser paciente escudriñador de la verdad; porque donde ésta no resplandece en toda su plenitud, el sabio no ve sino un caos. Dicho se está con esto que una de las excelencias que aquilatan los estudios históricos del autor que nos ocupa, estriba en que ellos son el fruto de concienzudas investigaciones.

Voy á enumerar las obras con las que ha enriquecido la bibliografía del Plata, hasta donde me lo permiten las noticias que poseo.

1. *Alberdi, su vida y sus escritos.*
2. *Críticas y bocetos históricos.*
3. *Dorrego en la historia de los partidos Unitario y Federal.*
4. *Monteagudo, su vida y sus escritos.*
5. *Dos cuestiones económicas y un problema social.*
6. *Apuntes históricos sobre la fundación de San Isidro.*
7. *Ráfagas poéticas.*
8. *Elementos de Geografía general.*
9. *La cuestión de Magallanes. Cuadros históricos.*
10. *Glorias argentinas.*
11. *El Argentino.*
12. *Federación Social Americana.*
13. *Lingotes de bronce.*
14. *El país de las Pampas.*
15. *El Paraguay y el Dr. Francia.* [1]

Juzgando el gran historiador chileno, D. Diego Barros Arana, el libro del Sr. Pelliza sobre *Alberdi*, se expresa así: "Es un resúmen rápido, pero noticioso, claro y metódico de la vida muy accidentada de un hombre distinguido como político, como abogado y como escritor. La reseña biográfica alcanza hasta 1874, y su autor ha pasado en revista más de setenta publicacio-

1 Posteriormente el Sr. Pelliza ha publicado los dos primeros volúmenes de su "Historia Argentina."

nes del Sr. Alberdi, examinando cada una de ellas, y sería difícil hacer nada más completo sobre el particular."

Otro historiador, el general Mitre, de quien ya he dado noticias en esta galería de escritores y poetas sud-americanos, refiriéndose á la obra sobre *Dorrego*, dice: "El libro del Sr. Pelliza se lee con vivo interés. Trae algún nuevo contingente á la historia, la ilumina á veces bajo nuevos puntos de vista, y su estilo es breve, conciso, noble, sin obscuridad ni pretensiones. Hay en él algunas páginas verdaderamente bellas del punto de vista literario, y un soplo de vida circula en todas ellas. Tiene tendencias á la imparcialidad, un espíritu crítico preside á sus investigaciones, y en general su criterio histórico y moral es elevado y seguro."

Vicuña Mackenna, Palma, Paz Soldán, René, Moreno y otros escritores americanos, han calificado ventajosamente el libro de Pelliza sobre *Monteagudo*, libro que el Sr. Lamas considera como el más notable entre los del autor, por la sagacidad de la investigación.

En *La cuestión de Magallanes* reveló una vez más el Sr. Pelliza la inteligente laboriosidad que es uno de los signos distintivos de su carácter. Obra es esa de profundo estudio, en la cual se encierra la historia metódica de la cuestión de límites con Chile, cuestión que al terminar, dejó, como afirma un escritor, "perpetuamente abiertas al tránsito de todos los hombres, y á la navegación y al comercio de todas las naciones, las aguas del Estrecho de Magallanes."

De las *Ráfagas poéticas*, que me son desconocidas, se

ha dicho que si no revelan un poeta de encumbrada inspiración, sí se encuentra en ellas un versificador fácil que conoce las reglas ó preceptos del arte.

Pero en donde se adquiere el conocimiento de las buenas cualidades del Sr. Pelliza como literato, es en sus *Críticas y Bocetos históricos.* A la belleza del estilo aduna depurado gusto en materia de arte literario, severidad y rectitud de juicio. No es el Sr. Pelliza pródigo en elogios; pero tampoco es acerbo en sus censuras. Su crítica se impone, porque se reconoce en primer término la rectitud del juez y la conformidad que hay entre sus fallos y los preceptos del arte.

Las primeras páginas del libro, en las que narra diversos episodios de la revolución argentina de 1810, nos hace conocer lo que el bello sexo hizo en aquellas regiones por la libertad de la patria, y no se puede, una vèz leídas esas páginas, dejar de rendir homenaje de admiración y de respeto á la mujer nacida á las márgenes del Plata. En el lector mexicano despiertan el recuerdo de la ilustre Corregidora, de Leona Vicario, de la madre de los Rayón y de tantas otras heroínas á quienes no hemos honrado tanto cual es debido.

Después de enaltecer á la mujer, el Sr. Pelliza nos presenta diversas figuras culminantes en la historia política y literaria de su país; á seguida ensalza las gloriosas batallas de Salta y Maipo; más adelante nos deleita con sus conversaciones literarias para analizar compendiosa, y á veces atinadamente, diversas novelas nacionales y extranjeras; sigue ejerciendo la crítica en estudios bibliográficos que no por breves dejan de ser im-

portantes, y termina con varias cartas que bajo forma sencilla y amena contienen apreciaciones sobre algunas obras de actualidad.

Podré no estar, y con efecto no lo estoy, de acuerdo con algunas de las teorías estéticas del Sr. Pelliza, como por ejemplo, cuando en sus conversaciones literarias afirma que cuando una novela no expresa siquiera un principio de moral doméstica, ó no tiene por fin realzar la virtud ó combatir el vicio, carece de significado en las funciones lógicas del espíritu ennoblecido por la civilización; pero siempre le consideraré como crítico digno de alta estima y por consiguiente de ser escuchado por los autores, al análisis de cuyas producciones se ha dedicado.

Asimismo, hay alguna divergencia entre nuestras ideas por lo que respecta á la extremada amplitud que el Sr. Pelliza concede á los que á título de ser hijos del suelo americano, hacen gala de manejar el habla española sin sujeción, no ya á los preceptos de la Academia de la lengua, ni aun al uso de los escritores reputados como maestros por la pureza de su dicción y las galas de que han revestido sus obras. Líbreme el cielo del servilismo que aqueja á algunos, para quienes constituye un verdadero delito, una profanación, el empleo de un vocablo que no esté ya aceptado y que no sea aplaudido por los académicos, por necesario y útil que sea; líbreme el cielo de imponerme tales trabas ó de pretender imponérselas á nadie; mas creo y creeré siempre que la profusión de palabras exóticas, que el abuso de provincialismos en un escrito, hacen que la lec-

tura provechosa de éste, se circunscriba á un pueblo determinado,—á aquel en donde fué producido,—lo cual no basta en verdad á satisfacer la noble y legítima aspiración de un autor. Ya que no de la universalidad, al menos de los que aunque diseminados por el mundo, poseen su idioma, desea el escritor ser conocido. Tan cierto es esto, que la mayor parte de los autores que hacen gala de hacinar provincialismos en sus producciones, cuidan de poner notas que los traducen ó que los definen conforme al Diccionario.

Cuando traté de las poesías del insigne Rafael Obligado, conterráneo de Pelliza, elogié en el bardo argentino el color local que imprime á sus obras, su americanismo, y aun aconsejé á la juventud estudiosa que le tomase como ejemplo, haciendo notar que un académico español, Valera, aplaude y celebra los provincialismos de Obligado; pero el caso es distinto hoy. Obligado engasta en el oro purísimo de sus estrofas vocablos de pronunciado sabor local, sin pretender que, como el Sr. Pelliza dice en uno de sus artículos, necesitan los argentinos crear una literatura, dar formas al lenguaje, *lapidarlo*, poseer un verdadero caudal de palabras tan suficiente que baste para emanciparse.

El Sr. Pelliza extrema la libérrima facultad de los escritores. Crear una literatura nacional, no estriba en que las obras que formen el tesoro de ésta sean escritas en un idioma nuevo ó exclusivo de un país. Y no lo sería ciertamente el que ofreciese en arbitraria confusión palabras indígenas, voces castizas y vocablos á que se da una acepción especial en cada localidad ó

cuando menos son escritas de otro modo que en el centro de donde partieran.

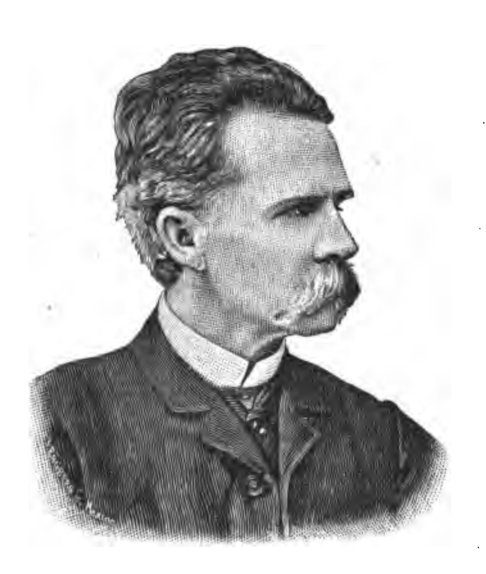
Es tanto más incomprensible en boca del Sr. Pelliza teoría tan exagerada, cuanto que, justo es reconocerlo, él, en sus propios trabajos no es entre los escritores argentinos quien más inmoderado empleo hace de frases y locuciones de índole ajena al español. Pocos son los giros que en sus numerosos libros podría tachar un académico meticuloso.

Tan generalizada está en la Argentina la afición á *lapidar* el idioma español, que se hace verdaderamente difícil comprender lo que significan ciertos vocablos y aun ciertas frases de uso constante en aquel país, y de uso generalizado no solamente en el lenguaje vulgar sino en la prensa periódica y aun en las obras científicas y literarias. Hace pocos meses que un escritor venezolano, residente en Buenos Aires, publicó un *Diccionario de barbarismos*, con el loable propósito de combatir esa tendencia á desfigurar el habla castellana; más no creemos que el éxito corone sus esfuerzos. Los pueblos, por un mal dirigido sentimiento de libertad, hacen alarde de no aceptar las más atinadas observaciones, si éstas proceden de un extraño. Por lo tanto, mientras los periodistas y en general los hombres de letras no se propongan seguir otros derroteros, continuará la lapidación del idioma aconsejada por el Sr. Pelliza en un momento de exaltación ultra-americanista.

Lejos estoy de pretender ostentarme crítico del Sr. Pelliza. Ni cabe dentro del plan que me he propuesto

seguir en estos bosquejos literarios la censura que provoca la controversia, ni dejo de ver en el fecundo escritor argentino á uno de los que mayor y más útil influencia ejercen con su saber y con sus excelentes cualidades. He querido tan sólo que se vea que precede á la labor que me ocupa el estudio de las obras que menciono, y que, á seguida, rindo tributo á la verdad, exponiendo lo que mi conciencia me dicta.

Para terminar, diré que el Sr. Pelliza desempeña desde hace algunos años en su patria, el elevado y muy honroso encargo de Sub-secretario de Relaciones.



JORGE ISAACS.

COLOMBIA es entre las Repúblicas hispano-americanas una de las que con mayor justicia pueden gloriarse de haberse distinguido siempre por su amor á las letras. El pueblo más adelantado se enorgullecería de contar entre sus hijos á historiadores como Restrepo, Acosta, Plaza, y Groot; á humanistas como D. Miguel Antonio Caro; á filólogos como D. Rufino J. Cuervo; á poetas como Gutiérrez González, D. Rafael Núñez, D. Rafael Pombo, los hermanos Caro, Rivas Groot, y tantos otros; á narradores como Caicedo Rojas, á publi-

cistas como Torres Caicedo y Vergara y Vergara; á novelistas como Eugenio Díaz y Jorge Isaacs, de quien vamos á tratar en este capítulo.

Larguísima lista de escritores y poetas que han cultivado los ramos todos de la literatura, podríamos presentar si fuera necesaria tal enumeración para justificar el renombre de una República á la que tantas veces se ha llamado la Atenas sud-americana, No es necesario acometer tal empresa, toda vez que es una verdad reconocida universalmente la que hemos estampado al dar comienzo al presente estudio; ni cabría dentro del plan por nosotros seguido hasta aquí, reseñar siquiera el nacimiento, desarrollo y estado actual de las letras colombianas; trabajo ya desempeñado con insuperable maestría por D. José Rivas Groot excelente poeta y atildado escritor, cuya fama ha traspasado los mares.

Vamos á hablar de Jorge Isaacs, el autor del libro de que se ha hecho mayor número de ediciones en la América Latina; que ha sido reimpreso en Europa varias veces y que acaban de verter á extraño idioma, popularizándolo de tal suerte que,—como dice D. Alberto Laverde Amaya,—ha venido á ser como la biblia de la literatura colombiana, porque en todo el Nuevo Continente el nombre de Jorge Isaacs y el de Colombia van inseparablemente unidos.

Jorge Isaacs nació en Cali (Colombia) en el año de 1837; hijo de un caballero inglés activo é industrioso, que se había formado una fortuna si no pingüe sí bastante para proporcionar á su familia las comodidades

apetecibles, y de una dama colombiana de origen español. De raza y religión judías el padre de Jorge Isaacs, convirtióse al catolicismo que era la religión de su prometida, para unirse á ésta. Así se explica que tanto en la persona como en las obras del popular novelista se encuentren reminiscencias hebraicas y rasgos característicos de las razas sajona y latina.

Cuál haya sido la educación literaria que Jorge Isaacs recibió, cosa es de que no podemos afirmar nada, pues redúcense á unas cuantas líneas las noticias biográficas que en diversas obras hemos compulsado para escribir hoy estos apuntamientos.

De su vida pública poco hay que decir. Ha desempeñado varios cargos públicos, siendo en distintos períodos legislativos miembro de la Cámara de Representantes, por Antioquía, Cauca, y Cundinamarca; Secretario de Gobierno y de Hacienda en Cauca, y Director de Instrucción Pública en Tolima.

En 1872 regenteó en Santiago de Chile el Consulado General de Colombia; colaborando, durante su permanencia en aquella capital, en el *Mercurio*, en el *Sud-Americano*, en la *Revista de Santiago*, y en la *Revista Chilena*.

Fungió diez años después (1882), como secretario de la Comisión Científica, á la que el gobierno de su país encomendó la exploración de ciertas regiones de su territorio.

Una vez entronizado en el gobierno de Colombia el partido conservador, Jorge Isaacs que profesa ideas liberales ha vivido alejado por completo de los asuntos

públicos, dedicándose á la mineralogía para procurarse el sustento propio y el de su familia.

Viajes frecuentes y dificultosos por extremo, penalidades sin cuento, amarguras infinitas, todo lo ha arrostrado con espíritu fuerte, robustecido en esa tremenda lucha por la existencia, por el entrañable amor que profesa á su virtuosa compañera y á sus hijos. Pero aunque respecto á este último período de la existencia de Jorge Isaacs tenemos datos seguros para trazar el cuadro sombrío de sus tristezas, no lo haremos. Descorrer el velo de la vida privada, por más que en ella no exista mancha alguna, no sólo es indiscreto y torpe, sino reprobable é indigno del escritor que se respeta. De más de esto, es la obra literaria de Isaacs la que debemos estudiar, porque por ella se le conoce y admira en México, en toda la América Latina y en Europa misma. Así pues, para terminar esta brevísima noticia biográfica, diremos con positiva complacencia, que según los periódicos colombianos que últimamente hemos recibido, la Empresa de hulleras del Atlántico en la que tiene cifradas Jorge Isaacs sus más halagadoras esperanzas, es una empresa magna que adquiere cada día más excepcional importancia. Es de esperar, por lo mismo, que la fortuna esquiva y más que esquiva cruel hasta hoy con el renombrado escritor, le concederá en breve sus dones; premio por él conquistado á fuerza de perseverancia en el trabajo, venciendo el sinnúmero de dificultades que ha encontrado á su paso. Porque Jorge Isaacs—es esta la ocasión de decirlo,—ofrece en su vida de labor asidua, el testimonio más elocuente de

que el poeta y el literato de nuestro siglo, no desdeña el proporcionarse el sustento con el sudor de su rostro, cuando por las circunstancias especiales del medio en que vive no son productivos los trabajos intelectuales; porque desde el instante en que se dan á la publicidad quedan á merced de la desvergonzada piratería de editores sin ley y sin conciencia. El poeta y el literato, en el siglo XIX, no se parecen á aquellos holgazanes que, á título de creerse ungidos por el óleo del genio, menospreciaban el trabajo honrado y mendigaban el sustento cantando en los palacios de los magnates; el poeta y el literato no se conforman con el aplauso ó la admiración á que las inteligencias superiores son acreedoras. Saben muy bien que el talento es don celeste y quieren deber á sus propios esfuerzos la estimación y el respeto de las sociedades; estimación y respeto mayores en tanto que para alcanzarlos ha sido preciso luchar sin tregua, hasta aniquilar al monstruo de la adversidad.

Entre otros, este es uno de los signos indelebles con que pasarán á las edades venideras los nombres de los poetas y escritores del siglo actual.

Mas es hora ya de tratar de la vida literaria de Jorge Isaacs.

Allá por el año de 1864 presentóse en Bogotá un joven completamente desconocido hasta entonces, con un volumen de versos que fueron recibidos con raro entusiasmo. Tres años después, el mismo joven daba á la estampa una novela que en breve le hizo popular.

El joven era Jorge Isaacs, á quien desde luego se le pronosticó que su novela había de obtener cordial acogida no sólo en su patria sino en Europa. "*María* hará largos viajes por el mundo,—dijo el Sr. Vergara y Vergara en 1867,—no en las balijas del correo, sino en las manos de las mujeres, que son las que popularizan los libros bellos. Las mujeres la han recibido con emoción profunda, han llorado sobre sus páginas, y el llanto de la mujer es verdaderamente el laurel de la gloria."

El mismo crítico agregaba: "Estos primeros trabajos, unidos á la circunstancia de que su autor es muy joven, dejan vaticinar una carrera llena y...... desgraciada tal vez, porque no hay ejemplo de que los hombres de genio hayan vivido felices. El privilegio de conmover los corazones se compra muy caro: al precio del propio corazón."

Voces proféticas fueron las del crítico. *María*, durante muy cerca de un cuarto de siglo ha venido formando el encanto de centenares de miles de lectores que han hecho suyas, valga decirlo así, la tristeza y las lágrimas de Efrain, al propio tiempo que el autor del bellísimo idilio ha apurado las amarguras del genio. Jorge Isaacs ha encontrado en su camino asperezas sin cuento, y días ha habido en su combatida existencia, en los que una alma que no fuese del temple de la suya habría sucumbido al peso del dolor.—Rico, verdaderamente rico sería si la honradez humana no diera tan arbitraria interpretación á los derechos del genio, cuando enaltece á éste por explotarle en provecho propio. En toda la América Latina y hasta en Europa, las edi-

ciones de la novela de Jorge Isaacs se han multiplicado produciendo á los editores pingües ganancias sin que esos editores hubiesen nunca pensado ni en enviar al autor un ejemplar de la obra. Solamente en nuestra República se han agotado cuando menos cien ediciones de la *María*, desde las plagadas de erratas, de los folletines de los diarios, hasta las de esmerada impresión en forma elzeviriana; sin que hubiesen sido un obstáculo para la venta de esas ediciones mexicanas, las europeas de la misma obra, bellamente impresas y lujosamente encuadernadas.

Jorge Isaacs no debe sorprenderse al saber que sin conocimiento suyo se han multiplicado en México las ediciones de su novela. No existe en el mundo, seguramente, pueblo alguno que vea con menos respeto la propiedad intelectual. Ni el reconocimiento de ésta por la autoridad, sirve para asegurarla. El autor de este libro lo sabe por experiencia. Vió un día,—permítasele esta digresión,—el anuncio de un *Anuario coahuilense*, del que se hacía, entre otras, la recomendación de contener las biografías de los más eminentes ciudadanos, hijos de aquel Estado. Devoto como es de los estudios biográficos, compró el *Anuario* y encontró en sus primeras páginas reproducidas, omitiendo el nombre del autor, las biografías por él escritas y publicadas. Y no era esto sólo: el compilador, con el mayor desembarazo del mundo, aseguraba que había emprendido la ímproba tarea de sacar del polvo de los archivos documentos y noticias que venían á derramar la luz sobre la vida de aquellos personajes por nadie estudiados antes!

Y no es esto sólo. En los diarios y en los libros, ve el autor reimpresas sus biografías, suprimiendo arbitrariamente el nombre del autor y el título de su obra, que es explotada por sus amigos lo mismo que por los desconocidos.

Si á quien reside aquí mismo se le despoja con tal desfachatez, ¿qué no se hará con el autor extranjero?

No se admire pues, Jorge Isaacs de que los editores mexicanos hayan lucrado con la popular novela, en tanto que él ha luchado con la pobreza; y ha peregrinado por entre las asperezas del suelo colombiano para hallar, tras rudos afanes, la fortuna en el laboreo de las minas; lo que la fulgurante inspiración de novelista no le dió nunca. Hasta hace muy pocos meses, Isaacs se veía acometido de tristísimos desfallecimientos; pero, por dicha, la prensa de su patria nos ha comunicado recientemente que,—como apuntamos ya,—la empresa de hulleras del Atlántico hace concebir las más halagadoras y fundadas esperanzas.

Y, cosa singular! Como si el destino se hubiese empeñado en que jamás se separe de la frente del autor de *María* el rayo de luz que esta novela puso en ella, ha coincidido con la noticia de la brillante perspectiva que las hulleras le ofrecen, la de la versión inglesa que acaba de hacer de su celebérrima *María*, la casa de Harper en Nueva York!

Antes de proseguir; ó mejor dicho, antes de dar á conocer los juicios que sobre el bellísimo libro de Isaacs han formulado diversos autores, con algunos de los cuales no estamos de acuerdo, y á quienes por lo mismo

procuraremos refutar, vamos á aludir á una cuestión que se suscita cada vez que de la *María* se trata. Seremos poco ó nada difusos, pues no queremos cansar al lector.

Un estimable escritor chileno, á quien ya hemos citado en este libro, dice que *María* no es el romance de su autor que goza de reputación envidiable como abnegado esposo y tierno padre de familia, sino el poema en prosa, de un afecto lógico, característico en las almas vírgenes de los pueblos que nacen y se desarrollan en el seno de la naturaleza, lejos de las pasiones civilizadas. Sin que pretendamos destruir la afirmación de ese escritor, haremos notar que aquellos que han creído descubrir en las páginas de la novela colombiana la historia, más ó menos disfrazada con las galas de la imaginación, del primer amor del hijo preclaro de Cali, no han ido tal vez muy descaminados, por lo que se verá en seguida.

D. J. M. Vergara y Vergara, escritor colombiano que á raíz de la publicación de la *María* hizo de la novela un breve juicio crítico (1867), juicio que ha sido reproducido al frente de algunas de las ediciones de la misma obra, al dar, con laconismo que lamentamos, ciertas noticias biográficas de Jorge Isaacs, dice: "Era su padre inglés de nacimiento pero de raza judía; el amor lo inclinó á la religión de Jesucristo, y le dió otra patria, la nuestra, donde se estableció casándose con la hija de un capitán español."

Ahora bien, en el capítulo VII de *María*, se lee: "Cuando hizo mi padre el último viaje á las Antillas,

Salomón, primo suyo á quien mucho había amado desde la niñez, acababa de perder á su esposa. Muy jóvenes habían venido juntos á América, y en uno de sus viajes *se enamoró mi padre de la hija de un español, intrépido capitán de navío* que después de haber dejado el servicio por algunos años, se vió forzado en 1819 á tomar nuevamente las armas en defensa de los reyes de España, y que murió fusilado en Majagual á 20 de Mayo de 1830. La madre de la joven que mi padre amaba, exigió por condición para dársela por esposa, que renunciara él á la religión judaica. Mi padre se hizo cristiano á los veinte años de edad."

¿No hay, después de confrontar los pasajes que acabamos de transcribir, razón sobrada para sospechar,—ya que no para darlo por un hecho incontrovertible,—que *María*, es, contra lo que opina el Sr. Figueroa, *el romance de la vida de su autor?* Se ha repetido mucho que "toda novela tiene algo de historia, de la propia manera que toda historia tiene algo de novela." Así es en verdad, y por eso,—como sucede al leer la *María*,—cuando admiramos la fidelidad con que están retratadas ciertas escenas íntimas y nos embarga la tristeza infinita que rebosa de algunas páginas que parecen escritas con lágrimas, nos sentimos impulsados á creer que no se trata de una obra de imaginación sino de la historia real de un amor desgraciado.

Que Jorge Isaacs goce de reputación envidiable como abnegado esposo y tierno padre de familia, no es un argumento que pueda aducirse con éxito para probar que se han equivocado los que atribuyen á la po-

pular novela cierto carácter auto-biográfico; pues bien pudo su ilustre autor haber en sus mocedades tenido que lamentar la pérdida del ángel de sus primeros sueños de amor, y más tarde, cicatrizadas las heridas de su corazón por la mano del tiempo, por la resignación, y por la bondad de otro ser amante y virtuoso, fundado un hogar modelo, como lo es en verdad el del novelista colombiano.

Como quiera que sea, nosotros, lo repetimos, por modo alguno pretendemos negar ni afirmar nada á este respecto. Apuntamos la similitud ó coincidencia que hay entre las noticias biográficas de Isaacs por el Sr. Vergara, su compatriota, y las palabras que copiamos del citado capítulo de la *María*, y el lector seguirá la opinión que á su juicio sea más fundada.

Reseñar el argumento de la novela colombiana, sería lo mismo que describir el mar al que ha nacido en sus riberas. Desde los adolescentes que encuentran en esas páginas de amor un reflejo de sus propios ensueños, hasta los más gravedosos críticos que han querido comprobar las bellezas que doctos é indoctos atribuyen á la producción sud-americana, se puede decir que todos la han leído. Para los primeros no hay reparo alguno que hacer al autor: es *María* urna que guarda entre flores inmortales los recuerdos de los más castos amores, los suspiros del más tierno de los corazones, las quejas más hondas y desgarradoras del alma, y la forma es por tal modo atrayente y cautivadora para ellos, que no pueden concebir cómo haya quien ose discutir si es perfecta ó nó. Para los críticos severos, fríos, que no se

despojan ni por un instante de sus vestiduras doctorales ni del cartabón de sus clásicas autoridades, *María* adolece de ciertos defectos que por mucho que sean superados por grandes y verdaderas bellezas, siempre son tales defectos. Mas, en último análisis el autor es loado por admiradores incondicionales y por críticos estirados; prueba evidente, mejor que otra alguna, de que la obra es de aquellas que se imponen porque llevan el sello del verdadero mérito cuyo poder es incontrastable. Naturalmente,—tal es la humana condición,—los que no se resignan á unir su voz á ese coro de alabanzas, son los que, por más que lo disimulen, se sienten heridos en su amor propio al mirar que no decae la popularidad de la novela colombiana. Me refiero á los novelistas que no ven agotada la edición única de sus obras, y que atribuyen los continuados triunfos de Isaacs á la admiración del vulgo indocto. Para esos son superiores las novelas de Saint Pierre, Chateaubriand y Lamartine, cuya lectura estuvo de moda años atrás. Y no sólo son superiores, sino que la del escritor sud-americano fué calcada en ellas, sin lograr, ni con eso elevarse su autor á la cima á que sus modelos llegaron.

Entre los libros buenos, hay unos que hacen pensar, y otros hay que hacen sentir. Quien después de terminada una lectura no consagra algunas horas á reflexionar sobre el tema por el autor desarrollado, ó no se siente vivamente impresionado, conmovido por las escenas á que la ficción artística le ha hecho asistir, ese lector puede estar seguro de que ha perdido lastimosamente el tiempo. *María* es del número de los libros

que no sólo interesan y proporcionan pasajera distracción al que los lee, sino que les hace partícipes de los sentimientos del autor, reflejados en los de sus héroes ó personajes. Ya esto es bastante para que no deba nadie, por mucho que le ofusque la pasión, colocarle entre las producciones que no alcanzan vida duradera.

Los críticos, á quienes he aludido ya, — y adviértase que no incluyo en ese número á los novelistas-críticos—no han podido ponerse de acuerdo en sus apreciaciones sobre la obra de Jorge Isaacs. Así, por ejemplo, el argentino Sr. Pelliza refutando á su compatriota el Sr. Estrada, hace consistir la superioridad de *María* sobre *Pablo y Virginia*, en que el colorido de esta última es tan vivo, tan risueño el cuadro y tan natural el drama en trasunto, que como obra de arte y de sentimiento no cede en mérito á su rival, no obstante su clásico y bien determinado defecto, que no es otro que el de escucharse el relato de los fríos labios de un anciano, como dijo muy bien el Sr. Estrada.

Cree el Sr. Pelliza que el libro de Saint Pierre es la naturaleza en el arte, y el de Jorge Isaacs es el arte y la ciencia en la naturaleza; que el primero pinta su cuadro con los colores netos del paisaje; que es el artista recogiendo las armonías de la creación en toda su espontánea magnificencia; que allí no hay esfuerzo; que todos los elementos aparecen colocados al alcance de la mano del autor, sin dejarle ni aun el trabajo de la distribución.

No sucede nada de eso en la obra de Isaacs en concepto del Sr. Pelliza, para quien los episodios matan el

drama principal, y para quien lo accesorio es pesado *sin dejar de ser excelente.* Para el crítico argentino, hay en la *María* capítulos inconexos que no solamente pueden desprenderse sin deslucir el libro, sino que sería necesario sacarlos de allí donde perjudican. Más todavía: á juicio del Sr. Pelliza la acción de la novela no es rápida ni se conserva la unidad de tiempo tanto como es debido; es parsimoniosa y prolija la descripción de las haciendas; la heroína no domina el libro y hay demasiado arte en las descripciones de la naturaleza. Y como si tantos reparos no bastaran, sigue estableciendo un paralelo entre *Pablo y Virginia* y *María,* ventajoso para aquella, como se verá por las siguientes líneas: "*María* no es una flor americana. Le falta el esplendor de la naturaleza tropical, sus líneas atrevidas y la morbidez arrogante de la sangre criolla en cuyas arterias no ha filtrado el virus consuntivo, ni la depresión orgánica consiguiente á la existencia pervigiliosa del gran mundo. La sencillez halagadora de *Virginia* y de *Graziella* es allí obra del arte. *María,* más que cuadro de costumbres de una remota comarca de América, es la creación suave y delicada de la fantasía enfermiza y doliente del romanticismo."

Hacemos notar que el Sr. Pelliza después de haber señalado esos y otros lunares que su refinado gusto le hace notar en la novela de Isaacs, hace de ella el elogio que va á ver el lector:

"*María* es un libro donde nada es malo, y sin exageración puede decirse que todo es bello; pero su plan tiene defectos y de allí nace la razón de la censura."

Mal se compadecen, á nuestro entender, las afirmaciones del crítico: si todo es bueno y todo es bello en una obra de arte, ¿á qué censurarla? Y no se conformó con la censura, sino que se lanzó á pronosticar que el libro, á pesar de su mérito, no conquistaría fama extensa.

Trece años han pasado desde que el Sr. Pelliza vaticinó tan triste suerte á la *María*, y en esos trece años las ediciones del libro se han multiplicado; lo cual demuestra, bien á las claras, que el crítico se equivocó.

Hay que observar también, que el mismo Sr. Pelliza había manifestado que para él que funda sus opiniones en una estética más filosófica y concreta que la del Sr. Estrada, la *Virginia* y la *María* son creaciones fundamentalmente opuestas, y por consiguiente difíciles de analizar por un mismo procedimiento, ¡y sin embargo establece un paralelo entre ambas!

A raíz de la publicación de la *María* en 1867, es decir, diez años antes de que el Sr. Pelliza formulase la crítica que substancialmente hemos dado á conocer hoy por primera vez en México, otro escritor de reconocida competencia había señalado las esenciales diferencias que hay entre la novela de Saint Pierre y la de Isaacs, como si hubiera previsto que la piedra de toque de los críticos sería la comparación de ambas obras.

"*María* pertenece en literatura,—dice el Sr. Vergara y Vergara ya citado,—al género sentimental; pero no tiene sino una sola hermana; la Historia holandesa, *porque es muy diferente de* las otras novelas de esta clase, como *Atala* y *Pablo y Virginia*. Pablo y Virginia es la historia de dos niños solitarios, donde con poco esfuer-

zo pudo el autor pintar un amor inocente, ó, mejor dicho, infantil. *María* es la narración de los amores de dos jóvenes rodeados de muchas personas, viviendo en una misma casa, y profundamente enamorados. Por lo tanto, la pintura de su amor es más fecunda, más interesante; pero más delicada por más peligrosa. Y sin embargo es tan casta, que así como los dos amantes no se dijeron una sola palabra que no pudieran oir sus padres, así en el libro no hay una página que no pueda leer una madre de familia. Virginia es la pintura de un hogar excepcional, en que lo excepcional mismo constituye su mayor encanto. No todos los días se ven dos madres viudas retiradas á una isla despoblada, teniendo la una una hija y una negra; la otra un hijo y un negro. Aquella simetría podrá ser, como es, muy bella; pero tiene que ser, como es, muy rara.

"Saint Pierre tuvo que arreglar primeramente las cosas á su gusto para describirlas después, y cuando un jugador arregla primero y á su gusto las piezas de su ajedrez, no puede tener gran trabajo en ganar su juego. *María* no es un hogar excepcional, sino común y muy común. No hay simetría ni resortes creados *ad hoc:* no hay soledad, gran recurso para el caso, ni sociedad abundante, que es otro recurso muy grande. Lo primero fué el principal auxilio de Chateaubriand y Saint Pierre; lo segundo es el mejor cómplice de Dumás y Sué. En *María* figuran el padre y la madre, dos hijos: Emma,—personaje de comparsa en el cuadro,—y Efrain, joven que vuelve de Bogotá á la casa paterna y se enamora de María, huérfana criada por sus tíos,

los padres de Efrain. Hay un niño, personaje innecesario para el inventor y del cual saca mucho partido el narrador haciéndolo asistir á los castos y ardorosos diálogos de los dos amantes, como un garante de la pureza de aquellos amores. El niño Juan representa el papel del ángel de la antorcha en la Huída de Egipto, de Vázquez: su antorcha sirve solamente para iluminar el rostro de la Virgen. Hay criados, colonos, vecinos que se visitan y un perro viejo llamado Mayo; cacerías, pasiones, deudas, trabajo, pesares, esperanzas, intriga, personajes secundarios útiles; hay, en fin, todo lo que se encuentra en una casa. María y Efrain no son dos niños en una isla desierta, como Pablo y Virginia, ni dos jóvenes solos en el Desierto como Chactas y Atala; María y Efrain son dos jóvenes vestidos con telas europeas, que vivieron en una hacienda del Cauca, se amaron, se fué él y...... ¿para qué decir el fin de la novela? Es la prosa de la vida vista con el lente de la poesía; es la naturaleza y la sociedad traducidas por un castizo y hábil traductor. *María* es un idilio, un canto del hogar; una crónica casera, un conjunto de escenas dichosas y tristes, hábilmente descritas."

Que el Sr. Vergara y Vergara está en lo cierto, bien lo patentiza un hecho que no puede haberse ocultado á la penetración del crítico argentino y que brevemente apuntaremos.

Si la *María* de Jorge Isaacs ha sobrevivido con gloria en la segunda mitad del siglo diez y nueve, cuando ya tiempo há que se dió de mano á las novelas con que ha querido comparársela, y que figuran como docu-

mentos literarios de inestimable valor pero que no forman la delicia de las actuales generaciones, es porque en *María*, aunque es del género sentimental, no hay convencionalismo sino verdad y naturalidad. No amarán hoy todos como Efrain amó y fué amado, pero no por eso puede decirse que amores así no hallan albergue en los corazones.

¿No es *María* una flor americana? ¿Le falta el esplendor de la naturaleza tropical? Perdónenos el Sr. Pelliza, si le decimos que en esta parte su censura no tiene, por manera alguna, justificación. Precisamente una de las causas que reconoce la inmensa popularidad de la novela que nos ocupa, es que sus páginas están llenas con la luz, con los colores, con las armonías de la espléndida naturaleza americana, diferenciándolas de las páginas que de continuo nos ofrece la literatura europea. A este propósito, refiere el Sr. Altamirano en su bellísimo artículo sobre la *María*, que la primera persona que llamó su atención hacia el libro de Isaacs, cuando se publicó por primera vez en México, hará poco más de veinte años, fué una joven inteligente en lecturas romancescas, á la cual joven le encantó el estilo sencillo y poéticamente descriptivo de una historia que tenía lugar en América, en un país muy semejante al de México, y especialmente al Sur, á la bellísima costa del Sur. "Como esa señora,—dice el Sr. Altamirano,—ha residido en esta comarca (la del Sur), se sorprendía de ver pintado el paisaje que le era familiar, de ver nombrados con sus nombres de provincia los árboles, las flores, los frutos; de ver descritas, poco más ó me-

nos, las costumbres; y aunque no podía saber aún cuáles eran los resortes dramáticos de que se valdría el autor, ni cuál podía ser el carácter de los personajes que ponía en juego, la sola exposición interesaba sus sentimientos, y el solo cuadro de la escena cautivaba su imaginación."

Con esas y otras recomendaciones llegó el libro á manos del Sr. Altamirano, suriano que ha conquistado gran celebridad en el mundo de las letras y que hoy reside en París estimado por los más ilustres literatos de la Metrópoli francesa.

Lo que el Sr. Altamirano sintió y pensó una vez que hubo conocido la novela colombiana lo expresa, con la galanura que se admira en todos sus escritos, en los siguientes pasajes de su citado artículo:

"Excusado es decir que ella (*María*) fué para mí un cáliz de néctar nunca probado, vivificante y embriagador, que me sumergió en un hondo éxtasis de poesía, de dolor, de inmensa tristeza.

"Sentí al leerla y al meditar sobre ella, algo de esa extraña impresión indefinible que sobrecoge al espíritu cuando se lee una tragedia de Eschilo ó de Sophocles; cuando se piensa en la desdicha de *Ophelia;* cuando se contemplan las desgracias de los seres débiles y dulces; cuando se encuentra uno frente á frente de ese inmenso poder que se llamó *Fatalidad* en los antiguos tiempos, y que proyecta siempre su sombra misteriosa tendida como una red traidora y terrible á los pies de la humanidad.

"Esto, en cuanto al espíritu de la novela.

"Pero en cuanto á su forma ¡qué adorable y original sencillez! ¡qué americanismo tan seductor y poético! Diríase que era una respuesta triunfal á los hablistas de Europa y á los inventores de complicadas intrigas. Para la gran novela de sentimiento, no se necesita del estilo académico, afectadamente arcaico y fastidiosamente ampuloso; para interesar á los corazones sensibles no se necesita tampoco del laberinto de una fábula complicada, ni del espectáculo de los personajes del gran mundo. Sólo se necesita de la verdad, contemplada por un gran talento. Tal es la regla en materia de Arte. Ya lo habían probado ante el mundo Pablo y Virginia, y Atala, y un poco antes, Clara de Alba, Delfina y Werther.

"MARÍA es la prueba concluyente, y más concluyente todavía, teniendo de superior á las anteriores, que su resorte dramático es más amargo, más real y no es culpable bajo el punto de vista de las leyes del mundo.

"Yo creo que MARÍA es superior á la obra de Chateaubriand, porque aquí no desempeña el papel del Destino antiguo, un voto inverosímil en una joven salvaje, como en Atala, ni el imposible moral del amor adúltero, el valladar que divide la suerte de los dos amantes, tan desdichados como inocentes.

"La ciencia y el egoísmo imperioso del amor paternal, sí, han podido hacer de una enfermedad tremenda y hereditaria, la segur que corta el hilo de las esperanzas amorosas. El viejo judío temblando por la suerte de su hijo y de sus nietos, es la fría personificación de la Ménade antigua, instrumento del Destino.

"¿MARÍA es un idilio ó una elegía? Á tal pregunta no puede responderse con la clasificación literaria. Es todo, como Pablo y Virginia, y como Atala, y como la *Tumba de hierro* de Conciensce, ese otro poeta del infortunio amoroso.

"Como idilio, MARÍA es la poesía americana con sus cuadros pintorescos de riqueza exuberante, con sus inmensos rumores de bosques vírgenes, con sus ríos como mares, con su cielo diáfano y sus montañas gigantescas y azules, con sus hombres fieros y sencillos, y sus amores inocentes y apasionados, casi religiosos.

"No: no hay en MARÍA páginas que producen sacudimiento como en las escenas desnudas de Zola, ni el acre realismo de Daudet, ni la sombría desolación que produce Balzac. Todo esto es el fruto de la vida de Europa; es el detritus de aquella civilización y de aquel sensualismo que gangrena una organización gastada y vieja.

"En MARÍA hay dolor, pero hay pureza; hay virginidad, hay aroma de flores silvestres y suaves. Esta novela es como las azucenas del Cauca, que nacen blancas y humildes, á orillas de los mansos arroyos y perfuman el ambiente del valle solitario, sin pretensión ni influencia maléfica. Es una gacela que cruza tímida y bella por entre la sombra de los bosques frescos y silenciosos; es la tórtola que gime escondida en el nido de sus hijuelos desgarrado por el azor.

"Ya se comprende ahora el por qué la pequeña historia de amor, ha llenado de lágrimas hasta rebosar, la copa de los corazones sensibles, porque en México MA-

RÍA será la dulce y preferida lectura de los que saben amar."

Hemos reproducido el juicio del Sr. Altamirano, en su parte esencial, tanto porque su autoridad en materias literarias está reconocida donde quiera, como porque ninguno mejor que él, hijo de las comarcas ardentísimas del Sur, en las que se extasían propios y extraños ante la magnificencia de una naturaleza muy semejante si no igual á la descrita por Jorge Isaacs, ninguno mejor que él, decimos, podría haber denunciado la falta de verdad si la hubiese notado en las páginas del libro que estaba estudiando.

Justo Sierra, hijo también de la *tierra caliente*, y Guillermo Prieto que es el bardo mexicano por excelencia, han dedicado páginas bellísimas á loar la novela de Jorge Isaacs, y Gutiérrez Nájera, y otros muchos. Pero no citaremos sus palabras para que no se nos objete que la fascinación que ejerce en el espíritu de los poetas todo lo que es bello, es la que ha dictado esos elogios. De más de esto, sobre todos los elogios, y también sobre todas las críticas, está la universal aceptación que al mérito de la *María* han dado y continúan dando los amantes de lectura al agotar cuantas ediciones se hacen de la hermosa novela. Hasta ocioso parecerá á algunos que haya quien se empeñe en demostrar lo que todos reconocen.

Jorge Isaacs, como dijimos al comenzar, no solamente es novelista sino también poeta. Sin embargo, debe su fama á la novela de que acabamos de hablar, y creemos que con razón. De la propia manera que el Gene-

ral Mitre pasará á la posteridad como egregio historiador, como uno de los más ilustres historiadores hispano-americanos, porque á ello le dan indisputable derecho sus monumentales obras sobre *Belgrano* y *San Martín*, en tanto que de su obra poética se hará mención secundaria, así Jorge Isaacs vivirá eternamente circundando su nombre la refulgente aureola adquirida con el renombre de primer novelista colombiano, sin que amengüe en lo más mínimo su gloria la supremacía de otros poetas de su misma patria.

No pretendemos decir con esto que estén destituidas de buenas cualidades las composiciones poéticas del novelista del Cauca. Lejos de ello, cuando recordamos la acerba crítica del Dr. D. Nicolás de Avellaneda, de las poesías de Jorge Isaacs, nos apena que un ingenio tan preclaro como el del ilustre argentino, hubiese extremado la aplicación de su criterio estético al analizar los ensayos juveniles de un autor destinado á llevar con gloria el nombre hispano-americano de un confín á otro del mundo.

Si bien se examina, el juicio del Dr. Avellaneda, adolece de un error que va haciéndose cada día más común en achaques de crítica.

No hay, entre los que se dedican á ese dificilísimo magisterio, quien no pretenda sujetar á determinado cartabón las obras que caen bajo su dominio. De aquí que si el poeta no se propone ser adepto de una escuela filosófica, si procura únicamente realizar el arte por el arte, sin fines ulteriores, sin pretensión docente, sin tendencias trascendentales, sin buscar la solución de

problemas arduos, sin abarcar las miras de la familia humana, ú otras cosas no menos arduas, declárasele indigno de su siglo, indigno de la fama, indigno de todo, menos de que en él claven sus acerados dardos los críticos que encuentran una oportunidad para mostrarse eruditos y para proclamar una vez más su manera particular de entender el progreso y encaminar á todo el mundo por la única senda que conduce á la verdad. Con tal criterio y con las premisas que por modo arbitrario sientan esos críticos, natural es que rarísimo ó ningún poeta responda á las que se han dado en llamar necesidades del actual momento histórico.

¿Qué extraño pues, que á Jorge Isaacs no le llamen poeta los que desearían ver puestos al servicio de la sociología la imaginación y el sentimiento, como oímos á cada paso pretenderlo entre nosotros? ¿Acaso no hemos oido aducir para probar la mediocridad de un poeta, que éste no interpreta las doctrinas filosóficas y sociológicas de Herbert Spencer?

Dejemos las cosas como están, ya que no cabe en nuestras facultades imprimirles nuevo giro, ó por mejor decir, encauzarlas, y demos fin á este capítulo haciendo votos porque las letras hispano-americanas se enriquezcan con nuevas obras de tan exquisito mérito como la *María* de Jorge Isaacs.



JOSÉ ANTONIO DE LAVALLE.

CIERTA ocasión el malogrado escritor y diplomático mexicano D. Angel Núñez Ortega me escribió desde Bruselas recomendándome que, pues gustaba yo de las producciones literarias de los hijos de Sud-América, procurase cultivar la amistad de un distinguido escritor peruano, el Sr. D. José Antonio de Lavalle, con quien me había puesto en relación el mismo Sr. Núñez Ortega.

"Lavalle,—me decía,—no sólo es un verdadero literato, de sólida instrucción y depurado gusto, sino un

caballero de tan eximias cualidades, que encontrará vd. entre él y nuestro amigo y compatriota Pimentel grandes puntos de comparación, por más que en literatura cultiven ramos bien distintos."

Yo, que sabía cuán parco era Núñez Ortega en punto á elogios y recomendaciones, comprendí desde luego que muy merecidos los tenía el Sr. Lavalle cuando no se los escatimaba su exigente colega. El tiempo se encargó de confirmarme en tal idea: quedó establecida la correspondencia epistolar entre el literato peruano y el autor de este libro, y con esa correspondencia el cambio de nuestras obras. Estudié las suyas, y ví que la sobriedad de su estilo, el lenguaje castizo, la rectitud del criterio, la comprobación concienzuda de las afirmaciones y otras cualidades relevantes en un escritor, se encontraban reunidas en las producciones del Sr. Lavalle. Cultivé su amistad á través de la distancia y á pesar de lo irregular y lento de las comunicaciones entre México y Sud-América, y tuve, y tengo todavía la complacencia de admirar en sus cartas la cortesía pulquérrima, sin rebuscamientos, ingénita en los hombres de la talla del diplomático peruano; la modestia inseparable compañera del verdadero mérito, la sinceridad de la conciencia recta y honrada, y la benevolencia de los seres superiores en quienes la vanidad no tiene cabida.

Por eso hoy al compilar los estudios que para dar á conocer á los principales escritores y poetas de las Repúblicas hispano-americanas he llevado á cabo, no he querido que el nombre del Sr. D. José Antonio de La-

valle deje de ocupar el puesto que legítimamente le corresponde; valiéndome al efecto de las noticias que respecto á su vida y obras he encontrado en *La Tribuna* de Lima, de 11 de Marzo de 1884 y en el *Perú Ilustrado* de la misma ciudad, de reciente data, complementando esas noticias con las que por mí mismo he procurado adquirir, sobre todo en lo que se refiere á la enumeración de los principales escritos del Sr. Lavalle.

Abundante en datos por todo extremo fidedignos el presente trabajo tendrá, á falta de otro mérito, el de ser el más completo entre los que hasta hoy se han publicado sobre el mismo tema.

El Sr. D. José Antonio de Lavalle y Saavedra, nació en la ciudad de Lima el día 2 de Marzo de 1833, de padres que lo fueron el Sr. D. Juan Bautista de Lavalle, antiguo Brigadier de los ejércitos españoles, quinto hijo del Conde de Premio Real, y de Dª María Inés de Saavedra, hija segunda de los Condes de Casa Saavedra.

Con maestros escogidos entre los mejores de la época, hizo en su propio hogar su educación primaria, ingresando, una vez que la hubo terminado, al Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe, que dirigía á la sazón el Dr. D. Sebastián Lorente, y en el cual colegio cursó Filosofía, Matemáticas, Historia, Economía Política, Literatura, Historia Natural, Derecho Natural y Derecho de Gentes.

Contaba diez y ocho años, cuando, al salir del mencionado Colegio (1851), fué nombrado Adjunto á la Le-

gación del Perú en Washington, para donde partió en Agosto de aquel año. En el siguiente fué trasladado con el mismo empleo á la Legación en Roma, y de ésta, en 1853, á la de España.

Asuntos domésticos le hicieron regresar á su país, gobernado entonces por el general Echenique, quien le ofreció el cargo de Secretario de segunda clase de la Legación en Santiago de Chile.

Poco después contrajo matrimonio (1854), con la Srita. su prima Dª Mariana Pardo y Lavalle, hija del ilustre poeta é insigne estadista D. Felipe Pardo y Aliaga, y hermana del malogrado D. Manuel Pardo, Presidente después de la República peruana.

Dedicado al estudio y al arreglo de los intereses de su casa, vivió durante los años de 1854 á 1858. En ellos hizo sus primeros ensayos periodísticos, al lado de Pacheco, Camacho y Arnaldo Márquez, en el *Heraldo* de Lima, comenzando desde entonces á manifestarse sus tendencias profundamente conservadoras.

En 1858 fué elegido el Sr. Lavalle Regidor de la Municipalidad de Lima que le designó como uno de sus Síndicos. En el mismo año reunió en un volúmen los artículos que había publicado en el *Heraldo* en defensa del proyecto de Constitución de que era autor su suegro, y formó parte de la Comisión encargada de organizar el Archivo Nacional.

Con el título de *Don Pablo Olavide, apuntes sobre su vida y sus obras*, publicó el Sr. Lavalle en 1859 un libro, cuya segunda edición hecha en 1885, poseemos. Ese libro contiene el estudio más completo que se co-

noce sobre el ilustre autor del *Evangelio en triunfo*. Es una obra copiosamente documentada, y en la que, tal vez mejor que en cualquiera otra de las producciones del Sr. Lavalle, se descubren sus ideas religiosas y se conocen los que podríamos llamar sus procedimientos literarios, que no son otros que los que brevemente expusimos al principio de este capítulo.

Olavide, autor de una obra que, como *El Evangelio en triunfo*, obtuvo tan grande resonancia en el orbe cristiano, no había tenido hasta 1859 un biógrafo digno de sus merecimientos. La tarea por el Sr. Lavalle emprendida y llevada á feliz término, fué una obra de reparación justiciera, de reivindicación de una gloria peruana. Y cuenta con que el Sr. Lavalle, para dar cima á su noble y patriótica empresa, no apeló á los recursos de que las más de las veces se valen los que enamorados de su personaje se proponen deificarlo, y procuran cautivar el espíritu del lector con el brillante colorido de la narración y con las seductoras galas del lenguaje poético. Biógrafo severo el Sr. Lavalle, sobrio por extremo, en el trabajo que nos ocupa, logra sin embargo revestir del mayor interés su relato, y nos hace asistir á las escenas más palpitantes de aquella vida azarosa y nos hace estimar en todo su valor la clarísima inteligencia y la profunda sabiduría de D. Pablo Olavide.

Era yo muy joven, niño podría decir, cuando mi padre me recomendó la lectura del *Evangelio en triunfo*, sabiendo muy bien que no había de encontrar árida la lectura de aquellas páginas sin nebulosidades metafísicas, sin obscuridades teológicas, y en las que sencillas

pero magnificentes brillan las doctrinas del mártir del Gólgota. Pasaron los años; las ideas impuestas por la dulce y santa presión de los autores de mis días, fueron modificándose á influjo de nuevas lecturas y de propias observaciones, y sin embargo cuando el Sr. Lavalle me envió la biografía del autor de aquel libro leído por mí en días ya lejanos, despertaron los recuerdos de esos días, y holgueme de conocer en todos sus pormenores la existencia de un escritor tan preclaro y tan digno de respeto por la convicción sincera, por la fe ardentísima con que profesaba y defendía las doctrinas del Crucificado. Ciertamente que si volviera hoy á recorrer aquellas páginas, no comulgaría con las ideas del autor; más estoy seguro también de que continuaría reconociendo su talento y su saber, y continuaría respetándole, doliéndome de que su existencia hubiese sido acibarada por émulos que distaban mucho de merecer que con Olavide se les comparase.

El Sr. Lavalle posee el don de hacer amable lo que él ama. No puede hacerse mayor elogio de un biógrafo, ni hay nada tampoco que pueda colmar su ambición; toda vez que quien á tales labores se dedica siéntese alentado, fortalecido únicamente por el amor á las glorias ajenas, si éstas se reflejan sobre la patria ó sobre la humanidad. Pero entiéndase bien que hablamos de los escritores de conciencia, de los verdaderos biógrafos; no de los que por mezquina especulación ponen su pluma al servicio de quienes más tarde ó más temprano pagarán con usura las páginas en que se les ha ensalzado; sin dejar por eso de ver demasiado

pequeños á los que á ellos les proclaman muy grandes.

Algunos conceptos de Lavalle sobre la Compañía de Jesús, fueron atacados por el Dr. Ulloa. El biógrafo de Olavide replicó en *El Comercio* en una serie de artículos intitulada "Los Jesuitas," manifestándose adalid ardiente de la famosa institución. Pero como Lavalle no ha descendido nunca al fango de las diatrivas, como es caballeroso y leal y respeta las ajenas creencias para tener derecho á que las suyas sean respetadas, en ese mismo año en que contendió con el Dr. Ulloa, fundó en unión de éste y de Camacho, Palma, Pardo y otros escritores jóvenes á la sazón, *La Revista de Lima*, publicación literaria que llegó á constar de siete tomos, tan raros como solicitados hoy por los amantes de la literatura peruana. Multitud de estudios históricos, biográficos, críticos y literarios, sobresalientes por su mérito y originalidad, fueron el valioso contingente de Lavalle en la citada Revista.

Electo diputado por la capital, en 1860, al Congreso reformador que se reunió aquel año, desempeñó sus funciones, y en el siguiente formó parte de la Comisión Permanente que debía actuar hasta que en 1862 se reuniese la Legislatura. Un cuidado de familia obligóle á solicitar una licencia de seis meses, los que empleó en un detenido viaje á Chile. Allí fué objeto de muy merecidas distinciones: la "Sociedad de Amigos de la Ilustración" de Valparaiso y el "Círculo de los amantes de las letras" de Santiago, le inscribieron entre sus miembros.

Fruto del viaje de que acabamos de hablar es el de-

tenido estudio publicado por Lavalle en la *Revista de Lima*, con el título de *Chile en 1861*.

Reanudadas las tareas Legislativas en 1862 volvió él á ocupar su puesto, y, como la vez anterior, fué designado al clausurarse el Congreso, para miembro de la Comisión Permanente á pesar de la ruda oposición que le hizo el Ministerio.

En 1863 desempeñó en la ciudad de su nacimiento el cargo de Jurado de Imprenta.

Electo nuevamente diputado en 1864, si bien llenó los deberes de su encargo, rehusó, al clausurarse la Cámara, figurar en la Comisión Permanente como lo deseaba la oposición que estaba en mayoría.

Durante sus tareas parlamentarias apenas apuntadas en lo que precede, el Sr. Lavalle, al decir de uno de sus biógrafos, "acentuó sus principios ultra-conservadores en política, y católicos hasta el ultramontanismo en religión."

En 1865 la "Sociedad de Beneficencia" de Lima inscribióle entre sus miembros, le confió la inspección del Hospicio de la Maternidad, le eligió luego Vicepresidente, y por último le encargó de su Dirección.

Fué en ese mismo año cuando se proclamó Dictador del Perú el entonces Coronel D. Mariano Ignacio Prado, y como tal suceso trajo consigo la disolución de la Legislatura á que el Sr. Lavalle pertenecía, vióse desligado de la vida pública y resolvió trasladarse á Europa, como lo hizo, en Febrero de 1866.

Nueve años empleó el Sr. Lavalle en residir y viajar sucesivamente en Francia, España, Inglaterra, Bélgica,

Holanda, Suiza y Alemania. Hallábase en Londres en 1873 cuando recibió el nombramiento de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en las cortes de San Petersburgo y de Berlin, y partió á desempeñar su misión.

Electo Senador, cuando se encontraba en la primera de aquellas cortes, solicitó una licencia de su Gobierno y fué á tomar posesión de su cargo en Agosto de 1874. Breve fué su permanencia en la tierra natal, pues pasó á Chile; lo que dió lugar á que se creyese, que llevaba una misión secreta del Presidente Pardo, sospecha infundada si hemos de dar fe, como debemos darla, á la declaración del mismo diplomático.

Regresó á Rusia en el propio año de 1874, y en el siguiente sufrió la irreparable pérdida de su distinguida y noble esposa, cuya delicada naturaleza no pudo resistir los rigores del clima de San Petersburgo. Terminada su misión, trasladóse á Berlin en 1875 en donde permaneció hasta el año siguiente en que volvió á Lima para tomar parte en la Legislatura de aquel año. Por esos mismos días, el "Club Literario" y la "Sociedad de Bellas Artes" le llamaron á su seno.

Después de renunciar la misión diplomática, volvió á Europa en 1877, en busca de su familia, y al regresar ocupó su asiento de Senador en la Legislatura de 1878 á 1879, á cuya terminación fué nombrado el Sr. Lavalle Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Chile. Poco antes había sido electo vice-Director de la Sociedad de Beneficencia y héchose cargo, por segunda vez, de su Dirección.

Corta fué la residencia del diplomático peruano en Chile, pues declarada la guerra el 5 de Abril de aquel año, puso término á su misión. A su regreso á la patria fué designado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en el Brasil, para cuya corte salió en Junio, permaneciendo en ella hasta que los repetidos desastres de las armas peruanas en el Sur, le hicieron prever el desenlace fatal de aquella lucha. Deseoso entonces de encontrarse al lado de su familia que permanecía en la ciudad de los Reyes, presentó su renuncia el Sr. Lavalle y se dirigió á su patria por la vía de Europa, recorriendo nuevamente Portugal, España, Francia é Inglaterra.

Rudo golpe le esperaba al pisar la tierra nativa, pues al llegar sólo tuvo tiempo para recoger en los sangrientos campos de San Juan el mutilado cadáver de su hijo Fernando, su compañero en las Legaciones de Chile y el Brasil, y que era un "bizarro joven de 22 años que murió al pie de la batería que mandaba como capitán de artillería volante."

Y como si no bastara tan tremenda desgracia á saciar las iras del destino, como si la contemplación de las ruinas de la patria no colmara la medida del sufrimiento de un corazón bien formado, la autoridad chilena, la autoridad impuesta al Perú al ser vencido, redujo á prisión (Septiembre de 1882), al eminente ciudadano, después de haber pagado éste el cupo que le asignó, y no obstante haber ofrecido al Dr. García Calderón una suma no despreciable por el rescate de Lima. Fué más allá la tiranía del invasor: en Octubre

desterró á Lavalle á Chile y le confirió á Talca primero y después á Chillan. Empero aquella persecución lejos de hacerle desfallecer, retemplaba su espíritu y acrisolaba su patriotismo. Había apurado con la serenidad de que sólo son capaces los grandes ciudadanos, el supremo dolor de ver muerto á su hijo, y mal podía sentirse abatido al condenársele al ostracismo! Por amor á la patria habría subido impávido las gradas del cadalso, honrando la noble sangre de su progenitor castellano.

Tengo por la República chilena grandes simpatías, y únenme á algunos de sus hijos más ilustrados los lazos de sincera y franca amistad. Veo en Chile un pueblo culto y progresista como el que más en la América Latina; las obras de sus literatos más conspicuos me han enseñado las glorias políticas y literarias de ese pueblo enorgullecido con justicia de sus adelantos debidos á su propio esfuerzo, y no podrá tachárseme de apasionado en contra suya, si hoy, al reseñar la vida de un peruano eminente, me atrevo á manifestar que, á mi juicio, mal se compadecen la grandeza y la altitud de miras de esa nación, con la crueldad desplegada por ella á la hora de vencer á una República hermana, y de vencerla en pleno siglo diez y nueve. No fueron más allá las huestes prusianas al hollar el territorio francés para vengar una vez por todas añejos agravios, sin que existieran entre ambos pueblos los sagrados vínculos de raza que entre el Perú y Chile existían. ¡Plegue al cielo que el Continente descubierto por el inmortal genovés, no vuelva jamás á ensangrentarse ni á cubrirse

con los despojos de héroes cuyo ardimiento, cuya vida generosa, no deben sacrificarse sino cuando la raza ó la civilización peligren! Grandes destinos tienen que llenar en América los pueblos hispano-americanos, y es, por lo tanto, un crimen empobrecerse, aniquilarse en luchas fratricidas en vez de buscar en la comunión de sus ideales el acrecentamiento de su poder, de su grandeza, y de su respetabilidad.

Tras esta breve digresión que el lector perdonará en gracia del móvil que la inspiró, veamos cuál fué la conducta del Sr. Lavalle al volver del destierro en Marzo de 1883.

Puesto en libertad el mes anterior, encontróse al llegar á Lima con el nombramiento de Plenipotenciario para ajustar la paz con Chile, nombramiento expedido en Cajamarca por el General Iglesias, con fecha 5 del citado mes de Marzo.

Intimamente convencido el Sr. Lavalle de que la salvación de la patria dependía de la paz, y cierto de que el General Iglesias era el único que podía dársela al Perú, se dedicó á obtenerla con inquebrantable firmeza, coronando sus esfuerzos el éxito más completo; por donde se ve que el nombre del sesudo escritor y hábil diplomático está grabado en los fastos peruanos con caracteres indelebles.

De cuantas funciones difíciles pueden confiarse á un ciudadano por el gobierno de su país, ninguna más ocasionada á convertir al más probo y patriota servidor público en víctima de la maledicencia, que la de Plenipotenciario en las guerras internacionales. Por lo ge-

neral no llega á hacerse cumplida justicia al diplomático sino cuando ha desaparecido de la escena del mundo. No importa que sus actos hubiesen sido ajustados á las instrucciones recibidas, no importa que las circunstancias especiales del caso hubiesen exigido algunos sacrificios en obvio de mayores males: cada uno de sus compatriotas se convierte en censor implacable, todos creen que pudo haber encontrado solución más digna y más ventajosa; no hay quien no se atribuya las cualidades que cree hallar de menos en el asendereado diplomático. Y por dichoso se tendría éste si no fueran más allá sus émulos. Muchas veces su honra se mira vilipendiada, sin que á él le sea dado vindicarse, esclarecer los hechos, hacer conocer la verdad en toda su plenitud. Estas brevísimas consideraciones harán comprender al lector, cuánto patriotismo y cuánta abnegación serán necesarios para no rehusar el desempeño de una misión como la que al Sr. Lavalle confió el gobierno de su patria en la situacion más difícil y angustiosa por que ha pasado aquella República.

Desempeñó en Agosto de ese mismo año, interinamente, la Delegación del Supremo Gobierno durante la ausencia del Sr. Castro Zaldívar, y cuando en el propio mes el General Iglesias juzgó necesario organizar su Gabinete, ofreció al Sr. Lavalle la presidencia, y el encargo de formarlo. Imprescindibles deberes en su propio hogar le obligaron á rehusar tan honroso encargo; pero deseando dar al Presidente y al país un testimonio de su abnegación, aceptó la cartera de Relaciones Exteriores en el Ministerio Barinaga, permaneciendo

en ese puesto desde el 4 de Septiembre hasta el 20 de Noviembre de 1884 "con aplauso y respeto de todos los ciudadanos honrados, que tienen culto por el saber, la capacidad y una vida digna en todo sentido," como dice su biógrafo Zegers á quien seguimos.

Es digno de anotarse el hecho de que el Sr. Lavalle nunca ha descuidado el cultivo de las letras, ni enmedio de las ocupaciones de su agitada vida en el Parlamento y en la diplomacia. Bien lo demuestra la siguiente noticia de los principales escritos á él debidos:

I. *Comentarios* al proyecto de Constitución escrito por el Sr. D. Felipe Pardo y presentado á la Convención Nacional de 1855.—Lima 1859.

II. *Don Pablo de Olavide*, apuntes sobre su vida y sus obras.—1ª edición, 1859. 2ª, 1885.

III. *Los Jesuitas*, contestación al artículo titulado "Olavide y los Jesuitas"—publicado por el Dr. D. José Casimiro Ulloa.—1859.

IV. *Ensayos biográficos, históricos y críticos*: El General Varca.—El Dr. D. José Manuel Valdez, apuntes sobre su vida y sus obras.—Un penitenciado por el Santo Oficio.—La ejecución de Antequera.—D. Vicente Morales Suárez.—O'Higgins, (el Marqués de Orsorno).—Abascal (el Marqués de la Concordia).—El Capitán Doria.—Don Pedro Bravo de Lagunas y Castilla.—El primer Tupac Amaru.—El Príncipe de Esquilache.—La Perricholi.—Dª Ana de Osorio.—Un limeño aventurero.—El Padre Rodrigo de Valdez.—Dª Mariana Belzunce.—Juan de la Torre (uno de los trece de la isla del Gallo).—Don Hernando de Cárdenas.—Dª Inés

Bravo de Lagunas, (la primera doncella noble que vino á Lima).—De cómo el apóstol Santo Tomás estuvo en el Perú.—El Dr. D. Bartolomé Herrera.—D. Francisco Lazo.

Los estudios enumerados, fueron publicados en *El Comercio*, *La Revista de Lima*, *La Revista Peruana*, *El Ateneo de Lima*, *El Perú Ilustrado*, y diarios y periódicos.

V. *Exposición* presentada á S. M. el Emperador de todas las Rusias, árbitro entre el Perú y el Japón, en el caso de la barca "María Luz" como Plenipotenciario del Perú. 1875.

VI. *Negociaciones* entre el gobierno de los Estados Unidos y el de S. M. Británica, respecto al reconocimiento de la Independencia de los Estados Hispano-Americanos. 1874.

VII. *Páginas de un libro que no se publicará.* El Czar.—La Czarina.—El Príncipe Canciller.—Un ministro del Señor.—Mi cazador.—Una adepta de Pitágoras.—El Czarewitz y la Czarewina.—Un monarca americano.—Xenia Basilicione.—Otro Príncipe Canciller.—Lord Odo Russell, etc., etc.

VIII. *A través de Rusia*, traducción al polaco, Cracovia 1877.

IX. *La última crisis electoral en el Perú.* 1872.

X. *Chocheces*, (bajo el seudónimo de Perpetuo Antañón): El Oidor del Tabardillo.—Un Presidente poeta.—El hundimiento de Montesclaros.—La espada sin empuñadura.—Asunto concluído.—Nuestra Señora del Corongo.—Un Alcalde que sabía dónde le ajustaba el

zapato.—De menos hizo Dios á Cañete.—El vivo se cayó muerto y el muerto partió á correr.—La Vieja.—El Barbero.

XI. *Salto atrás*, novela anónima.

XII. *La hija del Contador*, novela descriptiva y de costumbres antiguas. Inédita.

XIII. *Mi misión á Chile en 1879.* Inédita.

El Sr. Lavalle, á más de los diplomas de las Sociedades literarias de su país y de Chile ya citadas, posee los de Correspondiente extranjero de las Reales Academias españolas de la Lengua y de la Historia, y las siguientes condecoraciones con que ha sido honrado durante su carrera diplomática:

Cruz de Caballero de San Gregorio Magno, concedida por Pio IX. Cruz de Caballero de la Orden de Cárlos III, por Dª Isabel II. Cruz de Comendador de la Orden de N. S. Jesucristo, por el Rey D. Luis de Portugal. Gran Cruz de primera clase de la Orden de San Estanislao, por el Czar Alejandro II. Gran Cruz de la Rosa del Brasil, por el Emperador D. Pedro II.

Tales son, brevemente reseñados, los títulos que como estadista, como literato y como diplomático, tiene el Sr. D. José Antonio de Lavalle y Saavedra á la estimación y al respeto de sus conciudadanos, y también al respeto y á la estimación de cuantos se precien de saber honrar todo lo que es noble, todo lo que es grande por la inteligencia, por el saber y por el patriotismo.



EDUARDO DE LA BARRA.

Los biógrafos que me han precedido en la tarea de dar á conocer al Sr. D. Eduardo de la Barra, y muy especialmente los Sres. D. Pedro Pablo Figueroa y D. Leonardo Eliz, no me han dejado campo en que espigar, pues los estudios á ellos debidos contienen copiosos datos y atinadas apreciaciones sobre la vida y obras del publicista y poeta chileno; datos y apreciaciones que no podría mejorar nunca, ni aun siquiera revestir de interés, y de novedad en la forma. Mas no puedo resignarme á no incluir en esta galería al Sr. de la Ba-

rra, que tan justos títulos tiene adquiridos á la estimación y al respeto de sus conciudadanos, y de cuantos admiran el talento y rinden homenaje al saber y á las grandes virtudes.

Honra y prez de las letras chilenas, campeón esforzado del credo liberal, D. Eduardo de la Barra es uno de aquellos hombres que ofrecen en cada página del libro de su vida una enseñanza para propios y extraños. Por la entereza de su carácter, por la rectitud de sus acciones, por lo elevado de sus miras, puede presentarle como ejemplo á la juventud, y como testimonio elocuente de que en el seno de ese partido calumniado hasta la execración por sus enemigos, fulguran con brillo espléndido admirables caracteres para los cuales la virtud no es un mito; que hacen el bien por el bien; y que arrostran hasta el sacrificio, tratándose de cumplir leal y honradamente los dictados de su conciencia. Caracteres así son los que se necesitan en pueblos como los de la América Latina para asegurar definitivamente el imperio de la democracia y de la libertad.

El Sr. de la Barra ha puesto al servicio de la doctrina liberal, su inteligencia, su saber, su bienestar mismo, y es acreedor al reconocimiento de los que con sinceridad profesan esa doctrina, donde quiera que se encuentren.

D. Eduardo León de la Barra, nació en la ciudad de Santiago el día 9 de Febrero de 1839.

Sus padres, miembros distinguidos de la sociedad chilena, murieron antes de que él cumpliese nueve años

de edad; circunstancia que no es ocioso consignar, toda vez que por ella se viene en conocimiento de que desde niño tuvo que emprender la lucha por la vida, sin el escudo protector de los autores de sus días; por manera que lo que ha sido y es, débelo á sus propias inclinaciones, á su talento y á su amor al estudio.

En acreditados colegios británicos cursó en Valparaiso las materias de enseñanza mercantil, trasladándose después al Instituto Nacional, donde estudió matemáticas hasta graduarse de ingeniero, y algunos ramos de leyes.

No hacía mucho tiempo que había salido del Instituto, cuando (1859) desempeñó accidentalmente varias cátedras del mismo plantel, como las de literatura, geometría y otras, así como el cargo de inspector de las de historia y matemáticas; grande honra, sin duda, para un joven de veinte años, como lo era á la sazón. Por esos mismos días cooperó á organizar el *Círculo de amigos de las letras*, asociación importante á la que debe no escasos servicios la literatura chilena. Y cuando el mencionado *Círculo* promovió un certamen en ese mismo año (1859), para celebrar el aniversario de la independencia de la patria, el joven La Barra obtuvo con una inspirada Oda, el segundo premio. El primero lo alcanzó el renombrado poeta peruano Felipe Pardo y Aliaga.

Pocos meses después, en otro certamen, en homenaje al abate Molina, fué La Barra quien mereció el lauro, en competencia con esclarecidos autores.

Tales fueron los primeros triunfos del poeta que nos

ocupa. Los años en su curso le han ofrecido nuevas oportunidades para alcanzar otras glorias no menos brillantes, como tendremos ocasión de referir en este capítulo.

Desde 1860 hasta 1887, es decir, durante más de un cuarto de siglo, La Barra figuró dignamente en el periodismo liberal chileno, colaborando sin cesar y con el mayor desinterés en las publicaciones políticas y literarias, suscribiendo generalmente sus artículos con diversos pseudónimos; no porque haya rehusado jamás afrontar las iras de sus adversarios político-religiosos, sino porque es muy común proceder así en su país, en las lides de la prensa. En una carta íntima se encargó él mismo de explicar su conducta á este respecto. "He escrito mucho,—dice en dicha carta,—movido las más veces por la musa de la indignación que inspiró á Juvenal, y casi siempre he empleado el primer pseudónimo que me venía á la pluma; menos cuando el escrito envolvía alguna responsabilidad. Lo he hecho así, porque siempre he creído que una voz anónima se escucha sin prevención y por lo que vale en sí misma. Si es razonable, se la sigue, aun cuando venga de muy abajo; si es injusta, el prestigio de un nombre no seduce."

En 1864 publicó un volumen de *Poesías líricas*, y la edición se agotó en breve tiempo. En ese mismo año fué nombrado Jefe de Sección en el Ministerio de Hacienda; puesto en el que permaneció hasta 1872 distinguiéndose por su contracción al cumplimiento del deber y por su honradez acrisolada. Sus funciones oficia-

les no fueron un obstáculo para que ejerciese el profesorado en la Academia Militar.

La serie de artículos que en 1871 publicó en el *Ferrocarril* con el título de *Saludables advertencias á los verdaderos católicos*, causó sensación profunda. Ni podía ser de otro modo, pues en la metrópoli chilena los jesuitas tienen *raíces seculares* como dice el Sr. Eliz. Según este mismo biógrafo hay en las "Saludables advertencias" un enorme caudal de erudición, de vis cómica, de lógica triunfal, y de ironía acerba y abrumadora, al perseguir y acosar á los jesuitas en todos los terrenos que ellos mismos elegían batiéndose en retirada, hasta obligarlos á enmudecer. "En las *Saludables Advertencias*, agrega, la frase es larga, lenta en su desenvolvimiento, reposada, tranquila, severa, y cuajada de citas latinas. El arzobispo Valdivieso, por el estilo y el saber teológico, no podía convencerse de que bajo el pseudónimo de *Gesuit* no se ocultara un teólogo consumado: ninguno encontraba en su diócesis á quién culpar, y al fin llamó á su despacho, para interrogarlos á tres ilustres sacerdotes, monseñor Eyzaguirre, el canónigo Taforó y otro, creyéndolos autores de aquellos escritos."

Cuando se debatió con tanta amplitud como apasionamiento en Chile, la cuestión sobre cementerios laicos, el Sr. de La Barra publicó un estudio sobre la materia, ostentando erudición pasmosa.

Francisco Bilbao se intitula una de las obras que han dado mayor celebridad al Sr. de la Barra. Esa obra, que consta de cuatro volúmenes, es la refutación de un

libro del publicista D. Zorobabel Rodríguez, paladín esforzado del partido conservador chileno. Bilbao fué el ilustre filósofo que inició la revolución moral en Chile con sus magníficos libros "La Sociabilidad Chilena," "Los Boletines del espíritu," "El Evangelio americano," "La Ley de la Historia" y otros trabajos encaminados á la emancipación intelectual de sus compatriotas. Bilbao fué un verdadero apóstol: en el periódico, en el libro, en la tribuna, en donde quiera proclamó con noble valentía sus creencias. Se comprende por lo mismo, que el nombre de Bilbao sea execrado por los conservadores, y se comprende también que el Sr. de la Barra hubiese consagrado la más extensa de sus producciones á defender la memoria del gran filósofo que arrostró la persecución y el odio del clero y de sus adeptos, por manumitir á los esclavos del tradicionalismo religioso.

A acrecentar la fama que había adquirido con los trabajos que hemos mencionado, vino en 1875 la publicación que hizo de un opúsculo político intitulado *El Radicalismo chileno*, de grande trascendencia y de verdadera utilidad para su país.

No menos importantes servicios prestó el Sr. de la Barra á Chile, como Secretario de la "Exposición Internacional" en el mismo año de 1875, en cuyo puesto, dice el Sr. Figueroa, evidenció su extraordinario vigor y su constancia para el trabajo intelectual, á la vez que su espíritu práctico y organizador. Tal afirmación se halla suficientemente comprobada con los nueve tomos del Boletín de aquel certámen; con el "Congreso

de Agricultura" debido á su iniciativa y que fué el primero que se celebró en Sud-América, y con el establecimiento de la "Sociedad Nacional de Agricultura" de la que fué Director.

Y como si tan múltiples labores no fueran bastantes para agotar la actividad de un hombre,—tareas que duraron tres años,—el Sr. de la Barra dióse tiempo para concurrir á los dos certámenes poéticos acordados por el Directorio de la Exposición, alcanzando en ambos los premios más codiciados.

Llamado en 1876 al Instituto para que desempeñara nuevamente las cátedras de Historia literaria y Retórica, le cupo la honra insigne de reemplazar á D. Diego Barros Arana y á D. Miguel Luis Amunátegui, glorias legítimas de las letras hispano-americanas. De allí pasó á Valparaiso como Director del renombrado Liceo de esa ciudad, que es, después del Instituto Nacional y de la Universidad, el primer plantel de educación que existe en la República. Con ciento catorce alumnos abrió el Sr. de la Barra el curso de historia de la literatura, contándose entre esos alumnos á muchos de los que hoy figuran con brillo en el periodismo chileno.

En 1882 fué nombrado Encargado de Negocios en la República Oriental del Uruguay, y una vez terminada su misión diplomática, de la manera más satisfactoria, regresó á Valparaiso y volvió á las tareas del magisterio en el Liceo; tareas que desempeña hasta el presente, alejado de la política y de la prensa.

Parecía que el Sr. de la Barra se había condenado á voluntario mutismo cuando, con gran contentamiento

de los que estiman en todo su valor las facultades poéticas que posee, viósele concurrir al certamen que D. Federico Varela abrió el 21 de Mayo de 1887 para celebrar el aniversario del combate naval de Iquique. En ese certamen,—como si el Sr. de la Barra estuviese predestinado á alcanzar siempre en tan gloriosas lides el laurel del triunfo,—obtuvo *cuatro premios:* dos por sus colecciones de *Poesías líricas*, del género subjetivo, uno por sus *Fábulas Originales*, y el último por su tratado de *Métrica Castellana.*

Que el jurado respectivo procedió con acierto, lo demuestra el hecho de haberse agotado las ediciones de las obras laureadas.

Un crítico español, el Sr. Barrantes, estudiando esas poesías dice entre otras cosas:

"Siguen las poesías líricas, en que hay mucho de todo, como el lector adivinará fácilmente recordando su extraordinario número, aunque esto no habla con el primer premio, D. Eduardo de la Barra, *cuyas imitaciones de Becquer pueden ponerse al lado del modelo, que es el mayor elogio que de ellas puede hacerse, dada la elección del tema.* Por cierto que el jurado tan inmerecidamente benévolo con los épicos, no entona al Sr. de la Barra el ditirambo que merecía, máxime habiendo ocurrido la singular coincidencia de proponer también esta vez la división del premio entre dos autores y resultar ambos una misma persona, que á mayor abundamiento iba asimismo á resultar autor premiado de otras dos obras más, y de carácter muy distinto, una de ellas en prosa. Tal debe ser la fecundidad del Sr. de la Ba-

rra, de que le aconsejamos no haga alardes excesivos. Únicamente así se comprende la resolución del jurado, si creyó peligrosa tanta fecundidad. Cáusanos aguda pena que el espacio de que ya disponemos nos impida copiar *todas las lindísimas baladas que en estas dos colecciones verdaderamente nos enamoran*, así para satisfacer nuestro deseo de alabanza y estímulo á los poetas americanos, como para completar en nuestros lectores el conocimiento de *uno de los más inspirados, correctos y sentimentales*, que esta colección encierra."

Difícilmente podría loarse de manera más cumplida á un autor, que lo que lo ha hecho el distinguido académico español. Y á fe que se necesita ser un verdadero poeta para elevarse á las regiones de la inspiración cuando no solamente se señala un tema, sino se prescribe que se siga á determinado autor ó modelo.

Imitar á Becquer! Esta sola condición habría retraído á cualquiera otro que no fuese el Sr. de la Barra. Imitar á un imitador que ha sido,—digámoslo sin ambajes,—causa inconsciente de la mayor inundación de copleros de que existe memoria, fué una heroicidad en el bardo chileno. Las *becquerianas*, como llaman hoy á las composiciones breves calcadas sobre las del poeta español, se han multiplicado de tan asombrosa manera, que comparten con los pianos y con los microbios la triste celebridad de toda plaga inevitable.

No gozó el laureado vate la satisfacción tranquila de su triunfo. Este irritó á los jóvenes que no se conforman con ser vencidos, y fué objeto de acerbas diatribas. Entonces él los castigó con la publicación de la siguiente fábula que intituló: *El arco de Ulises:*

"Vagaba Ulises por los anchos mares,
de Itaca lejos; su palacio en ruinas
en poder de los príncipes yacía
que asedian á Penélope.

"Ruedan sus copas en la alegre fiesta,
corren sus vinos, sus aromas arden;
sólo la reina, de constancia ejemplo,
con alma grande espera.

"Pálido llega hasta el festín perenne
un anciano mendigo; ellos le arrojan
la ración de los perros, y él les canta
una canción homérica.

"Penélope lo escucha estremecida,
y el grande arco de Ulises á los mozos
radiante aporta, y ruégales que muestren
su juvenil pujanza.

"Que del nervudo brazo hagan alarde
doblando el arco del ausente griego,
y al que entesarlo varonil consiga
mano y trono promete.

"Uno en pos de otro, pero en vano, ensayan,
que el arco de Odisco fuerte roble
resistente á las brisas, invencible
cruje, más no se dobla.

"Lo ensayan y lo dejan: cabizbajos
algunos se retiran, otros ríen;
y con desdén fingido el más osado
arco y flechas da al suelo.

"El manto suelta al punto, y vigoroso,
atlético el anciano el arco toma,
y el arco gime al conocer su mano,
y dócil se le allana.

"Atónitos lo ven los pretendientes
erguirse como un dios, y huyen medrosos
de sus flechas vibrantes perseguidos,
y al héroe reconocen.

"Penélope á sus brazos vencedores
vuela, y Ulises á la digna esposa
besa, y la dice: "Que mi beso borre
la dolorosa ausencia."

"Y ella responde: "¡Que á tu lado corran
leves los años! ¡Como sol radiante
tus flechas dispersaron á los mozos,
tus ojos, mis pesares."

....

"Musa del alma, tras de larga ausencia
vuelvo á tus brazos á reinar contigo.........
¿Quién me lo impide? ¡y en mis propios lares!
¡Pásame el arco al punto!

En elogio de las poesías del Sr. de la Barra se ha escrito mucho, y atestariamos de citas el presente capítulo si pretendiéramos reproducir, siquiera fuese en parte, los juicios de literatos de reconocida competencia. Bástenos, por lo tanto, copiar la felicitación que le dirigió el primer poeta chileno, D. Guillermo Matta, de quien tratamos ya:

"Inútil será repetir en elogio de su precioso volumen de poesías, que ostenta las cualidades de su autor: belleza en la forma, y viril gracia en el fondo. Más de una de esas poesías podría compararse á una copa cincelada por un artista genial y diestro en sorprender con

obras maestras. Reciba, pues, mis calurosas felicitaciones de amigo y de admirador."

Como fabulista, es digno de todo encomio, y duéleme no tener á la vista en estos momentos la colección por él publicada y con la que alcanzó, como dicho queda, uno de los premios del Certamen Valera en 1887. He leído con delectación esas *Fábulas*, y me holgaría de poder engalanar estas páginas con algunas de las más notables y de las que más profundo pensamiento encierran.

No he tenido ocasión de conocer los *Elementos de Métrica Castellana* del Sr. de la Barra, publicados en 1887, que merecieron un premio. De esa obra dice el Sr. Eliz: "Contiene su sistema gráfico del ritmo que es muy ingenioso, y un adelanto no sólo para la métrica nuestra, sino también para todas las métricas neo-latinas."

Como complemento del libro de que acabo de hablar, publicó el Sr. de la Barra, en Agosto de 1889, un extenso trabajo intitulado *Estudios sobre versificación castellana*. Están divididos en seis capítulos, y un apéndice en que se da la explicación del *Tablero Rítmico*, nuevo aparato escolar inventado por el poeta chileno para enseñar, de una manera objetiva, la estructura de los versos castellanos y las leyes del ritmo, conforme á un sistema gráfico.

Dedicados á la Real Academia Española de la Lengua, esos Estudios, por su autor que es miembro correspondiente de la misma docta Corporación, debe haber pasado seguramente al examen de personas sabias,

y absténgome de anticipar mis apreciaciones. Empero, diré, para que el lector se forme idea de la importancia de los *Estudios*, que en éstos, con claridad propia de las obras didácticas, el Sr. de la Barra expone teorías propias sobre la sílaba como base del metro, sobre la cláusula rítmica y sobre los ritmos. En seguida trata de las propiedades de la pausa y de su división según Bello, señalándoles una nueva propiedad; de la cesura cuando separa dos hemistiquios, cuando ocurre en diversos lugares del endecasílabo, y cuando divide el sáfico y el alejandrino.

El capítulo segundo está dedicado á los versos compuestos; en el tercero analiza una opinión del insigne venezolano D. Andrés Bello, para demostrar el error en que incurrió al examinar unos versos antiguos, y su vuelta á la teoría de las compensaciones, presentando una verdadera y fácil explicación de esos versos, que sirve de ejercicio y comprobación de la teoría de los *versos compuestos*.

Ocúpase más adelante de los acentos secundarios de la versificación, exponiendo la influencia del ritmo en los acentos secundarios de ciertas palabras polisilábicas, impugnando la opinión de Matus, haciendo ver que los finales esdrújulos si los hay ganan una sílaba como los agudos; rebatiendo la opinión de Matus y Gerovich y marcando la acentuación de los enclíticos.

No menos dignos de anotarse son los otros asuntos estudiados por el Sr. de la Barra, con relación á los monosílabos, á que la pausa métrica no siempre favorece el hiato ni impide la sinalefa, y la refutación que

hace de las ideas de Arnaldo Márquez sobre la manera de leer los versos.

Muy interesante es también el sexto capítulo, destinado á estudiar el arte métrica en las lenguas romances.

Como la juventud estudiosa puede sacar gran provecho del conocimiento de los *Estudios* del Sr. de la Barra, no me ha parecido ocioso dar de ellos sumaria idea en las líneas que preceden.

Las materias más arduas y disímbolas son tratadas por el publicista chileno con igual maestría, con el mismo acopio de erudición. Díganlo si no los artículos que en 1887 publicó en el *Mercurio* sobre bacteriología y el cólera morbus, despertando la atención pública. He aquí lo que á este respecto refiere uno de sus biógrafos: "Aparecieron bajo el pseudónimo de *Dr. Nobody* y vieron la luz en los momentos de más ansiedad y espectación, cuando el cólera nos invadió por primera vez sorprendiéndonos desprevenidos. Estaban hechos con tal maestría y tino, y con tan notorio caudal de ciencia moderna, que los médicos mismos creyeron que eran debidos á algún notable colega. ¡Tal confianza inspiraron aquellos artículos, que hubo personas que buscaban como á un salvador al *Dr. Nobody!* Las doctrinas que expuso el Sr. de la Barra, sobre el tratamiento del cólera morbo fueron las más modernas y salvadoras, mientras que la generalidad de los doctores titulados daba á conocer, con enmarañado tecnicismo, sólo conocimientos rutinarios, y, por tanto, ineficaces. El respetable médico francés, Dr. E. Bobilier, al saber que el

Sr. de la Barra era el verdadero autor de esos artículos, le dirigió una conceptuosa carta que corrobora lo que decimos, y en la cual se dice, entre otras cosas: "De todo lo escrito en estos días sobre este palpitante tema, lo mejor es lo del *Dr. Nobody*, que acabo de leer. En este trabajo todo es admirable; el orden, la claridad, la concisión y sobriedad del lenguaje, la exactitud científica; y luce sobre todo el conjunto un criterio tan perfecto y sagaz, que al leer estas páginas estaba convencido de habérmelas con algún catedrático notabilísimo. Tiene vd., señor, como vulgarizador de la ciencia, el talento de Flammarión. Oígalo vd. de boca de una persona que á nadie sabe lisongear."

Entre las cualidades que como escritor posee, hay una que adorna á muy pocos: la de imprimir á cada una de sus producciones un estilo diverso, de donde resulta que á nadie como á él le es fácil desviar las miradas del público que se dirigen siempre, y más aún las de los críticos, hacia la personalidad del autor. Hay tal flexibilidad en su estilo que lo varía según los asuntos que trata, ó según su voluntad. Numerosos son los trabajos con que el Sr. de la Barra ha contribuído al crédito de la prensa de su patria, lo mismo en literatura que en ciencias, y en política, pues su fecundidad es asombrosa, y revela en cada uno de ellos talento superior é instrucción variada y profunda.

Hay, además, en el publicista y poeta chileno, tal suma de honrosísimas cualidades, que su personalidad se hace por extremo simpática para cuantos le conocen. En los puestos públicos se ha mostrado servidor

integérrimo; en la prensa hombre de fe y de principios inquebrantables, intransigente con el error y apóstol de las ideas democráticas en toda su pureza.

Es uno de aquellos repúblicos de que tanta necesidad tienen los pueblos latino-americanos, para demostrar al mundo que son dignos de la libertad que conquistaron con heroico brío.

Por su honradez, por su talento, por su ciencia, por sus servicios á la juventud en las arduas tareas del magisterio, el Sr. de la Barra, es un título de gloria y de legítimo orgullo para su patria.



ADOLFO P. CARRANZA.

Bien merece el ilustrado Director de la "Revista Nacional" de Buenos Aires, el patriota iniciador de toda idea encaminada á perpetuar la memoria de los próceres argentinos para enseñanza y ejemplo de las nuevas generaciones, el coleccionador constante de obras hispano-americanas; bien merece, decimos, D. Adolfo P. Carranza, que coloquemos su nombre en este libro destinado á honrar á los que más se han distinguido en las nobles lides de la inteligencia en los pueblos americanos de habla española. Joven es, y su

obra, por lo mismo, no tiene la magnitud de la de aquellos que le precedieron en su venida al mundo, como le preceden en las páginas de este volumen; pero aun así complácenos reconocer en él á uno de los publicistas más acreedores á la estimación de la familia literaria latino americana; y con tanta mayor razón le incluimos en esta galería, cuanto que él es uno de los apóstoles de la idea generatriz de estos estudios. El Sr. Carranza es un americanista en la acepción genuina de la palabra. No hay una sola línea en cuantas producciones ha dado á la publicidad, propias y ajenas, que no verse sobre asuntos americanos, objeto de sus constantes estudios y de su tenaz investigación. A orgullo tiene poseer la biblioteca más copiosa que en su patria existe de sus autores predilectos los hijos del Nuevo Mundo. Rebuscador de manuscritos de las épocas medieval y de la epopeya emancipadora, ha librado del olvido, como se verá más adelante, documentos históricos, memorias militares, auto-biografías y autógrafos de inestimable precio para las rectificaciones y comprobaciones, que forman en nuestros días uno de los elementos principales de la labor ímproba del historiador concienzudo.

Corta es la biografía del Sr. Carranza.

Nació en la ciudad de Buenos Aires el día 7 de Agosto de 1857, y en la misma capital hizo sus estudios preparatorios y de jurisprudencia.

Nombrado en 1875 Oficial de la Cámara de Diputados, desempeñó ese puesto durante tres años.

De 1881 á 1883 fungió como Secretario de la Lega-

ción Argentina y Encargado de Negocios en el Paraguay. Terminada su misión diplomática entró, en 1884, á dirigir una Sección del Ministerio del Interior, de su patria.

Durante su permanencia en el Paraguay, fundó allí *El Ateneo*, publicación que existe aún, y la *Revista Paraguaya* que desapareció al salir él de aquel país.

Ha pertenecido y pertenece el Sr. Carranza á varias Sociedades científicas y literarias; siendo en la actualidad miembro de la Comisión Directiva del Instituto Geográfico Argentino.

Colaborador de diversos diarios y publicaciones del Plata, débensele importantes iniciativas en política y en la celebración de solemnidades en honra de los grandes patricios.

El Sr. Carranza es entre los jóvenes argentinos tal vez el único que ha recorrido las catorce provincias que forman la República, y que ha viajado por Bolivia, Perú, Chile, Paraguay y la República Oriental.

Posee una colección copiosa de obras americanas, de autógrafos y de retratos de personajes notables del Nuevo Mundo; colección que no podrá igualar seguramente ninguno de los jóvenes de su generación.

Cinco años hace que con el título de *Revista Nacional*, fundó el Sr. Carranza en la metrópoli argentina una publicación de Historia Americana, Literatura y Jurisprudencia, la cual publicación forma ya once tomos, en los que se registran biografías de argentinos eminentes, memorias de guerreros de la Independencia, artículos literarios, bibliográficos, poesías, estudios históricos y

documentos importantes que habían permanecido inéditos. Cada entrega de la *Revista* aparece acompañada del retrato litográfico del personaje cuya biografía se inserta.

La sola enumeración de los colaboradores que ha tenido la *Revista* que con tanto tino dirige el Sr. Carranza, da la medida de la importancia de la publicación, pues en ella se verán nombres de escritores de merecida fama en nuestro Continente, y aun fuera de él muchos de ellos. Antes de hacer esa enumeración conviene advertir que las personas que vamos á nombrar han colaborado efectivamente, y no como se entiende este género de cooperación en México. Aquí nadie se niega—antes huélgase de ello,—á que le incluyan en las listas de redacción y colaboración de los diarios y revistas; pero cuando llega la oportunidad de cumplir la palabra empeñada nunca falta un pretexto honroso para eludir el voluntario compromiso.

Han publicado, pues, trabajos de diversos géneros en la *Revista Nacional* de Buenos Aires, los generales Clemente Zárraga, Bartolomé Mitre, Domingo F. Sarmiento y Lucio V. Mansilla, los doctores Vicente Fidel López, Bernardo de Irigoyen, Andrés Lamas, Manuel Ricardo Trelles, Federico Tobal, Adolfo Lamarque, Mariano Felipe Paz Soldán, Cárlos Molina Arrotea, Manuel A. Saez, Adolfo Saldias, Manuel F. Mantilla, Angel Justiniano Carranza, Calixto Oyuela, Pedro Bourel, Jacob Larrain, Ernesto Quesada, Juan Coustau, Ramón J. Cárcano, José Marcelino Lagos, Adolfo Decoud, José S. de Bustamante, A. G. Carranza Mármol y los Sres. Guillermo Matta, Cárlos Guido y Spano, Antonio Zinny,

Eduardo Acevedo Diaz, Martín García Mérou, Rodolfo G. Godoy, Agustín de Vedia, Alejandro Calvo, Manuel Solá, Antonio Argerich, Alejandro Sorondo, Joaquín Castellanos, Julio Llanos, Alberto del Solar, Leopoldo Diaz, Mariano de Vedia, Juan G. Matta, Antonio Santibáñez Rojas, Juan María Gutiérrez, Comodoro Antonio Somellera, Juan A. Piaggio, José A. Pillado, Benigno J. Martínez, Francisco Sosa, Pedro P. Figueroa, Luis Berisso, Luis Daraspky, Luis Capella Toledo, José M. de Rojas, J. Gutiérrez Coll, Emilio B. Godoy, Héctor Álvarez, Matías Errázuriz, Diego Fernández Espiro, J. J. García Velloso, etc., etc.

Se han publicado biografías de los generales Olazabal, Rodríguez, Mansilla, Guido, Belgrano, Espejo, Galván, G. Paz, Amigorena, Miró; de los coroneles Zelaya, Ramos, Diaz, Rojas, Zequeira, Melian, Arriola, Corvalan, Quesada, Elía, Segurola, Danel, Sales Guillermo, Salas; de los comandantes Bianqui, Hernández, Reaño, Pereira Lucena; de los doctores Darregueira, Pazos Kanki, Anchorena, Castro, y de fray Cayetano Rodríguez y Castro Barros.

Entre las memorias históricas que han visto la luz, se hallan las importantes de Álvarez, Villanueva, Elía y Arrieta.—Correspondencias de M. Moreno, Castro, O'Brien, Rivadavia, Darregueira y Rodríguez, así como documentos históricos de Echeandia, Granze, Brayer, Pacheco, Yates y Zavala.

Pronto aparecerán los *Recuerdos de un patriota* del Sr. Benjamín Villafañe, los Procesos de la independencia y otros materiales valiosos para la historia.

El Director, nuestro biografiado, si bien ha llevado por norma el preferir los trabajos ajenos, para dar mayor variedad é interés á la *Revista*, no por eso ha dejado de insertar los suyos propios que revelan las excelentes cualidades que el Sr. Carranza posee para los estudios serios, frutos de investigación paciente y de un criterio sano como el que más pueda serlo.

Para que se vea la justa estimación de que goza en la Argentina la publicación de que venimos tratando, reproducimos en seguida lo que otra no menos acreditada dijo en su número de 5 de Mayo del corriente año:

"El 1º del corriente,—dice *El Sud Americano*, magnífica publicación ilustrada que se halla al nivel de las más renombradas de Europa,—entró en su quinto año de existencia la *Revista Nacional*.

"Bastaría decir, ya que es de hábito consignar los méritos que justifican un puesto en nuestra galería, estas brevísimas palabras, cuya elocuencia resalta á primera vista: fundó hace cuatro años y ha sostenido dignamente durante ellos, y sostiene aún del mismo modo en Buenos Aires, una importante revista mensual de historia americana, literatura y jurisprudencia.

"Si se tiene en cuenta las dificultades mil con que ha debido luchar el Sr. Carranza para imponer su revista en una sociedad que huye, al parecer, de publicaciones de este género, inclinándose, por su carácter impresionable, á leer de prisa en la hoja de todos los días, se comprenderá fácilmente, que su dirección ha sido una verdadera fuerza moral, y su obra una verdadera obra de patriotismo.

"Cuando la *Revista Nacional* cumplió su tercer año de vida, el Sr. Carranza reunió en torno de la mesa de un banquete á todos sus colaboradores: vióse, entre ellos á personalidades intelectuales de la talla del General Mitre, de Cárlos Guido y Spano, de Bernardo de Irigoyen, de Andrés de Lamas, de Guillermo Matta y algunos otros, confraternizando éstos en aquel brillante torneo de la inteligencia, con escritores y poetas jóvenes del valer de Joaquín Castellanos, Manuel F. Mantilla, Martín García Merou, Eduardo Acevedo Diaz, Ernesto Quesada, Juan Coustau, Leopoldo Diaz, Adolfo Decoud y muchísimos más.

"Quien así tenía el raro privilegio de reunir en torno suyo, para formar una brillante constelación de talentos, á hombres intelectuales de tan diversas edades y de tan diversas tendencias, debía poseer, y posee sin duda, el admirable secreto de atraer é interesar, secreto que es todo un inapreciable capital en la vida.

"Lleno de ideales generosos, Carranza los persigue á todos con una decisión y una franqueza que seducen, siendo incansable en la labor que emprende con fines altos y nobles estímulos. No hay patriótica idea que no le cuente entre sus primeros y más entusiastas sostenedores, y varias veces se le ha visto, apasionado como es de las grandes figuras de la nación, iniciar y presidir con arrogancia homenajes populares de gratitud á próceres ilustres de la independencia argentina.

"Los intereses intelectuales de la América le deben también eminentes servicios, porque Carranza es de los que más han contribuido en los últimos tiempos á vin-

cular personalidades y espíritus de las diversas naciones del Continente, trabajando por unir, en primer término, á los fieles de su gran culto: la historia americana.

"Conocedor de todo el territorio de la República, su patriotismo se satisface singularmente cuando recorre con el recuerdo personal y el libro histórico los sitios venerados de las grandes acciones nacionales, sitios en que tantas veces ha meditado, reconstruyendo el pasado y construyendo el porvenir en las nobles exaltaciones de su espíritu.

"Encargado de Negocios de esta República en la del Paraguay, dejó allí amistades sinceras y afectos seguros; pero dejó algo más: el "Ateneo Paraguayo" asociación de carácter científico literario, que aun subsiste en la Asunción, fué fundado por el joven director de la *Revista Nacional*, y quien emprendió asimismo, en aquella capital, la publicación de la *Revista Paraguaya*.

"Sin intención determinada, hemos marcado algunos rasgos de la fisonomía moral de Adolfo P. Carranza, cuya personalidad tiene por pedestal de su juventud laboriosa y fecunda, las cuarenta y nueve entregas, —once tomos—de su interesante y autorizada *Revista Nacional*.

"Este es un homenaje que rendimos á sus esfuerzos patrióticos y á su consagración decidida por la causa de las letras nacionales, en el cuarto aniversario de su publicación, que hace honor á la cultura intelectual de la República."

Al reproducir las anteriores apreciaciones justicieras

del *Sud Americano*, cumple al autor de este libro confirmarlas, poniendo de resalto otras circunstancias que enaltecen al Sr. Carranza, aprovechando, al propio tiempo, la oportunidad que se le presenta para manifestar su gratitud á los que, como el Director de la *Revista Nacional* de Buenos Aires, le han favorecido con varias de las producciones sud-americanas de que se hace mención en los estudios literarios que forman este libro.

El Sr. Carranza no se confunde con aquellos que utilizan sus relaciones en el exterior en provecho propio nada más, con vituperable egoísmo. Por el contrario, antepone siempre la gloria ajena, si ella honra á su patria, y con modestia no común declina todos los elogios que se le dirigen, recomendando el estudio de las obras de sus compatriotas prominentes, y no sólo recomendándolas sino obsequiando con ellas á los que, como nosotros, se dedican á crear estrechos vínculos entre los escritores latino-americanos. Ya antes hemos dicho que en las páginas de la acreditada *Revista* de que es Director, subalterna sus escritos á los de otros autores.

Cuando el Sr. Carranza tuvo conocimiento de nuestra resolución de incluirle en esta galería, puso verdadero empeño en hacernos prescindir de tal propósito, repitiendo lo que tantas veces nos ha indicado en sus correspondencias: que su labor, cualquiera que sea el alcance que se le atribuya, no tiene más mérito que el de ser perseverante y patriótica.

De la amplitud de sus miras, nos ofrece elocuente

testimonio la edición á él debida de la *Historia del Perú Independiente* por el meritísimo D. Mariano Paz Soldán, como lo declara el hijo de tan eminente ciudadano en la "Advertencia" que, fechada en Lima el 17 de Agosto de 1887, figura al frente de la citada Historia. Rinde culto el Sr. Carranza, como dicho queda, á la historia americana, y no vacila cuando se trata de salvar del olvido un documento que pueda contribuir al esclarecimiento de la verdad, cualquiera que sea la nacionalidad del autor, y más aún, sin que le retraiga la cuestión de forma. Así por ejemplo, la obra del Sr. Paz Soldán, es mediocre por su estilo y por su criterio, como muy justamente lo hace constar el historiador chileno D. Gonzalo Bulnes, pero es curiosa por su documentación, y atento el Sr. Carranza á esta cualidad editó en Buenos Aires el libro peruano.

Cuanto á sus propios trabajos, el escritor argentino puede ser comparado con nuestro malogrado compatriota el Sr. Núñez Ortega. Esclarecer un punto histórico, por tal modo que nadie abrigue la menor duda de que los hechos pasaron tal cual los refiere, es para el Sr. Carranza el fin principal. Para ello no hay disquisición que le parezca superflua, y una vez que lo ha conseguido, cita las fuentes de que se ha servido para revestir de autoridad sus afirmaciones.

Los que no se sienten halagados sino por un estilo deslumbrador, aunque ese sea el ropaje con que muchas veces se encubre la falta de profundidad, no llegarán á ser devotos del escritor argentino; á pesar de que reconocerán que es, y con mucho, más castizo que

lo que lo son comunmente los autores que tienen predilección por desenterrar antiguallas, y que llegan á habituarse á la llaneza y hasta á la incorrección de memorias íntimas y de documentos oficiales escritos sin pretensiones literarias, y sin sospechar que llegaría una vez en que fuesen compulsados tales documentos por los literatos y censurados por los críticos. No pretendemos decir con esto que, cuando el caso lo requiere, no sepa el Sr. Carranza elevarse á las regiones de la inspiración, no;—¿cuándo las frases del verdadero patriota no son inspiradas y elocuentes?—lo que queremos significar es que su estilo es sobrio, cual corresponde al que cultiva el género literario á que él se ha consagrado única y exclusivamente. Y llaman tanto más la atención las tendencias y los procedimientos literarios del escritor argentino, cuanto que, joven como es y conocedor de las aficiones predominantes en nuestra época, muy fácilmente pudo ofuscarse con el aplauso que la mayoría concede á las obras en que predominan las galas de la imaginación y el colorido brillante, por mucho que á la postre se descubran las simples naderías que con esas galas y con ese colorido conquistaron efímero éxito.

Hoy por hoy el Sr. Carranza, por timidez, por exceso de modestia, en vez de dedicarse á la composición de una obra histórica en la que campee su recto criterio y en la que desenvuelva sus ideales, da preferencia á la compilación de documentos; como aquellos pintores que antes de revestir de forma sus propias inspiraciones se deleitan en las ajenas para adiestrarse con la

diaria contemplación de lo que creen suprema expresión del arte.

Más tarde, ciertos estamos de ello, el biógrafo á quien toque utilizar los brevísimos apuntamientos que preceden, tendrá ocasión de citar nuevas y más trascendentales producciones de D. Adolfo P. Carranza, pues posee este escritor cualidades que auguran días de gloria para las letras argentinas, y fama duradera para quien con tan seguro paso ha hollado la senda que conduce á la mejor de las victorias: á la victoria sobre la muerte y sobre el olvido.

AL LECTOR.

Podría, acaso, la crítica, señalar entre otros defectos de los que notará en este libro, el de ser deficiente para dar idea exacta del estado actual de las letras en Sud América, toda vez que hay muchos autores que no figuran en la galería que acabamos de presentar, cuando son dignos por mil títulos de ser estudiados y dados á conocer en México. Séanos permitido prevenir tal censura, recordando que en la Introducción dejamos advertido que este volumen no es sino el primero de los que sobre tan vasto asunto nos proponemos escribir y publicar.

Corta como es la cifra de los capítulos aquí reunidos, representa, sin embargo, una labor que sólo podrán apreciar los que saben cuán difícil es adquirir en México obras sud-americanas. Si, como frecuentemente acontece, el autor se hubiese contentado con aprovechar las noticias biográficas ya publicadas y los juicios que corren impresos, sin procurar conocer por sí mismo las producciones de los escritores y poetas sud–

americanos, sin gran tropiezo habría podido formar una colección variada y extensa; pero no era esa su mente, ni podía serlo conociendo como conoce que en México no privan los trabajos de mera compilación, por grande que sea la laboriosidad que en ellos se manifieste.

¿Por qué nos apresuramos á hacer esta publicación, en vez de dedicarnos á dar mayor ensanche á nuestros estudios sobre la literatura sud-americana? Porque abrigamos el convencimiento de que conocida esta parte de la obra, encontraremos menos asperezas en el camino que aún tenemos que recorrer.

El interés cada día mayor con que en España misma, se ven los estudios relativos á la literatura del nuevo continente, presagia una nueva éra. Dos académicos á quienes hemos citado en las páginas que preceden, los Sres. Valera y Barrantes, el primero en sus amenas y deleitosas *Cartas Americanas* y el segundo en sus artículos bibliográficos publicados en la *España Moderna*, siguen paso á paso el desenvolvimiento intelectual de las repúblicas latino americanas, al propio tiempo que el erudito Menéndez Pelayo acoge con vivo interés cuantos libros y noticias le proporcionan sus admiradores y sus amigos de este lado del Atlántico; libros y noticias que al eminente crítico le sirven no pocas veces para rectificar los juicios que le sugirieran en otros días los datos por extremo incompletos que entonces poseía.

El Sr. Menéndez Pelayo,—ocasión es de decirlo,—ha sido, antes que sus colegas Valera y Barrantes, el escritor europeo que con más solícito empeño ha procurado conocer y estudiar la literatura hispano-ameri-

cana. En sus obras, que tan extensa circulación alcanzan, ha hecho mención, repetidas veces, de no pocos poetas y escritores del Nuevo Mundo. Si en las noticias por él recogidas se notan algunos vacíos, la culpa es nuestra más bien que suya, pues hasta hace muy poco tiempo los autores hispano-americanos no se cuidaban de dar á conocer en el extranjero sus producciones.

No estamos hoy, por dicha, en aquellos tiempos de total aislamiento, ni privan al presente los errores que por tantos años fueron aceptados como dogma en el antiguo mundo con respecto á la cultura de las emancipadas colonias de España en América.

Si esta corriente de simpatía y de fraternidad no se detiene; si procuran los escritores que sus esfuerzos sean conocidos donde quiera, no solamente los críticos adquirirán sus obras, sino también los meros aficionados á la lectura, ensanchándose así el limitado escenario de los ingenios hispano-americanos, y abriéndose mercados á la producción intelectual, estímulos, ambos, poderosísimos para la juventud que está llamada á recoger los frutos de la semilla que la actual generación ha sembrado.

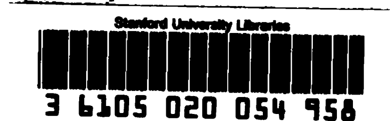
Hasta hace muy poco tiempo era tal el retraimiento en que vivía cada una de las repúblicas hispano-americanas, que los libros que en ellas se publicaban no salvaban sus fronteras sino cuando el autor imprimía en Europa sus producciones, lo que sucedía muy rara vez. Hoy, asistimos al advenimiento de una nuera éra, merced á los nobles propósitos de algunos editores y

libreros que, sin dejar de perseguir, como es natural, su propio interés, difunden de un extremo á otro del mundo los nombres de los literatos y poetas que más renombre tienen en sus respectivos países. Entre esos benefactores de las letras merecen especial mención: D. Francisco Lagomaggiore y D. Cárlos Casavalle, de la República Argentina; D. Roberto Miranda, de Chile, D. Lázaro María Pérez é hijos, de Colombia; D. Cárlos Prince, del Perú, y otros no menos empeñosos propagandistas sud-americanos. La casa editorial francesa de Garnier Hermanos, es también acreedora á nuestro agradecimiento, pues con la publicación de su "Biblioteca Poética" en la que figuran los más populares autores de la América Latina, está contribuyendo á generalizar el conocimiento de la cultura intelectual en las Repúblicas americanas.

A esos trabajos vienen á unirse los nuestros, iniciados tiempo há, pero hasta hoy presentados al público en un volumen que será el primero—como dicho queda,—de los que nos proponemos publicar.

Coyoacán, Julio 30 de 1890.

INDICE.


Stanford University Libraries
3 6105 020 054 958

